

REAL

KATY EVANS



PRINCIPAL
de los LIBROS

REAL

Katy Evans

Traducción de

Lidia Pelayo

Canciones de Real Estas son algunas de las canciones que escuché mientras estaba escribiendo REAL. Las dos primeras tienen tanto significado en la historia que quizás quieras escucharlas a la vez que Brooke y Remington.

Iris de Goo Goo Dolls

I Love You de Avril Lavigne

That's When I Knew de Alicia Keys

Love Bites de Def Leppard

High On You de Survivor

Love Song de Sara Bareilles

In Your Eyes de Peter Gabriel

Kiss Me de Ed Sheeran

Come Away With Me de Norah Jones

All I Wanna Do Is Make Love To You de Heart

Any Way You Want It de Journey

Pull Me Down de Mikky Ekko

Love You Like A Love Song de Selena Gomez

My Life Would Suck Without You de Kelly Clarkson

Flaws And All de Beyoncé

I he lighter de Gym Class Heroes

1. «Soy Remington»

Brooke

Melanie lleva media hora gritándome al oído y estoy tan conmovida por lo que estamos presenciando que apenas puedo oír algo. Sólo mi corazón, latiendo como un loco en mi cabeza mientras los dos luchadores, ambos de la misma altura y peso y extremadamente musculosos, se embisten uno al otro en el *ring* de boxeo clandestino.

Cada vez que uno asesta un puñetazo al contrincante, la sala, abarrotada por más de trescientos espectadores sedientos de sangre, irrumpe en vítores y aplausos. Lo peor es que puedo *oír* el horrible sonido de los huesos fracturándose bajo la carne. Tengo la piel de gallina de puro miedo.

— ¡Brooke! —Melanie, mi mejor amiga, grita y me abraza—. Pareces a punto de vomitar. ¡No estás hecha para esto!

La voy a matar, en serio. En cuanto termine la ronda y compruebe que los dos hombres siguen respirando, mataré a mi mejor amiga. Sin compasión. Y después a mí misma por haber aceptado venir aquí con ella.

Pero mi pobre y querida Melanie está loca por un nuevo tío y cuando se enteró de que el objeto de sus fantasías nocturnas estaba en la ciudad para participar en aquellas peleas clandestinas «privadas» y «muy peligrosas», me pidió que la acompañara a verle. Simplemente, resulta muy difícil negarle algo a Melanie. Es apasionada e insistente, y ahora mismo está saltando de alegría.

—Es el siguiente —sisea, sin importarle quién ha ganado la última ronda ni si han sobrevivido. Lo que, aparentemente, gracias a Dios, ambos han conseguido—. ¡Prepárate para ver a un auténtico bombón, Brookey!

El público guarda silencio y el presentador anuncia:

—Señoras y señores, y ahoora... el momento que todos estaban esperando, el hombre que han venido a ver. Les

presento al malo entre los malos, ¡el único!, ¡el inimitable!...
¡Remington Tate *el Depredador!*

La multitud enloquece sólo con oír su nombre, sobre todo las mujeres, cuyos gritos entusiastas se unen en un barullo ensordecedor, y un escalofrío recorre mi espalda.

— ¡Remy! ¡Te quiero!

— ¡Te comería la polla, Remy!

— ¡Remy! ¡Remy, azótame!

— ¡Remington, deprédame!

Todas las cabezas se giran cuando una figura encapuchada con capa roja se dirige hacia el *ring*. Esta noche los luchadores no llevan guantes de boxeo, así que puedo ver cómo flexiona y encoge los puños. Tiene las manos enormes y bronceadas, y los dedos largos.

Al otro lado del cuadrilátero, una mujer agita orgullosamente un cartel en el que pone «Putá #1 de Remy» mientras grita en su dirección con toda la fuerza de sus pulmones. Por si acaso él no sabe leer o no ve las letras de color rosa brillante y la purpurina, supongo.

Estoy alucinada; empiezo a darme cuenta de que la loca de mi mejor amiga no es la única mujer de Seattle que parece haber perdido la cabeza por ese tío cuando noto que me aprieta el brazo.

—Míralo y dime que no harías cualquier cosa por ese hombre.

—No haría cualquier cosa por ese hombre. —Repito al instante, simplemente para acabar con el tema.

— ¡No estás mirando! —grita. Míralo. *Mira.*

Me coge la cabeza y me obliga a mirar en dirección al *ring*, pero me echo a reír. Melanie adora a los hombres. Le encanta dormir con ellos, seguirlos, babear por ellos y, aun así, cuando los consigue, es incapaz de que le duren.

Yo, por mi parte, no estoy interesada en tener una relación con nadie. Sobre todo cuando mi romántica hermana

pequeña Nora ya tiene suficientes novios y dramas para las *dos*.

Miro al escenario y veo cómo el tipo se quita la bata de satén rojo con la palabra DEPREDADOR bordada en la espalda, y a los espectadores gritando y aclamándolo mientras él se gira para saludar. De repente, su cara, iluminada por los focos, se detiene ante la mía y sólo acierto a mirarlo como una idiota. Dios mío.

Dios.

Mío.

Hoyuelos.

Mandíbula cubierta por una barba desaliñada.

Sonrisa de niño. Cuerpo de hombre.

Bronceado de infarto.

Un escalofrío baja por mi espina dorsal mientras devoro con la mirada al hombre del que todo el mundo está pendiente.

Tiene el pelo negro y de punta, como si unas mujeres acabaran de peinarlo con los dedos. Los pómulos marcados, al igual que la mandíbula y la frente. Unos labios rojos que piden ser besados y mordidos. Hay restos de pintalabios en su mandíbula, un *souvenir* de su recorrido hacia el cuadrilátero. Observo su cuerpo esbelto, y algo caliente y salvaje despierta en mi interior.

Es cautivadoramente perfecto e increíblemente fuerte. Lodo, desde sus delgadas caderas y su estrecha cintura hasta sus anchos hombros, es macizo. Y esos seis abdominales. No, son ocho. La sexy V de sus abdominales oblicuos se sumerge en sus pantalones de satén azul marino, que abrazan suavemente sus musculosas y robustas piernas. Puedo ver sus cuádriceps, trapecios, pectorales y bíceps, todos espléndidamente esculpidos. Unos tatuajes celtas rodean ambos brazos en el punto exacto en el que se encuentran sus abultados bíceps y los definidos deltoides de sus hombros.

— ¡Remy! ¡Remy! —Mel sigue gritando como una histérica a mi lado, con las manos rodeando su boca—. ¡Estás

jodidamente bueno, Remy!

Su cabeza gira hacia el lugar de donde procede el grito, mostrándonos uno de sus hoyuelos y su atractiva sonrisa. Un escalofrío de energía nerviosa me atraviesa, y no porque él sea un dios griego —que lo es, definitivamente, madre mía, realmente lo *es*—, sino porque me está mirando directamente a mí.

Ladea una ceja y un brillo de diversión aparece en sus fascinantes ojos azules. Y también algo... excitante en su mirada. Creo que piensa que he sido yo quien ha gritado. Oh, mierda.

Me guiña un ojo y me sorprende contemplar cómo su sonrisa se desvanece lentamente hasta convertirse en un gesto insoportablemente íntimo.

Me hierve la sangre.

Mi sexo se contrae, y parece que él lo sepa. Lo odio.

Se cree perfecto, y seguro que piensa que todas las mujeres de aquí son sus Evas particulares, creadas a partir de su costilla para su disfrute. Estoy excitada y furiosa al mismo tiempo: es la sensación más confusa que he experimentado en toda mi vida.

Sus labios se curvan y se da la vuelta cuando el presentador anuncia el nombre de su oponente.

—Esta noche, con todos vosotros, ¡Kirk Dirkwood, *El Martillo*.

— ¡Mel! ¡Pequeña zorra! —exclamo mientras la empujo juguetonamente cuando consigo recuperarme—. ¿Por qué has tenido que gritar de esa manera? Ahora piensa que soy una idiota.

— ¡Madre mía! Te ha *guiñado* un ojo —dice Melanie, visiblemente aturdida.

Oh Dios mío, ¿lo había hecho? Sí, lo había hecho.

Estoy igual de sorprendida. Revivo ese guiño una y otra vez en mi cabeza. Voy a torturar a Melanie, se merece un pequeño escarmiento.

—Sí que lo ha hecho —admito, frunciendo el ceño—. Nos hemos comunicado telepáticamente y me ha dicho que quiere llevarme a su casa para que sea la madre de sus preciosos hijos.

—Como si tú fueras a acostarte con alguien como él. ¡Tú y tu trastorno obsesivo—compulsivo! —contesta ella riendo mientras el oponente de Remington se quita la bata. El hombre es todo músculo, pero no puede competir visualmente con la deliciosa masculinidad del Depredador.

Remington flexiona los brazos, estira los dedos y forma dos puños. Después, salta sobre sus piernas. Para ser un hombre tan alto y musculoso, tiene unos pies sorprendentemente ligeros, lo que significa —lo sé porque yo antes también competía— que debe ser increíblemente fuerte para poder mantener su cuerpo en el aire con tan poca superficie de apoyo.

Martillo lanza el primer puñetazo. Remington lo esquiva cubriéndose y responde con un fuerte gancho que alcanza el lateral de la cara de su rival. Me estremezco cuando pienso en la fuerza de su puño y mi cuerpo se tensa ante la visión de sus músculos contrayéndose y estirándose con cada puñetazo.

La multitud observa embobada el combate, aunque a mí esos horribles chasquidos me ponen la piel de gallina. Pero hay algo más que me molesta. Las gotas de sudor que se me están formando rápidamente en la frente y el escote. Según avanza el combate mis pezones despiertan, cada vez más arrugados y duros, clavándose ansiosamente en el tejido de seda del top que llevo puesto.

De alguna forma, ver cómo Remington Tate lanza puñetazos contra un hombre al que llaman Martillo me hace revolverme en mi asiento de un modo que no me gusta, y que no esperaba para nada.

Es la forma en la que gira, se mueve, *gruñe*...

De repente, comienza un coro de voces:

—REMY... REMY... REMY.

Me giro y veo a Melanie saltando de un lado para otro y diciendo «Oh Dios mío, ¡pégale, Remy! ¡Machácalo, pibonazo!». Cuando su oponente finalmente cae al suelo con un golpe seco, Melanie grita. Tengo la ropa interior empapada y el pulso acelerado. Nunca he tolerado la violencia. Ésta no soy yo. Parpadeo estupefacta ante todas las sensaciones que sacuden mi cuerpo. La lujuria, pura lujuria al rojo vivo, palpita a través de mis terminaciones nerviosas.

El árbitro levanta el brazo de Remington en señal de victoria, y en cuanto se recupera del K.O. que acaba de propinarle a su oponente, dirige su mirada hacia mí. Sus penetrantes ojos azules chocan contra los míos, y se me hace un nudo en el estómago. Su pecho sudoroso se eleva y cae con cada jadeo, y una gota de sangre descansa en la comisura de sus labios. A pesar de todo eso, sus ojos siguen clavados en mí.

El calor se extiende por mi piel y las llamas me lamen por todas partes. Nunca lo admitiré delante de Melanie, ni siquiera lo diré en voz alta, aunque sea para mí misma, pero creo que no he visto a un hombre tan atractivo en toda mi vida. La forma en la que me mira es ardiente. Y también lo es el modo en el que está ahí, con el brazo levantado, con el sudor goteando por sus músculos, con ese aire de autoridad del que Mel me había hablado en el taxi.

No hay ni rastro de timidez en su mirada. Ni en cómo ignora al público que grita su nombre mientras me mira de una forma tan sexual que siento como si estuviéramos a punto de hacerlo allí mismo. De repente, soy espantosamente consciente del aspecto que tengo para él.

Mi largo cabello lacio y de color caoba cae sobre mis hombros. Llevo una camisa abotonada sin mangas, con un cuello postizo de encaje, metida por dentro de unos pantalones negros de cintura alta perfectamente decentes y unos pendientes de aro dorados a juego con mis ojos color miel. A pesar de mi conservadora elección de ropa, me siento completamente desnuda.

Me tiemblan las piernas y tengo la sensación de que este hombre quiere golpearme. Con su polla. Por favor, señor, dime

que *no* acabo de pensar eso; es el tipo de cosas que Melanie pensaría. Un doloroso pinchazo sacude mi útero.

— ¡REMY! ¡REMY! ¡REMY! ¡REMY! —corea el público, cada vez con más intensidad.

— ¿Queréis más Remy? —pregunta el presentador a la multitud. El barullo es ensordecedor—. ¡De acuerdo! ¡Aquí tenemos otro rival digno de Remington Tate *el Depredador*

Otro hombre aparece en el cuadrilátero. No puedo soportarlo. Mi sistema está saturado. Por esto no debe ser bueno prescindir del sexo durante tantos años. Estoy tan nerviosa que apenas puedo vocalizar o incluso mover las piernas cuando me giro y le digo a Mel que voy al baño.

Una voz resuena con fuerza a través de los altavoces mientras recorro el estrecho pasillo entre las tribunas.

— ¡Y ahora, señoras y señores, un oponente que desafiará a nuestro actual campeón! ¡Parker *el Terror*, Drake!

La multitud grita sin parar y, de repente, oigo un golpe inconfundible.

Resistiendo las ganas de mirar atrás y ver lo que está causando tanto alboroto, doblo la esquina y me dirijo hacia el baño mientras los altavoces retruenan de nuevo.

¡Caramba! ¡Qué rapidez! ¡Tenemos un K.O.! ¡Sí, señoras y señores! ¡Un K.O.! ¡Y en un tiempo récord para nuestro vencedor, el Depredador, que salta fuera del cuadrilátero y...!

¿Dónde diablos va?

La multitud enloquece, gritando « ¡Depredador! ¡Depredador! por todo el pasillo y después enmudece por completo, como si algo increíble acabara de suceder.

Me pregunto cuál será el motivo del inquietante silencio cuando escucho el eco de unos pasos detrás de mí. Una cálida mano envuelve la mía y el contacto provoca escalofríos de excitación a lo largo de todo mi cuerpo mientras me gira con una fuerza sorprendente.

— ¿Pero qué...? —jadeo, confundida. Luego veo el sudoroso pecho masculino y subo la mirada hasta sus

brillantes ojos azules. Mis sentidos se tambalean sin control. Está tan cerca de mí que su olor me atraviesa como una inyección de adrenalina.

—Tu nombre —dice, jadeando, con los ojos desorbitados fijos en mí.

—Eh... Brooke.

—Brooke, ¿qué más? —pregunta. Tiene las fosas nasales dilatadas.

Su magnetismo animal es tan fuerte que creo que me ha robado la voz. Está invadiendo mi espacio personal, todo él, absorbiéndolo, absorbiéndome a mí, arrebatándome el oxígeno, y no entiendo cómo puede seguir latiéndome el corazón, ni cómo sigo ahí, tiritando de calor, con todo mi cuerpo centrado en el punto exacto en el que su mano ciñe la mía.

Libero mi mano con esfuerzo y miro asustada a Mel, que aparece detrás de él, con los ojos abiertos como platos.

—Es Brooke Dumas —dice, y después le suelta alegremente mi número de móvil. Muy a mi pesar.

Sus labios se curvan y sus ojos se encuentran con los míos.

—Brooke Dumas. —Acaba de follarse a mi nombre justo delante de mí. Y también delante de Mel.

Siento cómo su lengua gira alrededor de esas dos palabras,, con su voz endiabladamente profunda, como sucede con las cosas que ansias probar pero sabes que no deberías, y el deseo crece entre mis piernas. Su mirada es penetrante y posesiva. Nunca me habían mirado de esa forma.

Da un paso hacia delante y desliza su mano húmeda en mi nuca. Se me dispara el pulso mientras él baja la cabeza para darme un breve y áspero beso en los labios. Me siento como si estuviera marcándome. Como si me estuviera preparando para algo grandioso, algo que podría cambiarme y arruinarme la vida.

—Brooke —gruñe, suave aunque intensamente, mientras se retira de mis labios con una sonrisa—. Soy Remington.

De vuelta a casa todavía puedo sentir sus manos. Sus labios sobre los míos. La suavidad de su beso. Dios, no puedo respirar bien y estoy enrollada como una cobra en un rincón del asiento trasero de un taxi, mirando por la ventana las luces de la ciudad sin verlas, desesperada por liberarme de las sensaciones que invaden mi cuerpo. Desgraciadamente, no hay nadie más con quien poder desahogarme aparte de Mel.

—Ha sido muy intenso —dice Mel suspirando.

Sacudo la cabeza.

—Mel, ¿qué demonios ha pasado? ¡Ese tío me ha besado en público! ¿Te has fijado en que había gente con los móviles apuntando hacia nosotros?

—Brooke, está tan bueno que todo el mundo quiere una foto suya. Incluso yo estoy excitada y ni siquiera me ha besado a mí. Nunca he visto a un hombre entrarle a una mujer así. Joder, es como porno romántico.

—Cállate, Mel —gruño—. Si le han expulsado de las competiciones oficiales será por algo. Está claro que es peligroso o está loco, o las dos cosas.

Mi cuerpo está excitado. Todavía puedo sentir sus ojos sobre mí, mirándome, salvajes y hambrientos. Me siento sucia. Me pica la nuca donde él la ha tocado con su palma sudada. Me la froto para calmarla, pero no funciona. No calma mi cuerpo, ni me calma *a mí*.

Ahora en serio, Brooke, necesitas salir más. Puede que Remington late tenga mala reputación, pero es más atractivo que el pecado. Sí, le expulsaron por mala conducta porque es mi tío salvaje. Pero, ¿quién sabe qué mierdas ha tenido que aguantar en su vida privada? Lo único que sé es que se pasó de la raya y que salió un par de veces en los periódicos, pero a nadie le importa ya. Es el favorito de la Liga Clandestina, y todos los clubes de lucha lo adoran. Cuando va a un club, se llena de chicas.

Una parte de mí todavía no se puede creer la forma en la que se me quedó mirando, con los ojos completamente fijos en mí; de toda una multitud de mujeres gritando, sólo me miraba a mí, y eso me pone aún más nerviosa cada vez que pienso en ello. Me miraba con ojos supersexys, pero no quiero ojos supersexys. No le quiero a él, ni a ningún otro hombre, y punto. Lo que quiero es un trabajo. Acabo de terminar las prácticas en la escuela secundaria local y la mejor empresa de rehabilitación deportiva de la ciudad ya me ha hecho una entrevista. Pero han pasado dos semanas y no me han llamado.

Estoy a punto de entrar en ese estado de paranoia mental en el que piensas que ya *nadie* va a llamarte *jamás*.

Estoy más que frustrada.

—Melanie, mírame —le pido—. ¿Te parece que voy como una puta?

—No, cariño. Es muy posible que fueras la mujer más elegante de esta noche.

—Elegí precisamente esta ropa para evitar que la gente así me prestase atención.

—Quizás deberías empezar a vestirme más como una puta e integrarte. —Sonríe con cierta suficiencia y yo frunzo el ceño.

—Te odio. Nunca más voy a ir contigo a este tipo de cosas.

—No me odias. Dame un abrazo. —Me inclino y la abrazo, brevemente hasta que recuerdo su traición.

— ¿Cómo has podido darle mi número? ¿Qué sabemos de este tío, Mel? ¿Quieres que acabe asesinada en un callejón y que tiren mi cuerpo en cualquier contenedor?

—Eso nunca podría pasarle a alguien que ha ido a tantas clases de defensa personal como tú.

Suspiro y niego con la cabeza, pero ella me sonríe de un modo encantador. No me puedo enfadar con ella durante mucho tiempo.

—Vamos, Brooke. Se supone que te estás reinventando a ti misma —susurra Mel, como si me estuviera leyendo la mente—. La nueva y mejorada Brooke tiene que echar un polvo de vez en cuando. Cuando competías, te encantaba hacerlo.

La imagen de un Remington completamente desnudo aparece en mi mente y es tan terriblemente erótica que me retuerzo en mi asiento y miro, enfadada, por la ventana, sacudiendo la cabeza, esta vez con más énfasis. Lo que más me cabrea son las sensaciones que se despiertan en mí por el mero hecho de pensar en él. Me siento... febril.

No, no estoy en contra del sexo *para nada*, pero las relaciones son complicadas y ahora mismo no estoy mentalmente preparada para tener ninguna. Todavía estoy tocada por mi caída y estoy intentando encontrar de nuevo mi camino. Hay un vídeo horrible en YouTube llamado *Dumas está acabada*, grabado por un espectador durante mi primera prueba olímpica y que ha tenido bastantes visitas, como todos los vídeos de gente humillada. El momento exacto en el que mi vida se hizo añicos está perfectamente inmortalizado en un vídeo que se puede reproducir, una y otra vez, para que todo el mundo pueda verlo y disfrutar con él. Muestra el segundo exacto en el que mis cuádriceps se agarrotan y tropiezo, y también el instante en el que mi LCA—ligamento cruzado anterior— se rompe y mi rodilla cede.

Este encantador vídeo dura más de cuatro minutos. De hecho, mi anónimo paparazzi dejó la cámara centrada únicamente en mí, y en nadie más. Se oye cómo dice «Mierda, está acabada» de fondo. Obviamente, esto fue lo que inspiró el título.

Así que ahí estoy, en ese vídeo casero, saltando de dolor en la pista, llorando de amargura. Llorando no sólo por el dolor en la rodilla, sino por el dolor de mi propio fracaso. Sólo quiero que me trague la tierra, y quiero morir porque lo sé, lo sé, lo sé, en ese mismo instante, que todos mis entrenamientos no han servido para nada. Pero en vez de que la tierra se abriera y me succionara hacia dentro, me grabaron.

Todavía están frescos en mi memoria el montón de comentarios que suscitó el vídeo. Algunas personas me deseaban lo mejor en otros aspectos de mi vida y decían que el vídeo era una vergüenza. Pero otras reían y bromeaban al respecto, como si de alguna manera me lo hubiera buscado.

Durante años, aquellos mismos comentarios me atormentaron día y noche, mientras recordaba los dos días y me preguntaba qué era lo que había salido mal. Y digo los dos porque no me rompí el LCA una vez, sino dos, cuando seguí participando en competiciones de forma obstinada, negándome a creer que «estaba acabada». Ninguna de aquellas veces *supe* qué era lo que había hecho mal, pero, evidentemente, ahora es para mí físicamente imposible volver a hacerlo.

Así que estoy intentando seguir con mi vida como si nunca hubiera intentado ir a los Juegos Olímpicos, y lo último que necesito es un hombre robándome el tiempo que necesito para construirme un futuro en la nueva profesión que he elegido.

Mi hermana, Nora, es la romántica, la apasionada. Aunque solamente tiene veintiún años, tres menos que yo, ella es la que vive explorando el mundo, la que me manda postales de diferentes partes del globo, y la que nos lo cuenta todo a mamá, papá y a mí sobre sus «amantes».

¿Y yo? Yo soy la que pasó toda su juventud entrenando con todas sus fuerzas para conseguir mi único sueño, una medalla de oro. Pero mi cuerpo se rindió antes que mi alma, y ni siquiera pude llegar a una competición internacional.

Cuando necesitas aceptar el hecho de que algunas veces tu cuerpo no puede hacer lo que tú quieres, duele casi más que el dolor físico de una herida. Por eso me encanta la rehabilitación deportiva. Yo misma podría seguir deprimida y enfadada si no hubiera recibido la ayuda que necesitaba. Por eso quiero ayudar a algunos jóvenes atletas a triunfar, incluso aunque yo no haya podido. Y también es por lo que quiero conseguir un trabajo, quizás para poder sentir que por fin tengo éxito en *algo*.

Pero, curiosamente, mientras estoy en la cama por la noche, no pienso en mi hermana, ni en mi nueva profesión, ni siquiera en el fatídico día en el que los Juegos Olímpicos se convirtieron en algo imposible para mí.

Lo único que tengo en mi mente esta noche es el demonio de ojos azules que puso sus labios sobre los míos.

La mañana siguiente, Mel y yo nos vamos a correr a un parque con sombra de nuestro barrio, como hacemos cada día, llueva o truene. Cada una lleva un brazalete en el brazo con el iPod, pero hoy parece que sólo nos escuchemos la una a la otra.

—Sales en Twitter, zorra. Se suponía que ésa iba a ser yo. —Teclea en su móvil y yo frunzo el ceño, intentando ver lo que está leyendo.

—Entonces deberías haberle dado *tu* teléfono en vez del mío.

— ¿Te ha llamado ya?

—«En el ayuntamiento, a las once. Deja a la loca de tu mejor amiga en casa». Es todo lo que ha dicho.

—Ja, ja —dice, mientras coge mi teléfono, me da el suyo y escribe mi contraseña para ver los mensajes.

La miro de reajo porque esa pequeña gata taimada conoce todas mis contraseñas, y probablemente no podría ocultarle un secreto aunque quisiera. Rezo para que no vea mi historial de Google o sabrá que he estado buscando cosas sobre él. Sinceramente quiero reconocer que he tecleado su nombre tantas veces en Google que he perdido la cuenta. Menos mal que Mel solamente comprueba mis llamadas perdidas y que, por supuesto, no hay ninguna suya.

A juzgar por los artículos que leí anoche, Remington Tate es un dios de las fiestas, un dios del sexo; bueno, básicamente, un *dios*. Y además, bastante problemático. En

este mismo momento estará, seguramente, con resaca y borracho, tirado en la cama entre mujeres desnudas saciadas de sexo y pensando «¿Brooke qué?».

Melanie me coge su móvil, se aclara la garganta y lee las novedades de Twitter.

—Vale, hay varios tuits que deberías oír. « ¡Sin precedentes! ¿Visteis cómo Depredador besó a una espectadora? ¡Joder, qué emoción! ¡Oí que se produjo una pelea mientras iba detrás de ella y empujó a un hombre! Luchar fuera del cuadrilátero es ilegal y le podrían prohibir a DEP que compitiera el resto de la temporada o para siempre. Sí, ¡por eso le echaron de la Liga Profesional! Bueno, yo no voy si no lucha DEP». Todos son de gente distinta —explica Mel mientras baja el móvil y sonríe—. Me encanta que le llamen DEP. Así todos sus contrincantes «Descansan En Paz». ¿Lo pillas? Bueno, de todas formas, *si* sigue luchando sólo le queda este sábado antes de que la liga pase a la siguiente ciudad. ¿Vamos a ir o vamos a ir?

—Eso es lo que quería saber cuándo me llamó.

— ¡Brooke! ¿Te ha llamado o no?

— ¿Tú qué crees, Mel? ¿Cuántos seguidores tiene en Twitter? ¿Un millón?

—En realidad son dos coma tres millones.

—Bueno, ahí tienes tu maldita respuesta—. Ahora estoy enfadada y ni siquiera sé por qué.

—Pero estoy *segura* de que anoche tenía ganas de Brookey.

—Seguro que alguien ya se habrá ocupado de eso a estas alturas, Mel. Así es como funcionan esos tíos.

—Igualmente, tenemos que ir el sábado —decreta Melanie frunciendo el ceño hasta que su bonita cara adquiere una mueca casi cómica. No es el tipo de persona que acostumbra a enfadarse—. Y tú tienes que llevar algo que haga que se le salgan los ojos de las órbitas para que se arrepienta de no haberte llamado. Podríaís haber tenido un rollo de una noche alucinante, y quiero decir *alucinante*.

— ¿Señorita Dumas?

Estamos llegando a mi apartamento y diviso, a través de la luz de la mañana, a una cuarentona alta, con el cabello corto y rubio, esperando en las escaleras de mi edificio. Su sonrisa es cálida y un poco perpleja mientras sujeta un sobre con mi nombre escrito en él.

—Remington Tate quería que te entregase esto en persona.

Escuchar su nombre hace que mi corazón se estremezca y, de repente, late más rápido que durante la carrera de esta mañana. Me tiemblan las manos cuando abro el sobre y saco un gran pase azul y amarillo. Es un pase VIP para la Liga Clandestina junto con unas entradas para el sábado. Cuatro asientos centrales en primera fila. Mis tripas hacen cosas raras cuando me doy cuenta de que en el pase está escrito mi nombre con letras viriles y caóticas. Creo que es *su* letra.

En serio, no puedo respirar.

—Guau —susurro, asombrada. Una pequeña burbuja de emoción crece rápidamente en mi pecho y me siento como si necesitara correr un par de kilómetros más para hacerla estallar.

La sonrisa de la mujer se ensancha—. ¿Le digo que has dicho «sí»?

—Sí. —Las palabras salen de mi boca antes de pensarlas. Antes incluso de que haya podido reconsiderar todos los titulares que leí ayer acerca de él, la mayoría de los cuales resaltaban las palabras «chico malo», «borracho», «pelea en un bar» y «prostitutas».

Porque sólo es un combate, ¿verdad?

No estoy diciendo que «sí» a nada más.

¿Verdad?

Observo las entradas otra vez sin terminar de creérmelo, y Melanie me mira boquiabierto mientras la mujer sube en el asiento trasero de un Cadillac Escalade negro. Cuando el coche se aleja con un rugido, me golpea el hombro en broma.

—Zorra. Le deseas, ¿verdad? ¡Se suponía que ésta era mi fantasía, tontona!

Me río mientras le doy tres entradas, mi cerebro está confundido por el hecho de que tuviera algún tipo de contacto conmigo hoy.

—Supongo que, después de todo, vamos a ir. ¿Me ayudas a avisar a la gente del grupo?

Melanie me agarra de los hombros y, mientras subimos las escaleras de mi edificio, me susurra en el oído:

—Dime que eso no te ha hecho sentir un pequeño hormigueo.

—Eso no me ha hecho sentir un pequeño hormigueo — repito automáticamente, y antes de entrar en mi piso, añado—: me ha hecho sentir uno *grande*.

Melanie grita y me pide entrar en casa para poder elegir mi modelito para el sábado, y le contesto que cuando quiera vestir como una puta, ya se lo haré saber. Al final, Melanie da por perdido mi armario diciendo que no hay nada que sea remotamente sexy y que se tiene que ir a trabajar, así que me deja sola el resto del día. Pero el pequeño hormigueo no desaparece fácilmente. Lo siento mientras me ducho, me visto y mientras compruebo mi correo electrónico en busca de nuevas ofertas de trabajo.

No puedo explicar por qué estoy tan nerviosa ante la idea de verle de nuevo.

Creo que me gusta, y detesto que me guste.

Creo que le quiero, y odio quererle.

Realmente creo que es perfecto para un rollo de una noche, y no puedo creer que esté empezando a considerarlo.

Evidentemente, como cualquier otra mujer con ciclos hormonales, para el sábado ya estaba en un punto completamente distinto de mi ciclo mensual, y me había arrepentido más de una docena de veces de haber aceptado ir al combate. Me consolaba que por lo menos mis amigos estuvieran entusiasmados por poder asistir.

Melanie invitó a Pandora y a Kyle a que vinieran con nosotras. Pandora trabaja con Melanie en la empresa de diseño de interiores. Ella es la gótica vanguardista con la que todos los hombres quieren decorar su piso de soltero. Kyle todavía está estudiando para ser dentista, es mi vecino, y amigo desde hace mucho tiempo, y también es amigo de Mel desde el instituto. Es el hermano que nunca tuve, y es tan amable y tímido con las mujeres que, con veintiún años, acabó pagando a una profesional para poder perder la virginidad.

—Me alegro mucho de que nos lleves, Kyle —dice Melanie mientras se sube en el asiento trasero conmigo.

—Seguro que es lo único por lo que queríais que viniera —dice él, riendo, claramente emocionado por el combate.

Esta noche hay al menos el doble de público que la otra vez que estuvimos aquí, y tenemos que esperar unos veinte minutos para poder montarnos en el ascensor que nos baja a la pista.

Mientras Melanie y los otros van a buscar nuestros asientos, me pongo el pase VIP en el cuello y le digo:

—Voy a dejar algunas de mis tarjetas de visita en algún lugar donde los luchadores puedan verlas.

Tendría que estar loca para dejar pasar esta oportunidad, listos deportistas son potentes destructores de músculos y órganos, armas letales luchando una contra otra, y si existe alguna posibilidad de conseguir un trabajo temporal como fisioterapia me acabo de dar cuenta de que podría ser aquí.

Mientras espero en la cola a que me dejen pasar a la parte de acceso restringido, el olor de la cerveza y el sudor impregna el aire.

Veo a Kyle saludando desde nuestros asientos, situados en el centro, justo a la derecha del cuadrilátero, y me sorprende comprobar lo cerca que vamos a estar de los luchadores. Si Kyle diera un paso y extendiera el brazo, podría tocar el suelo del cuadrilátero.

En realidad puedes ver el combate desde el final del recinto sin tener que pagar ni un céntimo, exceptuando quizás

una propina para el portero, pero los asientos van de los cincuenta a los quinientos dólares, y los que nos ha dado Remington son de los de quinientos. Llevo sin trabajo dos semanas, desde mi licenciatura, y estoy empezando a agotar los escasos ahorros que tengo. *Nunca* podría haberme permitido estas entradas. Mis amigos, todos recién licenciados, tampoco. Han estado aceptando prácticamente *cualquier* trabajo que han podido conseguir en este mercado de trabajo de mierda.

Aprisionada por la gente, por fin consigo enseñar mi pase con una pequeña sonrisa y me dejan acceder a un largo pasillo con varias puertas abiertas a los lados.

Cada una de las habitaciones tiene bancos y casilleros, y veo a varios luchadores en diferentes esquinas de las mismas, hablando con su equipo. En la tercera habitación que entro está él, y un escalofrío recorre mi cuerpo.

Está completamente relajado, sentado y encorvado hacia delante en un banco de color rojo, contemplando cómo un hombre con una calva brillante le venda una mano. Ya tiene la otra vendada, cubierta por una cinta de color crema excepto los nudillos. Su cara, pensativa y sorprendentemente infantil, me hace preguntarme cuántos años tendrá. Levanta la cabeza, como si me hubiera notado llegar, y me reconoce inmediatamente. Una chispa de algo extraño y poderoso brilla en sus ojos y atraviesa mi cuerpo como un rayo. Reprimo mi reacción y observo a su entrenador diciéndole algo.

Remington no puede apartar sus ojos de mí. Su mano sigue extendida, pero parece haber olvidado que su entrenador sigue vendándose y dándole instrucciones.

—Bueno, bueno, bueno...

Me giro hacia la derecha, de donde procede la voz, y un pinchazo de temor me retuerce el estómago. A un solo paso de mí hay un enorme luchador escudriñándome con unos ojos llenos de pura intimidación, como si yo fuera un postre y él tuviera una enorme cuchara.

Veo cómo Remington coge la cinta de su entrenador y la arroja a un lado antes de levantarse y dirigirse lentamente a mi

lado. Cuando se pone detrás de mí, ligeramente a mi derecha, la presencia de su cuerpo junto al mío se filtra por todos mis poros.

Su suave voz cerca de mi oído me hace temblar cuando se enfrenta a mi admirador.

—Lárgate de aquí —le dice lentamente al otro hombre.

El hombre que reconozco como Martillo ya no me mira. En su lugar, mira por encima de mí, ligeramente a un lado. En comparación con Remington no parece tan enorme.

— ¿Es tuya? —pregunta con una mirada entrecerrada y brillante.

Mis muslos se humedecen cuando su voz responde desde detrás de mi oreja, aterciopelada y escalofriantemente firme.

—Te aseguro que no es *tuya*.

Martillo se marcha y durante un buen rato, Remington se queda ahí, una torre de puro músculo casi tocándome, con su cuerpo caliente envolviéndome. Bajo la cabeza, murmuro «gracias» y me marcho rápidamente, y me quiero morir porque juraría que ha agachado la cabeza para olerme.

2. Inesperado

Está a punto de subir al cuadrilátero, y su nombre ya se anuncia por los micrófonos haciendo que el público se vuelva loco.

—Una vez más, damas y caballeros, ¡el Depredador!

Todavía no me he recuperado de haberle visto tan de cerca y mi torrente sanguíneo ya lleva todo tipo de cositas raras, burbujeantes y calientes. Cuando sale al trote por el pasillo entre los asientos con esa bata con capucha roja mi pulso se acelera, mi vientre se tensa y tengo la desesperada necesidad de huir de vuelta a casa.

Este tío es demasiado. Demasiado hombre. Demasiada masculinidad y una bestia en bruto. Es sexo en bandeja y todas las mujeres a mi alrededor gritan a todo pulmón cuánto les gustaría *catarlo*.

Remington sube al escenario y se dirige a su esquina. Se quita la bata de un tirón, mostrando todos esos fuertes músculos, y se la da a un joven rubio que parece ser el ayudante de su entrenador.

— ¡Y ahora, con ustedes, el Martillo!

Martillo se une a él en el *ring* y Remington sonrío vagamente para sí mismo. Su mirada se dirige directamente a la mía, y me doy cuenta de que sabe exactamente, exactamente, dónde estoy sentada esta noche. Sigue sonriendo con ese gesto de soy el mejor, levanta un dedo y lo dirige hacia Martillo y luego me señala a mí como diciendo «Ésta te la dedico».

Mi estómago da un salto.

—Mierda, va a matarme. ¿Por qué coño hace eso? Jodido macho alfa, ¡no lo soporto!

— ¡Melanie, cálmate! —siseo y luego me acomodo en mi asiento, temblorosa porque también me está matando a mí. No sé lo que quiere de mí, pero me siento muy insegura

porque nunca habría sospechado que yo también querría algo tan sexual y personal de él.

El embarazoso recuerdo de él cerca de mí hace sólo unos minutos me invade, pero la campana suena y se me pasa. Los luchadores se enfrentan cara a cara, y Remy hace una finta hacia un lado mientras Martillo gira de forma estúpida, siguiendo el falso movimiento. Una vez que Martillo ha dejado el otro lado descubierto, Remington le ataca por la izquierda golpeándole en las costillas.

Se separan y Remington se comporta de forma arrogante haciendo fintas y burlándose de Martillo. Se gira hacia mí, señala a «Martillo» y luego a mí otra vez justo antes de embestirle tan fuerte que el tipo rebota detrás de él, cae de rodillas y tiene que sacudir la cabeza para volver a ponerse en pie. Mi sexo se contrae cada vez que golpea a su oponente y mi corazón se para cada vez que le devuelven el golpe.

Durante toda la noche pelea contra varios luchadores de la misma forma. Cada vez que gana me mira a mí con esa sonrisa engreída, como si quisiera demostrarme que él es el macho dominante. Todo mi cuerpo se agita cuando veo como se mueve su cuerpo, y soy incapaz de dejar de fantasear. Me imagino sus caderas sobre mí, su cuerpo dentro del mío, esas grandes manos tocándome, su piel contra la mía. Durante las últimas rondas adquiere una mirada decidida, y su pecho jadea por el esfuerzo y brilla por el sudor.

De repente, es la primera vez en mi vida que deseo algo con tantas fuerzas.

Quiero volverme loca. Saltar. Esprintar otra vez, aunque sea en sentido literal. Todas las citas que nunca (uve porque estaba entrenando para algo que nunca llegó a suceder. Las cosas a las que no me subí para no romperme una pierna que, al final, se rompió de todos modos. No beber nunca. Seguir sacando buenas notas para poder seguir compitiendo. Remington Tate es todo lo que no he hecho nunca, ni una vez, y llevo un condón en el bolso, y sé exactamente por qué lo metí ahí. Este tío es un luchador. Quiero tocar su magnífico pecho y besar esos labios. Quiero sentir sus manos sobre mi

cuerpo. Y cuando las sienta, seguramente me correré en cuanto entre dentro de mí.

Estos son los mejores preliminares eróticos que he vivido nunca, y de pronto quiero que sean más que eso. Quiero que pase *esta noche*.

Cuando gana por décima y última vez, siento cómo sus ojos se posan de nuevo sobre mí, y lo único que puedo hacer es seguir mirándole esperando que sepa que le deseo. Me sonrío, arrogante, sudoroso, con sus ojos azules centelleando y mostrando los hoyuelos. Coge la cuerda superior del cuadrilátero, pasa sobre ella con facilidad y aterriza suavemente en el pasillo, justo delante de mí.

Melanie se queda de piedra a mi lado cuando acerca su perfectamente esculpido y resplandeciente cuerpo bronceado.

Está claro que viene hacia mí.

Contengo la respiración hasta que siento que mis pulmones van a explotar, me tiemblan las piernas porque, en realidad, no sé qué hacer. La multitud brama y las chicas gritan de trás de mí:

¡Bésalo, mujer!

¡No te lo mereces, perra!

¡Vamos, tía!

Dirige sus hoyuelos hacia mí, y yo sigo esperando sus manos mientras él se va acercando. Pienso en cómo me sentí la última vez, cuando prácticamente envolvió mi rostro con sus manos grandes, extrañas y maravillosas. Me estoy muriendo. Muriendo de deseo. De temeridad. De expectación.

Pero no lo hace, sino que inclina la cabeza para susurrar contra mi sien, y la única parte de su cuerpo que me toca es su aliento, bañando mi piel de calor mientras su voz ronca retumba en mis oídos.

—Quédate sentada. Enviaré a alguien a buscarte.

Sonríe y se aleja mientras la multitud sigue gritando y sube de nuevo al cuadrilátero, dejándome estupefacta. A la mujer que tengo al lado le cuesta casi un minuto dejar de

temblar e hiperventilar para decir «Diosmío, diosmío, diosmíodiosdiosdiosdios, me ha rozado con el codo, ¡me ha rozado con el codo!».

— ¡EL DEPREDADOR, SEÑORES! —grita el presentador.

Se me doblan las rodillas y me dejo caer en el respaldo, tan ligera como un merengue, apretando mis manos entre sí para que dejen de temblar. Mi cerebro está tan confundido que casi no puedo pensar más allá del momento en el que salió del cuadrilátero y me susurró al oído, con esa voz absolutamente sexy, que iba a mandar a alguien a por mí. Sólo el hecho de recordarlo hace que se me agarroten los dedos de los pies. Melanie se ha quedado sin habla, Pando y Kyle me miran como si fuera un ser sagrado que acabara de doblegar a un animal salvaje.

—¿Qué diablos ha dicho? —pregunta Kyle.

—Jesús, María y José —dice Melanie, chillando y abrazándome—. Brooke, ese tío está loco por ti.

La mujer junto a mí me toca el hombro con la mano temblorosa.

—¿Lo conoces?

Niego con la cabeza, sin saber qué responder. Todo lo que sé es que de ayer a hoy no ha pasado ni un solo segundo en el que no haya pensado en él. Todo lo que sé es que me da rabia y al mismo tiempo me encanta cómo me hace sentir, y que la forma en que me mira me llena de deseo.

—Señorita Dumas —dice una voz y giro mi cabeza para ver a dos hombres vestidos de negro que se colocan entre el *ring* y yo. Los dos son altos y delgados, uno es rubio y el otro tiene el pelo castaño rizado—, soy Pete, el asistente del señor Tate —dice Ricitos Castaños—, y éste es Riley, el ayudante del entrenador. Síganos, por favor, el señor Tate quiere hablar con usted en su habitación del hotel.

Al principio, ni siquiera sé quién es el señor Tate. Después, ráfagas de entendimiento y un rayo caliente me atraviesan. *Te* quiere en su habitación. ¿Tú le quieres a él?

¿Quieres hacer *esto*? Una parte de mí ya lo ha hecho mentalmente de diez maneras distintas desde el sábado, mientras que la otra no se movería de esta estúpida silla.

—Tus amigos también pueden venir con nosotros — añade el hombre rubio con voz suave, y señala al sorprendido trío.

Me siento aliviada. Creo. Joder, ni siquiera sé lo que siento.

—Vamos, Brooke, ¡es Remington Tate! —Melanie me arrastra a la fuerza y me obliga a seguir a esos hombres, y mi mente comienza a funcionar a toda velocidad porque no sé qué voy a hacer cuando lo vea. Mi corazón bombea adrenalina como un loco mientras nos conducen hacia el hotel que hay enfrente del recinto, y en el ascensor pulsan el botón «Ático».

Un pinchazo de nerviosismo se extiende por mi cuerpo cuando llegamos al último piso, y me siento exactamente igual que cuando competía. Imaginarme a este hombre dentro de mí ya ha sido como montarse en una montaña rusa, y ahora, de repente estoy muy cerca del momento en el que podría ser una realidad. Mi estómago se contrae con la idea de lo emocionante que puede ser la caída. *Rollo de una noche, allá voy...*

Dime que no te vas a acostar con este tío —dice Kyle; II cara refleja su preocupación cuando se abren las puertas—. Tú no eres así, Brooke. Eres demasiado responsable para querer hacer esto.

¿Lo soy?

¿De verdad lo soy?

Porque esta noche me siento completamente loca. Loca de lujuria, de adrenalina y de dos hoyuelos sexys.

—Sólo voy a hablar con él —le digo a mi amigo, aunque ni siquiera estoy segura de lo que estoy haciendo.

Seguimos a los dos hombres a la parte anterior de la enorme *suite*.

—Tus amigos pueden esperar aquí —dice Riley, señalando la gigantesca barra de granito negro—. Por favor, servíos una bebida.

Cuando mis amigos se reúnen en torno a las relucientes botellas de alcohol, Melanie deja escapar un inconfundible grito y Pete me anima a seguirle. Atravesamos la *suite* y entramos en la habitación principal, y le veo sentado en el banco a los pies de la cama. Tiene el pelo mojado y se aprieta una bolsa de hielo en la mandíbula. La imagen de un macho tan excelente curándose una herida después de haber derrotado a un hombre detrás de otro con sus puños me parece increíblemente sexy.

Dos mujeres asiáticas están de rodillas en la cama detrás de él, cada una masajeando uno de sus hombros. Tiene una toalla blanca anudada a la cadera, y gotas de agua se deslizan por su piel. Hay tres botellas vacías de Gatorade tiradas en el suelo, y él tiene otra en la mano. Deja la bolsa de hielo en la mesa. Azul como sus ojos, se acaba el líquido de un trago y luego tira la botella a un lado.

Estoy fascinada viendo cómo sus abultados músculos se tensan y relajan bajo los dedos de las dos mujeres. Sé que los masajes son algo normal después de hacer ejercicio, pero lo que no sé y no puedo entender es por qué verle recibir uno me afecta tanto.

Conozco el cuerpo humano. Lo venero. Fue mi templo durante seis años, hasta que decidí buscar una nueva profesión, cuando me di cuenta de que no volvería a correr más. Y ahora, mis dedos se agitan deseando probar su cuerpo, apretando y luego soltando, llegando al fondo de cada músculo.

— ¿Te ha gustado el combate? —Me mira con una sonrisita arrogante y ojos brillantes, como si supiera que me ha encantado.

Verle boxear es algo que odio y adoro al mismo tiempo. Pero no puedo limitarme a felicitarle después de haber escuchado a quinientas personas gritar lo bueno que es, así que simplemente me encojo de hombros y digo:

—Ha sido interesante.

— ¿Sólo eso?

—Sí.

Parece enfadado. Libera bruscamente sus hombros para que las dos masajistas paren. Se pone de pie y hace círculos con sus hombros, luego hace crujir su cuello a un lado, luego al otro.

—Dejadme.

Las dos mujeres me sonrían y se marchan, y en cuanto me quedo a solas con él, me quedo sin respiración.

La enormidad de estar aquí, en su habitación, no me es indiferente, y de repente estoy ansiosa. Sus bronceadas manos de largos dedos descansan en sus costados y una corriente de deseo me atraviesa mientras me las imagino recorriendo mi piel.

Mi cuerpo late. Hago un esfuerzo para alzar la vista hacia su rostro y me doy cuenta de que me está mirando en silencio, fijamente. Hace crujir los nudillos de una mano, y luego lo hace con la otra. Parece acelerado, como si no hubiera gastado suficiente energía derribando a casi una docena de hombres. Como si pudiera luchar durante otro par de rondas con facilidad.

—El hombre con el que estabas... —dice, flexionando sus dedos como si quisiera conseguir un mejor flujo sanguíneo; no deja de mirarme— ¿es tu novio?

Sinceramente no sé lo que esperaba viniendo aquí, pero estaba más bien en la línea de que me llevara directamente a la cama. Estoy confundida y bastante nerviosa. ¿Qué quiere de mí? ¿Qué quiero yo de él?

—No, es sólo un amigo —respondo.

Sus ojos espían mi dedo anular.

— ¿No estás casada?

Un extraño zumbido recorre mis venas, directamente hasta mi cabeza, y creo que me estoy mareando por culpa del olor del aceite de masaje con el que le han embadurnado.

—No estoy casada, para nada.

Me estudia durante un buen rato, pero no parece dominado por la misma lujuria que yo, vergonzosamente, estoy sintiendo. Simplemente me analiza con una media sonrisa y parece realmente interesado en lo que digo.

— ¿Has hecho prácticas en un colegio privado rehabilitando a jóvenes atletas?

— ¿Me has investigado?

—En realidad, hemos sido nosotros —dicen dos voces familiares, las de los hombres que me han traído hasta aquí. Cuando entran en la habitación, Pete lleva una carpeta marrón que le da a Riley.

—Señorita Dumas... —empieza otra vez Pete, con el cabello rizado y sus tranquilos ojos marrones—. Seguramente se está preguntando por qué está usted aquí, así que iremos al grano. Nos marchamos de la ciudad dentro de dos días, así que me temo que no hay tiempo para hacer las cosas de otra manera. El señor Tate quiere contratarla.

Le miro un momento, boquiabierta y, sinceramente, jodidamente confundida.

—¿Qué es exactamente lo que creen que hago? —Frunzo el ceño—. No soy una chica de compañía.

Tanto Pete como Riley estallan en carcajadas, pero Remington se mantiene en un silencio alarmante mientras se vuelve a sentar en el banco de la cama.

—Nos ha pillado, señorita Dumas. Sí, admito que cuando viajamos, creemos conveniente tener una o dos amigas especiales para que el señor date, digamos, pueda cubrir sus necesidades antes o después de un combate explica Pete, riendo.

Levanto la ceja izquierda. En realidad, sé perfectamente cómo funcionan esas cosas para los atletas.

Hace años competía y sé que, antes o después del deporte, el sexo es una forma natural e incluso sana de aliviar el estrés y mejorar el rendimiento. Perdí la virginidad en las

mismas competiciones para los Juegos Olímpicos en los que me jodí la rodilla, y la perdí con un velocista que estaba casi tan nervioso por las pruebas como yo. Pero la forma tan normal en la que estos tíos hablan de «las necesidades» del señor Tate me resulta demasiado íntima, y siento cómo me arden las mejillas por la vergüenza.

—Como podrá imaginar, un hombre como Remington tiene unos requisitos muy especiales, señorita Dumas — continúa Riley, el tipo rubio que parece un surfero—, pero ha sido muy específico en el hecho de que ya no está interesado en las amigas que le habíamos conseguido para el viaje. Quiere centrarse en lo importante y, en su lugar, quiere que usted trabaje para él.

Noto un apretón en las entrañas cuando miro a Riley, luego a Pete y después a Remington. Su mandíbula parece aún más cuadrada de lo que recordaba, como si estuviera hecha de la más valiosa y magnífica pieza de granito que se hubiese encontrado jamás.

No tengo manera de saber lo que está pensando, pero aunque ya no sonrío, sus ojos siguen brillando con malicia.

El lado izquierdo de su cara se está hinchando ligeramente y mis instintos de enfermera quieren coger la bolsa de hielo y volver a ponérsela en la mandíbula. Joder, en mi mente ya le lie puesto pomada en la cicatriz roja que tiene en el centro del labio inferior. Me siento tan abrumada por mis pensamientos. Que me doy cuenta de que no puedo fiarme de mí misma cuando estoy con alguien tan increíblemente atractivo como él. Todavía estoy atónita sabiendo que estoy en la misma habitación que él.

Pete ojea la carpeta.

—Hizo las prácticas en la Academia Militar de Seattle como fisioterapeuta deportiva de los alumnos, y vemos que se ha licenciado hace sólo dos semanas. Estamos dispuestos a contratar sus servicios por un periodo de tiempo que cubrirá las ocho ciudades que nos faltan por recorrer, y la preparación continua del señor Tate para sus futuras competiciones. Seremos muy generosos con su sueldo. Cuidar de un atleta tan

famoso concede mucho prestigio y debería quedar bastante impresionante en cualquier currículum. Podría incluso permitirle ser una fisioterapeuta independiente si, en el futuro, decide dejarnos —dice Pete.

Me sorprendo a mí misma pestañeando varias veces.

He estado buscando trabajo insistentemente, sin ninguna respuesta hasta ahora. El colegio donde hice las prácticas me ha ofrecido volver cuando comiencen las clases en agosto, así que todavía tengo esa opción. Sin embargo, aún faltan meses para eso, y la preocupación de tener un título y no poder hacer nada con él me está devorando.

De pronto me doy cuenta de que todos los ojos están puestos en mí, y soy especialmente consciente de los ojos de Remington.

Clavados en mí.

La idea de trabajar para él después de haberme acostado con él en mi mente hace que me maree.

—Tengo que pensarlo. Ahora mismo no estoy buscando un trabajo lejos de Seattle. —Lo miro, indecisa, y luego a los otros dos hombres—. Si eso es todo lo que me queríais decir, será mejor que me vaya. Dejo mi tarjeta en la barra. —Me giro, pero la voz firme de Remington me detiene.

—Contéstame ahora —dice con brusquedad.

—¿Qué?

Cuando me doy la vuelta, inclina la cabeza y sostiene mi mirada. El brillo de sus ojos ya no es juguetón.

—Te he ofrecido un trabajo, y quiero una respuesta.

Se hace el silencio. Nos miramos el uno al otro, este diablo de ojos azules y *yo*, y el intercambio de miradas no es banal. No puedo saber si su mirada significa algo más o no. Siento como si tuviera un ser vivo dentro de mí que se despierta cuando le miro a los ojos y *soy* consciente de la forma en que me devuelve la mirada con esos intensos e irresistibles ojos.

De acuerdo. Que le den a la estúpida lujuria. Necesito esto mucho más.

—Trabajaré para ti durante estos tres meses que te quedan de gira si la oferta incluye alojamiento, comida y transporte, me aseguras buenas referencias para cuando esté buscando otro trabajo y me dejas explotar el hecho de que he trabajado contigo para conseguir futuros clientes.

Se me queda mirando, así que me giro en redondo. Supongo que querrá pensárselo. Su voz me detiene de nuevo.

—De acuerdo —asiente significativamente, y no me lo puedo creer.

¿Me ha contratado?

¿Le he conseguido como mi primer empleo?

Despacio, sujetando la toalla a la cintura para que no se le caiga, Remington se levanta y mira a sus hombres.

—Pero quiero tener por escrito que no se marchará hasta que acabe la gira.

Sus músculos se abultan de un modo que resulta difícil no verlos. Se pone la toalla en su sitio y empieza a avanzar, y una vez más, parece felino y depredador mientras se acerca. Sonríe tan seguro de sí mismo que hace que aún lo parezca más. Sabe que me pone nerviosa. Y vaya si me pone nerviosa. Estoy contemplando más de un metro ochenta de pura fuerza bruta caminando hacia mí con la piel reluciente de aceite y ocho abdominales en su vientre, lo que en realidad es físicamente imposible, ¿pero cómo negar su existencia cuando están ahí? *Dios*.

Mi corazón se pone a cien cuando envuelve mi mano con una de sus enormes manos y baja la cabeza para mirarme directamente a los ojos. Susurra, mientras me sujeta con su poderoso agarre y su roce pasa como la electricidad a través de mí:

—Tenemos un trato, Brooke.

Creo que me acabo de desmayar.

Se echa para atrás y su sonrisa me atraviesa, cargada con mil megavatios, y luego se gira hacia sus hombres.

—Traédmelo en papel mañana y aseguraos de que llega bien a casa.

Melanie salta de la barra en cuanto me ve aparecer, con los ojos desorbitados por la curiosidad. Creo que la acabo de pillar metiendo una botellita de ron en el bolso.

— ¿Qué? ¿Tan rápido? Creía que el tío tendría más aguante —dice, enfadada en mi nombre.

—Colega, acaba de noquear a otros diez tíos del tamaño de un maldito oso pardo. Por supuesto que está cansado —dice Kyle, el único de los tres que no lleva una bebida en la mano.

—Chicos, relajaos, no hemos hecho nada —niego con la cabeza y casi me echo a reír al ver la apenada cara de Mel—. Pero he conseguido un trabajo para el verano.

— ¿Qué?

No he tenido tiempo de contarles prácticamente ningún detalle a mis amigos cuando los dos hombres de Remington aparecen a mi lado.

— ¿Está lista, señorita Dumas?

—Por favor, llamadme Brooke —Me siento ridícula cuando me llaman «señorita Dumas». Seguro que luego mis amigos no dejarán de burlarse de mí. —En serio, no hay problema. No tenéis que seguirme a ningún sitio.

Riley sacude su cabeza rubia y esboza una sonrisa torcida.

—Créeme, ni Pete ni yo podríamos dormir esta noche si no estuviéramos seguros de que has llegado bien a casa.

—Bueno, hola, creo que no nos han presentado debidamente —Mel se dirige a Riley con voz suave y sus ojos

brillantes, con las pupilas dilatadas incluso. Luego le habla con esa voz encantadora a Pete—. ¿Y tú quién eres?

Refunfuñando, hago las presentaciones rápidamente y luego cojo a cada una de las chicas del brazo mientras nos dirigimos al ascensor y después al coche de Kyle. Todavía tengo el corazón acelerado.

Todos están hablando con entusiasmo de la «experiencia» excepto Kyle, que frunce el ceño mientras se coloca al volante.

—Ha sido una entrevista jodidamente rara. ¿En una puta habitación de hotel?

—Qué me vas a contar.

Mi orgullo femenino se siente herido porque en algún momento me había convencido a mí misma de que el tío quería dormir conmigo. Y, en vez de eso, ¿me ofrece un trabajo? No está mal, pero no me lo esperaba para nada, eso seguro.

Creo que tengo los sensores estropeados, y probablemente la culpa es suya.

—Me siento tan importante al ver que nos están escoltando —dice Mel minutos después, y saca su móvil para hacer una foto.

—¿Qué haces?

Sí, se lo he preguntado, pero no estoy segura de querer saberlo.

—Lo estoy tuiteando.

—Recuérdame que no salga nunca más contigo.

Estoy tan alterada que no me aguanto ni a mí misma. Ojos azules. Hoyuelos. Hombros de un metro de ancho. Piel bronceada, brillante y resbaladiza. Pero nada de sexo... definitivamente ahora no puede haber nada de sexo con él.

¿A qué se dedican estos tíos? —quiere saber Mel.

No estoy segura. Creo que Riley, el rubio con el que quieres acostarte, es el ayudante del entrenador, y Pete su

asistente personal.

—En realidad quiero montármelo con los dos. Pete es mono con esa cara de niño bueno, pero está muy delgado. Y Riley parece un chico fácil. Definitivamente, los dos están bien, casi diría que están buenos. ¿Cuántos *años* crees que tienen? ¿Unos treinta?

Me encojo de hombros.

—Remington tiene veintiséis —dice—. Creo que ellos son un poco mayores. Remy es evidentemente más joven. ¿Cómo crees que se conocieron?

—Tú eres la que se sabe todos los cotilleos, ¿por qué me preguntas? Yo no me paso el día buscando a la gente en Google.

Sólo a él. Mierda.

—Brooke, cuéntanos más cosas de tu nuevo trabajo —interrumpe Kyle desde el asiento del conductor—. ¿En serio te vas a ir con un tío con esa reputación?

Necesito un momento para contestar porque todavía no me acabo de creer que tenga un trabajo, aunque sea sólo temporal.

Cuando era joven siempre me decían que había nacido para correr, y cuando me lesioné hubo muchos días —no sólo días, sino meses— en los que sentía que no servía para nada. La rehabilitación deportiva me curó en aspectos en los que podría no haberme recuperado nunca, y ahora, cuanto más lo pienso, más me gustaría ayudar a un hombre tan agresivo como Remington. Un cuerpo golpeado tan brutalmente seguramente necesitará serios cuidados.

—Sí, Kyle, lo haré. De hecho, si todo va bien y las condiciones del contrato son correctas, me marcho el domingo. Te prometo que puedo cuidar de mí misma: pregúntaselo a mi profesor de defensa personal. Le he dado varias palizas. Viajaré, será divertido, y quizás pueda convertirme en rehabilitadora independiente si consigo una buena recomendación. Si eso pasa, ni siquiera tendría que ir a más entrevistas de trabajo.

—Este tío podría tumbar a un elefante, Brooke. ¿No le has visto? Pandora seguro que lo ha hecho.

—No había nada más que ver aparte de él. Ese tío podría tumbar un maldito tren de elefantes —dice Pandora desde el asiento del copiloto. Ha estado ocupada fumando de su cigarrillo electrónico y echando vapor al aire. Hace una semana que «dejó» los cigarrillos de verdad.

—Me pregunto qué harían los tíos de detrás si parásemos en el *Jack In the Box*, hiciésemos un gran pedido y dijésemos que son ellos los que pagan —dice Melanie.

—Melanie... —digo suavemente—, ¿cuántas te has tomado? —Me fijo en que tiene una botellita de vodka en la mano e inmediatamente deduzco que es la botella que ha robado de la barra de Remington. Le pongo el tapón y la guardo en mi bolso—. Voy a estar trabajando con estos tíos durante tres meses, así que haz el favor de comportarte.

—Sólo para ver qué hacen, tía, venga —suplica Pandora.

Riendo, Kyle se dirige a la ventanilla y empieza a pedir una osa de cada. Echo mano a mi bolso, con un solo condón y mi tarjeta de crédito.

—Capullo —digo, tirándole el condón—. Sois unos críos. Para en la maldita ventanilla. Te vas a comer todo lo que has pedido.

Cuando Kyle para en la ventanilla del McDonald's estoy muy cabreada. Les hago esperar para pagar el pedido, y luego salgo del coche y me dirijo al Escalade. Llevo dos Happy Meals con dos pasteles de manzana a la ventanilla del conductor.

Tomad. Lo siento mucho. Os dije que no era necesario que me siguierais. Parece que tengo unos niños por amigos. Pero llegaré bien a casa, por favor volved al hotel.

No podemos —dice Pete desde dentro mientras Riley come unas patatas fritas.

—Están jodidamente buenas —dice.

—Sí, gracias, señorita Dumas —añade Pete, mientras me mira divertido.

Brooke, por favor —hecho un vistazo a mis amigos cuando se meten en el coche con las luces de emergencia encendidas y las caras giradas en nuestra dirección, y suspiro. —Así que, ¿siempre seguís las instrucciones al pie de la letra?

—Hasta el final —Pete sale del coche, anda hacia el Nissan Altima de Kyle y me abre la puerta trasera. El interior del coche se mantiene completamente silencioso hasta que entro dentro y nos dirigimos a casa.

—Creo que es muy sexy que quiera que llegues bien a casa.

—Melanie, ahora mismo el McDonald's te parece sexy, y eso que casi vomitas cuando viste *Supersize Me* y que lo has estado criticando desde entonces. Té huele el aliento a vodka y a hamburguesa.

—Bueno, Brooke, si te hubieras tomado una copa conmigo, no serías capaz de olerme. No hay más excusas, basta de «tengo una competición mañana». Deberías emborracharte y darle a Remington todos los bebés que quiera.

—El quiere gemelos pero ya le he dicho que esperaremos hasta habernos casado en Las Vegas. —Le doy un chicle de vitamina B y C—. Mastica esto. Sé que no es lo que quieres, pero hará que el alcohol desaparezca antes de tu cuerpo.

—Gracias, doctora. Te voy a echar de menos. Pero ya era hora de que Nora dejara de acaparar toda la diversión. Brookey, es un asco que tu hermana pequeña tenga una vida sexual mejor que la tuya cuando tú eres mucho más guapa. Por favor, poooooorfa, prométeme que me escribirás todos los días.

Sonriendo, me acerco a ella. Me encantaría que no estuviera borracha para poder hablar con ella en serio. No tengo ni idea de lo que he hecho, pero estoy emocionada. Lo único que sé es que no voy a echarme atrás. Mis padres estarán eufóricos cuando sepan que le he dado una nueva dirección a

mi vida, y yo estaré más que feliz cuando hable con ellos el domingo por la mañana me pregunten, como siempre, «¿alguna oferta de trabajo?» y pueda por fin contestar que *sí*.

Vale, van a ser solamente tres meses, pero quedará genial en el currículum. Además, es reconfortante que te aprecien como profesional, después de toda la formación.

—Lo haré, Mel. Todos los días —le digo mientras escucho cómo mastica afanosamente.

—Cuando te bese, tienes que escribirme inmediatamente.

—Mel, me ha contratado como especialista. No habrá besos, será todo profesional.

—Que le jodan a lo profesional —protesta.

—Sé profesional, Brooke —me advierte Kyle—. Si no, tendré que ir y tener unas palabras con él.

—Me alegro de que hayas dicho «palabras», Kyle, porque eso es todo lo que un hombre como tú puede conseguir si se enfrenta a Remington Tate —le dice Pandora, antes de echarse a reír.

Sonrío, porque la imagen de Kyle enfrentándose a Remy es realmente graciosa. Me viene un flash de hace un rato, y lo imagino como lo he visto antes, mirándome sin complejos, tan sexual como el mismo sexo, y me pregunto cómo me voy a sentir cuando tenga que poner mis manos sobre él.

Mi trabajo es extremadamente físico. No puedo ayudar a mis clientes sin tener algún tipo de contacto. He estado rehabilitando a los estudiantes del instituto, curando lesiones del mismo modo que hicieron con mi propia rodilla, pero nunca lie tocado a un hombre al que *deseara* tanto como a éste. Cada vez que entrene, necesitaré estiramientos, y ésa es mi especialidad. Ahora mi único objetivo será asegurarme de que Remington late sigue luchando como un campeón. De repente, estoy impaciente por formar parte de un equipo, aunque sea en un puesto diferente.

3. Hacia Atlanta

El jet privado es enorme y Pete me indica que suba a bordo antes que él. Me recogió en casa hace menos de una hora, y parece muy profesional con su traje de *Men in Black*. Subo las escaleras y me doy cuenta de que se puede estar completamente de pie dentro, como en un gran avión de pasajeros. Sin embargo, no he visto nunca un avión comercial con este lujo. Ante, cuero, madera de caoba, adornos dorados y pantallas de última generación decoran el interior. Hay toda una colección de extravagancias en este gran e increíble juguete de ricos.

Los asientos están colocados de manera que forman pequeños salones, y en la primera sección hay cuatro lujosos asientos de cuero blanco, más grandes que un asiento de primera clase. En ellos se encuentran un sonriente Riley, que se levanta para saludarme, así como otros dos miembros del equipo de Remington: Lupe, su entrenador personal, un hombre de cuarenta años calvo que se parece al Oliver Warbucks de la película *Annie*, y Diane, su cocinera y nutricionista, que reconozco como la mujer que me dio las entradas.

—Encantado de conocerla, señorita Dumas —dice el entrenador Lupe, con el ceño fruncido, que supongo que forma parte de su expresión natural.

Le doy la mano.

—Lo mismo digo, señor.

—Oh, bah. Llámame Entrenador, todo el mundo lo hace.

—Bueno, hola de nuevo —dice Diane, con un apretón de manos suave y delicado—. Soy Diane Werner, la cocinera, barra nutricionista, barra chica que reparte entradas.

Me río.

—Encantada de conocerte, Diane.

Se les ve abiertos y naturales, y noto una punzada de excitación ante la idea de volver a sentirme parte de un equipo. La verdad es que me sentiré enormemente feliz y satisfecha como profesional si, de ahora en adelante, cuando Remington Tate luche en el *ring*, se mueve tan ágilmente como un hilo pero con la fuerza de una docena de bueyes, y me encanta saber que estaré trabajando con otras personas con el mismo objetivo.

—Brooke —Pete señala a la parte trasera del avión. Más allá del pasillo alfombrado, después de otra sección con cuatro asientos, una gran pantalla de televisión y un enorme bar con paneles de madera, hay un banco de cuero que se parece sorprendentemente a un sofá. Y ahí en el medio, con el cabello oscuro e inclinado mientras escucha por los auriculares, está Remington Tate. Más de un metro ochenta de testosterona.

Un inesperado calor invade mi corriente sanguínea cuando le veo por primera vez a la luz del día. Lleva una camiseta negra que se pega a sus músculos y unos Taqueros gastados de cintura baja, y a su exageradamente musculado cuerpo le queda tan bien como a un modelo de revista mientras se recuesta en el espacioso banco gris del fondo.

Mi corazón se acelera de forma salvaje porque está tan increíblemente sexy como siempre. Me gustaría que no fuera tan evidente. Imagino que resulta imposible disimular una sexualidad tan descarada como la suya.

—Quiere que vayas —me dice Pete. Y no puedo evitar notar que lo ha dicho con cierto tono de disculpa.

Trago saliva y, nerviosa, me dirijo al pasillo cuando mira hacia arriba y sus ojos capturan los míos. Creo que los he visto resplandecer, pero no puedo leer nada en su expresión mientras me acerco y él me observa atentamente.

Su mirada me pone tan nerviosa que siento otra vez el hormigqueo en mi interior.

Es el hombre más fuerte que he visto *jamás*, en toda mi vida, y estoy suficientemente familiarizada con la materia para saber que, implantado en mis genes y mi ADN, hay el deseo natural de tener descendencia sana y ello conlleva una

desesperada necesidad de emparejarme con quien yo considere el mejor macho de mi especie. Nunca en la vida había conocido a un hombre que despertara mis instintos de apareamiento de esta forma. Mi sexualidad arde cuando él está cerca. Es algo surrealista. Esta reacción. Esta atracción. Si Melanie me lo estuviera explicando y no me sintiera como si tuviera una olla hirviendo debajo de mi piel, no me lo habría creído.

¿Cómo voy a poder librarme de esto?

Sus labios se curvan ligeramente, como si se estuviera riendo en silencio por alguna broma privada. Cuando estoy a un metro de distancia, se quita los auriculares. La música rock rompe el silencio y apaga bruscamente el iPod. Señala a su derecha y me siento, intentando con todas mis fuerzas bloquear el efecto que tiene en mí.

Es increíble el carisma que desprende, es como ver a una estrella de cine en persona. Tiene un aura de pura fuerza bruta y cada centímetro de su cuerpo es esbelto y musculoso, dándole el aspecto de hombre adulto, pero esa expresión entre encantadora y juguetona le hace parecer más joven y dinámico.

Me llama la atención que seamos los más jóvenes en el avión y me siento aún más joven cuando estoy sentada junto a él, como si hubiera vuelto a la adolescencia. Sus labios se curvan; sinceramente, nunca he conocido, nunca, a un hombre más seguro de sí mismo, recostado casi de forma sensual en su asiento, atento a todo lo que ocurre a su alrededor.

— ¿Has conocido al resto del equipo? —pregunta.

—Sí.

Sonrío.

Me mira, mostrando sus hoyuelos y evaluándome con los ojos. La luz del sol le da en la cara con el ángulo perfecto para iluminar las motas de sus ojos; sus pestañas negras y gruesas envuelven esas piscinas azules que me atrapan dentro.

Quiero empezar siendo profesional, ya que es la única forma en que esto puedo funcionar, así que me pongo el

cinturón y comienzo el trabajo.

— ¿Me has contratado por alguna lesión deportiva específica o para prevenirlas? —pregunto.

—Como prevención.

Su voz es ronca y me pone la piel de los brazos de gallina, y me fijo, por la forma en la que su gran cuerpo está girado hacia mí, en que no parece creer necesario llevar cinturón de seguridad en su avión.

Asintiendo, dejo que mis ojos recorran su potente pecho y sus brazos. Entonces me doy cuenta de que quizás lo estoy mirando de una manera demasiado descarada.

— ¿Cómo tienes los hombros? ¿Y los codos? ¿Quieres que trabaje alguna parte especial para Atlanta? Pete me ha dicho que es un vuelo de varias horas.

Sin contestar a mi pregunta, simplemente extiende su mano hacia mí; es enorme, con cicatrices recientes en los nudillos. Me la quedo mirando hasta que me doy cuenta de que me la está ofreciendo, así que la tomo entre las mías. Un escalofrío de conciencia surge de su mano hasta mí. Sus ojos se oscurecen cuando empiezo a frotar la palma de su mano con mis pulgares, buscando nudos y tensiones. El contacto de mi piel con su piel es sorprendentemente potente, e intento llenar el silencio a nuestro alrededor que, de repente, se ha vuelto opresivo.

—No estoy acostumbrada a unas manos tan grandes. Era más fácil masajear las de mis estudiantes.

Sus hoyuelos han desaparecido. Ni siquiera sé si me escucha. Parece ensimismado mirando mis dedos en su mano.

—Lo estás haciendo muy bien —dice en voz baja.

Me concentro en la palma de su mano, en cada una de sus docenas de callos.

— ¿Cuántas horas entrenas al día? —pregunto con calma. El avión despegue con tanta suavidad que apenas me doy cuenta de que estamos en el aire.

Él sigue mirando mis dedos, con los ojos entrecerrados.

—Ocho, cuatro y cuatro.

—Me encantaría poderte ayudar con los estiramientos cuando termines el entrenamiento. ¿También lo hacen tus otros especialistas? —pregunto.

Asiente, sin mirarme. Después eleva los ojos.

— ¿Y tú? ¿Quién trata tu lesión? —señala mi rodillera, visible a través de mi falda, que se ha levantado ligeramente cuando me he sentado.

—Nadie. Ya acabé la rehabilitación. —La imagen de él viendo mi vergonzoso vídeo me revuelve el estómago—. ¿También me has buscado en Google? ¿O te lo han contado tus chicos?

Libera su mano de las mías y señala hacia abajo.

—Vamos a echarle un vistazo.

—No hay nada que ver.

Pero como continúa mirando mi pierna a través de esas oscuras pestañas, extiendo y levanto la pierna un par de centímetros para enseñarle mi rodilla. La coge con una mano y quita el velero con la otra para mirar mi piel, luego pasa los pulgares por la cicatriz de mi rótula.

Siento algo completamente diferente cuando él me toca.

Su mano está sobre mi rodilla y noto sus callos en mi piel. No. Puedo. *Respirar*. Presiona un poco, me muerdo el labio inferior y expulso el poco aire que me queda en los pulmones.

— ¿Todavía te duele?

Asiento, pero en lo único en lo que puedo pensar es en su gran y áspera mano. Tocando mi piel.

—He estado corriendo sin la rodillera, aunque sé que todavía no debería. No creo que me haya recuperado del todo.

— ¿Hace cuánto fue?

—Seis años. —Titubeo y luego añado—. Y dos... de la segunda vez.

—Ah, una doble lesión. ¿Sigue siendo sensible?

—Mucho. —Me encojo de hombros—. Supongo que es bueno que ya hubiera empezado las clases de rehabilitación cuando me lesioné por segunda vez. Si no, no sé lo que habría hecho.

—¿Es duro abandonar la competición?

Me mira con total franqueza e interés, y yo ni siquiera sé por qué estoy contestándole. No he hablado abiertamente de esto con nadie. Me duele demasiado. Mi corazón, mi orgullo, mi alma.

—Sí, lo es. Lo entiendes, ¿verdad? —pregunto en voz baja, mientras él vuelve a bajar mi pierna.

Me aguanta la mirada mientras pasa suavemente el pulgar por mi rodilla, luego los dos nos quedamos mirando, igualmente sorprendidos tanto por lo fácil que ha sido para él dejarlo ahí durante toda la conversación, como para mí permitirlo. Retira el dedo y no decimos nada.

Vuelvo a poner la rodillera, pero me siento como si hubieran rociado mi piel con gasolina y fuera a estallar en llamas en el momento en que me vuelva a tocar.

Mierda.

Esto no es bueno, no sé qué hacer. La relación con mis clientes ha sido siempre informal. Me llaman por mi nombre y yo a ellos por el suyo. Trabajamos mucho y tenemos mucho contacto, pero nunca me tocan. Sólo lo hago yo.

—Ahora ésta.

Me alarga la otra mano mientras habla, y estoy más o menos agradecida por la oportunidad de poder acostumbrarme a tocarle por trabajo.

Se mueve a mi lado, cojo su mano entre las mías y le extiendo los dedos. Se recuesta en el asiento y estira su brazo libre, el que está más cerca de mí, por el asiento, detrás de mi cabeza. Soy totalmente consciente de que tiene su brazo ahí, que me quema aunque no me toque, y de nuevo, asombrada y

extrañamente fascinada por su mano, lo áspera, firme y encallecida que es.

No sé por qué se sienta en un banco y no en un asiento, pero de repente su muslo está demasiado cerca. Tiene las piernas extendidas, ocupando dos asientos y dejándome a mí sólo uno; puedo oler y sentir cada centímetro de él.

Nuestros compañeros de viaje ríen en la parte delantera del avión y sus ojos se dirigen hacia allí, y luego vuelven a mí. Me doy cuenta de que me está mirando mientras presiono la palma de su mano con mis pulgares, apretando fuerte la piel hasta que siento que el pequeño nudo que he encontrado ha desaparecido. Sigo masajeadando y buscando, pero no encuentro ninguno más, así que paso a su muñeca.

Tiene la muñeca más ancha y robusta que he visto nunca, y un antebrazo perfectamente construido, con gruesas venas que suben por su brazo. Sujeto su mano mientras le giro la muñeca, y me pierdo en el movimiento de su articulación, completamente flexible. Palpo su antebrazo y su bíceps, que se tensa y relaja para mí. Cierro los ojos y trabajo a fondo con el músculo. De repente, él dobla el brazo y me rodea la mano con la nuca. Se inclina hacia mí y susurra:

—Mírame.

Abro los ojos para ver que los suyos brillan, como si algo le luciera gracia. Creo que sabe que me estoy excitando un poco. Quiero soltar su brazo y girarme, pero sin que sea demasiado evidente, así que lo bajo con cuidado y le sonrío.

—¿Qué?

—Nada —contesta, mostrando sus hoyuelos—. Estoy impresionado, Brooke. Eres muy meticulosa.

—Lo soy. Y espera a que llegue a tus hombros y espalda. A lo mejor tengo que ponerme encima de ti.

Alza una ceja y parece muy divertido.

—¿Cuánto pesas?

Le guiño un ojo.

—Parezco delgada, pero sigo teniendo algo de músculo.

Se ríe y ladea la cabeza con curiosidad mientras coge mi brazo y sujeta mi pequeño bíceps con dos dedos. Afortunadamente, sigue firme cuando él lo agarra.

—Mmm —dice, sus ojos brillan alegremente.

—¿Qué? ¿Qué significa «mmm»? —pregunto.

Coge mi mano descaradamente y rodea su abultado y sexy bíceps con mis dedos. Ni siquiera lo tensa, pero su piel suave y firme, bajo mis dedos me deja sin respiración. Es tan... hombre. Me enseña su bíceps. Me doy cuenta de que me está mirando, sus ojos azules resplandecen con una intensidad juguetona. Como respuesta, me muerdo el labio inferior.

Puesto que mi trabajo implica tocarle, bastante, sería un poco raro que quitase la mano. En su lugar, aprieto un poco con mis dedos. Es como palpar una roca que *no* cede nada. Para nada.

—Mmm —digo con mi mejor cara de póquer, intentando ocultar mis emociones. Estoy destrozada. Completamente destrozada. Cada órgano sexual de mi cuerpo está despierto y anhelante. Mis instintos reproductores están alerta, rugiendo dentro de mí.

Se ríe y sube su mano otra vez a mi brazo. Mete las yemas de los dedos por dentro de la manga de mi camisa abotonada y los desliza por mi tríceps, en la parte trasera de mi brazo. Sus ojos centellean endiablados porque sabe que me puede pillar. Ésta es una de las peores zonas de una mujer, un lugar donde la grasa corporal se puede medir con un simple pellizco.

No hay un solo lugar de su cuerpo donde pudiera encontrar un ápice de grasa. Seguro que consume doce mil calorías diarias para poder mantener esa masa muscular, que es lo que Michael Phelps, el nadador olímpico, toma cada día cuando entrena. Su ingesta calórica es más de cinco veces lo que como yo para mantener mi peso, pero ahora mismo no puedo hacer la cuenta exacta. Sus dedos siguen ahí, dentro de mi manga, tocando mi piel. Su cara muestra una sonrisa juguetona, sus ojos son traviosos y la atmósfera ha cambiado; ahora siento que no sólo nosotros somos increíblemente

conscientes de nuestros cuerpos, sino que el resto de gente del avión también lo es.

—Mmmm —dice, suavemente, y finalmente me pellizca ligeramente. Los dos nos echamos a reír.

Me aclaro la garganta y me enderezo, incapaz de tocarle más. Me siento peligrosamente aturdida y no estoy nada contenta. Así que saco mi iPod y los auriculares de un pequeño bolso de viaje que llevo y los pongo en mi regazo. Los mira, luego coge mi iPod, conecta sus auriculares y empieza a echarle un vistazo a mi música, dándome a mí el suyo. Busco en su lista, y odio absolutamente todas sus canciones. Le gusta el rock PURO. Me quito los auriculares y vuelvo a coger mi iPod.

— ¿Quién puede relajarse con esto?

— ¿Quién quiere relajarse?

—Yo.

—Toma —vuelve a darme su iPod—. Tengo algunas canciones para ti. Escucha una de las mías y yo escucharé una de las tuyas.

Está eligiendo una canción para mí de su iPod, así que yo busco una que me guste en el mío y escojo un himno femenino llamada *Love Song* de Sara Bareilles, en la que básicamente la chica le dice al chico que no va a conseguirla. Se la pongo.

Mi amor por los himnos femeninos es casi legendario. Nuevos y viejos. Es lo único que escuchamos mis amigos y yo. Incluso Kyle los canta.

Luego, conecto los auriculares para ver cuál ha escogido para mí, y algo extraño le sucede a mi cuerpo cuando escucho las primeras palabras de la canción... *Iris*, de Goo Goo Dolls.

Agacho la cabeza para que no vea que me estoy sonrojando y me esfuerzo en no pararla porque esto es brutalmente íntimo.

Escuchar esta canción increíblemente preciosa.

Que él, curiosamente, ha seleccionado para mí.

Pero no me atrevo a pararla. Incluso cuando se inclina hacia adelante para captar la expresión de mi cara. Su rodilla roza la mía, y la zona de mi piel que está en contacto con la suya me quema mientras la canción sigue derramándose en mis oídos, contándome las cosas que sería capaz de abandonar para tocarme, y que le gustaría pasar desapercibido para todo el mundo, menos... *para mí*.

Creo que no estoy respirando, ni siquiera sé si puedo.

Él también está escuchando mi canción, y sus ojos están tan cerca de los míos cuando levanto la cabeza que puedo contar cada una de sus largas y oscuras pestañas. Juraría que sus iris son más azules que el mar del Caribe.

Sus labios se curvan socarronamente, y sacude su cabeza con lo que creo que es una risita. Una risita que evidentemente no puedo oír porque estoy escuchando el final de *Iris*, que escuché por primera vez en la película *City of Angels* y que me hizo llorar durante, no sé, días. Un chico lo deja todo, literalmente, para poder estar con la chica de la que está enamorado y luego sucede algo trágico, como en una novela de Nicholas Sparks.

Cuando llega el final y empieza el silencio, me quito los auriculares lentamente y le devuelvo su iPod.

—No sabía que tenías canciones lentas —murmuro, completamente absorta en manipular mi iPod cuando me lo devuelve.

Su voz es baja e íntima.

—Tengo veinte mil canciones, tengo de todo.

— ¡No! —digo de forma automática, sin creerle, me giro para comprobarlo, y es cierto. Mel piensa que es la leche porque tiene diez mil; voy a tener que decirle que desde luego *no* lo es.

Y ahora, lo que no puedo dejar de pensar es que, de veinte mil canciones, él escogió esa para mí.

— ¿Te ha gustado? —Sus ojos me atraviesan. Sé que puede notar que me he ruborizado, pero no puedo evitarlo.

Asiento.

Mi iPod está más caliente que de costumbre mientras empiezo a jugar con él nerviosamente. Me niego a pensar que es por su mano. Pero es por su mano, esa mano grande, bronceada, llena de cicatrices, masculina y maravillosa. Con las mejillas ardiendo aún más que antes, intento sumergirme en mi propio mundo musical.

De vez en cuando, durante el vuelo, me da sus auriculares y su iPod y me hace escuchar una canción y buscar otra para él. No sé qué me pasa, pero cada vez que me mira con esa sonrisa despreocupada, enseñándome los hoyuelos, mientras escucha todos los himnos femeninos que le pongo como *I Will Survive* de Gloria Gaynor, me quiero derretir, sobre todo cuando, al mismo tiempo, el sinvergüenza sonrío con maldad y parece decidido a meterse conmigo poniéndome *Love Bites* de Def Leppard.

Creo morir cuando el potente sonido inunda mis oídos, esas profundas voces masculinas penetrando en mi interior. <.nía palabra sensual parece presionar sin vergüenza mi sexo. Las palabras son tan crudas y carnales que me hacen pensar en él y en mí, tocándonos, besándonos, amándonos... y me da rabia que durante una fracción de segundo creo que eso es exactamente lo que él quiere que piense.

Comparto habitación con Diane en Atlanta. Me encanta que mantenga su pasta de dientes y todos sus utensilios femeninos tan cuidadosamente guardados como yo. Es una compañera de habitación *estupenda*, alegre y positiva en todo momento, y es genial que podamos hablar de cocina saludable por las noches, cuando nos metemos cada una en nuestra propia cama de matrimonio.

Me ha explicado que compra cada mañana los mejores ingredientes locales, lo más frescos posible, y alimenta a Remington solamente con comida orgánica. El programa

diario de comidas es cada tres o cuatro horas, por lo que los entrenamientos parecen estar separados en periodos 3—2—3 o 4—4, con comidas más pesadas en el último caso. Este hombre come como tres leones hambrientos. Muchas proteínas. Muchas verduras. Y en la media hora de descanso entre entrenamientos, tantos hidratos de carbono que incluso yo me empacho de sólo pensar en las deliciosas patatas y pastas que devora.

Especia todas las comidas con hierbas naturales como el tomillo, la albahaca, el romero, un ligero toque de ajo o cayena, y algunas otras sorprendentes combinaciones que estoy apuntando para cuando vuelva a casa. Se ha divorciado con treinta y nueve años, y también me ha contado que el último combate de la gira será en Nueva York, una ciudad que siempre he querido visitar.

Mañana Remington tiene su primer combate, de dos, en Atlanta, y esta tarde me descubro a mí misma yendo por los laterales del gimnasio que ha alquilado, esperando para ayudarle con los estiramientos cuando acabe. Es nuestra tercera noche aquí y ya he podido averiguar que Remington Tate entrena como un poseso.

Un.

Poseso.

Hoy, en particular, parece imparable.

— ¿Hay alguna razón por la que esté entrenando tan fuerte hoy? —le pregunta Pete al entrenador Lupe.

— ¡Eh, Tate! ¡Para de hacerte el chulo delante de Brooke! —grita Lupe, y oímos una risa desde el otro lado del gimnasio, donde Remington está matando, asesinando sin piedad, a un saco de boxeo.

—No consigo agotarlo —dice Lupe mientras se vuelve de nuevo hacia nosotros. Se pasa una mano por la calva y comprueba una especie de cronómetro que lleva colgado al cuello. Su ceño habitual está más marcado—. Hoy llevamos ya nueve horas, y sigue teniendo energía. Pero a mí no me mires, Pete. Los dos sabíamos que esto iba a pasar desde que...

Giran las cabezas hacia mí, como si no pudieran seguir hablando hasta que me esfumara, y elevo las cejas.

— ¿Qué? ¿Queréis que me vaya?

Lupe niega con la cabeza y vuelve a mirar Remington, que sigue con la pera de boxeo y se mueve como un murciélago batiendo las alas por todas partes. Sus brazos se balancean con una precisión perfecta. Cada embestida golpea el centro de la pera, produciendo un sonido rítmico que se repite en periodos de menos de un segundo, *tadumtadumtadumtadum...*

—Nueve horas al día es excesivo, ¿no crees? Incluso siete horas es una locura —le digo a Pete desde la barrera. Hoy hemos superado con creces el tiempo de entrenamiento 4—4, y estoy sorprendida por que pueda seguir entrenando.

Ni cuando me entrenaba para los Juegos Olímpicos siquiera lo hacía tan duro. Francamente, el horario de entrenamiento de Remington me produce ansiedad. Hoy ha hecho abdominales colgado: se cuelga de los pies y dobla su cuerpo hasta tocar rodillas con los codos lo más rápido que puede, trabajando perfectamente esos marcados abdominales como si no estuviera haciendo ningún esfuerzo. Hace dominadas, flexiones, estiramientos, fondos. Salta a la cuerda con un solo pie, luego cambia al otro, y entonces cruza la cuerda, se balancea, da la vuelta y gira, todo esto mientras yo a duras penas consigo *ver* la cuerda. La hace moverse tan rápido mientras golpea rítmicamente el suelo. después de eso, boxea al aire o practica con un ayudante, y cuando ese ayudante se cansa antes que él, como ha hecho hoy, Remy vuelve con los sacos o las peras de boxeo, y acaba empapado.

—Le encanta extenuarse —me explica Pete mientras continuamos mirándole—. Si puede seguir dando puñetazos a última hora del día, se enfada con el entrenador porque no le ha entrenado lo suficiente.

Necesita más de una hora para bajar el ritmo, y para cuando Lupe silba, la que está muerta de cansancio después de la estimulación visual que supone observar entrenar a

Remington Tate soy yo. Cada movimiento que hace es tan agresivamente primario que me parece sexual.

Incluso con pantalones de cYhándal y una simple camiseta se puede apreciar el movimiento de los músculos de la parte superior de su cuerpo a través de la empapada tela de algodón. La forma en la que sus pantalones descansan en su estrecha cadera hace que mis pechos estén tan hinchados y doloridos que juro por Dios que no me puedo imaginar cómo será cuando un día tenga que amamantar a un bebé.

Reprimiendo un escalofrío, muevo las piernas y me dirijo hacia las colchonetas, donde está Remington, esperándome sin camiseta. Por su torso descienden regueros de sudor, y sé perfectamente que está excitado y que sus músculos han trabajado hasta la extenuación. Ya no le queda glucógeno en el organismo, sus niveles de glucosa estarán bajos, y estará tan caliente que será como un bollo recién hecho cuando empiece a trabajar con su cuerpo. La mera expectativa me pone a mí igual de caliente. Mi sueño es dedicarme a esto, pero un trabajo de tanto contacto con este hombre es un gran desafío. No sólo porque sus músculos son increíblemente fuertes comparados con los míos, sino porque apenas puedo tocar su bronceada piel sin sentirme embriagada. Cada poro de mi ser salta de emoción y se concentra en cualquier parte de mi cuerpo que esté en contacto con él. Odio esta falta de control.

Examino sus músculos abultados mientras se seca con una toalla que luego pasa descuidadamente por su cabello húmedo, dejándolo más puntiagudo y sexy. Yo llevo deportivas y un fino conjunto de correr para poder moverme más fácilmente sobre él. Sus espectaculares ojos azules me recorren mientras me acerco.

Está jadeando, sin sonreír, luego se tira en un banco mientras voy hacia allá y me acerco a él desde atrás.

Gruñe cuando envuelvo mis dedos alrededor de sus hombros y empiezo a masajear a fondo. Cuando le toco me golpean en la barriga chispas de excitación, pero intento reprimir mis emociones y me concentro en relajar su cuello, sus tríceps, sus bíceps. Presiono sus pectorales, su vientre,

intentando no responder como una mujer cada vez que sus músculos se contraen bajo mis dedos. Su piel es increíblemente tersa al tacto.

Trabajamos en cada articulación, presionándolo todo para relajarlo. A veces mis movimientos hacen que suelte un ligero ronroneo. Mi sexo se contrae e intento relajarlo, pero cada vez que él gruñe, se tensa más.

Odio que me pase esto.

Parece que el arte de relajar a este hombre me enerva a la décima potencia.

Pero por lo menos ahora tengo trabajo.

Respirando despacio y hondo, invierto tiempo extra en masajear sus deltoides, la parte más redondeada del hombro. Los estiro y contraigo. Luego continúo con el supraespinoso, un pequeño músculo del manguito rotador, el más dañado de los cuatro que rodean el manguito.

Sigue jadeando cuando termino, pero ahora, yo también estoy agotada.

El entrenador da un silbido.

—De acuerdo, a las duchas. Nos vemos mañana a las seis de la mañana listo para pelear. Y vete a *comer*. Una maldita vaca entera.

Remington me tira de las manos para levantarme del suelo donde hemos estado trabajando su espalda. Sus ojos azules brillan cuando aprieta mis dedos un segundo más de lo que yo esperaba.

— ¿Todavía no te vas a subir encima de mí?

Necesito un momento para recordar nuestra conversación en el avión, y yo sonrío con superioridad.

—Todavía no. Pero no te preocupes, si sigues entrenando así tendré que hacerlo antes de lo que esperas.

Ríe y se echa una toalla alrededor del cuello mientras se dirige a las duchas.

Varias horas más tarde sigo pensando en él. Me imagino que se habrá dormido completamente después del esfuerzo que ha hecho. Yo, en cambio, sigo despierta, insomne. Ya he apretado mi tríceps tres veces desde que llegamos aquí y he llegado a la conclusión de que no estoy gorda, y aun así, todavía me pregunto lo que significa «mmm».

Pienso en el avión, en sus manos en mi tríceps, en sus ojos azules en mi cara y en la forma en la que su mirada me recorre cuando me acerco para estirarle. Pienso en cómo se ha burlado y se ha divertido conmigo durante estos tres días, y no comprendo por qué eso me hace retorcerme por dentro y sentir pequeños escalofríos de calor que me rodean.

Mis glándulas adrenales van a estallar si esto continúa así.

Intento pensar en otra cosa, pero mis piernas están inquietas bajo las sábanas, y me devora la necesidad de salir fuera y correr. Ojalá pudiera activar mi corazón, sentir las endorfinas en vez de esos extraños tintineos en mis nervios que me reconcomen, esta extraña necesidad que florece dentro de mí cuando veo a Remington Tate. Aunque se lo negué a Melanie, estaba segura de que me deseaba aquella primera noche en Seattle, pero no sé lo que pasó para que me contratara en su lugar.

Pero eso es lo que yo quería, ¿no? Un trabajo.

Salvo por el hecho de que el precio a pagar por mi nuevo trabajo es un poco de tortura sexual. Gran cosa. Mañana lo llevaré mejor. Convencida de mi nueva resolución, cojo el iPod de la mesita de noche, lo pongo en marcha y me obligo a mí misma a escuchar cualquier canción excepto las que él me ha puesto.

4. Corriendo

— ¡Remy! ¡Que salga Remy ya! ¡REMINGTOOOOON!

El grupo de mujeres que está en los asientos detrás de mí está gritando hasta dejarse los pulmones.

Así que es fácil imaginar por qué es tan, tan complicado evitarle cuando todos a mi alrededor están llamándole a gritos, y especialmente cuando mi cuerpo está lleno de adrenalina por el combate que está a punto de comenzar.

Es un sentimiento deliciosamente familiar, el que hierve a fuego lento dentro de mí cuando me siento entre el público de la Liga de Atlanta, esperando a que Remington salga al cuadrilátero. Me siento como si fuera yo la que va a luchar, y mi cuerpo está listo para hacerlo. La sangre corre por mis venas caliente y fluida, mis glándulas adrenales bombean hormonas, y mi mente parece tan clara como un cristal recién limpiado. Mantengo las piernas inmóviles bajo el asiento, al igual que las manos, pero todo es un truco. La calma de la preparación. Mientras que por fuera todo parece estar en calma, por dentro hay un fuego ardiente. Ahora es cuando todo está tranquilo y se acumula en el interior, y así cuando llega el momento en el que sale al exterior, lo hace con una concentrada precisión que desala tu energía en una explosión perfectamente planeada.

Incluso ahora, recuerdo estar en cuclillas en la parrilla de salida, con todos mis sentidos concentrados en el sonido del disparo de salida, donde todo, y quiero decir todo, se dispara con ese sonido, y pasas de estar completamente quieta a correr con toda tu alma en una fracción de segundo.

Ahora parece que todo lo que espero es escuchar su nombre anunciado, y cuando por fin escucho «¡REMINGTON TATE, EL DEPREDADOR!» una nueva corriente se extiende por mi cuerpo, y como no puedo correr, no hay desahogo para lo que ocurre dentro de mí, solamente este increíblemente

potente anhelo alimentado por las hormonas que mi propio cuerpo produce, y que no tengo forma de parar.

Me levanto de mi asiento como el resto del público, pero todo lo que puedo hacer es verle subir a la pista como sólo él sabe hacer. El público se vuelve loco por él, y yo también estoy un poco aturdida. Ahí está, la fantasía viviente de toda mujer, haciendo su lento y arrogante giro, con el pelo negro de punta, el pecho bronceado, una sonrisa con hoyuelos —una sonrisa *matadora*—, todo incluido en este hombre que es Remington Tate. Es la perfección personificada, y una nueva avalancha de hormonas me recorre cuando hago lo mismo que el resto de la gente y centro mi mirada en él, tan descarado con esos pantalones cortos de boxeo y tan impresionantemente sexy. Se ha convertido en el centro de mi atención.

El centro. De mí. Mundo.

Desde que dejé de competir, he ganado grasa corporal y ahora estoy en un saludable dieciocho por cierto. Tengo más curvas que antes, el trasero un poco más levantado y un bonito relleno en el pecho. Pero nunca he sido tan consciente de su cuerpo, de sus partes internas y externas que cuando interactúo con este hombre. No sé si alguna vez me podré acostumbrar a esto. Si podré conseguir que deje de hacerme esto. Si podré *acostumbrarme* a la idea de que, sí, este hombre hace que pierda el control de mi cuerpo.

—Y ahora, el famoso y aclamado Owen Wilk.es, *el Grillo irlandés!*

Mientras su pelirrojo oponente llega al cuadrilátero, la mirada azul de Remington barre la multitud hasta que me ve. Nuestros ojos se encuentran y al instante me quedo sin aliento. Sus hoyuelos aparecen para formar una sonrisa perfecta que llega hasta mí, cargando de electricidad mis terminaciones nerviosas.

Sigo sonriendo como una idiota cuando suena la campana, y no quiero contener la respiración mientras veo el combate, pero lo hago. Remington parece un rottweiler aburrido mientras su oponente, el Grillo, salta arriba y abajo del *ring* como un pequeño canguro.

Le deja fuera de combate rápidamente, y como sigue ganando, lucha contra una serie de nuevos oponentes, uno detrás de otro. Por lo que me ha contado Pete, sólo los primeros ocho finalistas de cada ciudad compiten en la siguiente ciudad. Todo se decidirá en un gran combate al final de la gira, en Nueva York, donde sólo los dos mejores hombres podrán enfrentarse en un largo combate de dieciséis rondas, no en uno normal de tres.

Ahora Remington se enfrenta a un hombre que parece más un luchador que un boxeador. Sus abdominales son flácidos y voluminosos, y es el doble de ancho que Remington. Algo feroz y primitivo despierta en mi interior, y me levanto gritando en silencio «¡no!» cuando el hombre al que llaman el Carnicero golpea con fuerza la caja torácica de Remy. El puñetazo es tan fuerte que puedo oír cómo Remy se queda bruscamente sin respiración.

El miedo se apodera de mí aunque se haya recuperado en pocos segundos, y mi corazón no deja de golpear en mi pecho. Me muerdo el labio mientras le veo lanzar un conjunto de puñetazos contra el abdomen del Carnicero. Cada parte de su flexible y fuerte cuerpo se mueve de una forma tan fluida que a veces olvido que está luchando contra alguien por cómo me hipnotiza con sus movimientos.

Me encanta ver esas poderosas piernas, de músculos marcados, y cómo las mueve con fuerza y agilidad al mismo tiempo. Me encanta cada flexión de sus cuádriceps, sus hombros, sus bíceps. La forma en que su tatuaje en forma de enredadera rodea sus brazos no hace otra cosa que enfatizar la precisión con la que están formados sus hombros y sus bíceps.

— ¡Buu! ¡Buu! ¡Buu! —empieza a gritar la multitud después de que Remy reciba otro golpe en el pecho. Hago una mueca de dolor cuando el Carnicero continúa con un puñetazo directo al labio de Remy. Su cabeza oscila y veo gotas de sangre caer a sus pies, y de nuevo me escucho a mí misma decir «¡no!», en voz baja. Se endereza y recupera la posición, mientras lame la sangre que mana del corte en el labio. Pero no consigo entender por qué está bajando la guardia.

Parece que no se está cubriendo, e incluso el entrenador y Riley fruncen el ceño, perplejos, desde la esquina del cuadrilátero, mientras observan cómo se desarrolla el combate. Remington está golpeando de una forma excelente, pero le está dando demasiado acceso al Carnicero para que llegue a su región torácica superior. Estoy confundida y deseando que termine; todo lo que sé es que puedo *sentir* dentro de mí cada puñetazo que lanza este horrible hombre como una puñalada en el estómago.

Cuando el Carnicero golpea su costado una vez más y Remy cae sobre una rodilla, me quiero morir.

— ¡No! —Un grito rasgado sale de mí.

Cuando la mujer a mi lado me oye, se pone las manos en la boca y grita:

— ¡Levántate, Remy! ¡LEVÁNTATE! ¡Patéale!

Suelto un suspiro de alivio cuando vuelve a levantarse y se quita la sangre de los labios, pero sus ojos miran en mi dirección, y recibe otro puñetazo que le lanza contra las cuerdas.

Tengo los nervios tan destrozados que necesito esconder la cabeza y dejar de mirar por un momento. Siento, literalmente, una bola de fuego en mi garganta que me impide tragar saliva. Verle recibir una paliza y no poder hacer nada para evitarlo me hace sentir tan indefensa como cuando me lesioné la rodilla. Esta pasividad no me va. Me devora la pura necesidad de ir allí y golpear a ese jodido gordo, o simplemente marcharme. Luchar o huir. Pero en cambio, me quedo simplemente aquí *sentada*, y es horrible.

De repente, empieza el coro habitual.

—REMY... REMY... REMY...

Algo ha debido pasar mientras no miraba, porque se desata el caos en el recinto y la gente empieza a gritar:

— ¡Sí! ¡REMY, REMY, REMY!

La voz del presentador resuena a través de los altavoces.

— ¡Nuestro vencedor, damas y caballeros!
¡DEPREDADOR! ¡Deeeeeepreedaador! Sí, mis hambrientas señoritas, ¡gritad con todas vuestras fuerzas al más malo de todos los chicos malos que ha pisado este cuadrilátero!
¡Depppppreeedaaaador!

Levanto la cabeza y me invade la sorpresa cuando veo que el equipo médico se está llevando al hombre gordo, al que parece que Remington le ha roto varias costillas.

Pero mi hombre ya no está en el *ring*.

Puede que también tenga alguna costilla rota.

Dios mío, ¿qué diablos acaba de pasar?

Me escabullo de entre la multitud tan rápido como puedo y me dirijo a los vestuarios. Mi corazón sigue a mil por hora y mi cuerpo aún anhela un desahogo. Me encuentro con Lupe discutiendo acaloradamente con Riley sobre cómo «el capullo está jugando con fuego». Cuando se dan cuenta de que estoy allí, el entrenador me da la espalda y Riley señala las escaleras con un dedo, luego saca la llave de la *suite* de Remy del bolsillo de sus vaqueros y me la da. La cojo y me dirijo al hotel; gracias .a Dios que está a la vuelta de la esquina.

Encuentro a Remington sentado en el banco a los pies de la cama, su pelo puntiagudo encantadoramente descolocado, como siempre. Su respiración sigue siendo irregular. Me inunda una oleada de alivio cuando levanta la cabeza y me obsequia con una sonrisa perezosa, esa en la que sólo aparece un hoyuelo.

— ¿Te ha gustado el combate? —pregunta. Tiene la voz ronca por la deshidratación.

No puedo decir que no, pero tampoco que sí. No sé por qué ha sido una experiencia tan difícil para mí. Así que digo:

—Le has roto las costillas al último.

Levanta una estilizada y oscura ceja, después se termina el Gatorade y lo lanza rodando al suelo.

— ¿Estás preocupada por él o por mí?

—Por él, porque será el que no se podrá levantar mañana —lo digo en tono de broma, pero aunque gruñe, no sonrío.

Estamos solos.

Y de repente, cada poro de mi cuerpo se vuelve consciente de ello.

Mis manos tiemblan ligeramente. Cojo un poco de bálsamo y me arrodillo entre sus piernas para ponerlo en el corte de sus labios. Ya no sangra, pero tiene roto el carnosos labio inferior justo por la mitad. El tiempo desaparece mientras mantengo ahí mi dedo. Me mira con los ojos entornados.

—Por ti —susurro—. Me preocupo por ti.

Me siento abrumada por la conciencia repentina del ritmo exacto de su respiración. Estoy tan cerca que creo que estoy inhalando el mismo aire que él acaba de exhalar, y su aroma se mete dentro de mí. Huele muy bien, salado y limpio como el mar, y me siento incapaz de detener las reacciones que me provoca. Mi cerebro no deja de girar dentro de mi cráneo. Me imagino inclinando la cabeza hasta su cuello húmedo y pasando mi lengua por cada una de las gotas de sudor que hay en su piel.

Enfadada con mis propios pensamientos, cierro el bote del bálsamo, pero sigo arrodillada, preguntándome si debería empezar por sus piernas ya que estoy aquí.

—Me he fastidiado el hombro derecho, Brooke.

Me conmueve cómo pronuncia mi nombre, con esa voz ronca, pero lo disimulo con un suspiro lúgubre.

—Teniendo en cuenta lo bruto que eres, sabía que era demasiado esperar que acabaras la noche sólo con un corte en el labio.

—¿Vas a mirármelo?

—Por supuesto. Alguien tiene que hacerlo.

Ya de pie, me dirijo al final de su cama y, de rodillas, agarro sus hombros. Ya no me sorprende la forma en la que cada célula de mi cuerpo se centra en el cuerpo de este hombre

a través de mis manos. Simplemente cierro los ojos y me permito disfrutar momentáneamente mientras intento relajarle, pero la tensión de su cuerpo es más fuerte que en otras ocasiones. Aprieto con más fuerza en su hombro derecho y susurro:

—Ese hijo de puta te ha dado un buen golpe aquí. Te ha dado bastantes golpes fuertes. ¿Te duele?

—No.

Creo haber escuchado un pequeño toque de diversión en su voz, pero no estoy segura. Me concentro en su músculo, dolido y oprimido bajo mis dedos, y sé que le duele. Tiene que hacerlo.

—Te frotaré con árnica y luego haremos un poco de terapia de frío.

Se queda perfectamente quieto mientras yo aplico aceite en su piel, y cuando echo un vistazo a su perfil, veo que sus ojos están firmemente cerrados.

— ¿Te duele? —murmuro.

—No.

—Siempre dices que no, pero sé que esta vez duele.

Hay otras partes que me duelen más.

¿Qué coño...?

La puerta de la *suite* se abre de golpe y Pete entra hecho una furia en la habitación principal, más enfadado de lo que jamás le he visto a este hombre de mirada tranquila. Sus rasgos infantiles parecen más adustos y no tan angelicales, incluso sus rizos parecen más pronunciados.

— ¿Qué coño...? —repite.

El cuerpo de Remington se convierte en un muro de piedra bajo mis dedos.

—El entrenador está muy cabreado —añade Riley cuando entra después, incluso el normalmente despreocupado Riley está alterado—. Lo único que queremos saber es: ¿por qué cojones estás dejando que te den una paliza?

Una atmósfera extraña y enrarecida se apodera de la habitación, y sus hombros dejan de moverse instantáneamente.

—Te dejaste pegar expresamente, ¿verdad? —espeta Riley con una mirada severa.

Remington no contesta. Pero su tórax está completamente erguido, y cada músculo parece estar en tensión.

—¿Necesitas echar un polvo? —pregunta Pete, señalándole—, ¿lo necesitas?

Mi interior se tensa, y sé que no quiero seguir aquí y oír cómo estos tíos organizan encuentros sexuales para Remington, así que murmuro, para mí misma puesto que nadie me está prestando ninguna atención, algo sobre ir a ayudar a Diane en la cocina, y luego salgo de la habitación.

Según voy por el pasillo, vuelvo a escuchar a Pete.

—Tío, no puedes dejar que te hagan eso sólo para que te toque. Escucha, podemos conseguir algunas chicas. Sea lo que sea que estás haciendo, no puedes jugar a estos malditos juegos como la gente normal. Lo único que haces es torturarte a ti mismo, Rem. Lo que estás haciendo con ella es peligroso.

..

He ido bajando el ritmo hasta casi pararme, y creo que mis pulmones acaban de convertirse en un par de rocas. ¿Están hablando de *mi*?

—Apostaste todo tu dinero en ti mismo este año, ¿te acuerdas de eso? —añade Pete—. Ahora necesitas derrotar a Escorpión en la final, *sea como sea*. Y eso la incluye a ella, amigo.

El tono de Remington es más bajo que el de los demás, pero de alguna forma, ese suave gruñido suena mucho más amenazador.

—Escorpión es un puto hombre muerto, así que dejadlo.

—Nos pagas para evitar esta mierda, Remy —contesta Pete, pero eso sólo hace que Remington baje aún más la voz.

—Lo tengo. Todo. Controlado.

El silencio que sigue a ese susurro hace que me ponga en marcha, y llego a la cocina, donde encuentro a Diane sacando un pavo orgánico del horno. El aroma a romero y limón me hace la boca agua, pero no calma mi desbocado corazón.

— ¿Por qué están gritando los chicos? —pregunta Diane mientras prepara la presentación del plato, frunciendo el ceño cuando su querido pavo se resiste a parecer bonito en el plato que ha escogido.

—Esta noche le han dado una paliza a Remy —digo. Porque eso es lo que ha pasado, ¿no?

Diane sacude la cabeza y refunfuña:

—Te juro que ese hombre tiene el mayor botón de autodestrucción que he visto en mi vida...

Baja el volumen de su voz según se abre la puerta detrás de mí. Una gran mano me coge del codo y me hace girar.

— ¿Quieres venir a correr conmigo?

Los glaciales ojos azules de Remington arden ferozmente, y puedo sentir su frustración desde donde estoy. Le rodea como un torbellino negro. De pronto parece muy nervioso y más que «un poco» amenazante.

Necesitas comer algo, Remy —le reprocha Diane desde la esquina.

Sonriendo con un aire de suficiencia, coge una botella de leche orgánica de la encimera y empieza a bebérsela hasta que la tiene casi toda en el estómago, luego la deja con fuerza y se seca los labios con el dorso del brazo diciendo:

—Gracias por la cena.

Levanta una ceja, esperando mi respuesta.

— ¿Brooke? —me agujonea.

Un escalofrío me recorre el cuerpo.

No me gusta que mi nombre suene tan maravillosamente cuando lo pronuncia. Como en una película romántica.

Enfadada ante mi reacción, echo un vistazo a su pecho y me pregunto si es buena idea hacer algo que no sea meterlo en una bañera con hielo. Pero de alguna forma, siento que poner a prueba sus límites no es una buena opción, no hoy.

— ¿Cómo te sientes? —pregunto, estudiándole.

—Me apetece correr. —Sus ojos están fijos en mí—, ¿Y a ti?

La propuesta me hace dudar. Sólo los corredores saben que correr con alguien no es ninguna tontería.

Ninguna. Tontería.

Especialmente cuando sueles entrenar solo. Como Remington. Y, aparte de Melanie, yo tampoco corro nunca con nadie. Correr es tiempo para *mí misma*. Tiempo para pensar. Para centrarme. Pero asiento. Creo que lo necesita, y yo también lo necesito desde hace horas.

—Déjame coger las zapatillas y que me ponga la rodillera.

Diez minutos después estamos corriendo por el sendero más cercano al hotel, un sinuoso camino de tierra salpicado por un par de árboles y, afortunadamente, bien iluminado por la noche. Remington lleva su sudadera con capucha. Corta el aire al estilo de los auténticos boxeadores mientras que yo me limito a disfrutar del aire helado contra mi piel, intentando mantener el ritmo. Me he puesto unos pantalones cortos de malla, un top deportivo de manga corta y mi par favorito de Asics, mientras que Remington lleva unas increíbles Reebok para correr, diferentes de las deportivas altas que usa para boxear.

— ¿Qué ha pasado con Pete y Riley?

—Han salido en busca de prostitutas.

— ¿Para ti?

Lanza un puñetazo al aire, luego otro.

—Puede. ¿Qué importa?

Estoy muy decepcionada por haber perdido resistencia. Después de media hora a buen ritmo, mis pulmones no dan para más y estoy sudando a cubos a pesar del aire helado de la noche. Me detengo y me pongo las manos en las rodillas, animándole a que continúe.

—Sigue, sólo voy a recuperar el aliento, me está dando un calambre.

Se para a mi lado y salta sobre sus pies para que su cuerpo no se enfríe. Después, saca un paquete de gel energético del bolsillo central de su sudadera. Me lo ofrece y está tan cerca de mí que puedo olerle. Olor a jabón, a sudor y a Remington Tate. Mi cabeza se deja llevar un poco. Quizás el calambre que estaba notando en los ovarios no era un simple calambre, sino mi interior convulsionando cada vez que su hombro choca accidentalmente conmigo.

Sigue golpeando el aire mientras me observa abrir el paquete de gel por el borde y dejarlo caer en mi lengua.

La sangre bombea con fuerza por mis venas. Hay algo increíblemente íntimo en la forma en que sus ojos azules me observan lamer el jugo de un paquete de electrolitos que antes era suyo.

Deja de botar. Respirando con dificultad, me pregunta:

— ¿Queda algo?

Me lo saco inmediatamente de la boca y se lo paso. Cuando envuelve sus labios alrededor como he hecho yo antes, mis pezones se vuelven tan duros como diamantes. No puedo pensar en casi nada aparte del hecho de que está lamiendo lo mismo que acabo de lamer yo. Me estremezco con el insensato impulso de recorrer su labio con mi lengua, quitarle el paquete de gel de la boca y presionar mis labios contra los suyos, para que lo único que pueda lamer sea a *mí*.

¿Estás bien? Lo que dijo Pete... ¿Lo estás haciendo a propósito?

Cuando veo que no contesta, recuerdo ese «botón» del que hablaba Diane, y mi preocupación aumenta.

—Remy, a veces te rompes algo y nunca lo recuperas. Nunca —insisto, luego miro un momento la calle y los coches a lo lejos, temiendo que note la emoción de mi voz. Sólo me tiene a mí, y necesito mantener el control sobre mí misma.

—Siento lo de tu rodilla —dice suavemente. Encesta el paquete vacío en la papelera más cercana, lanza un *jab* a izquierda y derecha, y empezamos a correr de nuevo.

—No se trata de mi rodilla. Se trata de que valores tu cuerpo. No dejes que nadie te haga daño, no lo permitas *nunca*, Remy.

Niega con la cabeza, sus cejas cubren sus ojos con una sombra cuando me mira.

—No lo hago, Brooke. Sólo les dejo acercarse lo suficiente para poder joderles. Son pequeños sacrificios para conseguir la victoria. Dar un par de puñetazos les da confianza, se les mete en la cabeza que soy fácil, que no soy como dicen, y cuando están convencidos de que pueden ganar fácilmente a Remington Tate, entro en acción.

—Muy bien, eso me gusta mucho más.

Corremos durante media hora y ocho kilómetros más. Estoy jadeando como una perra vieja que acaba de dar a luz a doce cachorrillos. Me duele el orgullo y la rodilla mala.

—Creo que lo dejo. Voy a estar molida mañana, prefiero abandonar ahora a que me tengas que llevar en brazos al hotel.

—No me importaría hacerlo —dice con una deliciosa sonrisa, luego gira su cuello hacia la izquierda para hacerlo crujir, luego a la derecha y vuelve al hotel conmigo.

Hay más gente subiendo con nosotros en el ascensor del hotel. Remington se echa la capucha hacia delante y agacha la cabeza para que su cara quede en sombras. Me doy cuenta de que lo hace para evitar que le reconozcan y sonrío, divertida.

Una pareja joven nos grita desde el pasillo.

— ¡Esperadnos! —Pulso el botón de «Abrir puertas» para que suban. Mi corazón da un salto cuando Remington me agarra de las caderas y me acerca a él cuando están dentro. Y

luego creo que me muero porque ha agachado su cabeza, en perpendicular con la mía, y escucho su respiración. Oh, Dios, me está oliendo. Los músculos de mi sexo se contraen. La necesidad de girarme, hundir mi nariz en su cuello y lamer la humedad de su piel me quema por dentro.

— ¿Te encuentras mejor? —pregunto, girándome un poco hacia él.

—Sí. —Agacha un poco más la cabeza, su cálido aliento bañándome la nuca—. ¿Y tú?

Sus feromonas son como una droga, siento la garganta tan seca que lo único que hago es asentir. Sus manos aprietan mi cadera y mi útero se tensa tanto que duele, y casi suelto un quejido.

En cuanto llego a la habitación me meto en la ducha, y pongo el agua lo más fría que puedo soportar. Me castañetean los dientes, pero el resto de mi cuerpo sigue hecho un nudo por él. Él. Él.

Cuando me meto en la cama, Diane murmura «hola» y sigue leyendo un libro de recetas. Yo respondo con un «buenas noches» y cierro los ojos intentando disimular que estoy ardiendo por dentro.

Pero lo deseo tanto que no hago más que retorcerme bajo las sábanas, obsesionándome con lo que Pete le dijo a Remy. Obsesionada por el recuerdo de su boca sensual, con el corle reciente en el labio inferior, envolviendo el paquete de gel energético mientras su lengua saca lo último que queda. Pienso en lo que se sentiría siendo ese paquete, notar sus labios en mi lengua, succionando con suavidad, y el pensamiento hace que pátina de humedad inunde el espacio entre mis muslos.

Estoy desesperada por conseguir un poco de descanso del alboroto hormonal continuo y agotador que sufro a su lado.

Es como la radiación, debe haber algo que me proteja de él, pero no tengo ni idea de qué puede ser. Su cara, su aroma, me vuelve loca. Es mi cliente, pero también... es como un

amigo. Sólo necesito tocarlo. Sé que no puedo besar esa sensual boca, pero por lo menos puedo darle masajes.

Debería seguir caliente después de nuestra carrera, y cansado del combate, y yo anhele el contacto de su piel como si fuera una drogadicta. Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, me pongo un pantalón, voy a su *suite* y llamo a la puerta.

No sé lo que voy a decir. No sé nada aparte de que no voy a poder pegar ojo hasta que lo vea y le ofrezca ponerle un poco de hielo en las lesiones torácicas, o simplemente darle un masaje con un antiinflamatorio, o *no sé*.

¿Por qué me ha pedido que corra con él?

¿Por qué piensa Pete que se deja golpear expresamente para que yo lo toque?

¿Tanto *desea* que lo toque?

Riley abre la puerta, y por detrás de sus hombros, descubro a una mujer con lencería transparente bailando sensualmente en medio de la mesa del salón, y oigo a otra mujer diciendo:

—Remy, nos ha dicho un pajarito que querías jugar con nosotras...

— ¿Sí? —pregunta Riley, y me lo quedo mirando como una idiota. Se me encoge el estómago. Obviamente, esas son las prostitutas que... Bajo la cabeza y trato frenéticamente de pensar en algo que decir.

—¿Me he dejado el te...? Oh, mierda, lo tengo aquí. ..

Miro el teléfono que tengo en la mano y pongo los ojos en blanco como si fuera estúpida.

Que lo soy.

Mierda, *realmente* lo soy.

—No importa. Buenas noches, Riley.

Oigo la voz profunda de Remington.

— ¿Quién es?

Corro a mi habitación y cierro la puerta. Estoy paralizada. Esta vez, cuando me meto en la cama, se me ha pasado toda la excitación, pero aun así no puedo dormir. Porque ahora, en mi mente, la mujer que Remington está besando con su hambrienta boca, la mujer que está lamiendo el corte en el labio en el que le puse el bálsamo, por desgracia, no soy yo.

Remy está entrenando hoy como el entrenador piensa que debería haber luchado ayer.

Sin embargo, ha dejado fuera de combate a dos de sus compañeros de boxeo y ahora Lupe está enfadada otra vez.

—Son tus compañeros de entrenamiento, Tate. Si dejaras de machacarlos y simplemente te divirtieras y practicas tus movimientos, todavía seguirías teniendo a alguien con quien entrenar... ahora ya no tienes a nadie con quien pelear.

—Entonces deja de traerme putitas, Lupe. —Escupe fuera del cuadrilátero—. Mándame a Riley aquí arriba.

— ¡Ja! Ni aunque fuera un suicida. Le necesito consciente para mañana.

—Yo sé boxear —le digo a Riley desde donde estoy observando, en una esquina fuera del cuadrilátero.

Su cabeza rubia se gira hacia mí, y parece impresionado.

— ¿Te acabas de ofrecer para entrenar con este tío?

—Claro que sí. Puedo enseñarle movimientos que no ha visto nunca antes —presumo, pero, sinceramente, sólo quiero tener la oportunidad de darle una paliza a Remington por ser un gilipollas mujeriego que me hace fantasear con él día y noche. Y por lamer el paquete de gel después de que *yo* lo hiciera. Menudo capullo.

—De acuerdo. ¡Rem, tengo una cosita para ti! —le grita Kiley, dando palmas para llamar su atención—. Entrenador,

estoy seguro de que a éste no lo va a machacar —le dice a Lupe, que está en la otra esquina, y me señala riéndose.

Remington me ve y tira el protector para la cabeza al suelo cuando me observa subir al *ring*, con mi conjunto de atletismo negro y apretado de una sola pieza. Sus ojos me atraviesan, como hacen siempre. Es tan hombre que no puede dejar de fijarse en mí cada vez que estoy cerca de él. Pero según me acerco, sus ojos brillan con diversión y, lentamente, sonrío, y eso sólo hace que aumente mi enfado.

Hoy está de mal humor, como he podido comprobar, al igual que sus otros compañeros. Pero mi propio cabreo también es bastante grande. Ni siquiera el café me ha levantado el ánimo esta mañana, pero sé que *esto* lo hará. Aunque pierda, sólo tengo ganas de tener una maldita pelea con alguien.

—No sonrías así. Puedo tirarte al suelo —le advierto.

—Esto no es *kickboxing*. ¿O también vas a morder?

Levanto la pierna, precisamente con un movimiento de *kickboxing*, que bloquea, con mucho cuidado, y ladea una ceja.

Pruebo con otra y la esquivo, y entonces me doy cuenta de que él está en el centro del cuadrilátero mientras yo estoy, básicamente, dando vueltas a su alrededor. Sé que no tengo ninguna oportunidad si lo intento derribar utilizando la fuerza, pero mi plan es marearle y después intentar tirarle al suelo con una llave. A eso Riley lo llama «tejer». Que consiste simplemente en girar y dar vueltas alrededor del oponente para que no te pueda dar. Así que me pongo a «tejer» hasta que veo que está entretenido y le lanzo un puñetazo de prueba. Me agarra fácilmente el puño y luego me baja el brazo.

—No —me reprende suavemente, y envuelve mi mano con la suya para enseñarme cómo colocar los dedos correctamente—. Cuando golpeas, tienes que alinear los dos huesos del antebrazo, el cubito y el radio, a la altura de tu muñeca. La muñeca no puede estar floja, así que mantenía totalmente recta. Ahora empieza con el brazo doblado cerca de la cara, aprieta los nudillos y, cuando golpees, gira el brazo

para que tu cubito, tu radio y tu muñeca sean como un único hueso. Pruébalo.

Lo hago y él asiente.

—Ahora usa tu otro brazo para cubrirte.

Mantengo un brazo doblado para protegerme la cara, y luego ataco una y otra vez. Me doy cuenta de que él sólo se cubre pero no contraataca.

La adrenalina corre desbocada por mi cuerpo, y no sé si es por la falsa pelea o por tener esos ojos azules fijos en mí, pero me siento como si estuviera cargada de electricidad.

—Enséñame un movimiento que no conozca —digo sin aliento. Esto me está gustando más de lo que me esperaba.

Me coge los dos brazos y los dobla para que me pueda proteger la cara con los puños.

—De acuerdo, un puñetazo doble. Cúbrete siempre la cara con las manos, y el torso con los brazos, incluso cuando estés contraatacando. Gira primero a la izquierda... —tira de mi brazo hacia su mandíbula— y luego cambias el punto de apoyo de tus piernas para poder lanzar un gancho con el puño derecho. Necesitas tener un buen juego de piernas para hacerlo. Suelta la fuerza del puñetazo desde aquí... —Presiona un dedo en mi vientre y luego recorre con su mano todo mi brazo hasta el puño— y envía toda esa potencia hasta tus nudillos.

Lanza un doble golpe como demostración, fluido y perfecto, y hace que pequeñas gotas de sudor aparezcan a lo largo de mi escote, y después lo intento yo. Golpeo con la izquierda, me agacho, giro y golpeo fuerte con la derecha.

Sus ojos brillan de satisfacción.

Prueba otra vez. Golpéame en otro sitio con tu segundo puñetazo.

Se coloca en posición, con sus manos abiertas para parar mis golpes.

Siguiendo sus órdenes, uso el primer brazo para darle un puñetazo rápido en la mano izquierda, que para el golpe con

facilidad, y luego golpeo con más fuerza en la otra mano con la derecha. Mis golpes son satisfactoriamente precisos, pero creo que tengo que darlos con más fuerza.

—Doble puñetazo con tu izquierda —dice, y mueve su mano para bloquear mis golpes.

—Con la derecha.

Con el primer puñetazo, golpeo su mano abierta con mi puño y... ¡zas! Entonces decido sorprenderlo y lanzo un derechazo directo a sus abdominales, que se contraen automáticamente en el momento que los golpeo. Siento un pinchazo doloroso en los nudillos. Pero incluso él parece sorprendido por mi último golpe.

—Soy buenísima —me burlo mientras retrocedo, saltando sobre mis pies como él y sacándole la lengua en broma.

Se lo pierde porque está mirando cómo se mueve mi pecho.

—Muy buena —dice, volviendo a su posición. Sus ojos se han oscurecido de una forma que hace que mi interior se agite, y decido que el mejor momento es ahora que está distraído con mis chicas.

Pivoto como aprendí en las clases de defensa personal. Las piernas son la parte más fuerte del cuerpo femenino, y más si una es ex velocista. Mi objetivo es golpear su tendón de Aquiles con el pie, y tirarles a él y a su ego al suelo.

Pero se mueve cuando giro, y golpeo su zapatilla. El dolor me atraviesa el tobillo. Me agarra rápidamente del brazo y me pone de pie. Frunce el ceño.

— ¿Qué ha sido eso?

—Se suponía que ibas a caerte —refunfuño.

Se me queda mirando con un rostro inexpresivo.

—Estás bromeando, ¿verdad?

— ¡He tirado a hombres más grandes que tú!

Un puto árbol se cae antes que Remy Brooke, grita Riley.

—Ya lo veo —gruño, y le grito—: Gracias por el aviso, Riley.

Maldiciendo en voz baja, Remy me sujeta del brazo mientras me lleva a saltitos hasta la esquina. Se deja caer en una silla y, como sólo hay una, me sienta encima de él para comprobar mi tobillo.

—Te has jodido el tobillo, ¿verdad? —pregunta. Es la primera vez que le escucho tan... cabreado conmigo.

—Creo que no ha sido buena idea apoyar todo mi peso en el tobillo —admito de mala gana.

— ¿Por qué me has golpeado? ¿Estás enfadada conmigo?

— ¿Por qué tendría que estarlo? —gruño.

Sus ojos me escrutan intrusivamente. Parece terriblemente solemne y definitivamente cabreado.

—Dímelo tú.

Agacho la cabeza, miro únicamente mi tobillo, y me niego a contarle mis sentimientos a nadie aparte de Melanie.

— ¡Eh! ¿Podéis traernos algo de agua? —grita, con una nota de frustración en su voz. Riley trae un Gatorade y una botella grande de agua, y deja las dos en el suelo del cuadrilátero, delante de mí.

—Estamos recogiendo —nos dice, y luego, con tono preocupado, me pregunta— ¿Estás bien, B?

—Estupendamente. Por favor, avísame mañana. Tengo ganas de volver al *ring* con este tío.

Riley se ríe, pero Remington ni siquiera le mira.

Su pecho está cubierto de sudor y su cabeza mira hacia abajo mientras examina mi tobillo, presionando el hueso con los pulgares.

—Brooke, ¿te duele?

Creo que está preocupado. La repentina ternura con la que me habla hace que me duela la garganta, y no sé por qué.

Es como cuando te caes y no te duele, pero lloras porque te sientes humillada. Pero yo ya he tenido una caída peor delante de todo el mundo, y me encantaría no haber llorado entonces, al igual que ahora deseo no derrumbarme frente del hombre más fuerte del mundo.

En lugar de eso, gruño, intento ver cómo está mi tobillo, pero él no mueve la mano y, de repente, nuestros dedos rodean mi tobillo, y lo único que puedo sentir son sus pulgares en mi piel.

—Pesas una tonelada —me quejo, como si fuera culpa suya que yo sea una idiota—. Si pesaras un poco menos, te habría derribado. Conseguí derribar a mi profesor.

Me mira con el ceño fruncido.

— ¿Qué puedo decir?

— ¿Que lo sientes, aunque sea sólo por mi orgullo?

Sacude la cabeza. Está claro que sigue enfadado. Sonrío con aire burlón, me agacho a coger el Gatorade y desenrosco el tapón.

Sus ojos bajan a mis labios cuando bebo y siento, de repente, algo inconfundible en su regazo debajo de mi trasero. Según el frío líquido va bajando por mi garganta, me doy cuenta de que el resto de mi cuerpo está muy caliente, y cada vez más.

—¿Puedo beber un poco? —su voz suena extrañamente ronca cuando señala mi botella.

Cuando asiento, coge la botella con su enorme mano y se la lleva a la boca. Todas mis hormonas se despiertan a la vez cuando veo sus labios en el borde de la botella.

En el mismo sitio donde acaban de estar los míos.

Su garganta trabaja mientras él bebe, luego baja la botella, ahora sus labios están húmedos, y cuando me devuelve el Gatorade, nuestros dedos se rozan. Un rayo pasa por mis venas. Estoy embobada mirando cómo se han oscurecido sus pupilas, y por la forma en la que me está mirando a los ojos, sin ningún rastro de una sonrisa. Cuando, automáticamente,

intento ocultar mi nerviosismo bebiendo otro trago, me mira demasiado fijamente. No hay ni rastro de una sonrisa en sus labios. Bonitos y rosas. El corte de su labio todavía está cicatrizando.

El que quiero lamer. Una ráfaga de deseo se despliega en mi interior. Y duele. Estoy en su regazo, y me doy cuenta de que uno de sus potentes brazos rodea mi cintura, y de que nunca he estado tan cerca de él. Lo suficientemente cerca como para tocarlo, besarlo y envolverlo con mi cuerpo. De pronto, estoy muriendo y volando a la vez. Ya no puedo fingir que esto no es nada. Lo deseo. Lo *deseo* tanto que no puedo pensar con claridad. Esto significa algo. Algo muy importante.

Nunca he sentido nada parecido.

Sé que es una locura, y que nunca pasará, que no puede suceder, pero no puedo evitarlo. Es como mis Olimpiadas, algo que nunca podré tener, pero que ansío con todo mi ser.

Detesto completamente el pensamiento de que sus brazos han estado también alrededor de una o, posiblemente, dos mujeres, hace menos de veinticuatro horas, cuando quería que fuese mío.

Alterada por el recuerdo, intento ponerme de pie con cuidado. El coge mi Gatorade y lo deja a un lado mientras saca las toallas de una cesta y se coloca una en su cuello y la otra en el mío, mientras me sigue sujetando por la cintura.

—Te ayudo para que te puedas poner hielo en el tobillo.

Me baja del cuadrilátero como si fuera una pluma, y luego sigo apoyada en él mientras andamos, con el brazo rodeando mi estrecha cintura.

—Estoy bien —digo otra vez.

—Deja de protestar —contesta.

En el ascensor, me acerca a él y baja la cabeza. Puedo sentir su respiración cerca de mi nuca. Soy dolorosamente consciente de lo grande que es en comparación conmigo, y también de sus cinco dedos extendidos en mi cintura, y del momento exacto en el que desplaza su nariz hacia abajo, detrás de mi oreja. Me hace cosquillas cuando respira, y está tan

cerca que sus labios podrían lamer mi oreja si hablase. De repente le oigo inhalar aire profundamente y mi sexo late con pasión. Me muero por girarme y hundir mi nariz en su piel y respirar su aroma todo lo que me permitan los pulmones. Pero, por supuesto, no lo hago.

Me acompaña a mi habitación. Mi cuerpo está en tal estado que mi mente no puede siquiera pensar en un tema de conversación para llenar el tenso silencio que nos acompaña.

— ¡Eh, tío! ¿Listo para el combate? —le pregunta un uniformado trabajador del hotel, que parece ser un fan, desde el otro lado del pasillo.

Remington levanta el pulgar hacia arriba y sonrío mostrando sus hoyuelos antes de girarse hacia mí, juntado su mandíbula al cabello detrás de mi oreja.

—La llave —dice con un susurro gutural que me pone la carne de gallina. Abre la puerta y me ayuda a entrar.

Diane no está aquí. Seguramente está preparándole su cena de lujo. Me deja en el borde de la segunda cama de matrimonio. Supongo que ha pensado que es la mía porque Diane tiene una foto de sus dos hijos en la primera, y luego coge el cubo de hielo.

—Voy a por hielo.

—No hace falta, Remy, puedo ir yo luego...

La puerta se cierra antes de que pueda terminar la frase, y suspiro mientras me inclino, palpándome el tobillo para evaluar los daños.

Ha dejado la puerta abierta para no tener que llamar. Me pongo tensa cuando regresa y cierra de un portazo. Coge agua del baño y luego vuelve. Parece enorme y autoritario dentro de mi habitación mientras deja el cubo en la alfombra.

Se arrodilla a mis pies, y la visión de su poderoso cuerpo y su oscuro cabello arrodillándose para cuidarme hace que olas de deseo inunden mi cuerpo con tanta fuerza que miro el hielo con ganas de sumergir mi cabeza en el cubo.

Me quita la deportiva y luego el calcetín. Después sostiene delicadamente mi pierna por la pantorrilla mientras va metiendo mi pie dentro.

Hago una mueca. Se da cuenta y me saca el pie, para.

—Cuando consigamos que te recuperes, te enseñaré cómo derribarme —susurra. Cuando no contesto y estoy completamente ensimismada por su tacto, mira arriba. Sus ojos son tiernos e íntimos.

— ¿Está frío?

Aunque el resto de mi cuerpo no lo está, los dedos de mis pies empiezan a congelarse según van entrando en el agua.

—Sí.

Cuando sumerge mi pie un poco más, todo mi cuerpo se tensa por el frío. Se detiene.

— ¿Más agua?

Asiento con la cabeza y sigo con la mirada fija mientras pienso «sin pena no hay gloria». Mis pulmones se contraen cuando mi cuerpo absorbe el frío.

—Mierda.

Hago una mueca. Se da cuenta y me saca el pie del cubo. Me sorprende cuando apoya mi pie congelado contra su vientre para calentarlo. Sus abdominales se tensan bajo mis dedos, y sus ojos retienen los míos tan fuerte que me ahogo.

Una corriente me atraviesa. Su mano, grande y áspera, se curva alrededor de mi empeine, sujetando mi pie contra su estómago tan firmemente que casi parece que le gustaría tenerme ahí. Me gustaría que mis pies fueran mis manos para sentir esos increíbles abdominales bajo mis dedos. Cada surco presiona perfectamente la planta de mi pie y mis dedos, y el entumecimiento ha desaparecido.

—No sabía que hicieras pedicuras, Remy —digo, sin poder comprender por qué sueño tan ahogada.

—Es uno de mis fetiches.

Me lanza una pequeña sonrisa que indica claramente que me está tomando el pelo. Luego, mete su mano libre dentro del cubo y saca un cubito de hielo. Lo pone suavemente en mi tobillo y lo mueve por la piel, prestando mucha atención a lo que hace. Mi reacción es inmediata y violenta, llenando mi cuerpo de una completa consciencia de su presencia.

De repente, escucho los latidos de mi corazón en mi cabeza. Dios, este hombre es más táctil que yo. Entonces, como para confirmar mis pensamientos, la mano que sujetaba mi pie contra su estómago se mueve ligeramente, y frota su pulgar por el arco de mi pie mientras sigue pasando el cubito de hielo por mi piel. Noto un hormigueo en el estómago y me temo que en cuestión de minutos se extenderá por todo mi cuerpo.

— ¿También haces manicuras?

Me tiembla la voz, igual que el resto del cuerpo.

Me mira otra vez y el efecto de sus ojos en mí hace que el corazón me dé un vuelco.

—Deja que me ocupe primero de tu pie, y luego del resto.

Mi estómago se contrae cuando termina la frase con otra sonrisa, algo lenta esta vez. Cada músculo de mi sexo empieza a tensarse mientras el hielo continúa avivando lentamente el fuego en mi interior.

Estoy embelesada mientras él observa el hielo sobre mi piel blanca. El silencio está cargado de tensión. No puedo contenerme y deslizo ligeramente el pie contra su abdomen, sintiendo las líneas de sus abdominales. Mira hacia arriba, y la penetrante intensidad de sus ojos me atrae hasta que estoy sin aliento y ahogándome.

— ¿Te encuentras mejor? —murmura, levantando sus oscuras cejas. No puedo creer cómo me afecta su voz, cómo me afecta su tacto, su aroma, cómo otro ser humano puede tener tanto poder sobre mí. No puedo permitirlo.

No.

Puedo.

Permitirlo.

Me recuerdo a mí misma que cuando deseas a un hombre, tienes el control de lo que le das. El control de lo que le dejas tomar. Pero no puedo bloquear las imágenes de él, y de mí, juntos. La imagen de *mí* quitándole la ropa y de él apretándose contra su cuerpo. Imágenes de sus labios en los míos, de nosotros cayendo juntos en la cama, vibrando dentro de mí. Me hace sentir como si volviera a tener dieciocho años. Virginal y lasciva. Pensando únicamente en chicos... excepto porque junto a él sólo puedo pensar en uno. Es muy masculino. Muy hombre. Pero un poco juguetón, como un chiquillo.

Un chiquillo grande y malo que anoche se estuvo divirtiendo con sus putitas en la mesa...

El repentino y violento recuerdo me enfría como un chapuzón en las aguas heladas de Alaska.

—Ahora está perfecto. Gracias —digo, con una voz fría como el hielo mientras intento liberar mi pie de su agarre.

Estoy a punto de conseguirlo cuando se abre la puerta y entra Diane.

—Aquí estás. ¡Tienes que comer ahora para que puedas estar listo para mañana!

Mirándome confundido por el cambio de actitud, Remington frunce ligeramente el ceño. Arroja el hielo medio descongelado en el cubo y pone mi pie otra vez en la alfombra mientras se levanta.

—Lo siento por tu tobillo —me dice, suavemente, mientras se endereza. Su expresión es de confusión y casi vulnerable—. No te preocupes si no puedes venir al combate.

—No ha sido culpa tuya. Estaré bien —me apresuro a contestar.

—Le diré a Pete que te consiga unas muletas.

—Estoy bien. Eso me pasa por meterme con árboles.

Se detiene en el marco de la puerta y echa un vistazo hacia donde estoy, en el borde de la cama. Su expresión es

ilegible.

—Buena suerte, Remy —le digo.

Me mira. Luego mira a Diane, se pasa una mano por el pelo, y se marcha. Parece algo... inquieto.

Diane me mira, completamente desconcertada.

— ¿He venido en mal momento?

—No —sacudo la cabeza. «Has venido justo antes de que hiciera una locura».

Como si intentar derribar a un hombre como él hubiera sido muy inteligente.

5. Bailando con la música

Pete no me quiere entre bastidores. Lupe y Riley, tampoco.

—Necesita concentrarse, ve a tu asiento, le estás distrayendo demasiado —me dice Pete, y aunque yo le considero el más amable de los hombres del equipo, hoy parece realmente frustrado. Quizás es porque hoy cumple treinta y dos años y preferiría estar en otra parte—. Aquí tienes. Coge la entrada y ve a conocer a las chicas que están sentadas a tu lado. Son muy simpáticas y vienen con nosotros. Luego nos iremos de fiesta todos juntos.

Unos minutos después, descubro que las dos mujeres parecen aspirantes a Miss Universo y son el tipo de chicas que se pasean en bikini justamente en este tipo de eventos. Pero sus sonrisas cuando voy para allí parecen sinceras, y no puedo dejar de notar que miran mi conjunto de falda corta negra y top brillante de manga corta con aprobación.

—Hola. Yo soy Friday y ella es Debbie —dice la pelirroja que estuvo bailando encima de la mesa de Remington el otro día. Luego señala a la rubia, Debbie.

—Hola. Soy Brooke.

— ¡Oh! Eres la chica que vino a la *suite* el otro día — dice Friday.

—No fui a ningún sitio —digo, enfadada por el hecho de que sepan que estuve allí. ¿Así que Riley les contó que era *yo* la que había llamado a la puerta?

Qué vergüenza.

Friday se inclina y me susurra al oído:

—Creo que Remy quiere follarte.

Sintiendo que me he quedado sin aliento, me coloco en mi asiento y después la otra mujer, Debbie, se inclina también.

—Remy realmente quiere follarte. Se puso tan duro cuando viniste y hablaste con Riley... Lo noté porque yo estaba en su regazo y simplemente escuchó tu voz y ¡bam! Se le puso como un tronco.

— ¡Demasiada información! ¡En serio! —grito, sacudiendo la cabeza con una risa nerviosa. Estoy completamente roja, luchando con mil y una emociones a la vez.

—Le ofrecí encargarme de eso —añade Debbie—, pero estaba como «déjalo, estoy bien», y se fue, nos dijo que nos lo hiciéramos con sus amigos, y luego se fue a su dormitorio y cerró la puerta con llave. Pete quiere asegurarse de que no ocurre lo mismo esta noche.

Bajo la mirada a mi regazo y un sentimiento abrumador de celos que no creía que pudiera experimentar jamás me posee.

—¿Por qué necesita tener sexo cada noche? —les pregunto, incapaz de ocultar mi disgusto.

—¿Lo dices en serio? Es Remy, él está, como, acostumbrado a hacerlo mucho. Cada día.

Riendo, muevo la mano y me giro para mirar al cuadrilátero vacío. Me niego a pensar en cuánto de «eso» está acostumbrado a hacer Remington. La visión de su hermoso cuerpo entrelazado con el de otra persona me provoca un nudo tan desagradable en el estómago que, si hubiera comido algo hace poco, podría devolverlo.

Diez minutos después, escucho su nombre a través de los altavoces.

—Y ahoooooora, damas y caballeros, decid hoooooaaaa al único, al INIGUALABLE, Remington Tare, ¡EL DEPREEEEDAAAADOOOOOR!

Cuando llega trotando, una corriente de sensaciones corre por mi cuerpo y siento una humedad caliente brotando en mis braguitas. Dios, odio la cantidad de veces al día que lo miro y quiero hacerlo mío. Quiero tocarlo, conocerlo.

Sube al *ring*, con esa brillante bata que contrasta con su profunda masculinidad. En el instante en que se la quita, todo el mundo grita. De la misma forma que lo hace mi corazón mando pide que lo cure. Hoy su oscuro cabello está deliciosamente despeinado. Sus bronceados músculos destacan cuando extiende sus brazos y hace su pequeña vuelta por el *ring*. Y aquí estoy yo, con mi aliento atrapado entre los pulmones y los labios mientras él gira y examina al público. En cuanto me ve, sus ojos se encienden, tanto como me enciendo yo cuando me sonrío. Me sostiene la mirada y sus hoyuelos aparecen, y juro que me mira como si yo fuera la única mujer en todo el recinto. Cada vez que sube al cuadrilátero, está en su ambiente. Y sus ojos simplemente... me poseen. Sé que no es cierto. Sé que sólo veo lo que quiero ver.

Pero, durante un segundo, sólo quiero sentarme en esta estúpida silla y creer que puede existir algún tipo de magia entre dos personas, y que puedo ser la mujer elegida por este hombre sensual, bruto y primitivo, que es fuerte, misterioso y juguetón conmigo, y que despierta sentimientos en mí como nadie había hecho antes.

No puedo dejar de pensar que no se acostó con las chicas que le trajeron Pete y Riley, y eso es lo único en lo que puedo concentrarme mientras le veo derrotar a su primer oponente, deleitándome con la fuerza y la gracia de su cuerpo perfectamente entrenado, no sólo a mí, sino a cientos de mujeres.

Le observo derrotar al segundo, sin aliento, y al tercero, y siento una oleada de orgullo cada vez que dicen su nombre junto a «vencedor». Trabaja tanto, entrena tanto, y ahora que sé algo de boxeo, puedo ver exactamente lo que hace. Veo uno de sus puñetazos dobles. Sus *jabs*. Sus ganchos. De pronto, bloquea un puñetazo de derecha con su brazo izquierdo, luego avanza y hunde un gancho con la izquierda en las costillas de su oponente, seguido de un golpe con la derecha directo a la mandíbula que deja a su oponente fuera de combate. Su contrincante intenta levantarse, pero se desploma, sangriento y agotado.

El público ruge cuando su nombre inunda todo el recinto.

— ¡DEEEEEPREEEEEEDAAAAADOOOOOR!

Dios mío. Lucha como un auténtico campeón. Se merece ser el campeón final. Con el corazón latiéndome salvajemente, veo al presentador levantándole el brazo y espero, con una mezcla de ansiedad y anticipación, el momento en el que sea declarado vencedor, porque sé que, entonces, su mirada se encontrará con la mía, como ha pasado en todos los combates desde la primera vez.

—Nuestro vencedor, damas y caballeros.
¡Depredadooor!

Cuando sus eléctricos ojos azules me buscan entre el público, me empieza a palpar violentamente el corazón en las sienes. Cuando finalmente me localiza, mis entrañas burbujan de emoción. Me mira directamente a los ojos, y sus ojos son sólo míos, y su sonrisa es sólo mía, y durante una fracción de segundo nada más importa.

Esta noche echo mucho de menos a Melanie. Ella habría estado gritándole a mi lado, y diciéndole todo lo que me gustaría decirle pero que soy demasiado cobarde para verbalizar en voz alta. Pero en mi cabeza, la oigo a ella y ojalá viniera a visitarme para poder gritarle como hace ella, y decirle a Remington que está tan bueno que no puedo resistirlo.

Una hora después, nos montamos en el coche. Parece que Riley y Pete van en otro vehículo con Priday y Debbie, mientras que el conductor del hotel nos lleva a Remington y a mí en un Lincoln negro. No sé quién ha organizado esto así, pero a mí me han dicho que esperase en el coche negro y, de repente, él se desliza en el asiento trasero. Mi pecho se estremece con nerviosismo y entusiasmo porque se ha duchado después del combate y se ha puesto unos téjanos

negros para morir y una camisa negra con botones con las mangas dobladas hasta los codos. El aroma de su jabón hace que me duelan los pulmones.

El asiento es espacioso, pero por algún motivo, a medida que serpenteamos entre el tráfico, me doy cuenta de que Remington está sentado muy cerca de mí. Demasiado cerca. Noto el dorso de su mano contra la mía. Debería mover la mano, pero no lo hago. En cambio, contemplo por la ventana las luces nocturnas de la ciudad de camino al local, aunque en realidad no estoy viendo nada. Mi cuerpo está concentrado en el lugar en el que nuestros cuerpos se tocan.

¿Por qué me está tocando?

Creo que me está mirando, evaluando mi reacción, cuando mueve su pulgar y lo pasa a lo largo del mío.

Quiero estremecerme. Cerrar mis ojos. Y sólo absorberlo. No puedo olvidar lo que me han dicho las chicas, y la pequeña llama de esperanza que me han ofrecido está ardiendo como una antorcha dentro de mí. Tengo que saber. Si me desea. ¿Me desea?

Está tan increíblemente atractivo que mi interior palpita con renovada intensidad.

— ¿Te ha gustado el combate? —me pregunta, con su voz baja y áspera. Le brillan intensamente los ojos mientras estudia mi perfil entre las sombras del coche.

Siempre me hace la misma pregunta después de un combate de la Liga. Como si mi opinión fuera importante para él.

—No. No me ha gustado —digo mientras me giro hacia él, luego me río cuando él gruñe—. ¡Has estado increíble! ¡Me ha encantado!

Se ríe, con un sonido intenso y masculino, y me sobresalta cuando me coge la mano con la suya, cálida y la levanta. Se me congela la respiración cuando pasa lentamente sus labios por mis nudillos, y siento la carnosa suavidad de su boca y la cicatriz de su labio inferior, que está casi curada. Un pequeño escalofrío viaja por mis venas mientras sus ojos me

atrapan todo el tiempo que me roza. El modo en que me mira, a través de sus oscuras pestañas, hace que mis pezones palpiten.

—Bien. —Su susurro es sensual y húmedo en mi piel, y cuando baja mi mano al asiento y suelta lentamente sus dedos de los míos tengo que ponerme la mano en el regazo y sujetarla con la otra porque, de repente, parece muy sola.

El club que han elegido para hoy está a rebosar de gente haciendo cola, pero en cuanto Remington sale del coche, me lleva hasta el portero, que nos deja pasar inmediatamente. Riley y Pete nos esperan en uno de los privados del final.

—Pete tiene un *lap dance* —le dice Riley a Remington—. ¿No te importa invitarle a uno como regalo de cumpleaños, verdad?

A través de la puerta abierta, vemos una mujer con un bikini plateado brillante acercándose a Pete, que está sentado en un sofá al fondo, sonriendo mientras la observa. Estoy tan incómoda que creo que acabo de estremecerme, porque Riley me está mirando con las cejas levantadas.

— ¿Te da vergüenza ver eso? —me pregunta, divertido.

Se me para el corazón cuando me doy cuenta de que Remington también me está mirando. Me observa atentamente, luego su mirada pasa a mi boca, y luego otra vez a mis ojos. De pronto, su mano envuelve la mía mientras me susurra:

— ¿Quieres seguir mirando?

Niego con la cabeza, y me lleva hacia la barra y la pista de baile. La cantidad de ruido que hay es surrealista y toda la pista vibra con la música y el calor de los cuerpos bailando.

— ¡Oh! ¡Me encanta esta canción! —grito mientras veo a Debbie en medio del escenario. Ella también me ve y viene a buscarme para llevarme a la pista.

— ¡Remy! —Friday conduce a Remy entre la muchedumbre al mismo tiempo que Debbie se gira y junta su cuerpo contra el mío. Luego me agarra de las caderas y empieza a moverse en una especie de movimiento sexy. Me río

y me giro, con los brazos levantados mientras *Scream*, de Usher, llena el local de música, y luego veo a Remington, que sólo está a unos pasos de aquí, destacando entre la multitud.

No está bailando.

De hecho, ni siquiera se mueve.

Me está mirando, sonriendo, sus ojos resplandecen y, de repente, me coge y me pega a su cuerpo, inclinándose hacia mi cuello. Me retira el cabello hacia un lado y aprieta su cuerpo contra mi columna vertebral, respirando tan fuerte que puedo *sentir* su profunda inhalación. En respuesta, mi estómago se contrae, y siento su boca en mi nuca. Me roza la piel con los dientes y luego saca la lengua para lamerme.

Mi cuerpo echa chispas. Desde abajo, cojo su cabeza por detrás de mí y la atraigo hacia abajo mientras sigo sus caderas. La gente sigue bailando a nuestro alrededor, y el calor inunda el local. Sus manos agarran mis caderas, presionándome contra él, y mi trasero nota lo duro que está. Quiere que sepa lo mucho que me desea. Su boca recorre mi nuca y llega hasta mi oreja. Un escalofrío me recorre cuando me pone una mano en el estómago y me da la vuelta.

Nuestros ojos se encuentran. El mundo se detiene. La música vibra dentro de mí. Mi deseo hacia él crece y se agita en mi interior. Le rodeo con mis brazos y me acerco aún más, levantando la cabeza en busca de su boca.

Necesito saborearlo. Sentirlo. No se acostó con estas prostitutas. La erección de aquel día era mía. No ha mirado a ninguna otra mujer en toda la noche. Ni en el combate, ni aquí. No tiene ojos para nadie más que para *mí*.

Y yo no tengo ojos para nadie, para nadie, aparte de este increíblemente atractivo hombre que hay frente a mí, que me pone canciones, corre y boxea conmigo, y me pone hielo en el tobillo lesionado. Ojos azules vidriosos de lujuria, pestañas oscuras que parecen pesadas cuando me mira a los ojos, a la boca, y luego me sujeta la cabeza con una mano, su oreja al lado de la mía, y vuelve a respirar cerca de mí. Sus ojos se cierran cuando acaricia mi cara con la suya.

— ¿Sabes lo que me estás pidiendo? —pregunta con voz ronca—. ¿Lo sabes, Brooke?

No puedo responder, y él me coge de las nalgas y me atrae hacia él, poniendo su boca casi, casi, en la mía. Me está volviendo loca. Loca. Quiero poseerle. Quiero que me posea. Deslizo mis dedos por su pecho, por su cabello, sedoso bajo mi tacto.

—Sí. —Mi corazón resuena en mis oídos mientras me pongo de puntillas, atrayendo su cabeza hacia abajo, cuando alguien me empuja desde atrás. Doy un traspie hacia delante. Remington me coge con un brazo y me sujeta a un lado de forma protectora.

— ¿No es Depredador con su nueva putita?

Giro la cabeza y me doy cuenta de que, quienquiera que me haya empujado, no lo ha hecho por accidente. Cuatro hombres nos rodean, y son enormes. Uno de ellos tiene un repelente escorpión negro tatuado en el pómulo derecho, y es más grande que los otros tres.

Remington les mira como si fueran un grupo de moscas insignificantes. Luego pasa un brazo por detrás de mí y me saca de la pista de baile.

— ¿Cómo se llama tu novia? ¿Qué nombre grita cuando te la follas, eh?

Remy sigue callado mientras me lleva a la barra, pero sus dedos se han tensado formando un furioso puño detrás de mi espalda mientras me empuja hacia delante. Los hombres van detrás de nosotros, pero Remington sigue ignorándolos. Se da la vuelta y me bloquea la visión de los hombres con su gigantesco pecho.

—Ve con Riley y pídele que te lleve al hotel —susurra.

Una alarma suena en mi cabeza cuando me doy cuenta de que esto es una provocación para meter a Remington en problemas. He estado con el equipo lo suficiente como para saber que una pelea fuera del cuadrilátero significa la expulsión de la competición y la cárcel para Remy.

—No puedes meterte en una pelea, Remy —le advierto cuando, de pronto, el más corpulento de los cuatro hombres habla, subiendo la voz lo suficiente como para que se oiga por encima de la música.

—Estamos hablando contigo, gilipollas.

—Te he oído, imbécil, pero me importa una mierda lo que digas —responde Remy.

Su amigo intenta lanzarle un puñetazo, pero Remington lo esquiva y lo empuja con tanta fuerza que tropieza y cae. De pronto, me doy cuenta de la estrategia. Los amigos del tío del escorpión van a golpear a Remy para que no tenga otra opción que responder, machacarles y que le expulsen de la competición y que, probablemente, le metan en la cárcel, mientras que el tío con el tatuaje del escorpión no ha hecho «nada».

Si este es el tío contra el que tiene que luchar en la final, estará encantado de haberse ocupado de él antes del combate. ¡Menuda escoria!

Remy se está cabreando de verdad a mi lado. Agarra a uno de ellos por la camiseta y sisea:

— ¡Márchate o te corto las putas pelotas y se las doy de comer a tu madre!

Lo empuja y luego coge a los otros dos y los empuja a la vez, uno con cada brazo. Parece tan cabreado que me estoy empezando a preocupar. Se le marcan las venas de las manos, los brazos y el cuello y cuando el tercer hombre se le acerca por detrás, el codo de Remington vuela hacia atrás y golpea perfectamente la cara del pobre tipo.

—Lo siento, tío. Ha sido culpa mía —se disculpa, y el hombre maldice y se cubre la nariz, que está sangrando.

Mientras tanto, veo cómo el tío del escorpión observa tranquilamente con una sonrisa.

¡Ah, no! ¡No lo vas a conseguir, cabrón!

Me invade la reacción huida o lucha. Me zumba el cerebro mientras mi cuerpo bombea con urgencia sangre caliente. La siento alimentando mis músculos, haciendo que me palpite violentamente el corazón. Corro a la barra, llego allí, cojo dos botellas y vuelvo para golpear en la cabeza a dos de esos capullos. Se desploman mientras fragmentos de cristal salen disparados por todas partes.

Voy a por otra botella y vuelvo corriendo, en dirección al otro tío, cuando veo cómo me mira Remy, con horror. Su cara está adquiriendo tintes escarlatas. Me quita la botella de la mano, la estampa contra la barra y luego me sube a su espalda como si fuera un saco de patatas y pasa a través de la multitud para ir a buscar a Pete.

—Remington —me quejo, golpeándole la espalda con los puños mientras intento soltarme. Mis hormonas se disparan cuando me doy cuenta de que una de sus manos está en mi culo. Le oigo susurrarle algo a Pete y, finalmente, mi sangre va en la dirección correcta cuando me mete dentro del coche. La adrenalina sigue bombeando dentro de mí. Nunca había estado en una pelea. Es increíble. *Increíble*.

El chófer del hotel entra en el coche y conduce a través del tráfico de la ciudad, y veo que Remington está respirando fuerte y rápido en el asiento trasero.

Igual que yo.

Nuestras miradas se encuentran entre las sombras del coche. Sus ojos negros son casi siniestros. Su cara está llena de rabia.

— ¿Qué *cojones* creías que estabas haciendo? —explota.

Sus manos forman puños sobre sus muslos, y por un momento creo que va a golpear el respaldo del asiento. Su mirada es salvaje y un poco extraña. Casi animal. Algo... posesivo. Hace que un estremecimiento me suba por el cuerpo.

Quiero besarlo. Mis manos están tensas en mi regazo. Intento mantenerlas quietas.

Pero, Dios, estoy tensa, me quedo en blanco por el deseo mientras le miro. En blanco y destrozada por dentro por la

dolorosa espera de anhelar estar con él. No para de mover los dedos y yo sólo quiero cogerle la mano, ponerla sobre mis pechos y rogarle que me toque.

—Te he salvado el culo y ha sido genial —digo, y una nueva corriente de adrenalina me atraviesa cuando lo recuerdo.

Remy parece estar pendiente de un hilo mientras se pasa la mano por la cara y pone los codos sobre sus rodillas, echándose hacia delante, frotándose la parte trasera de la cabeza con unas manos que, ahora me fijo, están temblando. Tampoco respira.

—Por el puto amor de Dios, no vuelvas a hacer eso nunca, nunca más, NUNCA. ¡Si uno de ellos te pone una mano encima, lo mataré y no me importará una puta mierda *quién me vea!*

Un escalofrío de excitación me atraviesa mientras él se echa para atrás y me mira con una lujuria alucinante. Me coge de la muñeca y la aprieta tan fuerte que jadeo. Mira hacia abajo y la suelta.

—En serio. No lo hagas ni una puta vez más.

—Por supuesto que lo haré. No voy a dejar que te metas en problemas.

—Jesús, ¿de verdad?

Está más nervioso de lo que he visto nunca. Se frota la cara y luego mira sombríamente por la ventana. Su cuerpo tiembla de la rabia.

—Eres pura dinamita, ¿lo sabes?

Me encojo de hombros y luego asiento ligeramente, sintiéndome tan alterada como él.

Cuando subimos al ascensor, vamos los dos solos, pero él se mantiene alejado de mí.

Está acelerado. Hiper. Sus ojos miran a todas partes menos a mí. Se cruje los nudillos y luego el cuello.

—Está bien —digo, tocándole suavemente el hombro. Se pone rígido como si lo hubiera golpeado y se queda mirando

mi mano sobre su hombro. Vuelvo a la esquina y nos miramos a los ojos. El aire entre nosotros retumba, como un trueno. Parece querer saltar sobre mí y huir de mí, todo a la vez. Estira las manos a los costados y suaviza la voz mientras avanzamos por el pasillo hacia nuestras habitaciones, pero sigue sonando un poco ronca por la emoción.

—Siento que hayas tenido que ver a esos capullos —murmura. Está tratando de calmarse mientras se pasa la mano por los puntiagudos cabellos—. Voy a romperle todos los jodidos huesos a ese Escorpión y sacarle los putos ojos en cuanto tenga la oportunidad.

Asiento para apaciguarle porque creo que está deseando golpearle de verdad. Pero sigo tan excitada que no sé qué voy a hacer yo sola en mi habitación. No sé qué hacer con las manos, con los pensamientos, con toda esta avalancha de emociones dentro de mí, dando vueltas y más vueltas, sin llegar a ninguna parte.

— ¿Puedo ir a tu habitación hasta que vuelvan los chicos? —pregunto.

Él duda, luego asiente, y le sigo hasta su habitación. Nos acomodamos en el sofá del salón y pone la tele, el primer canal que sale.

— ¿Quieres algo de beber?

—No —contesto—. Nunca bebo el día antes de un vuelo, me deshidrato el doble.

Asiente y trae dos botellas de agua.

Se deja caer a mi lado.

Su muslo está tan cerca que noto su cuádriceps. Mi corazón sigue palpitando como un loco. Recuerdo cómo hemos bailado y mi piel se calienta de nuevo.

— ¿Por qué te expulsaron de la Liga Profesional? —pregunto.

—Por una pelea como la que acabas de evitar.

Mira la pantalla, mueve la mandíbula, y yo observo con impotencia el juego de luces y sombras de su cara, fascinada.

Relaja su brazo derecho en el sofá, detrás de mí, con aparente calma, pero siento la tensión que emana su cuerpo y de repente noto cómo mi corazón se acelera con excitante anticipación. Unos sonidos extraños que provienen de la televisión se filtran en mi mente, y me doy cuenta de que la pareja de la pantalla se está besando. Se me contrae el estómago. Nunca he visto esta película, pero por la música de fondo adivino que a continuación vendrá una escena de sexo.

Una sombra de angustia atraviesa su mirada. Coge el mando y le quita el sonido, luego lo pone a un lado y baja la mano hasta mi nuca. Envuelve la parte trasera de mi cuello delicadamente con sus dedos, calientes e increíblemente fuertes, cuatro de ellos hacia un lado y el pulgar hacia el otro, y luego va dibujando círculos en mi piel mientras se gira hacia mí.

El hecho de que su tacto pueda excitarme hasta tal punto hace que me sienta ebria, drogada y temblorosa.

— ¿Por qué has hecho eso por mí? —Su voz es insoportablemente íntima cuando me mira en la sombra.

—Porque sí.

Nos miramos más intensamente de lo que nos hemos mirado nunca antes. Soy completamente consciente de cada punto en el que se tocan nuestros cuerpos. Su muslo contra el mío. Su mano en mi nuca, apretando suavemente.

— ¿Por qué? ¿Te ha dicho alguien que no puedo cuidar de mí mismo?

—No.

Observa mis labios, luego mis ojos, y luego, lentamente, cierra los ojos y apoya su frente en la mía, y todo lo que puedo hacer es inhalar su olor como una drogadicta. Mi interior está intoxicado con una única bocanada de su olor. Nunca me ha oído nada tan bien. Él recién duchado. Él sudoroso. Él.

Su profunda respiración llega a mis oídos, y me descubro a mí misma tocando su boca con la yema del dedo. Sus labios son carnosos y firmes, pero suaves y sedosos al mismo tiempo. Siento un rápido y húmedo movimiento cuando saca la lengua

para lamerme, y un escalofrío recorre mi espalda. Gime, tira de mi dedo hacia el interior de su boca y cierra los ojos mientras lo chupa.

—Remington... —jadeo.

— ¡Cariño! ¡Ya estoy en casa!

Nos separamos apresuradamente cuando oímos un portazo y la voz sarcástica de Pete.

—Sólo quería asegurarme de que estabais bien. Está claro que Escorpión tiene ganas de meter tu culo entre rejas.

Las luces se encienden. Remington suelta mi dedo como si fuera una pistola cargada, se levanta y va a la ventana. Respira agitadamente, tan fuerte que se escucha. Igual que yo.

Me pongo instantáneamente de pie.

—Será mejor que me vaya.

Pete observa la escena con cara impasible, sin decir nada, mientras me apresuro a marcharme de la habitación.

—Te espero aquí, Rem —dice Pete, con calma.

Remy no contesta, pero me sigue hasta mi habitación.

Siento su calor corporal en mi espalda cuando meto la llave en la cerradura. Escucho su respiración detrás de mí, todavía un poco irregular, contra mi cabello. Le deseo, pero cuando abro la puerta veo que en la primera cama están los pies de Diane.

Mis pezones son dos bultos duros presionando contra el sujetador. Tengo las braguitas mojadas después de desearlo desesperadamente durante toda la noche. Lo deseo, tanto que tengo un nudo de anhelo y frustración creciendo en mi garganta, porque no puedo tenerlo. ¿Cómo cambiarían las cosas si lo hiciéramos? Esto no puede salir bien. No *puede*. Soy su empleada y esto es sólo algo temporal. Un rollo de una noche ya no es una opción. ¿Lo es? Me gusta demasiado. Oh, Dios. Me. Gusta. Demasiado.

—Buenas noches —susurro, obligándome a mí misma a mirar su atractiva cara.

La violenta ternura de sus ojos se filtra en cada poro de mi cuerpo. Me agarra y me da un beso en los labios, rápido y áspero, pero que enciende una llama de deseo dentro de mí, como hizo la primera vez que me besó en Seattle, y susurra:

—Estás preciosa. —Su pulgar recorre con desesperación mi mandíbula. Me levanta la barbilla y me besa de nuevo, un beso seco y rápido—. Tan condenadamente preciosa que no he podido dejar de mirarte en toda la noche.

Luego se va, y yo estoy otra vez en mi habitación, oyéndole llamarme preciosa, *preciosa*, y me pongo a temblar como si estuviera desnuda y sola en medio de un huracán.

Me tapo con todas las mantas de mi cama y aprieto el puño contra los labios como para encerrar su beso en ellos. Una eternidad después, odio seguir despierta, y seguir temblando.

No sé lo que voy a hacer, pero quiero hacerle mío más que ninguna otra cosa que haya querido en mi vida.

Más que ir a las Olimpiadas.

6. No hace tanto calor en Miami

Hoy volamos a Miami.

La parte delantera del avión está hablando de Escorpión y de la pelea que casi tuvo lugar anoche. Yo estoy sentada en el banco de atrás con él, lo que parece estar convirtiéndose en una costumbre, y acabamos de sacar nuestros auriculares. Él tiene su iPod en la mano y ya está buscando canciones, y yo estoy haciendo lo mismo en el mío, sin estar muy segura de si la canción que estoy eligiendo la escuchará él o yo.

En el trayecto en coche hasta aquí, extendió su mano hacia mí y susurró:

—Masajéame la muñeca.

Tiene la muñeca más gruesa y robusta que he visto nunca, y en cuanto empecé a masajearla, supe que era una excusa para que lo tocara, ya que la podía mover perfectamente. Mi sexo se contrae al recordarlo. ¿Desea que le toque tanto como yo a él?

—Ponme una canción —susurra ahora. Es alucinante cómo una mirada suya puede hacer que me dé un vuelco el corazón.

Asiento, pero no sé qué poner. Él también está buscando, y duda igual que yo.

Ninguno de los dos sonrío. Ninguno ha sonreído desde ayer. Cuando casi hicimos una locura y... algo maravilloso.

Sigo buscando una canción para él cuando me da su iPod y pongo mis auriculares para escuchar. La canción que empieza es *High on You* de Survivor. La letra de la canción me devuelve a su primer combate.

Tocan en mi oído. Suenan divertidos, animados y alegres. Me recuerdan cómo estuve viéndole luchar y cómo,

después, la multitud nos rodeó y cómo su mano tocó la mía, y los dos sentimos un escalofrío...

Yo también me siento traviesa y frustrada. Me gustaría ver cómo reaccionaría si yo hiciera una locura, así que busco una canción antigua realmente divertida que he vuelto a escuchar hace poco en un episodio de *Glee*, llamada *Anyway You Want It* de Journey, y se la paso.

Empieza a escucharla con una sonrisa y cuando se da cuenta de que el estribillo dice básicamente que puede «conseguirlo» cómo quiera, sube sus ojos hasta los míos. Hay una pregunta escondida en esos ojos y su mirada viaja de mis ojos a mis labios, ojos y labios, hasta que baja y se queda clavada en mis labios. Me paso la lengua por ellos y me fijo en que sus pupilas se han dilatado.

—Rem —le llama Pete desde delante.

—Tiene puestos los auriculares, no puede oírte — respondo. Yo le he escuchado porque mi canción ya se ha acabado.

—Jesús, deja de ponerle, Brooke. Especialmente si no vas a...

Se me escapa una risa. Remy, ajeno a lo que acaba de decir Pete, parece absorto en mí y en la música. No sé qué significa su mirada, pero acerca su cabeza a mí.

—Ponme otra —me pide con voz áspera. Sus sombríos ojos azules me miran fijamente.

Dudo un instante, pero por dentro reboso de lujuria y maldad, así que me arriesgo con otra canción antigua que parece apropiada, y pongo *All I Wanna Do Is Make Love To You* de Heart.

Cuando comienza en el estribillo, me fijo en que sus pupilas se dilatan mucho más. Se me para la respiración, y me doy cuenta de que al ponerle esa canción básicamente le estoy rogando que me haga el amor, que me diga que lo hará...

Los nervios causados por su hambrienta mirada me hacen recostarme en el sofá mientras él se acerca. Sus ojos

siguen fijos en los míos mientras inclina la cabeza. Su mirada es tan ardiente que me excita.

Desliza su mano alrededor de mi cintura y me atrae hacia él, luego baja la cabeza y apoya sus labios en mi oreja. Creo que me acaba de besar en la oreja. Mis terminaciones nerviosas bailan cuando coge su iPod y reproduce una canción para mí. Pone *Iris* otra vez, mirándome mientras el ritmo me deja sin aliento de nuevo, y la letra hace que quiera llorar.

Inundada de deseo, sostengo su mirada mientras suena la canción. Sus ojos son tan fervientes y apasionados como las palabras que estoy escuchando. Cuando termina la canción, me quita los auriculares y se quita también los suyos. Su respiración es entrecortada e irregular cuando se inclina hacia mí y me besa de nuevo la oreja.

— ¿Me deseas? —pregunta con una voz gutural que me pone los pelos de punta.

Asiento con la cabeza ferozmente, y sus manos se tensan en mis caderas. Se acerca a mi cuello y respira en mi piel. Un escalofrío recorre mi cuerpo y me siento arrastrada por la repentina certeza de que esta noche, después del primer combate en Miami, Remington va a hacer el amor conmigo.

Deja el brazo en mis hombros durante el resto del vuelo y me atrae hacia su lado, sigue haciéndome preliminares sexuales en la oreja, el único sitio en el que los otros no pueden ver lo que me está haciendo. Me muerde el lóbulo con los dientes, lame la concha de la oreja... Se le olvida completamente ponerme música. Mientras tanto, yo me estremezco de deseo, húmeda e inquieta, mirando sus pantalones, abultados por la plenitud de su erección, que estira el vaquero tan asombrosamente que me pican las manos. Mi boca quiere probarle, lamerle, mi sexo está contraído de puro deseo.

Llegamos al hotel de cinco estrellas y la emocionante combinación de anticipación y excitación contra la que he estado luchando salta por los aires porque me fijo en que Remy ha reservado una *suite* presidencial doble para nosotros.

Cuando nos dan las llaves, todos los demás también se dan cuenta.

—Sinceramente, espero que sepas en qué te estás metiendo —dice Pete en un preocupado susurro, con el ceño fruncido.

Los ojos de Diane están llenos de lágrimas cuando me aparta a un lado en el pasillo.

—Oh, Brooke, ¿por qué no te vienes a una habitación conmigo?

Riley se acerca y me mira con franqueza, dándome palmaditas en la espalda como si me marchase a la guerra.

—Está intentándolo más de lo que le he visto intentar algo nunca, y es por ti, B.

Su actitud no me sorprende.

Sé que están preocupados porque esto acabe mal. Soy la empleada de Remington y además, sólo temporal, y él tiene una mala reputación basada en toneladas de evidencias. Evidentemente tiene mal genio y puede resultar difícil de controlar. Pero a pesar de que sea tan fuerte, mi instinto me dice que no sería capaz de hacerme daño, y nunca ha hecho nada que indique lo contrario. El resto no importa ahora. Simplemente no me importa. Lo deseo. Con una intensidad que no había sentido en más de seis años. Y voy a ir a por él.

¿Puede que yo también tenga un botón de autodestrucción?

Los nervios por lo que pasará luego me están volviendo loca. Subimos a nuestras habitaciones para prepararnos para el combate, y de repente, echo tanto de menos a Melanie que saco el móvil del bolso y le mando un mensaje, ya que llevo un par de días sin hacerlo.

Brooke: Cómo está mi super amiga?

Melanie: Te echo de menos! Pero t perdono si m dices que has conseguido a ese tío!

Brooke: Oh, dios Melanie: Qué? Lo has hecho???

Brooke: Mel Melanie: Qué? Qué?

Brooke: Creo que me estoy enamorando de él

Pasó por Miami como un huracán.

Hemos vuelto de su primer combate y todavía estoy sin respiración por la euforia. Los oponentes de Remy casi no han podido ni rozarlo. Estaba superanimado, su cuerpo era tan preciso y potente que no tuvo que dar muchos golpes para dejar a sus oponentes fuera de combate. Pasó por cada uno de ellos como si estuviera de vacaciones y al final de la noche, la gente gritaba deleitada, e incluso el presentador se había quedado sin aliento.

—Que estos pobres hombres «Descansen En Paz». ¡Dios mío, este hombre *sabe* golpear! ¡¡¡Vamos, DEPÜ! ¡Destrózalos, cabronazo! ¡Deeeepredador, damas y caballeros! ¡Deeeepreedaaaadoor!

Incluso Riley estaba tan emocionado por lo que veía desde la esquina que se subió a la espalda de Lupe y empezó a lanzar puñetazos al aire, sin dejar de gritar. Mientras tanto, Pete parecía haber dejado su lado responsable en Atlanta porque antes de abandonar el recinto dijo:

— ¡Joder! ¡Tenemos que celebrarlo!

Antes de que Remington y yo pudiéramos saber lo que estaba pasando, una multitud nos acompañaba al hotel en una docena de coches. Así que ahora estamos en la suite presidencial con lo que parecen mil desconocidos pero, obviamente, no puede conocer realmente tanta gente. De hecho, Pete dice que la mayoría de ellos ya han estado de fiesta con Remington antes, así que sólo son extraños para mí.

Hay tanta gente que algunas personas han tenido que quedarse en el pasillo, haciendo tanto ruido que no puedo dejar de pensar en la enorme bendición que supone que las dos otras *suites* presidenciales estén vacías, porque si no tendríamos que estar buscando otro sitio donde poder dormir esta noche.

Estoy decepcionada porque no he podido siquiera verle desde que se fue a duchar y cambiar. Ha estado siempre rodeado de admiradores y le han traído al hotel un grupo de viejos amigos de Miami que le han dejado conducir el Ferrari de uno de ellos.

Ahora, mientras me paseo entre toda esa gente apiñada en lo que se supone que es la *suite* de Remy y mía, me pregunto si debería unirme a la fiesta, volverme loca y emborracharme, cuando de repente estallan los aplausos en la entrada, seguidos de los inconfundibles gritos que sólo un hombre que conozco puede causar. Entra en la habitación en los hombros de cuatro tíos. Mi corazón da un salto. Tiene esa gran sonrisa en la cara, el arrogante y poderoso Remy, eufórico por la victoria, y las mujeres gritan, locas por él.

— ¡Remy! ¡Reeemyyy!

—Eso es. ¿Quién es el mejor? —grita y se da con el puño en el pecho.

Me río, completamente absorta, fascinada y encantada por él. El aura que emana esta noche le hace brillar como una estrella. Si ahora mismo dijera que puede volar, todos le creeríamos. Todos los presentes parecemos atraídos por él, gravitando a su alrededor. Me localiza, y su sonrisa se suaviza y sus ojos brillan con un aspecto extraño, hambriento y, de algún modo, intenso.

—Brooke.

Salta al suelo y me hace señas para que me acerque. La multitud se aparta para dejarme pasar. Me sonrío y sus inquietos ojos azules están fijos en mí mientras camina lentamente hacia delante y se encuentra conmigo a mitad de camino. Me levanta con sus fuertes brazos, me balancea en volandas y luego me besa.

En el momento en que toca mis labios, fuegos artificiales salen disparados de mi cuerpo, Todo el deseo reprimido de días y semanas se junta con este momento en el que todo lo que soy y todo lo que deseo se reduce en esto. A *mí*, acercando la cabeza de Remington Tate más a la mía mientras abro la boca y dejo que me dé todo lo que quiera.

Su beso hace girar mi estómago en un remolino salvaje. Me sostiene firmemente por las caderas y mueve sus labios mientras roza mi lengua con la suya. Un rugido suena en su interior cuando me acerca más a él y me hace sentir su erección, todo esto mientras baja la cabeza y se folla mi boca como si no hubiera un mañana.

La gente vitorea a nuestro alrededor y cuando le gritan « ¡Follátela!», Remy se separa. Respira con fuerza por la nariz mientras lleva su boca a mi oreja, donde susurra en un sexy tono ronco:

—Eres mía. Esta noche.

Se me escapa un gemido febril. Sujeta mi cara con esas grandes manos que me hacen sentir pequeña y frágil, y hambriento, captura de nuevo mi boca. Esta vez lo hace lentamente, como si fuera un tesoro de valor incalculable.

—Esta noche eres mía.

Vuelve a mirarme a la cara. Sus ojos rezuman deseo. Creo que acabo de asentir, pero estoy demasiado aturdida para estar segura. Un ardor sofocante me recorre. Mis piernas no dejan de temblar y cada una de mis células grita de lujuria porque lo quiero ahora. Lo deseo *ahora mismo*.

—Remy, ¡te deseo, tómame! —grita una mujer, pero él la ignora, ignora a lodo el mundo. Excepto a mí.

Sus ojos son oscuros y resueltos. Acaricia los lados de mi cara con las yemas de sus grandes y ásperos pulgares, luego extiende los dedos por mi cabello mientras me besa de nuevo. Nuestras bocas están calientes y húmedas cuando se juntan, nerviosas y sedientas. Agarro su suave camiseta gris con las manos, dejándome llevar por las sensaciones. Ni siquiera me importa quién esté mirando, soy ajena a las cosas que nos

están gritando. No me había dado cuenta de lo mucho que quiero esto, lo *necesito*, hasta que los escalofríos se extienden por mi interior y estoy bajo el influjo de su boca sensual e insistente y de esa mirada que me hace sentir como si fuera la única mujer viva en el mundo.

—¡Llévatela a la habitación, Tate! —grita alguien. Pero él parece ensimismado conmigo, y yo con él.

Sujetándome de forma protectora entre sus fuertes brazos, me peina el cabello para atrás mientras sus labios pasan por la curva desnuda entre mi cuello y mi clavícula. Sus dedos se deslizan por mi cuello una vez más mientras me acaricia la oreja y, como un cántico, me dice:

—Mía. Esta noche.

—Igual que tú. —Sujeto su mandíbula y busco su mirada cuando, de repente, cuatro hombres lo levantan y lo llevan en hombros otra vez.

—Remy, Remy... —corean al unísono, haciéndole botar. La risa me invade y burbujas de felicidad estallan en mi pecho. Estoy feliz por mí. Por él. Por esta noche.

Cerca de allí, Pete y Riley observan la escena con unas caras tan sombrías y tensas que parece como si estuvieran enterrando a alguien.

—Divertíos, chicos —les digo riendo mientras me acerco. Es muy posible que mis abuelos disfruten más de las fiestas que estos dos. Pero ellos simplemente mueven la cabeza y siguen con su actitud taciturna.

—Esto está yendo muy rápido —murmura Pete, dirigiéndose a Riley.

—Lo sé, tío. Mierda.

—Sí. —Pete se rasca los rizos—. ¿He sido yo el que ha iniciado toda esta fiesta?

—Prepárate para el aterrizaje de emergencia. —Es lo único que contesta Riley, y luego se marcha por el pasillo, sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

Estoy confundida.

— ¿Qué pasa? —le pregunto a Pete.

—Nada. De momento. —Mira su reloj y luego a Remy mientras le llevan a la barra—. Pero si algo no sale como él quiere, entonces tendremos problemas. Muchos problemas.

Miro alrededor y no veo más que risas y alegría mientras suena la alocada música rock del iPod de Remy de los altavoces de la *suite*. Sinceramente no sé por qué se preocupan tanto estos dos. Todo el mundo se lo está pasando bien y Remy se ha estado esforzando más que nunca. Se merece un poco de diversión. Sí, está un poco acelerado, pero está claro que sigue con la adrenalina del combate añadida a lo que estamos sintiendo Remington y yo, serpenteando como cobras hambrientas desde hace semanas.

Durante el día, cuando subimos a dejar las maletas a la *suite*, fuimos a comer con el equipo y él estuvo preparándose para el combate. A cada instante, nuestros ojos se han estado buscando ávidamente y en cuanto se encontraban, saltaban chispas entre nosotros y eran tan intensas que el deseo de estar con él me recorría como un latigazo. Incluso durante el combate, cuando se volvió para mirarme antes de que comenzara, sus ojos azules brillaban con apetito por tenerme. Sé que tiene la misma hambre que tengo yo ahora, mientras espero, febril por la anticipación de esta noche. Mi cuerpo zumba de excitación y después de un combate tan increíble, sé que el de Remington está zumbando como un loco. Está como una moto. Encendido y en plena forma.

Su energía es tan poderosa esta noche que realmente parece presionar cada célula y cada átomo de mi cuerpo, bañándome en una completa consciencia femenina de su ardiente masculinidad.

Ahora le observo mientras sirve chupitos de tequila en la barra. A su lado, una rubia imponente se echa zumo de limón en el escote y añade una pizca de sal, luego se coloca un vaso de chupito entre las apretadas tetas. Coge la muñeca de Remy y le señala para que vaya a bebérselo. Los celos tensan todos mis músculos, y sólo se relajan cuando Remy agarra al hombre más cercano y le empuja la cara hacia sus tetas, riéndose fuerte

y virilmente mientras coge los dos chupitos que ha servido y empieza a acercarse a mí.

Sus ojos se quedan fijos en los míos, y se vuelven oscuros y salvajes. Tan oscuros y salvajes como la agitación de mi interior. Parece no querer celebrar nada con nadie aparte de mí, y saberlo me afecta directamente a las rodillas. Estoy sensible, húmeda e hinchada.

Trae un salero y limones en una de las manos.

—Ven aquí —dice, con voz ronca pero suave, mientras coloca los chupitos en una mesa cerca de la entrada. Se pone el gajo de lima entre los labios y baja la cabeza para dármele a mí. Abro la boca y el zumo de la lima entra dentro de mí. Gime, los dos lo hacemos mientras seguimos besándonos, lamiéndonos el uno al otro hasta que él gime otra vez y se retira para darme el chupito.

Nunca me he emborrachado con nadie, y de pronto me alegro de que sea con él. Una temeraria alegría corre por mis venas. Me siento juguetona e impulsiva, quiero hacer lo que nunca he hecho. Cojo el vaso con los dedos, trago el líquido de un golpe y siento cómo quema mientras me recorre la garganta, y cuando me da otra vez la lima, estoy completamente loca de la emoción.

Haciendo lo mismo que él, sujeto el gajo de lima con la boca y él se inclina y chupa el zumo de mí. Se me escapa un gemido cuando retira la lima y pone en su lugar su lengua. El deseo me domina y mis brazos rodean su cuello.

Los vasos vacíos estallan contra el suelo cuando me agarra del culo, me sube a la mesa, se coloca entre mis piernas e introduce su lengua en mi boca.

Empuja su cadera y su virilidad contra mí, la desesperación que hay en ese movimiento hace que salten chipas por todo mi cuerpo.

—Hueles tan bien... —me susurra al oído. Sus manos aprietan mis muslos mientras frota su miembro contra mí. Su boca baja por mi frente, mi mejilla y sus labios se mueven rápidos y ardientes sobre los míos—. Te quiero ahora. No

puedo esperar a que nos libremos de toda esta gente. ¿Cómo te gusta, Brooke? ¿Duro? ¿Rápido?

—Como tú quieras —murmuro, intoxicada por el tacto de sus brazos, su boca, el roce a través de la ropa de su sexo contra el mío. Por sus gemidos, creo que mis palabras le hacen acordarse de la canción que le puse. Baja la cabeza para morder suavemente mi labio inferior.

—Espera aquí, dinamita —dice, y vuelve hacia la barra.

Tomamos una segunda ronda de chupitos, y luego se va a por una tercera y una cuarta. En esta última estoy completamente mareada. Nunca había bebido más de la cuenta, y no sé si mi cuerpo está preparado para manejar la situación. Me da vueltas la cabeza mientras le veo ir a buscar la quinta ronda con una sonrisa de idiota. De nuevo, algunos chicos le cogen y le suben a hombros gritando « ¿Quién es nuestro hombre? ¿Quién es nuestro hombre? ».

—¡Podéis apostar vuestros culos a que soy yo, cabrones!

Le vuelven a poner en el suelo en la barra y empiezan a gritar mientras le dan un gran vaso de cerveza. Golpean el granito con los puños coreando.

¡Re—ming—ton! ¡Re—ming—ton! ¡Re—ming—ton!

—Tíos, tranquilizaos —dice Pete mientras se acerca, intentando calmar el ambiente.

— ¿Quién coño es este pringado? —dice un chico con barba, y Remy le agarra y le pone contra la pared tan fácilmente como si no pesara más que un bebé.

—Es mi colega, capullo. Así que muestra algo de respeto.

—Cálmate, tío. ¡Sólo estaba preguntando!

Remy le deja caer al suelo y va a prepararnos más tequilas.

Sé que va a volver con más chupitos, pero la gente no hace más que pararle, y mi estómago ha empezado a hacer ruidos. No puedo sentir la lengua. Estoy bastante segura de que voy a vomitar.

Me tapo la boca y salgo corriendo en dirección al baño de la habitación más pequeña, pero también la que está más cerca. Ignoro a la gente que se lo está montando en la cama, entro en el baño, cierro la puerta con pestillo, luego me dejo caer al suelo, junto al váter, me agarro el pelo y apenas consigo levantar la tapa cuando empiezo a vomitarlo todo.

Cinco minutos más tarde todavía sigo ahí, jadeando mientras empiezo a compadecerme de mí misma. Aquí, en el baño.

Dios. Mi estómago. Mi pobre hígado. Pobre de mí. Estoy tan jodidamente contenta de haber entrenado en mi adolescencia en vez de nadar en el ¡tequila! No me puedo creer que a Melanie le guste hacer esto. Gruño miserablemente mientras otra náusea sube por mi garganta. Inclino la cabeza en la taza de nuevo y convulsiono mientras sale todo fuera de mí.

Cuando creo que he terminado, todo está borroso y sigo mareada. Me lavo la boca y busco las vitaminas que dejé aquí por si acaso no compartía el mismo baño con Remington, lo que parece una gran idea ahora que puede que me pase toda la noche vomitando. Cojo una pastilla roja de vitamina B y C y me la tomo. Supongo que debería empezar a hidratarme, pero estoy demasiado cansada para ir a por agua, así que, en vez de eso, tiro por tercera vez de la cadena, cierro la tapa y apoyo la frente en ella por si acaso vuelvo a tener náuseas. Cojo el teléfono y le envío un mensaje a Mel:

Me snto como na merda! Sper borraxa! Pro m follré a Remy si sobrvibo a! tkila!

Creo que, después de eso, me quedo dormida.

Cuando me despierto, me palpitan las sienes. El sonido afuera, en la *suite* presidencial, resulta ensordecedor. Me limpio la boca, me coloco bien el cabello y me lavo las manos. Salgo a la habitación y los amantes se han ido, así que me dirijo al salón, hacia el ruido. No. No es ruido. Es el caos.

Sin dejar de parpadear, observo la escena con incredulidad. No sé qué, pero algo ha pasado. Definitivamente. Ha. Pasado. Hay plumas de cojines esparcidas por todas partes. El cristal cruje bajo mis pies mientras ando. Las personas se empujan entre sí, medio borrachos y bastante asustados mientras intentan huir de algo. Y entonces lo veo.

Remington *el Depredador* Tate, el hombre más sexy del mundo, está arrasando con todo lo que encuentra en su camino y gritando con toda la fuerza de sus pulmones.

— ¿Qué coño le habéis contado de mí? ¿Dónde coño está?

Pete ha perdido la chaqueta y la corbata, e intenta desesperadamente calmarlo. Remy lanza un jarra de cristal contra la pared, que se rompe al instante. La gente grita tanto por el miedo como por diversión mientras que Riley se ocupa de ir guiándolos hacia las puertas de la *suite*.

Mi embriaguez se desvanece al instante, o por lo menos disminuye un cincuenta por ciento, y estoy casi sobria por el *shock*. Entro en acción y empiezo a empujar todos los cuerpos que me encuentro de camino hacia la puerta.

— ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! —grito como una loca.

Remy oye mi voz, se gira y me ve. Sus ojos tienen un brillo temible cuando arroja la lámpara que tiene en las manos hacia atrás provocando una gran explosión de cristal y luego viene hacia mí. Pero Pete lo agarra, sujetándole desesperadamente del brazo.

— ¿La ves, amigo? Firmó un contrato, ¿recuerdas? No tienes que destrozar el hotel, hombre.

Mientras Remington me mira a los ojos con una expresión de auténtico dolor, Pete le clava algo en el cuello, haciendo que sus párpados se cierren.

Su cabeza se desploma hacia delante y *yo* me quedo helada, completamente horrorizada. Una niebla de confusión me impide tener algún pensamiento racional mientras trato de procesar que Pete, el bueno de Pete, acaba de meterle algo a Remy por la yugular.

Riley continúa empujando a la gente fuera de la habitación mientras Remy se desploma y Pete intenta apoyarlo en la pared más cercana. Cuando conseguimos sacar a la última persona, Riley se echa uno de los brazos de Remy sobre los hombros, y Pete el otro. Lo llevan hacia la habitación principal con los pies arrastrando detrás del cuerpo, y entonces escucho su hermosa y masculina voz. No suena solamente borracho, sino también drogado. Su tono es muy bajo y apenas comprensible.

—No dejéis que lo vea.

—No lo haremos, Rem.

Su cabeza cuelga hacia delante como si no tuviera fuerza para sostenerla.

—No se lo dejéis ver.

—Sí, tío. Lo sé.

Un miedo helado se propaga por mi cuerpo mientras me muevo aturdida, como una sonámbula, y les sigo hasta la puerta. Me quedo en el umbral, aturdida por el impulso de ir con él, mi completa confusión por lo que está pasando y mi trastorno obsesivo-compulsivo que me ruega que empiece a limpiar todo este maldito desastre, y también los chupitos de tequila que hacen que me sienta como una idiota.

— ¿Qué le pasa? —le pregunto a Pete cuando vuelven los dos. Riley se dirige al teléfono del salón.

—Está bien, sólo tiene un poco de bajón. —Pete agarra el picaporte de la puerta para cerrarla.

Y, de repente, dejo de preocuparme por mí y cojo a Pete por el brazo como si fuera un salvavidas.

—No me mientas. ¿Qué es lo que no quiere que vea?

Me tiembla la voz, pero estoy tan asustada y borracha y sexualmente frustrada que si no me responde creo que voy a empezar a romper las pocas cosas que Remington ha dejado intactas.

Pete duda, luego suelta su brazo del agarre mortal en el que parece que le he atrapado.

—No quiere que lo veas *a él*.

Me he quedado sin habla, pero la necesidad de asegurarme de que Remington está bien es tan insoportable que intento entrar de nuevo. Rápidamente, Pete me aparta a un lado.

—Mira, ha estado acelerado desde que llegaste, y esto es lo que pasa después del acelerón. Lo que necesita es algo de contacto físico para hacer que se sienta mejor, sacarle del bajón y se pondrá bien muy pronto. Sabíamos que esto iba a pasar, era cuestión de días. Siempre empieza cuando se siente invencible en el cuadrilátero. Y el hecho de que haya estado yendo detrás de ti como un perrito tampoco ayuda, Brooke.

— ¿Y quién coño te da derecho a inyectarle sustancias químicas en las venas, Pete? —le espeto, enfurecida en defensa de Remington.

—Él. Montones de habitaciones de hotel destrozadas, Brooke. Llevo una década con él, y Riley también. ¡Es el hombre con más coste de mantenimiento que conocerás jamás!

Riley vuelve con una expresión sombría.

—Ya están de camino.

— ¿Has conseguido dos? —pregunta Pete.

Tres. Nuevas. A ver si eso puede calmar su insaciable apetito.

Cuando me doy cuenta de lo que están hablando, me dan ganas de pegarlos.

— ¿Tres nuevas qué? ¿Prostitutas?

Con un gesto de preocupación, Pete apoya la mano en mi hombro para apaciguarme.

—Éste es el protocolo habitual, ¿de acuerdo? Son mujeres limpias y muy caras. No le importa quiénes sean. No deberíamos haberle dejado tanto tiempo sin entrenar *eso*, especialmente contigo por aquí. Siento ser tan gráfico, pero ahora éste es nuestro problema, no podrá luchar mañana en este estado. Joder, si podemos sacarle de la cama será un milagro.

Algo oscuro y verde da vueltas dentro de mí, enrollándose en mi pecho.

—No quiero a esas mujeres aquí —les digo con una calma engañosa.

Tal vez no tenga voto en el asunto, pero recuerdo el beso de Remy esta noche, el suave contacto de sus manos. Sus palabras. *Esta noche eres mía...*

La repentina y vivida imagen de su cuerpo entrelazado con el de otra persona me hace querer correr al baño de nuevo y vomitar. Estoy un poco borracha, o quizás ya tengo resaca. No lo sé. Pero me duele el corazón y mi estómago se revuelve ante el mero pensamiento de que alguien más lo toque. Y de pronto, necesito taparme la boca e ir al baño de verdad.

Paso los siguientes diez minutos allí, luego me lavo la boca de nuevo, lo limpio todo y me dirijo al salón justo cuando llegan las asquerosas prostitutas. Riley parece haber bajado a la recepción para traerlas, ningún hotel respetable dejaría que pasaran dentro solas, y cuando Pete abre la puerta para dejarlas pasar, con sus apestosos perfumes y sus conjuntos plateados, me quedo boquiabierta y me vuelvo a marear.

Son muy guapas. Admito con horror que puede que yo sea el tipo de borracha que empieza a gritar a la gente y luego llorar, porque tengo ganas de hacer las dos cosas. Estoy tan cabreada que me lanzo hacia delante y detengo a las dos mujeres justo antes de llegar al salón. Las tres se paran cuando ven mi pelo revuelto y mi mirada furiosa.

—Ya no necesitamos sus servicios, señoritas. Siento haberles hecho perder el tiempo, esto es por haber venido hasta aquí.

Cojo cien dólares de la cartera de Riley, que es el que está más cerca y también el idiota que las ha *llamado*, empujo a las mujeres al pasillo y luego cierro la puerta delante de sus narices. Luego me giro con el ceño fruncido.

—Es la última vez que llamáis a unas putas cuando está así —les digo, señalándoles amenazante. Mi corazón palpita

de pura rabia—. Puede que yo no esté en condiciones de tomar las decisiones aquí, pero él tampoco. ¡Él no las *quiere!*—grito.

Los hombres, ambos completamente sobrios y siempre elegantes enfundados en sus trajes y corbatas de guardaespaldas excepto Pete, que ha perdido un poco las formas esta noche, se me quedan mirando en completa confusión, haciéndome sentir como si me hubiera vuelto loca.

Bueno...

¿Lo he hecho?

No estoy segura. Pero mi pecho ansia al hombre que está en la habitación principal y jadeo mientras lucho por mantenerme firme. Sé lo que están pensando. Quieren saber por qué coño no he dejado que pasaran esas mujeres. Piensan que *quiero* follarme a Remington, y que pienso que él realmente *me* desea. Y quizás lo pienso. Lo *pienso* desesperadamente. No sólo quiero follármelo, puede que me haya vuelto loca y además tenga otros profundos y complicados sentimientos hacia él.

Pero pensar en otra tocándole me hace querer escupir fuego. No me importa que no me pertenezca. Lo que me importa ahora mismo es que Pete le ha inyectado algo en las venas, su maravilloso cuerpo no responde, y su cerebro está drogado. Si puedo evitar que esta pesadilla continúe, lo haré; de hecho, *acababa* de hacerlo.

—Ya no estoy borracha —les digo cuando me fijo en que no paran de mirarme.

Ambos suspiran.

—Me voy a la cama, por si acaso vuelve a ponerse así cuando se despierte —dice Riley, mirando la puerta.

—No entres ahí —me advierte Pete, refiriéndose a la habitación principal—. Duerme en la otra habitación. Es posible que no recuerde nada de lo que le digas ahora, y si el efecto de lo que le hemos dado se le pasa demasiado pronto, esto se puede poner más complicado de lo que puedes imaginar.

—De acuerdo —miento. Me voy a la otra habitación y me pongo el camisón, pero no puedo dejar las cosas así. Los únicos que dormimos en la *suite* somos Remy y yo, así que, cuando la puerta se cierra detrás de Pete, sé que estamos solos.

Esquivo el campo de minas de cristal extendido por todas partes y luchando contra mis impulsos de ponerme a limpiar, me meto en el dormitorio. Mi pulso retumba frenético como un tambor inundando mi pecho mientras entro. Las cortinas están medio abiertas y siento una avalancha de posesión y protección dentro de mí cuando miro su cuerpo cubierto por las sombras en la cama, ligeramente iluminado por las luces de la ciudad. Me digo a mí misma que lo único que quiero es asegurarme de que está bien. Pero estoy tan enganchada y preocupada que temo que verle no sea suficiente y vaya a comprobar su pulso o algo así.

Intentando ser silenciosa, contengo la respiración y cierro la puerta cuidadosamente detrás de mí. Me quito las zapatillas con cuidado y me acerco dando pasos ligeros en la alfombra mientras mis ojos se acostumbran a la oscuridad. Está tumbado boca abajo en la cama y cuando gruñe, mi corazón se revuelve de dolor. Las sábanas susurran y el colchón cruje cuando se mueve. Estoy tan loca por este hombre que quiero devorarlo entero y hacerle un montón de cosas que nunca he querido hacer con nadie más.

Las mariposas me revolotean en el estómago cuando recuerdo cómo les decía a Pete y Riley que no me dejaran mirar. ¿Le importa lo que yo piense de él? Quiero decirle que todavía es «todo eso» para mí. Quiero decirle un montón de cosas buenas. Lo bien que ha luchado. Que creo que es el hombre más atractivo que he visto en mi vida. Que me ha llevado hasta el séptimo cielo sólo con sus besos. Sé que yo también necesitaba oír algo parecido cuando mi mundo se rompió en pedazos junto a mi cuerpo y mi espíritu, y Mel me cogió de la mano y me dijo que para ella yo seguía siendo una campeona. Quiero que Remy sepa que yo también sujetaría un póster que dijera que soy su mayor fan. Pero no puedo hablar con el nudo de emociones que tengo en la garganta. Estoy tan preocupada por verlo así, que no puedo ni hablar. Y mi hígado no está funcionando muy bien, así que estoy experimentando

todo un abanico de sensaciones que no sé cómo manejar ahora mismo. Creo que simplemente quiero abrazarlo y acariciarlo, pero tengo miedo de que me eche cuando sepa que estoy aquí.

Sigo nerviosa mientras me tumbo, pongo una mano en su gran hombro desnudo. Su calor pasa por su suave piel hasta mí mientras me acerco a su oreja y paso suavemente mis labios por su lóbulo, como me hizo él a mí en el avión.

El olor de su champú junto al aroma natural que emana de él me vuelve loca de deseo, y no puedo evitar deslizar los dedos por su espalda, por encima de las curvas de sus nalgas. Es tan atractivo que mi cuerpo se muere por estar con el suyo.

Entiendo el concepto de «gastar» algo de energía extra. Ha sido probado que los atletas compiten mejor con un poco de sexo previo. Estas semanas con él también han sido intensas para mí, y cada día estoy más desesperada y desequilibrada por el dolor que me causa no tener sexo.

Lamentándome por esta noche perdida, toco delicadamente la curva de su espalda y tiemblo por el contacto con su cálida piel, sedosa y suave, deslizándose por debajo de mis dedos. Mi vagina se contrae de deseo, y una parte egoísta de mí quiere que abra los ojos, me vea y me rodee con sus brazos hasta que estemos los dos sin aliento y agotados por lo que hemos estado deseando todo este tiempo.

Pero otra parte de mí teme que me rechace.

Hay tantas posibilidades de que lo haga que ni siquiera sé por qué sigo aquí cuando me han advertido claramente que me mantenga alejada. A lo mejor soy más débil que Remy ahora mismo. Quizás estoy más loca. Esta noche sólo quiero estar junto a él. Está sedado e indefenso, y sé que nunca me haría daño.

Lo más sigilosamente que puedo, me acerco más a su cuerpo y extendiendo mi cuerpo al lado del suyo. De pronto, ronronea muy bajo y se da la vuelta, apoyándose en su espalda. Contengo el aliento mientras la desnudez de su cuerpo perfectamente esculpido se muestra ante mí. Me quedo sin respiración.

Su cuerpo a la luz de la luna hace que se me humedezca la boca, y lo que tengo entre las piernas, esas piernas que ahora me parecen de algodón. Veo cada músculo de su cuerpo, y cómo se juntan entre ellos, y cómo su piel se ajusta perfectamente en cada centímetro. Podría marcar cada músculo con un lápiz. Es tan perfectamente masculino que siento calor y humedad entre mis piernas. Estoy desesperada por sentir sus labios bajo los míos, su lengua rozando la mía.

Quiero que se despierte para poder decirle que le deseo, en mi boca, dentro de mí. Quiero arrancarme la ropa y pegar cada centímetro de mi cuerpo al suyo. Quiero tumbarme y tocarlo y besarlo justo *ahí*, que es tan grande y duro como el resto de su cuerpo. Justo ahí, donde es tan... hombre.

Me permito acariciarle brevemente con la mirada, por la longitud de sus musculosas piernas, sus delgadas caderas, su hermoso pene, tan grueso, largo y suave... subiendo por el tatuaje de estrella más sexy que he visto nunca, sus manados abdominales, su duro pecho, su ancho y potente cuello hasta su sobrecogedora y atractiva cara.

Tiene los ojos cerrados. Sus párpados son como dos lunas que reposan en sus mejillas, su mandíbula es completamente cuadrada, incluso relajada.

Acaricio la incipiente barba con uno de mis dedos.

—Eres muy guapo, Remy.

Cuando lo toco, gruñe y gira la cara. Pongo el brazo alrededor de su cintura y nos tapo con la sábana, escuchando su respiración, cómo su pecho sube y baja mientras me acerco más a él para sentir su calidez.

Al final, he debido quedarme profundamente dormida. Cuando suena el despertador de su móvil a las cinco de la mañana no lo oímos, y a las diez nos despierta Riley, aplaudiendo y riendo para sacar nuestros vagos culos de la cama y para que Remy vaya a entrenar al gimnasio.

Riley parece realmente encantado de que yo haya «dormido» con Remy. Seguramente estaba ansioso porque

Remy entrenase «eso», fuera lo que fuese, con las prostitutas o conmigo.

Se pierde la forma en la que nos sentamos de un salto cuando se marcha. Remington parece cualquier cosa menos drogado cuando se da cuenta de que yo estoy al otro lado de la cama. Creo que tengo el pelo revuelto y debo estar tan mal como me siento, pero no puedo evitar fijarme en su cuerpo desnudo y es lo más alucinante que he visto a la luz del día.

Nos admiramos mutuamente durante la duración de unos latidos.

Latidos durante los que cada beso que me dio anoche aparecen en mi memoria y siento en mis labios.

La luz del sol entra en la habitación, la cama está deshecha y los dos estamos encima de ella, y nuestros ojos suben y bajan rápidamente.

Un impulso desesperado de saltar a sus atractivos músculos me atraviesa, y me fijo en la primitiva alerta que cruza su mirada mientras me observa despacio, de arriba abajo, mientras mi interior tiembla de lujuria debajo de una vieja camiseta de Disneyland, cortesía de uno de los viajes anuales de «juventud» de Melanie.

Esta mañana sus ojos son tan oscuros que podría jurar que no hay ni un solo trazo de azul en esa juguetona mirada.

Antes de que Remy pueda siquiera preguntar qué estoy haciendo en su cama, doy un salto y me voy rápidamente a cambiar, notando cómo sus ojos siguen cada uno de mis movimientos en su habitación.

Pero no viene a por mí.

—Cuando pasa esto, es algo normal —dice Pete en el gimnasio cuando, después de dos horas, todavía no ha aparecido—. Quizás quieras aprovechar el día, Brooke. No hay ningún motivo por el que no puedas pasarlo bien y tomar un poco el aire.

En realidad, después de beber toda la noche, la palabra «sol» no me parece tan atractiva como lo sería normalmente, pero asiento y paseo un poco por Miami, intentando

empaparme de la increíble y vibrante mezcla cultural de latinos y demás, pero no tengo suficiente energía para hacerlo.

Nunca antes había tenido resaca.

Definitivamente, es una experiencia que no quiero volver a repetir *jamás*.

Estoy sedienta, no importa cuánta agua beba, tengo náuseas y estoy un poco mareada, débil y cansada. Apenas puedo abrir completamente los ojos para ver dónde estoy yendo.

Pero aun así hago un esfuerzo y decido llamar a mis padres desde el móvil mientras me dirijo a las tiendas de *Midtown* Miami.

— ¿Dónde estás ahora? —Pregunta mi madre—. Tu padre quiere saber si vas a ir a ese famoso restaurante, «Como Se Llame», al que van todas las estrellas de cine.

—Mamá, estoy trabajando —le respondo—. No estoy de vacaciones. Y si me dijeras el nombre real de «Como Se Llame», podría saber de qué me estás hablando.

—Oh, ¡da igual! ¡Hemos recibido una nueva postal de Nora! Está en Australia y nos manda muchos besos. Deberías ver la playa que sale en la foto, ¡madre mía! Eso *sí* que es el paraíso. Me pregunto si habrá visto caimanes de verdad, ¿o lo que hay allí son cocodrilos? ¿Cocodrilos o caimanes?

—Son cocodrilos, mamá. Y creo que hay algunos aquí en Florida, también. Bueno, no quiero quedarme sin batería, os llamo el próximo fin de semana, ¿vale? Sólo quería saber si estabais bien. —Cuelgo porque no ha sido una buena idea llamar a mis padres precisamente hoy. Son geniales y los quiero, pero son mis *padres*.

Son cotillas y cerrados de mente, y me sacan de quicio.

Me duele especialmente el hecho de que su sueño de que yo fuera una estrella mundial se rompiera el día que lo hizo mi rodilla, y sé que realmente piensan que no voy a ser capaz de vivir una vida «plena» después de eso.

También sería mucho más fácil tratar con ellos si Nora hiciera algo más aparte de mandar una postal cada mes.

De camino al hotel, veo a Diane en la tienda de regalos y nos vamos a comer juntas.

—Pete me ha dicho que nuestro chico no está bien hoy — dice, su tono de voz es triste y dubitativo.

Sigo comiendo de mi ensalada e hidratándome con zumo de frutas natural, básicamente porque las sienes me han estado palpitando todo el día. Sólo sé que mi hígado no está acostumbrado a los abusos que recibió ayer. Siempre he tratado a mi cuerpo con cuidado. Y hoy está enfadado conmigo por la sobredosis de alcohol, la mala comida y la lujuria insatisfecha.

— ¿Sucede a menudo? —pregunto, pasando la mirada de mi ensalada con vinagreta a ella.

Asiente.

—Ya veo —digo, débilmente, y pongo el tenedor sobre la mesa—. ¿Es porque no tolera bien el alcohol o tiene algún problema de control de ira?

—Yo diría que es un problema de control de ira, pero no estoy segura.

Cogiendo su té helado, Diane se echa para atrás y confiesa:

—Soy la que menos sabe de todo esto. Lo único que sé es que Remy es un chico problemático —asiente con énfasis, y bebe por la pajita—. *Un chico problemático*. Es por lo que realmente quiero que lo reconsideres antes de que... bueno, a menos de que ya...

—Diane, no pasó nada. —Me llevo la mano a la frente y pido la cuenta.

Pagamos y ella me invita a ir a su habitación para mirar algunas recetas, pero me voy a la *suite*, en la que Pete o Riley han colgado el cartel de «No molestar» del pomo de la puerta. Deslizo mi llave y entro despacio para empezar a limpiar silenciosamente todo el desastre.

Tardo horas en volver a poner la habitación en orden y cuando consigo poner todos los cristales en montones cerca de la puerta, llamo al servicio de limpieza y les pido una docena de bolsas de basura para sacarlo todo. Cuando termino, me meto en la ducha.

Voy a seguir durmiendo en la *suite*, aunque Diane me haya ofrecido quedarme esta noche en su habitación. Es que... no puedo irme a ningún otro sitio. Yo quería dormir con Remy, y ahora que compartimos una habitación por primera vez, no me voy a marchar y dejarle aquí solo.

Especialmente cuando no está bien.

Pero por la noche, la *suite* está sumergida en un silencio sepulcral, y mi corazón no está tranquilo mientras me quedo completamente despierta en la cama, pensando en él, en todo lo que ha pasado. Quiero preguntarle a Pete y Riley qué sucede, pero por otra parte, quiero que *Remington* me lo cuente.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero la puerta de la habitación se abre mientras yo sigo mirando a la pared. Estoy adormilada, pero me incorporo y veo su silueta. Debe haberse dado una ducha. De sus caderas cuelga un pantalón de pijama. Su bronceado torso reluce y tiene el pelo mojado y de punta. No le cae ni un mechón en la frente.

Mi corazón da un salto. Creo que ya se le ha pasado el efecto del sedante, ya que está perfectamente de pie, con una sola mano apoyada ligeramente en el marco de la puerta, quizás para sujetarse. Me levanto un poco más apoyándome con los brazos.

— ¿Te encuentras bien? —pregunto, mi voz suena preocupada y suave.

Su voz es áspera y ronca.

—Quiero dormir contigo. Sólo dormir.

Se me encoge el estómago.

Espera a que responda, pero no puedo. Tengo ganas de llorar y no sé por qué, pero creo que es por la resaca y por lo

peligrosamente cerca que estoy de enamorarme de un hombre al que apenas conozco.

Se acerca, me coge en brazos y me lleva por el pasillo hacia la habitación principal, a la enorme y deshecha cama.

Me suelta, y cuando se desliza por debajo de las sábanas y se acerca a mí de forma que mi cara está en su pecho y su nariz se apoya en mi cabeza, no entiendo la sobrecogedora cantidad de oxitocina que produce mi cuerpo, pero esto... él... estar en su cama con él... me hace sentir muy bien. Muy segura. Muy feliz.

Ansío que me cuente cuál es el problema. ¿Qué pasó? ¿No puede controlarse? ¿Por qué reaccionaron los demás así? ¿Tiene problemas de violencia y de control de ira? ¿Quién coño le hizo *daño*? Pienso en por qué le echaron de la Liga Profesional, en cómo se enfadó con Escorpión en la discoteca, peligrosamente cerca de volver a arruinar su carrera de nuevo. Pero no creo que quiera hablar de eso ahora. Parece perezoso y amable. La oscuridad y el silencio del momento tienen algo mágico y no quiero estropearlo.

Así que me quedo a su lado mientras cada poro de mi cuerpo grita por conectar físicamente con él. Intento no desearle porque sé que no es el momento. No sé qué tipo de sedante le han dado o cuánto tiempo dura su efecto, pero sé que después es posible que no se acuerde de que está *conmigo*. Incluso puede que *yo* tampoco lo recuerde. Estoy tan cansada y resacosa que ya no me fío de mis pensamientos.

—Sólo dormir, ¿vale? —le susurro en la garganta, aunque juro que más allá de mi cuerpo, más allá de mi corazón, me muero por este hombre.

—Sólo dormir. —Me acerca más a él y siento su erección entre los dos, dura y presionando con fuerza, haciendo que me derrita por dentro—. Y esto —murmura.

Me agarra de la mandíbula y pone sus labios en los míos con tanta delicadeza que mis células parecen fundirse con las suyas. Suelto un gemido y separo los labios, deslizando mis manos entre su cabello, volviéndome loca mientras presiono mis pechos contra él. De pronto, deseo sus manos en mí.

Deseo su lengua por todo mi cuerpo. Cuando la mueve, caliente y resbaladiza, contra la mía, siento que he conseguido lo imposible. Temblando, lo agarro de la cabeza, besándolo más fuerte.

Me hace ir más despacio con la lengua, sus dedos enredados en mi cabello, guiando mi cabeza más despacio, moviéndome al ritmo de su boca. Dios, quiero que me toque en todas las partes en las que quepa. En todas partes. En cualquier sitio. Estoy tan lubricada que gimo, y está tan duro que puedo saber lo mucho que él me desea a mí. Pero hemos dicho que «sólo dormir»... y «esto»... y ahora no quiero que «esto» pare.

Me besa tan despacio y tan profundamente que me quedo sin respiración. Sólo se separa de mi boca para que coja aire, y luego, vuelve a rozar su lengua con la mía, pasando por mis labios, mi paladar y mis dientes. Me chupa, lame, da vueltas, gira. Me enamoro de sus besos tan rápido que, muy pronto, no sé dónde están mis manos, ni dónde estoy tumbada.

Todo mi cuerpo está consumido por la forma en la que se folla mi boca hasta que mis labios están irritados e hinchados y duele mucho besarle aunque mi excitado cuerpo me pida más. Cuando noto que he probado sangre de sus labios, de los míos o de ambos, me separo para respirar y veo que el corte de su labio se ha vuelto a abrir. Está sangrando por besarme. Suelto un pequeño gemido y le llamo suavemente, y él gruñe con los ojos cerrados. Baja los dedos por mi cabello y aprieta mi cabeza contra su cuello, abrazándome; su pecho se mueve fuerte y rápido bajo el mío.

Las sábanas están a nuestros pies pero él está tan caliente que me junto todo lo que puedo a su cuerpo y me quedo dormida. Cuando me muevo por la noche, me despierto con la extraña y nueva sensación de tener un poderoso brazo rodeándome y manteniéndome junto a él. Mis extremidades titilan cuando miro su cara entre las sombras y me doy cuenta de que estoy en la cama con él. Sigue durmiendo, o al menos, eso parece. Entonces gira la cabeza, sus párpados se entreabren y cuando me ve, besa mis labios otra vez,

lamiéndolos suavemente antes de apartarse y meter la nariz entre mi cabello, atrayéndome de nuevo hacia él.

7. Ven conmigo

Estamos volando hacia Denver.

Pete y Riley van delante con Diane y Lupe y yo estoy en el fondo del avión con Remington. El lleva puestos los auriculares, pero yo no. Estoy intentando escuchar la acalorada conversación entre Pete y Riley. Remy no ha entrenado en los últimos cuatro días, ni siquiera la mañana que Riley nos despertó. Me fui a cambiar y esperé abajo, pero Remy no apareció. Tampoco salió de la habitación ninguno de los días siguientes.

Excepto por mí.

Algo está pasando entre nosotros, pero me da miedo darle un nombre. Las últimas cuatro noches ha venido a mi habitación a buscarme y llevarme a la suya, y la última noche, estuve allí todo el día.

Nos besamos como si fuera lo único que hubiéramos estado esperando durante todo el día, lo que en mi caso, es completamente cierto. Melanie me ha escrito después de mi mensaje de borracha para preguntarme si me he acostado con Remy. Quiere saber si pronto nacerán pequeños Remys. Y yo ni siquiera sé qué estamos haciendo, pero por la forma en la que me besa es como si yo fuera su heroína y se drogara conmigo. En cuanto llegamos a la cama, su boca se funde con la mía y ya la deja escapar. Me siento como su ancla, y para mí es tan poderoso y excitante como la caída libre.

—Con los puntos que tiene no puede seguir en el primer puesto para siempre —dice ahora Riley, y hay una sombra inconfundible en su voz—. Ya ha bajado al segundo puesto, y se acerca al tercero. No puede perder más y no puede saltarse ningún otro combate.

Desabrocho mi cinturón y me dirijo hacia allí con el ceño fruncido.

— ¿Qué pasa? —Me quedo de pie en el pasillo y apoyo un hombro en el respaldo del asiento de Diane.

—Remy no puede perderse ningún combate más. En este campeonato lo que cuenta es la puntuación, así que si queremos llegar al primer puesto, no puede faltar a más combates que, *desde luego*, no puede permitirse perder.

—No come —dice Diane con tristeza.

—No entrena —añade Lupe amargamente.

—Y sus ojos siguen estando negros.

Me giro ante este último comentario de Pete y me doy cuenta de que sí... Durante los últimos cuatro días, los ojos de Remy se ven muy oscuros. Pero es que no hemos dormido. Nos pasamos la noche besándonos como locos y nuestros cuerpos están destrozados, y hemos estado llamando al servicio de habitaciones porque no he conseguido que él aceptara que otra persona del equipo entrara en la *suite*. Observo sus caras serias y Riley sacude la cabeza.

—Si sale al *ring* con esos endemoniados ojos oscuros, y una pequeña parte de él no está de acuerdo con el árbitro, puede que le golpee.

Niego con la cabeza.

—No seas ridículo. Conoce las reglas. No es una máquina de entrenamiento constante. Dejad que descanse. Entrena incluso los domingos, está muy cerca de estar sobreentrenado. Todos los atletas necesitan un descanso.

—Pero Remy no es como todos los atletas. Si no entrena se vuelve violento —dice Pete.

Pongo los ojos en blanco, ya estoy cansada de esto.

— ¿Hay *algo* que no le vuelva violento?

—En realidad, sí. La calma y tranquilidad. Pero no va a meterse a monje ahora, ¿verdad?

En serio, no veo cuál es el problema de que se tome un descanso. Algunos de mis amigos atletas se deprimen después

de las competiciones. Lo que sube tan rápido tiene que bajar, y los neurotransmisores a veces se vuelven un poco locos.

—Mira, el cuerpo tiene un límite, especialmente si se le exige tanto como hace él. ¿Ha faltado a un combate? Menudo problema. Su fuerza incrementará en un par de días de descanso y podrá destrozarlos en Denver.

No responden y me estudian en silencio, y sé que se están preguntando qué demonios está pasando entre nosotros desde que Remington actúa de esta forma tan posesiva conmigo, observando a Pete mientras habla conmigo, e incluso a Riley cuando se ofreció a llevarme la maleta hace sólo unas horas. Remy simplemente la cogió y le preguntó a Riley si no tenía otra cosa mejor que hacer que mirarme.

Sí, parecen desesperados por saber lo que está pasando entre Remington y yo. Pero puesto que *yo* tampoco lo sé, ellos tendrán que seguir preguntádoselo.

Suspirando en silencio, me giro para volver a la parte trasera, y cuando lo hago, la preocupación me sobrecoge cuando le veo mirándome.

Hay algo muy viril en sus ojos cuando me mira. Es una mirada oscura, posesiva y que provoca un escalofrío que recorre mis terminaciones nerviosas. Me devuelve a las cuatro noches que pasamos en la *suite*, cuando nos separamos del resto del mundo. Me siento como la Bella y la Bestia, excepto porque me he encerrado con mi bestia para que pueda besarme sin fin, y él es la *bella* criatura que me tortura con deseo.

Casi no puedo evitar gemir cuando lo recuerdo. La mano de Remy deslizándose por mi garganta. Sus ojos medio cerrados mientras me miran. Nuestra violenta respiración. Su boca ardiente, húmeda, que me besa sin reparos. Sólo besa mi boca, mi garganta y mis orejas. Lame y saborea, y provoca todo tipo de sensaciones en mi cuerpo.

Recuerdo los gemidos. Recuerdo la forma en la que sonrío contra mis labios por el sonido de los besos, y la forma en la que se pone serio e intenso mientras vuelve a probarme y chupa mi labio inferior y luego muerde y absorbe la piel de mi garganta. Recuerdo su cuerpo contra el mío y mi sexo

palpitando por la cercanía de su erección. Nuestras lenguas. Ardientes y desesperadas, moviéndose y explorando. Le deseo tanto que él es lo único en lo que puedo pensar. Creo que anoche le rogué «Por favor...» pero estaba tan llena de lujuria que no estoy segura. Lo que sé es que a veces para, cuando su respiración se descontrola, y se da una ducha fría.

Cuando vuelve, llevando pantalones de chándal o unos sexys bóxers ajustados, envuelve mi cuerpo de nuevo con la sábana y su escudo protector, solamente para bajar su cabeza hacia la mía y seguir torturándome. Se folla mi oreja con profundos y lentos movimientos de la lengua. Hace lo mismo con mi boca. Recorre y saborea mi garganta. Mi clavícula. Me pone tan caliente que me tiritan los dientes por el aire frío que entra en mi ardiente interior. Gotas de excitación caen por mis muslos. Mis pezones están duros como el diamante. Me pone frenética, hasta el punto en el que un simple movimiento de su boca me hace gemir desde el interior, como si me acabara de penetrar.

Lo está haciendo tan despacio conmigo que me siento como una adolescente virgen, lo que no soy para nada. Pero me siento marcada y atada a él como hacen los animales. Es como si ya estuviera atrapada y cazada y él estuviera simplemente preparándose, dejándome cocer en mis fluidos, esperando ansiosa el momento en el que pruebe el primer bocado de mí.

En serio, no puedo soportarlo, y estoy mojada incluso *ahora*.

No hablamos mucho cuando nos «juntamos» en su habitación. Creo que ha estado metido en su cueva estos días, y lo entiendo. Ayer ni siquiera me dejó salir, y me tuvo metida todo el día en su cama, como una esclava de sus besos.

Cuando necesitábamos parar, a veces escuchábamos música, encendíamos la televisión o comíamos, pero la mayor parte del tiempo, sólo nos besábamos. A veces no escuchaba nada más que los sonidos que hacía al besarme, y nuestra rápida respiración, tirando la una de la otra. Anteanoche, estaba tan excitada cuando vino a buscarme a mi habitación que casi salté a sus brazos. Cuando nos metimos en su cama,

ya tenía las manos en su cabello y mi lengua se metía desesperadamente en su ardiente y deliciosa boca, y cuando contestó con un gruñido animal y un fuerte beso que absorbió mi lengua, sentí cómo cada uno de sus mordiscos provocaba pequeños pinchazos de placer en mi clítoris. Se hincha y tiembla cuando nos besamos, y sólo de recordarlo me pongo a cien. Ahora la más mínima mirada suya hace que me estremezca. Cuando mira mis labios. Cuando me pasa un mechón de cabello por detrás de la oreja. Sé que sólo estamos aumentando nuestros niveles de adrenalina haciendo esto. Mantener este nivel de lujuria simplemente no es sano, pero no puedo pararlo. De hecho, quiero más. Quiero que pare porque no hacemos más que sufrir y quiero que siga hasta caer muerta en sus brazos, reducida a cenizas por el deseo.

Le deseo. Cada hora, cada minuto y cada segundo.

Le deseé esa primera noche, cuando intenté convencerme a mí misma de que no lo hacía. Y ahora le deseo como deseo respirar, comer, vivir una vida feliz, volver a ver a mi hermana, estar contenta con mi trabajo. Le deseo como deseo vivir el presente sin tener miedo a lo que pueda, o quizás no, pasar mañana.

Ni siquiera tengo miedo de que me pueda hacer daño. Sé que lo hará.

Cuando vuelva a casa, cuando esto se acabe, dolerá. Nada dura para siempre, y yo lo sé mejor que nadie.

Pero nunca he sido una cobarde.

Cuando decidí competir en atletismo, no lo hice con miedo de perder o de destrozarme la rodilla y haber desperdiciado una década de mi vida entrenando para nada. Cuando vas detrás de algo es porque lo deseas lo suficiente como para emplear cada uno de tus esfuerzos en conseguirlo e incluso aceptar algunas pérdidas mientras lo intentas. Ahora todos los esfuerzos de mi cuerpo parecen estar concentrados en la necesidad física que me consume por estar cerca de este hombre. Es tan abrumadora que, a veces, cuando le abrazo, la necesidad de sentirle dentro de mí donde hace que *duela* es

tan, tan abrumadora que no sé qué hacer con ella y tengo que parar.

Incluso ahora me doy cuenta de que me he colocado lo más cerca que he podido de él sin sentarme en su regazo, la longitud de mis apretados pantalones rosas presionando sus ajustados pantalones, y él me lanza su sonrisa con hoyuelos que hacen que se me tensen los dedos de los pies, porque creo que a él también le gusta tenerme cerca. Se quita los auriculares, y acerca la cabeza a la mía, como preguntándome en silencio qué está pasando.

—Están preocupados por ti.

Se gira para mirarme.

— ¿Por mí o por mi dinero?

Su suave pregunta me parece tan íntima como sus susurros cuando me besaba en su habitación ayer por la noche, cuando me dijo *bésame*, me llamó *preciosa* y no dejaba de repetir que *olía muy bien*.

—Por ti. Y por tu dinero —le digo.

Sus hoyuelos reaparecen, pero sólo brevemente, como si dos ángeles acabaran de apretarle las mejillas.

—Ganaré. Siempre lo hago.

Sonrío, y cuando su mirada se detiene en mi sonrisa, vuelvo a ser consciente de mi boca.

Mis labios siguen hinchados y enrojecidos, mordidos por los suyos. Sus ojos se oscurecen aún más mientras me mira, y un escalofrío me recorre. Intento reprimirlo a la vez que lucho por no contemplar su hermosa boca yo también, que parece deliciosa, sobrecogedoramente rosada e hinchada por mis besos de hoy.

— ¿Quieres salir a correr hoy, para estar listos para mañana? —le pregunto, e intento que todos mis esfuerzos se centren en lo que sea excepto en el fuego de mi interior.

Niega con la cabeza.

— ¿Estás cansado? —pregunto.

Asiente con ojos tristes, su voz es baja, pero no suena a disculpa.

—Estoy tan jodidamente cansado que no puedo moverme de la cama.

Asiento, lo entiendo perfectamente porque yo también me siento un poco cansada. No quiero levantarme. Especialmente teniendo a este enorme y musculoso hombre en la cama, donde sólo quiero torturarme una y otra vez por el deseo.

Me recuesto y siento su hombro contra el mío apoyado en el respaldo, y quiero acurrucarme como hice anoche cuando no pudimos seguir besándonos y dormimos durante un par de horas. Creo que él nota que yo también estoy cansada y se gira ligeramente, de forma que puedo apoyar mi cabeza en él.

Me pone una canción.

Estoy demasiado cansada como para ponerle una de las mías, así que simplemente escucho. Comienza a sonar la sombría y hermosa canción de Norah Jones *Come Away With Me*, proponiéndome sensualmente que haga lo mismo que dice el título, irme con él.

La canción es tan sexy y me recuerda tanto a las noches que hemos pasado juntos, nuestros momentos de besos robados, que me da un subidón. De pronto, se acerca para intentar escuchar a través de mis auriculares, y cuando me llega su masculino aroma, mis músculos se tensan dolorosamente. Enseguida cojo mi iPod y escojo una canción moderna que ha estado sonando últimamente en la radio sobre un boxeador muy fuerte y que lucha increíblemente bien. Quería ponerle *Iris*. Quería ponerle algo para rogarle que me haga el amor. Pero su equipo está preocupado por él y sé que lo que sea que estamos haciendo por la noche no es lo mejor para que tenga un buen rendimiento deportivo. No importa lo mucho que me gusten esos momentos y que me guste a lo que conducen, no puedo sabotearle así. Es demasiado importante.

Observo su cara mientras escucha. Al principio, su expresión es ilegible. Cuando finalmente levanta la cabeza, su mirada es sombría y preocupada.

— ¿Me has puesto una canción de un luchador?

Asiento.

Aparta mi iPod con el ceño fruncido. Luego se acerca y me agarra de las caderas. Me sube a su regazo y me quedo sin aliento al sentir cuánto, e inconfundiblemente, me desea.

—Ponme otra —me pide.

Su primitiva mirada hace que me estremezca.

Sacudo la cabeza.

—No podemos seguir haciendo esto, Remy. Necesitas dormir —susurro.

—Ponme otra canción, Brooke.

Suena tan convencido que quiero ignorarle, pero en realidad... me excita. Desea mis canciones tanto como mis besos, y eso me pone. De acuerdo. Si eso es lo que quiere, entonces tenemos que llegar hasta el final y hacer el amor esta noche, no sólo excitarnos. Así que busco *Iris* y le pongo la canción. Me enderezo y observo su perfil mientras él la escucha. Vuelve a ser ilegible, pero esta vez, cuando levanta la cabeza, sus ojos son misiles de deseo. Su erección es dura en su regazo, y siento su corazón latiendo ahí, de forma rítmica. En su firmeza.

—Ídem —dice.

— ¿A qué?

Sus ojos miran al resto de pasajeros antes de coger mi cabello y bajar mi cabeza para poder lamer mis labios de un extremo al otro con su lengua.

—A la letra de la canción.

Me estremezco y me aparto hacia atrás.

—Remy... nunca he tenido un lío. No voy a compartirte. No podrás estar con nadie más mientras estés conmigo.

Me pasa el pulgar por el labio inferior. Su mirada es muy intensa.

—No tendremos un lío.

Lo miro con cara de idiota, creo que acabo de notar cómo un órgano de mi cuerpo se ha roto en mi pecho.

Sus manos me rodean, y me atrae hacia su cuerpo mientras desliza su nariz por la concha de mi oreja.

—Cuando te tome, serás mía —dice, una suave promesa en mi oreja. Desliza el dedo a lo largo de mi mandíbula y luego me besa suavemente el lóbulo de la oreja—. Tienes que estar segura de eso. —Sus ojos son tan ardientes que me pongo caliente por la lujuria que hay en ellos, y la palabra «mía» hace que mi sexo se hinche con anhelo—. Primero quiero que me conozcas, y luego quiero saber si todavía quieres que te haga mía.

Las palabras «hacer mía» también tienen efecto. Soy sólo una gran masa de deseo.

—Pero yo ya sé que te deseo —protesto.

Mira mis labios con intensidad y luego mis ojos. Su mirada es tan dolorosa y atormentada que me sorprende la oscuridad que veo en ella. Me acaricia el brazo desnudo con la mano, poniéndome los pelos de punta.

—Brooke, necesito que sepas quién soy. Lo que soy.

—Has tenido un montón de mujeres a las que no les has pedido nada —le imploro.

Sus grandes manos envuelven mis nalgas mientras me acerca más a él, sus ojos brillan de deseo, sumergiéndome en su oscuridad.

—Éste es mi requisito contigo.

Una sombra de deseo salvaje pasa por mi cuerpo cuando me doy cuenta de lo que me acaba de decir.

No va a hacerme suya todavía.

Aunque sea lo único en lo que pienso. Todo lo que deseo.

Hoy, ya es de día, y mentalmente yo sigo en la última cama en la que he estado, con él, con su boca devorando la mía.

Quiere que lo conozca más, y yo quiero conocerlo mejor, pero si lo hago y me gusta, aunque sólo sea un poco más de lo que hace ahora, nuestra conexión emocional será demasiado fuerte para que yo pueda volver a vivir como lo hacía *antes* de conocerlo a él.

Es muy fuerte físicamente, pero emocionalmente, me destroza.

No puedo soportar mucho más. Y él tampoco debería.

Sintiendo una extraña pesadez en el pecho, me acerco a su oreja y le susurro:

—No podemos seguir así, Remy. No cuando el campeonato está en juego. Así que, o vienes esta noche conmigo a hacerme el amor, o me dejas en paz para que los dos podamos descansar.

Espero que esta amenaza cause una fuerte reacción. Es un hombre. Y le estoy invitando a tener sexo sin compromiso, justo lo que quieren los hombres. Se lo estoy poniendo fácil aceptándolo «como es», sin más preguntas. O bien lo resuelve en la cama conmigo y entrena mañana, o le espera una noche de descanso reparador sin mí. Y odio el hecho de que no parezca convencido por la opción de hacer el amor, que es la que yo deseo que escoja. En lugar de eso, examina mi cara con unos ojos que definitivamente, definitivamente, hoy no son azules.

—De acuerdo —dice, con una sonrisa que no llega a sus ojos. Me aparta, coge su iPod, enciende la música, y ya no me pone ninguna otra canción.

Así que supongo que no voy a dormir con él esta noche.

Vaya.

Creo que me acabo de partir el corazón.

Ahora estamos en Los Angeles y el tiempo es tan magnífico que sólo quiero pasar el día fuera. Diane y yo volvemos a compartir habitación y nos encanta desayunar en la pequeña terraza que tenemos.

De hecho, desde que estuvimos en el frío Denver, hace casi una semana, hemos vuelto a compartir habitación ella y yo, después de mi estúpido ultimátum de «ámame o muere». Aunque me quedé totalmente destrozada al descubrir que ya no era su compañera de habitación, para que me llevase cada noche con él, Diane estaba tan emocionada cuando nos dieron nuestra habitación que dio un saltito y vino a abrazarme.

— ¡Deberíamos compartir habitación más a menudo!

Resulta que Remington nos había reservado una *suite* presidencial como la suya, y cada una teníamos nuestra propia habitación y un salón y un comedor común. Todavía no sabía si suspirar, reír o llorar, así es como me ha dejado.

La tarde en la que llegamos estuve recordando su cuerpo en mis manos, su sudorosa y desnuda piel bajo mis dedos, y eso fue todo lo que pude hacer para mantener mi cuerpo controlado mientras acariciaba la firme y suave piel de su cuello. Me acerqué un poco más a él, a su oreja y susurré:

—Remy, ¿te importaría decirme por qué Diane y yo estamos en una *suite*? Me dejó que le girase el cuello para un lado, luego para el otro, mis dedos pasaban suavemente por su sexy mandíbula sin afeitado, pero no me contestó.

—No puedes hacer esto, Remington —añadí.

Pero él giró la cabeza despacio y tocó mis labios para que cada parte de mi cuerpo recordara cuando sus labios estaban en los míos.

—Párame. Si puedes —me dijo, luego cogió su toalla y se marchó.

No lo entiendo.

Echo de menos hablar con Melanie.

También me encantaría poder hablar con Nora. Ella siempre ha sido mi hermanita con novio, o con un lío, o

enamorada, y estoy segura de que ella sabría por qué demonios un hombre increíblemente atractivo, soltero y sano, y que claramente te *responde* físicamente, no aprovecha la oportunidad de acostarse contigo.

Si tuviera menos confianza en mí misma, ahora estaría desarrollando toda una serie de complejos.

Me estoy incluso planteando si mi cuerpo ha dejado de ser atractivo por la poca grasa que he ganado durante los últimos años. Quizás necesite un nuevo corte de pelo, y no el corte liso y largo que llevo. Podría dejarme flequillo. ¿O quizás unas mechas?

—Deja de obsesionarte, estás increíble —me dice Diane por la mañana cuando me pilla examinando mi culo en el espejo de cuerpo entero que hay en la entrada de nuestra habitación.

Me río, pero no es gracioso.

Remy nos ha vuelto a reservar una *suite* presidencial a Diane y a mí en Los Ángeles.

No quiero una *suite*. Pero lo que yo *quiero* no va a dármelo.

Nunca he dejado que nadie tuviera este efecto en mí.

Antes me sentía guapa, y si un hombre estaba de acuerdo o no, no importaba. Me *gustaba* a mí misma y eso era suficiente.

Ahora me siento algo triste durante el día, cuando Diane me descubre mirando a una estúpida pared, preguntándome qué es lo que piensa Remington de mí.

Esta es nuestra tercera noche en Los Ángeles, y él sigue en el segundo puesto en la clasificación, pero ha estado luchando como un campeón. Está entrenando mejor que nunca, y todo desde que sus ojos volvieron a ser azules en Denver.

Entrena como un animal. Pasa horas y horas con el entrenador, y luego sigue pareciendo fresco como una rosa cuando viene a preguntarme si quiero correr con él por las

tardes. La energía de sus músculos explota con cada movimiento que hace, y casi puedo ver cómo su ATP — adenosín trifosfato, la molécula que se ocupa de transportar la energía química a través de nuestras células— se recicla automáticamente en su cuerpo, parece que ni siquiera tarda los habituales ocho segundos para regenerarse. *Nunca* le he visto tan concentrado. Tan fuerte. Tan magnífico.

Cada parte de mí lo nota.

Cada una.

Para mi desgracia.

Pete y Riley están exultantes.

— ¡Brooke! —grita Pete cuando entro en el club clandestino por la tarde. Aquí, en Los Ángeles, el cuadrilátero está situado en el sótano de una de las discotecas más concurridas de la ciudad, y se espera un lleno total con más de mil personas.

—Ven aquí, te necesitamos —Pete me dirige al vestuario.

El atractivo cuerpo de Remington Tate está sentado en un banco del fondo mientras Lupe le envuelve la mano con cinta.

Nunca podré acostumbrarme al sentimiento que me provoca mirarle.

Ni al que tengo cuando está a punto de luchar.

Me siento tan tensa como un muelle.

Tiene los auriculares puestos. Creo que lo hace para concentrarse en el combate y aislarse del resto del mundo.

—Ven aquí, Brooke. Relaja a nuestro hombre.

Riley y Lupe asienten a la vez, y me doy cuenta de que en el momento en el que Remington me ve, rodea los pulgares en los cables de los auriculares y los baja para posarlos sobre su cuello. Intercambiamos una mirada tan intensa que no sonreímos. La sonrisa con la que le contestado a Riley y Lupe

desaparece de mi cara cuando la canción de heavy metal que ha estado escuchando Remy suena en la habitación.

Despacio, me inclino para poner el iPod en pausa, luego me coloco detrás de él y le cojo de los hombros, masajeando sus músculos metódicamente con los pulgares.

Hay un par de nudos en el deltoides posterior y el trapecio que ya estuve masajeando ayer. Son insistentes y siguen apareciendo, así que de nuevo, me centro en ambos. Él gruñe en el momento en que mi piel desnuda le toca. Dios. Ese suave ronroneo es como unos preliminares para mí. Se mete dentro de cada parte femenina de mi cuerpo, especialmente en esas que antes ya han estado ardientes de deseo. Me queman las mejillas mientras Lupe, Pete y Riley nos miran.

Bajo la cabeza para que no vean que me he sonrojado y resisto la tentación de separar las manos.

—Más fuerte. —La áspera petición de Remington llega a mis oídos y hace que mi útero se tense sin remedio mientras masajeo con más fuerza. Un gran nudo golpea mi dedo, así que presiono de nuevo, esta vez con los dos pulgares. Remy inclina la cabeza hacia delante y exhala una fuerte bocanada de aire, y cuando el nudo desaparece por la presión, su gruñido vibra intensamente dentro de mí.

—Buena suerte —le susurro al oído y me echo para atrás. Mis dedos tiemblan por el contacto que acabamos de tener.

Cuando se incorpora me mira sin sonreír, con una mirada tan intensa que todo lo demás desaparece excepto sus ojos azules, sus negras pupilas y la longitud de sus pestañas.

Extiende los brazos mientras Riley le coloca los guantes negros de boxeo, un requisito de esta noche, y luego los junta. Una voz proveniente de la puerta avisa que Depredador tiene que salir pronto, y él asiente.

Mete los brazos dentro de la bata de satén rojo y luego sale trotando por el largo pasillo que lleva al cuadrilátero. Una granja entera de animales se revuelve en mi estómago, no sólo mariposas. Inspiro con fuerza y me tomo unos segundos para

recuperarme antes de dirigirme lentamente hacia mi asiento entre el público.

El ruido es ensordecedor. Pete me ha contado esta mañana que sus fans están enloqueciendo porque Remy no lidera el campeonato, y parece haber una gran demanda de entradas para esta noche. Al unirse los dieciséis últimos, ésta es la primera vez que Remington luchará contra Escorpión hasta la final. Escorpión está ahora en el primer puesto, y los nervios me están matando.

— ¡Eh! —dice Pete, empujándome suavemente hacia delante mientras él anda detrás de mí—. Ve allí de una vez. Él estará buscándote.

Consigo hacer lo imposible y río y gruño a la vez.

— *No* lo hará!

Levanta las cejas como si no se lo creyera.

—Lucha lo mejor que sabe cuando estás mirándole, incluso el entrenador está de acuerdo. Su testosterona sube hasta niveles increíbles cuando está en contacto contigo. Vamos.

Odiando la emoción que recorre mis venas como si fuera un rayo, paso rápidamente por delante del cuadrilátero e intento alcanzar mi asiento mientras escucho la presentación de Escorpión.

—*¡Benny*, el Escoooooorpión

Ese es el hombre odioso que incitó la pelea con Remington en el local, y lo aborrezco tanto que fulmino con la mirada a cada una de las personas que lo están animando. Me quedan un par de pasos para llegar a mi asiento, donde estoy lista para soportar lo que venga, porque esta noche va a ser increíble, cuando veo, a través del *ring* y de las fornidas piernas de Remy, una cara entra la multitud.

La cara es ovalada y con la piel de color crema, y tiene un par de ojos color avellana. Unos ojos similares a los míos. Unos ojos que, por lo que yo sé, pertenecían a Nora.

Mi hermana de veintiún años.

Nora.

Nora, que acaba de enviar una postal desde Australia. Nora, que tiene el cabello teñido de rojo sangre, en lugar de su habitual color castaño. Nora, que tiene un gran, negro y horrible tatuaje de un escorpión en el pómulo izquierdo. Nora, que parece enferma y perdida entre la multitud, y es totalmente lo contrario de la chica alegre que yo conocía. Durante un instante, me quedo de pie en medio de la enorme sala, mirándola mientras me digo a mí misma, una y otra vez, que esa *no puede* ser Nora.

Tiene mal aspecto.

Tiene muy, muy mal aspecto.

Como si le hubieran extraído la vida de su cuerpo y todo lo que quedara de ella fuera el falso cabello rojo, la piel y los huesos.

Me mira, y se me cae el alma a los pies cuando sé, sin ningún ápice de duda, que es ella. Sus ojos brillan al reconocermme, y se lleva la mano a la boca para taparla.

—Nora —se me escapa, y sin pensármelo dos veces, corro hacia ella, apartando a la gente de mi paso mientras suena la campana de inicio del combate.

La multitud del recinto estalla en gritos y aplausos, y mi corazón golpea rápidamente dentro de mi pecho cuando Nora se gira y se mezcla entre un montón de gente en un desesperado intento de huir de mí. Se está metiendo entre la multitud, dentro de la oscuridad, y yo enloquezco mientras grito.

— ¿Nora? ¡Espera! ¡Nora!

No puedo creer que esté huyendo. De mí. No puedo creer que toda la juventud se haya desvanecido de su alegre cara.

Mi hermana.

Con la que compartí habitación hasta que me fui de casa.

Con la que solía ver todas las versiones de *Orgullo y prejuicio*.

De repente, el enorme hombre grande y corpulento que había estado de pie a su lado me agarra y tira de mí cuando intento pasar.

—Aléjate de ella —gruñe.

Paralizada por una mezcla de sorpresa y miedo, olvido todos mis movimientos de defensa personal excepto el de la ingle. Concentro toda mi fuerza en la rodilla y la levanto.

—Suéltame.

Se dobla de dolor, pero no me suelta. Sus manos se tensan rápidamente en mis brazos.

—Pequeña zorra, no se te ocurra acercarte a la propiedad de Escorpión —sisea, y creo que la gota que acaba de alcanzar mi mejilla era su saliva.

— ¡No es suya! —Lucho con fuerza por liberarme de él mientras me limpio la mejilla con la manga de mi camiseta.

Una nueva ráfaga de saltos y gritos se desata por el recinto cuando el presentador anuncia a través de los altavoces:

—El ganador es ¡Escorpión!
¡Eeeeeeeeeeeescoooooorpión! ¡Remington Tate ha sido descalificado de esta ronda! ¡Des—calificado!

Se desata el caos y, de repente, algo me coge por los brazos y con un movimiento rápido me libera del tipo grande. Luego me abrazan un par de bronceados y musculosos brazos que me llevan hasta un desnudo y familiar pecho. Cada centímetro de mi cuerpo lo reconoce, y suspiro de alivio.

Hasta que me acuerdo de Nora.

Jadeando, me resisto con una fuerza renovada.

—No. ¡No! Déjame, Remy, tengo que seguirla. —Lucho inútilmente por zafarme, así que lo intento retorciéndome—. Déjame, Remy, déjame, *por favor*.

Pero a medida que la multitud enfurecida nos va rodeando, me sujeta más fuerte aún y me dice al oído:

Ahora no, dinamita. —Su voz es suave y tranquila, pero la advertencia hace que deje de retorcerme al instante. Empleando un brazo, me sujeta a su lado y me aprieta contra él. Su gran cuerpo nos abre paso a través del gentío.

Una multitud que, por primera vez en mi vida, me lanza insultos a la cara.

Mientras paso, me gritan:

—Zorra. ¡Es culpa tuya, maldita zorra!

Mis pupilas se dilatan de horror mientras absorbo las caras homicidas de los fans de Remington. Estoy tan asustada que me acurruco en sus brazos y dejo que me saque de allí sin una sola queja. Pete, Riley y Lupe nos esperan en el coche.

— ¡Joder! —dice Lupe en cuanto se cierra la puerta detrás de nosotros y la limusina se mezcla entre otros coches.

—Has bajado hasta el tercer puesto. El tercero. Posiblemente el cuarto —le informa Pete, malhumorado, dándole la camiseta y los pantalones de chándal que suele ponerse después de un combate.

—Ya lo tenías, Rem. Has estado entrenando jodidamente bien, lo tenías en bandeja, tío.

—Lo tengo controlado, Lupe, relájate. —Remington se pone la ropa sin quitarse los pantalones de boxear, después me coloca inmediatamente a su lado, como si pensara que voy a saltar del coche en marcha.

Me acaricia el arañado brazo con la mano mientras se enfrenta con tranquilidad a los tres hombres enfurecidos que están ante nosotros, pero estoy tan nerviosa que me suelto y me pego a la ventana, mirando las caras que salen del local, buscando a Nora.

A mi enfado por haber *arruinado* el combate de Remy se añade un increíble sentimiento de culpa por mi hermana. ¿Cómo no he sido capaz de ver que mi hermana tenía problemas? ¿Cómo he podido tragarme las gilipolleces que nos ha estado contando con las postales durante todo un año?

—Es el peor puesto en el que has estado en años, tío. ¡Tu concentración es una mierda!

—Pete, lo tengo jodidamente controlado. No voy a cagarla.

—Creo que Brooke debería quedarse en el hotel en el próximo combate —murmura Riley.

La risa de Remington es puro sarcasmo.

—Brooke se viene *conmigo* —contesta.

—Rem... —intenta razonar Pete.

Cuando llegamos al hotel, subimos todos en el mismo ascensor y me pongo nerviosa mientras veo cómo los números suben más despacio que nunca. No sé lo que voy a hacer con Nora, pero tengo que hacer algo. Las puertas se abren en mi planta y escucho cómo Pete se dirige a Remington mientras yo salgo, y la voz enfadada de Remy golpea detrás de mí.

—Pete, hablaremos de esto después, relajaos de una vez los tres.

— ¡Ven aquí, Rem! ¡Tenemos que hablar!

— ¡Háblale a la pared!

Desesperada por salir de ahí, me meto rápidamente en mi habitación, pero inmediatamente escucho su voz.

— ¿Estás bien?

Cierra la puerta, y la repentina visión del sexy conjunto que lleva después del combate, unos pantalones de chándal bajos de caderas y una fina camiseta que abraza sus músculos, y esa preciosa cara morena llena de preocupación con el cabello oscuro y puntiagudo, hace que mi corazón dé un vuelco y mis piernas quieran correr hacia él para poder sentir la fuerza de su abrazo otra vez.

Deseo desesperadamente que esos brazos me abracen ahora, cuando mi mente gira en todas direcciones, intentando asimilar lo que acaba de suceder. Pero sé que no me merezco su abrazo. Es evidente que la ha cagado por *mí*, como si no fuera ya suficiente que me haya estado sintiendo fuera de lugar

e indigna de él, ahora además tengo que vivir con el hecho de que ha bajado al tercer o cuarto puesto por *mi* culpa. Dios.

Parece tan fuerte y poderoso cuando se pone delante de mí, completamente sudado y con las venas de los brazos hinchadas, que deseo desesperadamente que me diga que mi hermana estará bien. Pero él ni siquiera *conoce* a mi hermana, y después de haber hecho que lo descalificaran, es el último hombre del mundo al que debería pedir ayuda.

Tomo aliento. Mi mano temblorosa señala a la puerta detrás de él.

—Ve a hablar con ellos, Remy.

He notado que algunas veces su voz parece más tersa cuando habla conmigo que cuando lo hace con cualquier otra persona, pero ahora su voz es incluso más grave y matizada de lo habitual.

—Quiero hablar contigo primero.

Se queda en la habitación, pero ninguno de los dos dice nada. Estoy ocupada intentando formular una disculpa por haberle jodido el combate y, al mismo tiempo, me niego a aceptar la culpa cuando ¡yo no le pedí que viniera a rescatarme!

Da vueltas inquieto desde la puerta, pasándose los cinco dedos de la mano por el pelo, hasta la nuca. La deja caer con un suspiro.

—Brooke, no puedo luchar y vigilarte al mismo tiempo.

—Remy, lo tenía *controlado* —insisto.

— ¡Y una mierda, lo tenías controlado!

Su tono me sorprende, y no puedo hacer nada excepto fijarme en los puños que tiene a los lados y la repentina postura alarmante de desafío que ha adoptado. La nube de furia sobre su cabeza sólo sirve para que yo quiera vengarme, y entre en actitud defensiva.

— ¿Por qué todo el mundo me mira como si fuera culpa mía? ¡Se suponía que tenías que luchar contra Escorpión!

Sus cejas se levantan.

— ¡Y se suponía que tú ibas a estar en tu maldito asiento en la puta primera fila a mi izquierda!

— ¿Y cuál es la diferencia? ¡Has estado luchando durante años sin tenerme entre el público! ¿Qué importa dónde esté yo? —De pronto esto está tan *lejos* de tratarse de Nora que no sé cómo va a acabar, pero está brotando de mi pecho como una herida abierta—. ¡Ni siquiera soy tu rollo, Remington! Soy tu *empleada*. Y en menos de dos meses, ni siquiera eso. No seré *nada* para ti. Nada.

De repente parece completamente molesto y ofendido, y tensa las manos hasta que sus nudillos se vuelven blancos.

— ¿Quién es la chica a la que perseguías? —pregunta. Su cara es como una máscara de angustia.

—Mi hermana. —Bajo la voz hasta convertirla en un susurro, mostrando súbitamente mi propia debilidad y dolor emocional.

— ¿Qué hacía tu hermana con el grupo de Escorpión?

—Quizás ella se pregunte lo mismo de mí —digo, con una amarga risa.

Él también se ríe, pero su risa es bastante más amarga que la mía.

—No me confundas con un cabrón como él. Yo puedo estar jodido, pero ese tío devora vírgenes y luego las escupe como si fueran vómito.

Aún más preocupada, empiezo a dar vueltas por la habitación, recordando su cara, triste y sin vida. Se me revuelve el estómago ante la perspectiva de que pueda estar con Dios sabe qué tipo de hombre enfermo como él.

—Oh, Dios. Estaba fatal. *Fatal*.

Se hace el silencio, y luego oigo cómo se abre el pomo de la puerta. La voz de Remy tiene un nuevo timbre, bajo y preocupado, como si alguna poderosa emoción lo hubiera afectado.

—Sí que eres algo. Para mí.

La puerta se cierra detrás de él, y siento un dolor instantáneo cuando sopeso sus palabras. Estoy hecha un lío, de repente quiero pedirle que vuelva y me abrace. No. Quiero pedirle que vuelva y me haga el amor.

Pero no lo hago, y simplemente me quedo mirando el lugar que ha estado ocupando en el salón de la *suite* de lujo que ha reservado para las dos mujeres de su equipo.

Estoy tan confundida que necesito un momento para asimilar sus palabras, y lo que quieren decir, y unirlas a la posibilidad muy real de que haya ido en *búsqueda* del hombre que cree que posee a mi hermana, en lugar de ir a hablar con Pete y Riley.

Espoleada a la acción por este pensamiento, salgo rápidamente de mi habitación y llamo a la puerta de la suya.

— ¿Dónde está? —le pregunto a la primera persona que aparece en la puerta.

—Íbamos a preguntarte lo mismo —dice Riley, con mirada lúgubre.

— ¿Se va a meter en alguna pelea? —pregunto alarmada.

—En serio, Brooke, personalmente creemos que eres una chica genial, pero tienes al pobre tío...

— ¡Déjalo, Riley! Creo que puede haber ido en busca de Escorpión. ¿Dónde puedo encontrarle?

—Hijo de puta. Casi no hemos salido de una y ya está metido en otra. ¡Maldita sea!

No hay tiempo para que pensemos un plan. Corro hacia los ascensores dándome cuenta de lo estúpido que ha sido meter a Remy en el asunto de mi hermana.

Obviamente Escorpión y Remington han sido rivales durante mucho tiempo, y lo último que necesito es darle un motivo a Remy para luchar fuera del cuadrilátero. Voy a tener que encontrar un modo de liberar a Nora de ese asqueroso animal *yo sola*.

Fuera, el hotel está rodeado de una inmensa multitud, incluyendo fotógrafos. Los flashes estallan a mi alrededor cuando salgo de las puertas giratorias de cristal.

—Es ella. ¡Por su culpa le han descalificado!

Veo cómo algo vuela hacia mí y me agacho, pero es demasiado tarde. Impacta fuerte en mi cabeza, seguido por otro crujido que golpea mi estómago. Hasta mí llega un olor como de azufre. ¿Huevos? Genial.

Simplemente maravilloso.

Me agacho cuando otro huevo vuela hacia mí, me cubro la cabeza y le doy la espalda a la multitud mientras corro hacia el portero.

— ¡El tío fuerte que ha entrado al hotel conmigo! ¿Dónde ha ido?

El portero es un chico joven, sus grandes ojos parecen engullir su cara cuando mira a algo detrás de mí.

—Está a unos diez pasos justo detrás de ti.

Otro huevo se rompe en mi hombro mientras me giro. Remy parece un ángel vengador dirigiéndose hacia mí. Sus ojos brillan de ira mientras me doy cuenta de que sus fans me están llamando puta y zorra, él se gira e impide que me llegue otro huevo, que oigo romperse en su espalda.

Me coge y me levanta como si no pesara nada, luego levanta la voz mientras se gira, enfadado y gritando.

— ¡Gracias a ella sigo luchando!

Un repentino silencio invade la multitud, y la dura e iracunda voz continúa diciéndoles:

— ¡La próxima vez que me suba al *ring*, voy a ganar por ella, y quiero que todos los que le habéis hecho daño esta noche, le traigáis una rosa roja y le digáis que es de mi parte!

El silencio no dura ni un segundo más.

Estalla una ovación. Vítores. Aplausos. Y creo que lo que me está causando más conmoción es mi corazón, algo descontrolado que golpea mis costillas completamente

confundido y que no puede terminar de creerse lo que él acaba de decir.

Me lleva de vuelta al hotel y carga conmigo hasta el vestíbulo, sus cuadrados hombros y brazos envolviendo mi cuerpo, intentando protegerme. De repente estoy tan aturdida por esta tarde que empiezo a reírme. Es una especie de risa nerviosa, pero es una risa al fin y al cabo, y mientras tanto él pulsa repetidamente el botón del ascensor.

—Y dicen que las fans de Justin Bieber están locas — digo, intentando respirar.

Su voz es áspera mientras me quita las cáscaras de huevo de la camiseta.

—Te pido disculpas por su comportamiento. Hoy les he decepcionado.

Mi risa desaparece cuando me doy cuenta de que su rápida y furiosa respiración mueve mi cabello. Es caliente y huele a él, y me excita. Como todo lo demás de él.

Obligándome a mí misma a no estremecerme en sus brazos, rodeo su firme y ancho cuello con las manos, dando gracias porque la pareja que nos está mirando como si fuéramos unos jóvenes excitados y borrachos no sube al ascensor con nosotros. No quiero que me suelte todavía. Soy egoísta y le necesito. Y creo que si no han subido es debido a la expresión homicida en el rostro de Remy cuando se ha dirigido a ellos como si hubieran sido los que nos han tirado los huevos, mientras dejaba la puerta abierta con un brazo y me apretaba contra su pecho con el otro.

— ¿Venís?

Los dos han dado un paso para atrás al instante y han dicho:

—No.

Subimos los dos solos, y no puedo dejar de apretar mi nariz contra su cuello.

—Gracias.

Me abraza más fuerte y me siento a salvo con él, creo que quiero que éste sea mi nuevo hogar. Creo que si hubiera conocido a este hombre el día que me rompí la rodilla y me hubiera abrazado así, mi rodilla no me habría importado nada. Sólo hubieran importado sus brazos rodeándome así.

Pete y Riley siguen todavía en su ático cuando él desliza la llave por la ranura y me lleva dentro de la habitación.

— ¿Qué cono está pasando, Rem? exige saber Pete.

—Largaos de mi vista, tíos —Remy deja la puerta abierta para ellos y me sigue manteniendo en vilo con el otro brazo—. Hago lo que me da la gana, ¿lo entendéis? —les espeta.

Los dos hombres me miran un instante, y los dos parecen tan sorprendidos como yo.

—Lo entendemos, Rem —dice Riley dócilmente mientras empuja a Pete hacia fuera.

—Entonces no lo olvidéis, joder.

Cierra la puerta con cerrojo para que nadie, incluso teniendo llave, pueda entrar en la *suite*, y me lleva hasta el baño de la habitación principal. Admito que no estoy preparada para soltarme de él, y cuando finalmente aprieto más los dedos en su nuca, capta el mensaje y sigue rodeándome con uno de sus brazos mientras se mueve para ajustar la ducha.

Empieza a caer agua, y él se quita los zapatos, me quita los míos, y luego entra en el plato de ducha conmigo todavía entre sus brazos.

—Vamos a quitarte toda esta mierda de encima. —Pasa su enorme mano por mi cabello mojado y yo termino deslizando las mías por todo su cuerpo, hasta quedarme en cuclillas. El agua tiene un efecto increíble en mi piel, y cuando me quita el vestido y me lo saca por la cabeza, siento sus manos enjabonándome por todas partes, incluso debajo de mi ropa interior. Me muerdo el labio e intento sacar su tacto de mi mente, pero se mete dentro de mí. Él es todo lo que puedo sentir, o saber, o pensar.

Ya no me preocupa que Pete y Riley me odien por haber jodido el combate de Remy. Ni que me odien sus fans. Ni que mi hermana no quiera verme. Ni que eche de menos a Mel. Ni que ya no pueda competir. Ni que se me acabe el contrato dentro de poco.

Todo gira alrededor de este hombre. Mi cuerpo está completamente inmóvil mientras me descubro a mí misma esperando con apasionante anticipación ver qué hace después. Por dónde se deslizarán sus manos. Qué parte de mi cuerpo sentirá sus dedos húmedos en mi ardiente piel.

Me toca de forma metódica, y aunque yo me quedo sin aliento cada vez que lo hace, él no parece para nada afectado. Me sube los brazos y me enjabona las axilas, entre mis piernas, mi cuello, luego se quita la camiseta y se frota rápidamente. Sus fuertes hombros sobresalen y me excita la visión de sus pezones.

—No puedo creerme que tus fans me llamaran zorra — digo, intentando no pensar que estoy en la ducha casi desnuda con él, que él sólo lleva puestos los pantalones de chándal y que ahora ya no lleva camiseta y cada músculo de su cuerpo brilla por la humedad.

Rápidamente, se enjabona el pelo.

—Sobrevivirás.

— ¿Tengo que hacerlo?

—Sí.

Se acerca para lavarme el pelo con un champú nuevo, y su atención, que yo tanto deseo, está centrada únicamente en mí y mi cabello.

—Me odian —le digo—. No voy a poder ir a tus combates nunca más sin pensar que van a lincharme.

Coge la alcachofa de la ducha y la sujeta justo encima de mí. Cierro los ojos y dejo que las burbujas de jabón bajen por mi cara, y cuando vuelvo a abrir los ojos, me está mirando fijamente. Riachuelos de agua se deslizan por su prominente mandíbula y pasan cerca de sus pestañas mientras me retira un

mechón de pelo húmedo de la frente, y yo soy consciente de mi pulso frenético.

Sus ojos son de un azul brillante, y cuando se quedan fijos en mí, parecen mil veces más brillantes. Está tan mojado como yo, y de repente me sujeta la cara con las manos y me mira profundamente. Respira muy fuerte. Sus ojos se deslizan por mi nariz, y se detienen en mi boca. Acaricia mis labios con un dedo fuerte y calloso. Siento esa caricia en cada célula de mi cuerpo.

—Eso nunca pasará —dice con un extraño y sexual susurro.

La debilidad invade mis piernas y con ella, está desapareciendo mi fuerza de voluntad. Nunca he deseado la mirada de nadie como ansío la suya. Ni he necesitado el contacto con nadie como con él. Ni he deseado nada de forma tan dolorosa y feroz como le deseo a él.

Me duele la garganta mientras hablo.

—No deberías... haber dicho eso de mí, Remy. Van a pensar que tú y yo... que tú y yo ... —Sacudo la cabeza, consciente de cómo tiemblan mis dedos en el agua por el deseo de tocar su húmedo cabello.

— ¿Que eres mía?

La palabra «mía» en su boca, pronunciada mientras esos intensos ojos azules me miran, hace que se me retuerza el estómago con una dolorosa y no correspondida lujuria. Me río.

— ¿Qué es lo gracioso? —Abre la mampara de la ducha y se pone una toalla alrededor de las caderas, dejando que caigan al suelo los pantalones, luego les sigue la camiseta. Vuelve hacia mí, me cubre con una gran toalla y me lleva hasta la cama. Me coloca en el centro, su voz tiene un matiz divertido, pero su cara se mantiene seria—. ¿Pensar que eres mía te parece gracioso?

Mete la mano por debajo de mi toalla y me quita las braguitas, luego el sujetador, y luego me pasa la toalla por el cabello y luego por el cuerpo. Sus ojos azules ya no brillan.

— ¿La idea de ser mía te parece graciosa? —Cubre mis pechos con la toalla y me seca, aún mirándome—. ¿Es graciosa, Brooke? —insiste, mirándome fijamente a los ojos.

— ¡No!

La palabra es un grito ahogado mientras el deseo recorre mis terminaciones nerviosas. Mis caderas se elevan cuando empieza a secarme entre las piernas, y no puedo hacer nada excepto estar completamente excitada.

Pasa la toalla alrededor de mis piernas, y yo me paso la lengua por los labios cuando finalmente baja la cabeza, y mis huesos se vuelven líquidos de puro y ardiente deseo. Parece especialmente obsesionado por secarme la rodilla lesionada. El roce de la toalla es casi cariñoso cuando la pasa por la cicatriz. Una caliente excitación sigue el camino que hace la toalla mientras lo miro.

Una gota de agua cae hasta uno de sus pezones y tengo que emplear toda mi fuerza de voluntad para luchar contra el intenso y perturbador deseo de acercarme a él y absorberlo con mi boca. No la gota de agua. Su pezón.

Me da un salto el corazón cuando extendiendo el brazo y le paso una mano temblorosa por la cabeza.

— ¿Alguna vez has sido de alguien? —pregunto, un suave susurro en la silenciosa habitación.

Sube la cabeza hasta encontrarse con la mía. Lo deseo tanto que me siento consumida, como si se hubiera adueñado de mi alma, y ahora mi alma anhela que tome también mi cuerpo.

Una gran emoción endurece sus facciones cuando extiende el brazo para cubrir mi mejilla con su enorme mano. Hay una inesperada ferocidad en sus ojos, en su tacto, mientras me toca.

—No. ¿Y tú?

Las durezas de sus manos raspan mi piel, y me descubro a mí misma apretando la mejilla contra ellas.

—Nunca he querido.

—Yo tampoco.

Este instante es muy íntimo. Cargado de cosas que no decimos. Cargado con algo que no tiene nombre, creciendo entre nosotros. Entre él y yo. Entre yo y él.

Pasa el pulgar por mi mandíbula como si estuviera memorizando su tacto.

Escalofríos recorren mi cuerpo, empezando desde el lugar donde está su pulgar hasta llegar directamente a mi interior mientras él continúa acariciando mi cara, siempre mirándome con esos preciosos ojos azules que parecen ensimismados y que me dejan sin respiración y hacen que se me pare el corazón. Su voz es como terciopelo acariciando mi piel.

—Hasta que vi a esa chica encantadora en Seattle, con esos grandes ojos dorados y hermosos labios... y me pregunté si ella podría comprenderme...

Mi pecho jadea por sus inesperadas palabras, y cuando acerca su cabeza a la mía, casi pidiéndome permiso con la mirada, me adentro en un torbellino de sensaciones al oler el aroma del gel, el champú y al agua.

El anhelo de su tacto me domina, pero en lugar de acercarse más a mí, extiende la toalla y la pone sobre mi cuerpo, tapándome. Su voz está cargada de sentimiento.

—Broche, quiero decirte tantas cosas, pero no encuentro las palabras para hacerlo.

Apoya su frente en la mía y respira hondo. Despacio, y absorbiendo mi aroma, acaricia mi nariz con la suya.

—Me vuelves loco. —Presiona mi boca contra la suya. Brevemente. Luego se echa hacia atrás, respirando fuerte, y me mira con los ojos entreabiertos—. Me gustaría ponerte mil canciones distintas para que pudieras tener una pista de... de lo que siento...

Puro deseo invade mis venas, mis terminaciones nerviosas, mis huesos, mientras él pasa el pulgar por mi mandíbula y mi oreja. Un escalofrío atraviesa mi cuerpo cuando acaricia mi labio superior con su dedo índice. También

acaricia el inferior y suelto un gemido. El anhelo invade mis endurecidos pezones, mi sexo húmedo y mi corazón.

Sostiene mi cara entre las palmas de sus manos e inclina la cabeza, encajando mis labios suavemente con los suyos mientras absorbe mi lengua, con fuerza.

Gimo y agarro sus hombros con mis uñas, acercándolo más a mí.

— ¿Remington, por qué no nos acostamos?

Él también gime y me aprieta contra él.

—Porque te deseo demasiado.

Su lengua presiona fuerte la mía, y un abanico de sensaciones recorre mis terminaciones nerviosas mientras inclina su cuerpo hacia el mío. Su piel está húmeda y caliente. Se me cae la toalla hasta la cintura y mis pechos quedan aplastados contra su diafragma. Se me escapa un gemido en su boca cuando me aprieta más contra él y continúa con el ataque sensual de sus labios.

—Pero te deseo *tanto*, y tengo protección —intento convencerle—. Sé que estás limpio. Te hacen pruebas constantemente y yo...

Tiemblo por el contacto con los músculos de su pecho en mis sensibles pezones, duros y abultados. Mis caderas se elevan por puro instinto y me convierto en una simple mujer. Buscando a mi hombre. Su virilidad. Su tacto. No puedo respirar, no puedo pensar, lo deseo, lo deseo, *lo deseo*.

Lo que deseo no es un orgasmo y lo sé. Lo que deseo, necesito, es mucho más que eso. Es la conexión con él. El excitante contacto con este ser humano, que despierta sentimientos que nunca había sentido. Echo de menos sus caricias, sus besos. No me importa que sólo me dé una minúscula parte de lo que podría darme, muero de ganas de que me alimente, y mi cuerpo nunca ha estado tan hambriento como ahora.

—Te quiero en mi cama otra vez. Quiero besarte y abrazarte —gime.

—No puedo seguir así, por favor, hazme el amor — suplico.

Me aprieto más a él mientras devora mi boca, me muevo hasta que una de sus piernas está metida entre mis muslos.

Me lame y muerde los labios, sus manos enredadas en mi cabello. Estoy tan desesperada que le arañé los brazos con las uñas mientras froto mi sexo contra su duro muslo. Me atraviesan nuevas sensaciones. Gimo, sintiendo la tensión contenida en sus hombros, el suave terciopelo de su pie lío mientras me devora, y cuando rozo por primera vez mi sexo contra su duro cuádriceps, exploto.

Temblando de forma incontrolada, siento cómo se sorprende por la fuerza de mis convulsiones. Rápidamente, pasa las manos por mi espalda y me presiona contra él mientras mueve la pierna entre mis piernas, más arriba, y pega su músculo a mi clítoris. Su hambrienta boca absorbe todos mis gemidos.

Cuando termino, me aparta el pelo hacia atrás y me mira de forma íntima. Su voz. Íntima. Suave y cariñosa.

— ¿Ha estado la mitad de bien de lo que parece? — Sus dedos se mueven por mi mejilla como un delicado susurro, y no tengo suficiente aire en mis pulmones para poder gritarle.

Lo. Odio.

Siento como si acabara de darle todo y no hubiera recibido nada a cambio, aunque haya sido *yo* la que ha recibido el placer. Me coloco la toalla de nuevo, enfadada, miro por toda la habitación, miro a todas partes excepto a su odiosa y sexy cara.

—Te prometo que esto no volverá a suceder —susurro completa y totalmente avergonzada.

Me besa en la oreja, su voz es ronca.

—Me aseguraré de que *sí* vuelva a suceder.

—No estés tan seguro. Si quisiera tener un orgasmo yo sola, podría haberme encargado sin tener que dar ningún espectáculo a *nadie*.

Con la toalla sujeta en el pecho, pregunto:

— ¿Te puedo coger una maldita camiseta?

Lentamente, sus labios se mueven en una sonrisa pícaro con hoyuelos, que me hace pensar que le encanta la idea de que vista su ropa, y se dirige al armario mientras espero a que vuelva sintiéndome como una zorra lasciva.

Su bello torso sigue un poco mojado, y no puedo parar de admirar la forma en la que la toalla envuelve sus estrechas caderas. Su cuerpo es perfecto. Su culo desafía la gravedad, es perfectamente duro, redondo y musculoso. Cada vez que lo veo enfundado en cualquier tipo de ropa se me cae la baba.

Quiero verlo desnudo y tocarlo, y de nuevo esta noche odiaré no poder dormir por la tortura de quererlo dentro de mí. ¿Podría quedarme a dormir? ¿Deseando lo que él no está listo para darme?

No, esta noche no voy a dormir con él para sólo besarnos como adolescentes, llegando a la primera base, a la segunda y a la tercera sin llegar hasta el final...

No.

No, joder.

Quiero que me haga el amor. Necesito. Que. Lo. Haga. Maldita sea. Odio que pueda controlarse mientras que yo estoy completamente loca por él.

Me da una camiseta negra que ya le he visto llevar puesta, en el primer vuelo a Atlanta.

— ¿Esta está bien? —me pregunta, sus ojos azules son profundos y penetrantes.

Me la pongo. Deslizo el tejido por mi piel y siento cómo hace que mi cuerpo se estremezca. El sigue de pie a los pies de la cama, mirándome fijamente. Sus ojos son como mis confidentes, ojos que me han visto desnuda y que han hecho que mi sexo lo anhelara tanto como para hacerme sentir en un torbellino—. Ven a comer algo conmigo —dice, y le sigo fuera de la habitación, sin un ápice de relajación después del orgasmo que me ha dado.

—Veamos qué te ha preparado Diane —le digo, mientras miramos el contenido de la gaveta térmica de la cocina de la *suite*. Él destapa el plato y le lanzo una sonrisa.

—Huevos. Debían estar de oferta hoy.

Esos hoyuelos otra vez, traviosos y sensuales, mientras mira fijamente mi boca. No creo que se dé cuenta de que me está mirando de forma tan sexual. Sin decir nada, saca dos tenedores de un cajón y me da uno.

—Compártelos conmigo.

—Oh, no. No más huevos para mí. Disfrútalos.

Baja el tenedor y me sigue hasta la puerta, agarrándome de la muñeca para que me detenga.

—Quédate.

Su brusca petición crea un remolino de calor dentro de mí, pero es la intensidad de sus ojos azules lo que casi me derrumba.

—Me quedaré —digo, mi voz es suave pero decidida— cuando me hagas el amor.

Nos miramos, luego suspira y me abre la puerta, colocándose de forma que tengo que rozarme contra él para poder salir. El contacto me quema. Sus ojos me observan durante todo el camino hasta mi *suite*. Me queman.

Por la noche, me quedo despierta, en otra habitación principal de otra *suite*. Diane duerme en la habitación y yo sigo ardiendo. Estoy en la cama con la puerta abierta, mis oídos están alerta por si oyen algún ruido, por si acaso Remy tiene una llave extra de esta *suite* y viene a buscarme.

Su enorme y fantástica camiseta sigue en mi pequeño cuerpo, y huele a él. Tiene un tacto suave en mi piel, y aquí sigo, temblando de deseo, anhelando que se rinda y venga a buscarme y a decirme que está preparado para estar conmigo. Yo estoy completamente preparada para estar con él. *Simplemente ven a hacerme el amor*, pienso en vano.

A las dos de la mañana todavía no ha venido, y yo sigo despierta.

No entiendo cómo un hombre que realmente desea a una mujer puede controlarse de esta forma. Remy es disciplinado y el hombre más fuerte que he conocido nunca, pero miro la puerta y recuerdo cómo me tocaba, cómo vino a por mí, y no creo que pudiera contenerse como lo hace ahora si me deseara como le quiero yo a él. Siento el deseo de mi sexo como nunca antes lo había hecho. Está hinchado por las fuertes caricias de su lengua y la forma en la que su muslo me ha rozado. Mi deseo no sólo no se ha apaciguado, sino que ha logrado lo imposible y se ha triplicado hasta hacerme sentir furiosa. Ha provocado una sed insaciable y no estoy satisfecha sino vacía y nerviosa. Toda mi existencia está centrada esta noche en vigilar esa puerta.

¿Siente él algo remotamente parecido a lo que siento yo?

Una malvada parte de mí, la chica que se rompió el LCA, y que no pudo cumplir su sueño, la chica que no cree que pueda conseguir nada bueno, me hace preguntarme si en realidad me desea.

O si simplemente está jugando conmigo.

Y luego me pregunto si fueron este tipo de sentimientos los que llevaron a Nora a meterse en problemas.,

8. Austin

En Austin nos alojamos en una casa de seis habitaciones con granero incluido, un granero rojo pasado de moda fabulosamente construido que es donde entrena Remington. Ha estado empujando ruedas de tractor todo el día. Subiendo escaleras con sacos de cemento en los hombros. Ha trepado por cuerdas colgadas de las vigas del granero, se ha colgado de las vigas y luego ha estado corriendo conmigo alrededor de la propiedad. Está entrenando como una bestia y también, de mal humor como un gorila cabreado. Aunque parece estar especialmente enfadado con el *resto* del equipo y *yo* soy la única que aparentemente puede calmarle, así que Riley y Lupe no hacen más que pedirme que vaya a relajarle cuando empieza a cabrearse por algo como «esos asquerosos guantes con los que no se puede pelear».

Estos masajes tan frecuentes están siendo una tortura. Pasando mis manos por su pecho sudoroso. En Austin hace calor en julio, y él se quita la camiseta, y el contacto de su piel con la mía perturba cada parte de mí, pequeña o grande, devolviéndome a la sensación de estar desnuda en la cama con él.

Cada noche desde el incidente de los huevos hace una semana me he tumbado en la cama mirando hacia la puerta. Sé que debería tocarme simplemente para poder aliviarme un poco, pero lo que quiero de él va más allá del sexo, ni siquiera quiero ponerle un nombre. Aunque sé perfectamente lo que es.

Durante el vuelo hemos estado intercambiando música, y siempre me descubro esperando sin respiración la canción que me pondrá. He intentado hacer una selección de canciones sin nada de romanticismo para él, y en realidad he sentido una gran emoción interna cuando él fruncía el ceño ante los himnos femeninos que le ponía.

Él, al contrario, no ha hecho más que ponerme la canción más romántica que escuché durante mi adolescencia, una colaboración para una película donde un chico le pone esta

canción al amor de su vida en su radiocasete. La película se llama *Un gran amor*, pero la canción es *In Your Eyes* de Peter Gabriel.

Deseé, seriamente, fundirme con el cuero del banco del avión cuando me puso esa canción, sus sombríos ojos azules mirándome intensamente mientras yo absorbía la letra acerca de encontrar la luz en sus ojos...

Maldito.

Sea.

No me ha tocado desde la noche en la que nos duchamos juntos. Pero las cosas que me dijo... la forma en la que me besó... Lo deseo tanto que a veces sólo quiero golpearle en la cabeza y llevármelo hasta *mi* cueva femenina, donde la única opinión que importa es la mía. Y decir que lo haremos durante toda la noche y ya está.

Hoy estoy dentro de la casa, buscando en mi maleta algunas cintas elásticas para poder hacerle los estiramientos después de la sesión de entrenamiento de la tarde. Es una táctica para no tener que tocar su piel, y así poder evitarme otra noche de insomnio causado por el deseo. Paso por delante de la puerta principal con las cintas colgando de mis dedos, y veo a Pete, con la puerta entreabierta, hablando con alguien que se encuentra al otro lado.

Según paso, veo un hombre de pelo canoso y a una mujer por el rabillo del ojo, y de repente, me llaman.

— ¡Jovencita! Por favor, ¿nos podrías dejar hablar con él?

La voz femenina me detiene, puesto que soy la única mujer joven de la casa, a menos que alguien haya empezado a travestirse, y no creo que a Lupe le vaya eso.

Cuando me dirijo hacia allí, la mujer alta, delgada y de aspecto frágil se apresura a hablarme. Tiene la cara pálida y unos ojos huraños de color castaño oscuro.

—No sabíamos qué hacer. Se sentía abandonado pero era demasiado fuerte y nadie podía controlarlo, y menos yo.

Mi cerebro procesa sus palabras en silencio, y mientras lo hace, los miro y me quedo parada detrás de Pete.

—De nuevo, lo siento mucho —responde Pete educadamente—. Pero aunque no estuviéramos tan ocupados, tampoco podría conseguir que lo vierais. Pero estad seguros de que si cambia de opinión en algún momento, os avisaré.

Cierra la puerta un poco más fuerte de lo que debería y deja escapar un largo y contenido suspiro.

Finalmente, una idea aparece en mi mente.

— ¿Esos son los padres de Remy? —pregunto, desconcertada y perpleja.

De repente, me doy cuenta de que los ojos azules de su padre son inconfundibles, y aunque tenga el pelo canoso, tiene una gran y sana estructura ósea.

Pete asiente y se pasa la mano por la frente, aparentemente muy nervioso.

—Sí. Esos son los viejos, sí.

— ¿Por qué Remy no quiere verlos?

—Porque esos desgraciados lo encerraron en un psiquiátrico cuando tenía trece años y le *abandonaron* allí hasta que tuvo edad suficiente para firmar su salida él mismo.

Una horrible sensación me revuelve las tripas, y durante un instante, lo único que hago es quedarme boquiabierta.

— ¿Un psiquiátrico? ¿*Por qué?* Remy no está loco — digo, instantáneamente encolerizada mientras sigo a Pete por el salón.

—A mí no me mires. Es una de las mayores injusticias que he visto en mi vida.

Mi pecho se tensa, y pregunto:

—Pete, ¿estabas con él cuando le expulsaron de la Liga de boxeo?

Niega con la cabeza, su paso no se detiene.

—Remy es como dinamita. Si lo enciendes, explota. Sus competidores querían echarlo. Lo provocaron fuera del cuadrilátero. Picó el anzuelo. Lo echaron. Fin de la historia.

— ¿Y sigue enfadado por eso?

Abre la puerta de la terraza que da al jardín y al granero, y yo lo sigo, protegiéndome del resplandor del sol con la mano.

—Está enfadado, sí, pero no por eso específicamente — dice Pete—. Lo único que sabe hacer es luchar. Es lo único que ha podido controlar durante su vida. Cuando creció, lo rechazaba todo. Es jodidamente difícil conseguir que se abra a los demás, incluso a aquellos que han estado a su lado durante mucho tiempo.

— ¿Cómo crees que sus padres supieron que estaba aquí? Creía que esta casa servía para mantener lejos a la prensa después del incidente con los huevos.

—Porque ésta es la casa de Rem —dice Pete mientras observo el precioso granero rojo sobre el césped—. Cuando salió del psiquiátrico, ganó dinero luchando y compró esta casa para demostrarles a sus viejos que podía conseguir ser alguien... Aun así sus padres no quisieron saber nada de él. Le cogió asco a la casa y ahora sólo la usa cuando estamos en la ciudad para evitar que la prensa lo acose en los hoteles. Tiene *muchos* fans en Austin.

Me quedo anonadada por la información. Me invade una indignación pura y densa por el joven Remy, haciendo que mis palabras suenen sin aliento.

— ¿Qué clase de padres abandonan a su hijo así, Pete? ¿Y por qué demonios quieren verlo *ahora*?

Pete suspira.

—Eso me pregunto yo también. —Mueve la cabeza con pesar. Entonces vemos a Remington dentro del granero abierto, golpeando una pera de boxeo que el entrenador ha colgado de las vigas. Con aspecto ligeramente asustado, Pete me agarra del codo y me acerca a él.

—No dejes que se entere de que sabes algo de todo esto, por favor. Ha estado de un humor de perros desde que supo que íbamos a venir aquí. Sus padres le ponen de los nervios, y su estado de ánimo es una mierda durante estos días.

Asiento y le cojo del codo a él.

—No lo haré. Gracias por contármelo.

—Eh, B. Deberías venir a estirarle un poco, su forma física no es muy buena. Lupe piensa que tiene algo en la parte baja de la espalda —dice Riley.

Asintiendo, me dirijo hacia allí, y escucho, más que veo, a Remington golpeando más fuerte y rápido con cada paso que doy. Sinceramente, me sorprende que no se detenga cuando me paro a su lado.

—El entrenador no está contento con tu forma física y Riley piensa que puedo ayudarte —digo, mientras veo cómo esa esbelta y cautivadora criatura sigue golpeando el saco con los puños, y con el ceño fruncido por la concentración, no puedo dejar de admirar lo que Remington ha hecho consigo mismo a pesar del rechazo con el que se enfrentó durante la adolescencia.

— ¿Remy? —le digo.

No me contesta. En cambio, se desplaza hacia un lado y lanza un puñetazo tras otro en cuestión de nanosegundos, haciendo que la pobre pera vuele.

— ¿Me dejas que te dé un masaje? —insisto.

Gira su cuerpo de nuevo, y me da la espalda, y sigue golpeando como si se hubiera vuelto loco. Quiero tocarlo, especialmente después de lo que me ha contado Pete, así que tiro las cintas elásticas al suelo porque ahora mismo lo último que deseo es que haya algo entre él y yo.

—¿Vas a responderme, Remy? —mi voz baja cuando me acerco un poco más, pudiendo tocarle con un brazo.

Pum, pum, pum...

Le toco la espalda. Se pone rígido, agacha la cabeza y se gira, quitándose los guantes de boxeo y apartándolos a un lado.

— ¿Te gusta? —susurra en voz baja. Su tacto es suave cuando se acerca y pone la mano cubierta por cinta en el lugar exacto donde me ha tocado Pete—. ¿Te gusta cuando te toca? —Pero sus ojos, Dios mío. Están clavados en mí. Su mano es el doble que la de Pete y provoca todo tipo de sensaciones en mi cuerpo.

Lo miro. Las mariposas revolotean en mi estómago, y sea lo que sea a lo que estamos jugando, quiero hacerlo sin fin, pero también quiero que pare. Hay algo increíblemente animal en su forma de actuar que saca a flote mis instintos más arraigados.

—No tienes ningún derecho sobre mí —le digo, enfadada y sin aliento.

Su mano se tensa.

—Me diste derechos cuando te corriste en mi pierna.

Mis mejillas arden cuando lo recuerdo.

—Sigo sin ser tuya —le respondo—. ¿Tienes miedo de que sea demasiado mujer para ti?

—Te he hecho una pregunta y quiero una respuesta. ¿Joder, te gusta cuando otros hombres te tocan? —insiste.

— ¡No, gilipollas! ¡Me gusta cuando me tocas *tú*

Después de mi repentino estallido, mira mi boca mientras pasa el pulgar por mi codo. Su tono se vuelve un poco ronco.

— ¿Cuánto te gusta mi tacto?

—Más de lo que me gustaría —contesto, jadeando y sin respiración por su culpa.

— ¿Te gusta lo suficiente como para dejar que te acaricie en la cama esta noche? —pregunta escuetamente. Noto un hormigueo en la piel y cómo me empieza a crecer el calor entre las piernas. Sus pupilas están llenas de hambre.

—Me gusta lo suficiente como para dejar que me hagas el amor.

—No, no vamos a hacerlo. —Aprieta la mandíbula y me mira con ojos atormentados—. Sólo tocarnos. En la cama. Esta noche. Tú y yo. Quiero que te corras otra vez—. Me mira, con un interrogante en su cara. Siento cómo su mal humor va creciendo hacia la superficie por la frustración. Hay una necesidad en mí por calmarlo... pero no puedo *seguirle el juego*.

Tengo tantas ganas de tocarlo... pero no puedo entender por qué se resiste y no me hace suya. No puedo pasar otra noche en sus brazos sin llegar hasta el final.

Me libero y endurezco la voz.

—Mira, no sé a qué estás esperando, pero no voy a ser tu juguetito.

Me agarra de nuevo y me acerca a él, bajando la cabeza hacia mí.

—No eres un juego. Pero necesito hacer esto a mi manera. *Mi* manera. —Sumerge su rostro en mi cuello y me huele, y su lengua se desliza hasta lamer mi oreja. Gime y sube mi barbilla para que nuestros ojos se encuentren—. Lo estoy haciendo despacio por ti. No por mí.

Mis rodillas amenazan con doblarse, pero de alguna forma consigo negar con la cabeza, mostrando mi desacuerdo.

—Esto se está volviendo aburrido, y estoy perdiendo el interés. Simplemente te daré un masaje. —Me acerco a su espalda, pero él se aleja de un tirón como si le hubiera apuñalado con una navaja.

—Ni te molestes. Dáselo a Pete.

Coge su toalla, se la pasa por delante, y luego vuelve a golpear la pera de boxeo con los nudillos.

Saliendo con el ceño fruncido, le digo a Riley:

—No quiere que esté ahí.

El eufemismo del siglo, amiga —dice, poniendo sus tristes ojos de surfista en blanco.

9. Una aventura

La Liga rezuma energía esta noche, y durante la última hora he dejado de buscar a Nora entre la multitud, temiendo que se esconda. Estoy decidida a hacerla salir, pero todavía no sé cómo. Aunque no paro de darle vueltas.

Por ahora, me he dejado cautivar por la magia de los combates, y me descubro a mí misma observando a todos los aspirantes con más avidez que nunca, aunque sólo sea para tratar de reconocer sus estrategias de lucha en caso de que se clasifiquen y tengan que luchar contra Remington.

Algunos luchan de forma muy sucia, y me doy cuenta de que no hay *nadie* que luche como él. Remy lucha como si le encantara hacerlo. Es como una explosión dentro del cuadrilátero. Parece como si fuera un león, y su oponente un ratón, y estuviera simplemente jugando con él. A veces da saltos de alegría y hace que la multitud también participe cuando agarra a su oponente y luego lo suelta, y lo señala como diciendo:

— ¿Queréis que le parta la cara a este capullo?

Evidentemente, el público ruge, y yo estoy furiosa, emocionada, e incluso, entusiasmada, simplemente observándolo.

Cuando lo han anunciado esta noche, el público de Austin se ha vuelto loco. Casi todos los presentes estaban de pie y gritando, y yo observaba con el estómago revuelto cómo aparecía por el pasillo y se subía al cuadrilátero y, súbitamente, todo el recinto cobraba vida con su presencia. Ahora las pancartas siguen ondeando por el lugar mientras golpea a su tercer oponente de la noche, al que ha agotado hasta tal punto que posiblemente el combate dure sólo un par de minutos más.

Está en una buena racha. Ha vencido a todos los que han peleado contra él. No he visto a ninguno de sus oponentes

poder darle un buen golpe, su cara sigue estando intacta, al igual que su guardia.

De alguna manera siento que está demostrándole algo a esta ciudad en la que nació. Creo que con cada puñetazo les está diciendo a sus padres que se equivocaron. Y hace que me alegre por él más aún. Estoy tan sorprendida por lo que sé ahora... Simplemente, no me puedo imaginar a Remington encerrado en algún lugar, impotente y enfadado. Es un hombre fuerte y primitivo, nadie sabe qué es exactamente lo que quiere, y me enfurece pensar que alguien le hizo daño cuando era joven y vulnerable. Me hace sentir muy protectora hacia él, y me hace desear haberlo conocido antes, como si hubiera podido hacer algo para evitarle todo eso.

Escucho el golpe de su K.O. y los gritos que le siguen, y mi corazón salta en mi pecho cuando el árbitro coge el brazo de Remy y lo levanta.

—Nuestro ganador de la noche, Reeemington Tate, ¡vuestro DEPRDADOR!

Con su brazo levantado en señal de victoria, contengo la respiración al saber lo que pasará después. Lo que *siempre* hace después.

Me busca con esos ojos azules.

Mi cuerpo se congela en el instante que dirige su mirada hacia la mía. Su sonrisa brilla, pero hoy tiene un aire de crispación. Ha estado luchando con furiosa intensidad, y su sonrisa es igual de intensa, una explosión de sexo, y de repente, no hay nada inocente o gracioso en ella. Mantiene la mirada posesivamente en mí mientras sus exhalaciones siguen saliendo de su poderoso pecho y chorros de sudor bajan por su cuerpo, y parece tan perfecto como la primera vez que lo vi en Seattle.

Lo deseo más que nunca.

Estoy tan húmeda y desesperada por lo que me hace sentir que, simplemente le miro, sin devolverle la sonrisa. Mis ojos le imploran que acabe con lo que sea que está pasando entre nosotros, eso que hace que salten chispas cada vez que

estamos cerca. He mostrado todas mis cartas al decirle que lo deseo, y él sigue siendo tan inalcanzable para mí como una estrella fugaz.

Un destello pasa por sus ojos azules y me señala a mí, luego a él mismo, y luego a alguien que viene hacia mí por el pasillo hasta mi asiento. La persona lleva una brillante rosa roja.

Entra en mi campo de visión.

—De parte de Remy —susurra una chica sonriente.

Otra rosa le sigue, y otra voz declara con orgullo:

—De parte de Remy.

Una cuarta.

—De Depredador.

—De R.T. Siento que esos idiotas te tirasen huevos...

—De Remy.

Mi pulso ha llegado hasta la luna mientras que, al mismo tiempo, mi trasero tira de mí hacia el suelo. Me quedo mirando con profunda incredulidad la cola de gente que se está formando delante de mí, son fácilmente varias docenas, todos con rosas rojas para mí de *su* parte. Me observa, con esa amplia sonrisa con hoyuelos que me dice claramente que soy suya, y mi corazón sufre tanto que quiero arrancármelo del pecho y tirarlo al suelo. Lo que dijo en Los Angeles debe haberse extendido por Twitter o no sé cómo, lo único que sí sé es que tengo los brazos llenos de rosas y todas son de *su* parte.

De parte de un hombre que lucha como un loco, me excita como ningún otro, es lo más sexy que he visto nunca. De parte del hombre que me pone música sensual, me da su camiseta para que la use como pijama, me protege tan fieramente como un león, y que aun así no me hace suya cuando estoy desnuda y temblando entre sus brazos.

Y de repente, no puedo soportarlo más.

Ni siquiera le miro cuando volvemos a la casa. Su mirada está centrada en mi perfil, cada célula de mi cuerpo es

consciente de ello. Sé que quiere saber si estoy agradecida por las rosas, pero mi interior está tan tenso que estoy hirviendo. Mi deseo por él no se ha apaciguado, y se ha convertido en el tipo de ira que puede hacerme enfermar y matarme.

Estoy temblando. De deseo. De dolor. De ira.

Cómo se atreve.

A hacerme que lo desee así.

A ofrecerme el trabajo de mis sueños, y luego convertirse en el centro de mi existencia hasta que soy capaz de arriesgarlo todo por él. Incluso mi trabajo. Mi familia. Mis amigos. La ciudad en la que crecí.

¿Cómo se atreve a tocarme en la ducha y a besarme como si quisiera devorarme cada día de su vida? ¿Cómo se atreve a ser mi fantasía viviente, y burlarse y torturarme hasta que no puedo soportarlo más? Antes solía sentirme tan jodidamente libre y feliz de no tener ningún drama romántico... Solía escuchar a Melanie despotricar y le decía: «Mel, sólo es un tío. Olvídalo y pasa al siguiente». Y ahora, estoy destrozada por *un* hombre, y mi propio consejo no vale una *mierda* porque no hay *ningún* otro hombre como él.

Ya no me siento libre. Estoy presa y aun así, el hombre que me ha atrapado emocionalmente no quiere hacerme suya. Me siento tan furiosa y frustrada que me regodearía en la mierda como no lo había hecho desde mi caída antes de las Olimpiadas.

—¡Rem, has estado impresionante! —le dice Pete en el coche, suspirando de pura alegría—. Tío, qué noche tan genial.

—Un gran combate, hijo —dice el entrenador, con la voz más alegre que le he escuchado jamás. No has perdido la postura. No has bajado la guardia. Incluso Brooke ha podido sentir amor esta noche, ¿verdad, Brooke?

Se hace el silencio y yo sigo sentada en mi asiento mirando las luces parpadeantes por la ventana como si no estuviera escuchando la conversación. Me *niego* en rotundo a decir algo de las rosas o a felicitarle. Sí, sus fans me han cubierto de rosas y él ha luchado como un auténtico maldito

campeón... Mi sexo se contrae cuando recuerdo los potentes golpes de sus puños, y ahora también me niego a pensar más en él.

—Lo has clavado —dice Riley.

Me doy cuenta de que Remington no está respondiendo a sus elogios. Ahora siento su mirada como si fuera un rayo abrasador en mi cara y su energía se está volviendo tan convulsa como la mía. Debe haber esperado una reacción diferente a su gesto. Debe haber esperado que estuviera superemocionada y que le dijera «¡Oh, Dios mío! ¡Eres increíble!». Pero no lo haré. Porque odio lo que me está haciendo. Odio desearlo así, odio sentirme tan volátil, quiero sacarle los ojos y luego llorar. ¡Quiero tirarle todas las rosas encima y decirle que se las folie *a ellas* porque ahora ya no quiero que me folie él *a mí*).

Así que después de meter las rosas en agua dentro de una de las cubiteras de mi habitación y de que mi ira haya aumentado hasta alcanzar dimensiones colosales, salgo al pasillo y me encuentro a Pete en el salón delante de la habitación principal.

—¿Y Remington? —pregunto.

—Duchándose. —Señala a la puerta. Voy hacia allí, cierro la puerta de un golpe y echo el pestillo, y le veo al otro lado de la habitación, de pie en el umbral del baño.

Está completamente desnudo, todavía mojado, recién salido de la ducha con la toalla en la mano, y se pone erecto al instante.

Su mirada atónita se queda fija en mí, y se le cae la toalla al sucio.

Nunca lo había visto completamente desnudo y ver su perfección física y la polla más hermosa que he visto jamás, en perfecto estado de funcionamiento, sólo me cabrea más. La sangre fluye por mis venas como si fuera lava ardiente mientras ando hacia él y lo golpeo con los puños en el pecho, tan fuerte como puedo sin romperme los huesos.

— ¿Por qué no me has tocado? ¿Por qué no me follas de una puta vez? ¿Estoy demasiado gorda? ¿Demasiado plana? ¿Te diviertes torturándome sin sentido o es que eres jodidamente cruel? ¡Para tu información, quise acostarme contigo desde el maldito día en el que entré en tu estúpida habitación y, en vez de eso, me contrataste!

Me agarra por las muñecas y tira de mí hacia adelante enfadado, bajándome los brazos.

— ¿Por qué quieres acostarte conmigo? ¿Para tener una puta aventura? ¿Qué se supone que sería yo? ¿Tu puto rollo de una noche? Soy la aventura de todas las mujeres, joder, y no quiero ser la *tuya*. Quiero ser jodidamente REAL para ti. ¿Lo entiendes? Si te follo, quiero que seas mía. Mía. Quiero que te entregues a *mí*... ¡no a Depredador!

—Nunca seré tuya si no me follas. ¡Fóllame! hijo de puta, ¿no puedes ver lo mucho que te deseo?

—No me conoces —dice entre dientes. Parece ansioso cuando sujeta mis muñecas en mis costados—. No sabes nada de mí.

— ¡Entonces, cuéntamelo! ¿Crees que te voy a abandonar si me dices eso que no quieres que sepa?

—No lo creo, lo sé. —Me agarra la cara con una mano y me aprieta ambas mejillas; sus ojos azules son violentos y están agitados—. Me dejarás en el momento en que se vuelva demasiado complicado, y me dejarás sin nada... mientras yo te deseo como no he deseado nada en mi vida. Eres todo en lo que pienso, todo lo que sueño. Me alegro y me deprimó y todo es por ti, ya no es por mí. No puedo dormir, no puedo pensar, ya no me puedo concentrar en una mierda y es todo porque quiero ser jodidamente «tuyo» y en cuanto te des cuenta de lo que soy, ¡sólo seré un puto error para ti!

— ¿Cómo podrías ser un error? ¿Te has visto? ¿Has visto lo que me haces? ¡Era tuya desde el primer momento, maldito idiota! ¡Haces que te desee hasta sufrir y luego no haces una mierda!

—¡Porque soy un puto *bipolar*! Maníaco. Violento. Depresivo. Soy una jodida bomba de relojería y si alguien del equipo la caga cuando tengo un episodio, la siguiente persona a la que puedo hacer daño puedes ser *tú*. He estado intentando no decírtelo el mayor tiempo posible para poder tener al menos una oportunidad contigo. Esta mierda me lo ha quitado todo. Todo. Mi carrera. Mi familia. Mis putos amigos. ¡Si también me quita esta oportunidad contigo, no tengo ni puta idea de lo que voy a hacer, pero la depresión será tan profunda que posiblemente termine suicidándome!

Me escuecen los ojos mientras las palabras golpean mi cabeza como horribles latigazos. Cada palabra aturde todo mi cuerpo. Maldice y me suelta, y yo doy un paso atrás mientras le veo ponerse, enfadado, unos pantalones de chándal.

Impotente, veo cómo saca una camiseta del armario. Mi corazón ha dejado de latir. Aunque la he oído alguna vez, no estoy realmente familiarizada con la palabra «bipolar». Nunca he conocido a nadie que lo sea. Pero de pronto recorro estas semanas con la mente y encuentro algunos indicios. Lo entiendo. Remy se ama y se odia a sí mismo. Ama y odia su vida. Un minuto es todo perfecto, y al siguiente es una pesadilla. Es apasionado, y luego es frío. Quizás nunca le hayan aceptado, ni siquiera él mismo lo ha hecho, y quizás todo el mundo le deja cuando se vuelve... demasiado complicado.

Mil emociones agitan mí pecho, y apenas puedo contenerlas todas dentro de mi cuerpo.

Su pecho sube y baja mientras me mira desde el otro lado de la habitación con esos brillantes ojos azules. Tiene los puños apretados a los lados y espera a que diga algo. Sigue agarrando la camiseta, que cuelga a su lado.

De pronto, todo lo que sé es que aunque este hombre tenga proporciones divinas para mí, también es humano e imperfecto, y lo deseo aún más con cada dolorido y tembloroso centímetro de mi cuerpo. Tanto que querré morirme si me rechaza esta noche.

Tomo aire con fuerza. Me tiemblan las manos mientras me desabrocho lentamente los botones de la camisa, quitándolos uno a uno con los dedos. El sonido hace que él baje los ojos hasta mi pecho y sus ojos muestran dolor. Su mirada me devora tan ferozmente que siento el mordisco de sus ojos en mi corazón.

—Soy así. No estoy tomando medicación. Me hacer sentir como si estuviera muerto, y pretendo vivir mi vida estando vivo —me advierte con un áspero y feroz susurro.

Asiento, lo comprendo. Yo me negué a tomar antidepresivos cuando supuestamente, clínicamente, los necesitaba después de mi caída. Creo que eres tú el que decide cómo vivir con tu problema, y a veces el remedio es peor que la enfermedad. Es un hombre que come muy bien, y cualquier sustancia química que tome puede desajustarlo. Lo entiendo.

Yo no soy quién para decirle lo que tiene que hacer. Pero, ¿se da cuenta de lo importante que es? ¿Lo que ha conseguido él solo? ¿Puede ver el equipo tan increíble que ha logrado? Puedo ver cuánto lo quieren Lupe, Diane, Pete y Riley, incluso cuando discuten. Quería pertenecer a este equipo, pero ahora sólo quiero pertenecerle a este hombre.

Y quiero que él me pertenezca a mí.

—Quítate la ropa, Remy.

Desabrochando el último botón, me abro la camisa, y la camiseta que él sujetaba cae al suelo cuando sus dedos se abren espasmódicamente.

Sus ojos me atraviesan, su voz suena con un fuerte y dolo roso rugido.

—No sabes lo que estás pidiendo.

—Te estoy pidiendo a ti.

—No voy a dejar que me abandones.

Se me cierra la garganta por la emoción, haciendo que sea difícil pronunciar las palabras.

—Quizás yo no quiera hacerlo.

Una dolorosa desesperación aparece en sus ojos.

—Dame una maldita garantía. No voy a dejar que me abandones, y querrás intentarlo, lo sé. Voy a ser difícil, voy a ser un capullo, y tarde o temprano, vas a estar jodidamente *harta* de mí.

Negando con la cabeza, tiro la blusa al suelo, luego me bajo la falda por las piernas y me la quito. Temblando hasta el alma, me quedo de pie únicamente con el sujetador liso de algodón y las braguitas. Mis pechos suben y bajan.

—Nunca estaré harta de ti.

Al principio, mis palabras no parecen surtir ningún efecto en él.

Y creo que estoy muriendo lentamente.

Entonces, un sonido bajo y voraz sale de su garganta.

Me quedo sin respiración.

Sigue mirándome, sin moverse, con los pantalones atados, los brazos en posición de lucha y los ojos rebosantes de deseo. Sus anchos hombros se sacuden con su respiración; junta los dedos formando puños en sus costados. La profunda brusquedad de su voz me araña la piel.

—Entonces, ven aquí.

La petición aparece de forma tan inesperada que me empiezan a temblar las piernas. Todos mis sistemas intentan ponerse en marcha rápidamente, pero al mismo tiempo, no puedo *moverme*.

Me siento como un puñado de órganos luchando por fundirse en uno. Corazón acelerado. Piel sudorosa. Temblores en mis terminaciones nerviosas. Pulmones completamente inútiles.

Todo mi cuerpo quiere lo mismo, pero parece demasiado aturdido para fusionarse.

Cuando finalmente lo consigue, me siento tan viva y a la vez tan liberada que incluso los dedos de mis pies se

estremecen cuando nosotros, —yo y mi corazón y mis huesos y mi piel— logramos por fin dar el primer paso.

Los nervios me devoran durante todo el camino hacia mi destino.

La respiración de Remington se acelera. Su potente pecho se eleva más rápido a medida que me acerco. Un angustioso paso tras otro. Noto los latidos en las sienes mientras el calor de su mirada se apodera de mí. Entre mis piernas, ardo por él. Mis pezones palpitan. La dura punta presiona dolorosamente el algodón de mi sujetador. Cada poro de mi cuerpo quiere pedirle que me los lama. Que me toque. Que me ame.

Me paro a unos centímetros de él. Apenas puedo respirar porque el aroma de su gel envuelve mis pulmones, drogando todos mis sentidos. Extiende los brazos y apoya diez firmes dedos en mi cabello mientras sujeta mi cabeza con las manos y sumerge la nariz en mi cuello, gruñendo suavemente. Su profunda inhalación llega hasta mí, y un escalofrío recorre mi cuerpo mientras yo hago lo mismo, absorbiendo cada color y sabor de su fuerte aroma masculino a través de las fosas nasales. Su lengua sale para dibujar un húmedo camino desde mi cuello mientras un brazo me agarra de la cintura y me acerca a su cuerpo, susurrando:

—Mía.

La lujuria y el amor crecen dentro de mí.

—Sí, sí, sí, Remington, *sí*.

Enredando los dedos entre su pelo, presiono ansiosamente mis pechos contra el suyo y rozo desesperada mis doloridos pezones contra su diafragma. Mis brazos sujetan violentamente su cabeza contra la mía mientras continúa oliéndome con profundas y desesperadas inhalaciones. Mi cuerpo se sacude de placer.

Sujeta mi cara con sus manos callosas y me pasa la lengua suavemente por el cuello, por la mandíbula, respirando fuerte mientras se dirige hacia mi boca. Lame los bordes de mis labios. Mojándome. Preparándome.

Su lengua explora mis labios, luego añade sus labios y los usa para abrirme. Me muerde el labio inferior para separarlo del superior. Un suave gemido sale de mí y reprime el sonido cuando sumerge su lengua húmeda y caliente y hambrienta para saborearme. Mi respuesta es inmediata y salvaje, y nuestras lenguas colisionan en un ardiente frenesí de humedad y gruñidos.

Mi cuerpo se funde con el suyo hasta que su fuerte brazo rodeando mi delgada cintura es lo único que me mantiene en pie. No sé si soy mala para él o él para mí. Lo único que sé es que esto es tan inevitable como un tsunami y que yo sigo nadando para conseguir el baño de mi vida.

Nos saboreamos y bebemos el uno al otro, y estoy tan sedienta que su beso podría alimentarme durante toda la noche y aun así seguiría muriéndome de sed. Me sujeta del pelo con más fuerza y me mantiene en el mismo sitio como si temiera que pudiera escaparme de su deliciosa boca. Tengo tanto miedo de que esto sólo sea un sueño que mis dedos se tensan instintivamente en su cabello húmedo porque aunque haya un incendio en el hotel, aparezca por aquí un ejército de seguidores fanáticos o entre en la habitación el mismísimo Escorpión, no voy a dejar que Remington Tate separe su boca de la mía.

El calor húmedo de su boca me ata a él, me vuelve loca, gimo y chupo su lengua, me encanta cómo gime Remington conmigo y empuja más, dándome mucho más.

Crece impaciente. Mientras resuenan los besos en la habitación, oigo cómo se baja los pantalones, los músculos de los brazos en tensión contra mi cuerpo. El tejido sintético está en el suelo, y entonces lleva sus pulgares hasta mi sujetador de cierre delantero y tira de ambos lados hasta que se suelta. Mis peí líos botan, por fin libres, y el sujetador cae al suelo.

Nunca me he sentido tan completa hasta que envuelve mis inflamados pechos con una mano y la sube un poco para poder chuparlos. Lame mis pezones con la lengua, primero uno y luego el otro, rodea mis suaves curvas con sus manos y roza sus durezas contra mis endurecidos pezones. Gimo con

agradecimiento cuando devuelve la lengua a mi boca porque estoy tan hambrienta que no puedo dejar de temblar.

El eco de nuestros besos llega hasta nosotros de nuevo. Me aprieta un pecho e introduce una mano entre mis piernas, metiéndola por dentro de mis braguitas. Me acaricia con la palma de la mano, y luego desliza su dedo corazón por los húmedos pliegues de mi sexo. Temblores de anticipación sacuden mi útero.

Separa su boca, apoya su frente en la mía, y observa cómo su mano se mueve sinuosamente por dentro de mis braguitas de algodón blanco. Estamos sin aliento así que no me espero que su voz, ronca y gutural, explote en mi cara. Su frente sigue apoyada en la mía mientras mira su mano acariciando mi humedad.

—Dime que esto es para mí.

Mis brazos se tensan alrededor de su robusto cuello mientras introduce la yema de su dedo dentro de mí, y un increíble placer me atraviesa.

—Es para ti. —Jadeando, le beso la sien, la mandíbula. Suelto una protesta cuando retira la mano, luego coge mis braguitas por los lados y me las quita con un solo movimiento.

La excitación me recorre. Me agarra por la cintura y nos hace girar, pegándome contra la pared. Mis piernas le rodean mientras me sujeta del culo con las manos y al momento le siento, ahí, en el borde. Su dura masculinidad roza la parte exterior de mi suave humedad, y agarra mis muñecas y me sube los brazos por encima de la cabeza, sujetándolos con una mano.

— ¿Eres mía? —pregunta bruscamente, mientras vuelve a poner la mano entre mis muslos y entra dentro de mí un instante.

Jadeo. Descontrolada. Delirando.

—Soy tuya.

La expresión de su cara es tensa, excitada, ardiente mientras introduce su dedo dentro de mí.

— ¿Me quieres dentro de ti?

El anhelo me cierra la tráquea mientras que el placer hace que me fallen las piernas.

—Te quiero en todas partes. Encima. Dentro de mí.

Su mano tiembla controlada mientras la retira y, de nuevo, coloca su erección entre mis piernas. No la mete, pero me permite sentir lo que va a darme. Nuestras miradas se aferran desesperadamente mientras nos frotamos. Pegamos nuestras caderas. Jadeamos. Deseamos. Y yo no puedo apartar los ojos de él.

Es más atractivo ahora incluso que cuando lucha y es engreído y colérico. Más que cuando entrena y está sudoroso y cansado. Más que cuando sonríe y está juguetón. Más incluso que cuando está pensativo y relajado cuando le masajean con aceite. Es más hermoso que cualquier cosa que haya visto antes: su cara está tensa y llena de deseo, sus ojos oscuros y entreabiertos, sus fosas nasales dilatadas, su boca abierta para respirar, su cuello con las venas marcadas, su bronceado más intenso y oscuro mientras su poderosa excitación aporta color su piel.

Sigue aprisionándome los brazos mientras me acaricia con su virilidad. Tentándome. Prometiéndome. Lo único que puedo hacer es gimotear en una súplica silenciosa para que me haga suya. Mi sexo palpita. Mi sangre recorre rápido mis venas. Me reclama el hombre al que amo, y yo ya estoy lista.

Ya.

Estoy.

Lista.

Unos oscurecidos ojos azules me miran durante un momento de infarto. Un instante estoy vacía, y al siguiente está dentro de mí. Me llena despacio, y con cuidado, como si fuera un preciado tesoro y no quisiera romperme, como si pensara que nadie va a recibirlo tan cómoda, voluntaria y cariñosamente como yo. Es ancho y duro, todo hombre, empujando firmemente dentro de mí. Tiembla y ruge cuando mi sexo atrapa su creciente miembro, es tan grande. Un nuevo

gemido sale de mi interior, es casi doloroso mientras me retuerzo, deseando más, deseando menos. Decidiendo que mi anhelo va más allá, me empujo más adentro y echo la cabeza hacia atrás. Un débil sonido se escapa de mi cuerpo mientras me adapto a él.

Suavemente toma mis pechos entre sus ásperas manos e introduce la lengua dentro de mí hasta que me trago mi propio grito y me alimento de su lengua. Penetra intensamente mi sexo, completamente dentro. Mi cuerpo tiembla del placer cuando baja la cabeza y me pasa la lengua por la mandíbula, la mejilla, y desciende por el cuello. Cuando succiona un pezón dentro de su caliente boca, mi interior se tensa mientras empiezo a sentir el orgasmo, y tiemblo con un alocado calor y aprieto mis caderas contra él con deseo.

—Remy —suplico mientras mis brazos rodean su cuello. Aprieto los muslos alrededor de él, inclinando la pelvis.

El movimiento dispara un placer insoportable en mi cuerpo mientras su miembro se mueve dentro de mí. Pongo los ojos en blanco.

No voy a durar. Es demasiado grande, y me gusta demasiado, lo deseo demasiado.

—Remy... —murmuro, fuera de control, meciendo las caderas—. Por favor, por favor... *muévete*.

Gime, como si él también temiera no durar. Pero intenta complacerme y se retira, y luego vuelve a penetrarme. Los dos estamos descontrolados y el sonido placentero que sale de nuestras gargantas es muy parecido. Él repite el movimiento de sus caderas y apoya su frente en la mía con un gruñido contenido, y luego empieza a besarme como si su vida dependiera de ello.

—Brooke —pronuncia en mi boca.

Sus manos se tensan en mis caderas mientras la saca y empuja de nuevo, profundamente, enterrando cada centímetro en mi interior. Estalla al instante. El calor de sus increíblemente violentas convulsiones y los fuertes movimientos de su pene temblando dentro de mí me dominan.

Mi cuerpo estalla entre temblores. Mis sistemas se paran y reinician mientras un puñado de estrellas pasan por dentro de mis párpados.

Me aferró a su cuerpo mientras él se tensa y gira contra el mío, lamo su cuello mientras su musculoso cuerpo también se tensa y, finalmente, se relaja. Gruñe con silenciosa satisfacción en mi sien.

Continuamos jadeando y moviendo las caderas suavemente aunque ya hayamos tenido un orgasmo, y Remington palpita contra mí con tanto deseo que no me deja ni coger aire.

Me sujeta por el culo, mis piernas siguen rodeando sus caderas, y me lleva hasta la cama. Sigue dentro de mí, y sigue duro.

Me tumba y coloca una almohada debajo de mi cabeza, y luego empieza a moverse dentro de mí, tan despacio que maúllo y le clavo las uñas en la espalda, mirando cómo se apoya en sus hombros, adorando sus brazos perfectos, su perfecta y ancha garganta, su cara enloquecida por el placer mientras empieza a follarme fuerte y rápido, como una bestia. Mis pezones se endurecen sólo viendo sus ojos oscurecidos por la lujuria.

Acerca su cabeza a la mía y empuja su lengua hasta que absorbo mis propios jadeos.

—Me deseabas —Su respiración se vuelve más rápida y sus ojos, salvajes—. Aquí me tienes.

Me penetra con la polla diez veces, rápido y duro, haciéndome gritar de placer por cómo me reclama, y cuando mis músculos se ponen rígidos y mi cuerpo se prepara para otro demoledor orgasmo, deja que me corra, manteniendo el ritmo frenético y luego gruñe y alarga su propio orgasmo, sacándola para frotarse contra mi piel.

Temblando, mi garganta retumba con un gemido cuando él mueve la resbaladiza cabeza de su polla por la cara interior de mi muslo mientras una de sus manos acaricia uno de mis abultados pezones. Siempre me ha gustado tener la talla que

tengo, pero ahora siento que mis pechos son un poco pequeños bajo sus grandes y ásperas manos.

Sin embargo, él gime, como si realmente le gustara pellizcarlos, y mueve la lengua subiendo por mi cuello.

—Deseaba tocarte desde hace mucho tiempo, dinamita.

El placer se extiende por mis terminaciones nerviosas cuando me pellizca. Sus dientes mordisquean la piel de mi mandíbula, desprotegida cuando me arqueo hacia él.

Sus músculos me rodean, fuertes y duros, tensándose y relajándose, su polla sorprendentemente dura, esparciendo su semen en mi cuerpo. Estoy tan extasiada que quiero tenerle dentro de mí, en mi boca y en las manos al mismo tiempo.

De repente se sumerge de nuevo en mi sexo, más duro y más profundo, sus dedos se clavan en mis caderas, y yo sigo tan excitada y húmeda que acojo cada embestida, gimiendo desesperadamente su nombre. «Remington».

Esto no son preliminares. Se trata de pedir y tomar, de aliviar este pulsante dolor físico tan poderoso que hace que me duela el alma. Pero ahora estoy bailando por dentro. No puedo creerme ni cómo huele, ni cómo lo siento. Es mejor que la mejor de mis fantasías.

Y me doy cuenta, mientras jadeo *por favor, oh Dios, estás tan duro, me encanta*, de que él también tiene su propio canto, en el que me dice *estás deliciosa y mojada* mientras lame todas las partes de mi cuerpo que puede. Me encanta que haya esparcido su aroma por mi cuerpo, que me lama por todas partes, poder sentir sus dientes, sus durezas, su piel, el mordisco de sus dedos en todo mi ser.

Sonidos salvajes salen de mí, irregulares como mi respiración. No puedo contener estos furiosos y lujuriosos ruidos.

Cuanto más profundamente lo hace Remington, más enloquezco. Se aparta un poco para ver cómo rebotan mis pechos mientras me folla ferozmente, y sus ojos brillan como los de un depredador mientras sus caderas chocan contra las mías. Es primario y salvaje mientras me folla, y es mío.

Mis dientes castañetean mientras mi cuerpo acoge cada centímetro de su potente polla. Mis dedos se clavan en esas nalgas que hacen que se me caiga la baba mientras las aprieto más contra mí, retorciéndome bajo su peso hasta que me quiebro. Suelto un grito cuando su calor se derrama dentro de mí, y sigue con un suave gemido, agarrando mis caderas mientras baja el ritmo hasta que sólo somos una masa de músculos y huesos cansados, sudorosos y enredados en la cama.

Después me siento increíble. Relajada y caliente, y muy, muy deseada.

Suspirando, agarro un pesado brazo masculino y lo paso por mis hombros para poder acurrucarme contra su pecho, y luego beso uno de sus pezones. Tiene los pezones masculinos más sexys, pequeños, marrones y perfectos que he visto jamás, sin un solo pelo en el pecho. El simple hecho de besarlos hace que mi sexo vuelva a contraerse, aunque esté completamente dolorido.

Agarra mi cuerpo lánguido y me coloca encima de él mientras sigue tumbado bocarriba, como si él fuera mi cama, y mis piernas bajan por las suyas, mi cara mira hacia abajo mientras la suya mira al techo. Nuestros abdominales y ombligos se tocan. Desliza la nariz por mi sien y, lentamente, acaricia mi (rasero).

—Hueles a mí.

Mmmm —digo.

Me aprieta una nalga con la mano y respira en mi sien.

¿Qué significa «Mmmm»?

Sonríó en la oscuridad.

—Tú lo dijiste primero.

—Significa que quiero devorarte. Tus pequeños bíceps. Tus tríceps. —Me besa en la boca y pasa la lengua por mis labios—. Ahora tú.

Cojo su mano, y la coloco entre nuestros cuerpos para que pueda sentir todo lo que ha esparcido por mi abdomen.

—Significa que voy a ser un poco guarra y no me voy a duchar para poder seguir oliéndote en mi piel.

Gime y nos gira para que mi espalda toque la cama, y luego se pone entre mis piernas, donde sigo empapada por lo que me ha dado. Sus ojos brillan entre las sombras mientras desliza el suave semen por el borde de mi dolorido sexo, como si no quisiera salir de mi cuerpo.

— ¿Estás pegajosa? —Pregunta con un áspero murmullo, inclinando la cabeza y lamiendo uno de mis hombros mientras vuelve a meter su semen dentro de mí con un dedo—. ¿Quieres limpiarte?

La imagen de él volviendo a poner su semen dentro de mí me excita mucho, agarro su cabeza y me acerco más a él.

—No. Quiero que me des más.

Sube los dedos mojados hasta mi cara y pone su dedo corazón en mis labios, como si me pidiera que lo probase.

—Te deseo desde la primera vez que te vi. —Su voz suena ronca mientras me observa meter su dedo en mi boca.

Su sabor causa estragos en mí y mi sexo palpita por el anhelo de sentirle dentro de mí otra vez.

—Yo también. —Estoy sin respiración y luchando por conseguir coger aire mientras lamo cada gota.

Acerca un segundo dedo húmedo a mi boca, y su sabor salado me estimula. Mis ojos se cierran mientras paso la lengua por sus dedos. Estoy tan excitada que creo que he gemido.

— ¿Te gusta mi sabor? —susurra con fuerza.

—Mmm. Es lo único que quiero a partir de ahora. Juguetona, le doy un pequeño mordisco en la yema de los dedos, y de repente, puedo sentir su erección presionando contra mí. ¿Algo de lo que he dicho... lo ha excitado?

—Siempre querré un poco de Remy después de cenar —continúo, y ahora soy yo la que se excita cuando noto cómo él sigue creciendo—. Y quizás antes de desayunar. Y después de comer, Y a la hora de merendar.

Gime, y luego se coloca entre mis piernas y baja la cabeza para *saborearme*. Su lengua se desliza entre los labios de mi sexo. Mis ojos se cierran mientras arqueo la espalda, el calor de su boca me destroza. Sujeta mis nalgas con las manos y las aprieta mientras su húmeda lengua sube y baja por mi clítoris.

—Quiero... correrme... en cada parte de tu cuerpo... — susurra en mi sexo, sus ojos están cerrados cuando sube e introduce su erección por la parte exterior de mi sexo.

Ardo de deseo. Lo necesito dentro de mí otra vez, en mi boca, en mi sexo, en todo mi ser. Lo agarro de la nuca y muevo las caderas en una súplica silenciosa mientras introduzco la lengua en su boca.

—Córrete donde quieras, dentro de mí, fuera de mí, en mi mano, en mi boca.

Cuando agarro su virilidad con la mano se corre inmediatamente, esparciendo su caliente líquido por mi muñeca. Sus convulsiones son tan fuertes como él, mi sexo se derrite cuando le observo, es tan increíble y puro, que súbitamente me subo encima de él y bajo a su erección, introduciéndola dentro de mí con un gemido de sorpresa, al abarcar su gran tamaño. Ríe de puro placer y echa la cabeza hacia atrás, agarrando mis caderas y elevándose, luego me baja de nuevo mientras me embiste y su duro miembro sigue moviéndose dentro de mí. Un grito de éxtasis sale de mi cuerpo mientras convulsiono, sintiendo cómo su calor arde dentro de mí.

Estoy completamente agotada y casi inconsciente cuando caigo sobre él.

—La noche que te sedaron... —le pregunto horas después, mientras acaricio de nuevo su pezón con la nariz, aún sin aliento después de una larga sesión de caricias. Nunca es suficiente. Somos como unos adolescentes. Enrollándonos después de semanas y semanas de deseo—. ¿Eso fue un episodio?

La almohada cruje cuando asiente, y deslizo la mano por sus abultados abdominales y lo acaricio mientras lo examino,

no muy segura de si quiere hablar de esto ahora.

— ¿Podemos hablar de ello?

Mi contacto parece hacerle cerrar los ojos, su voz es aterciopelada cuando me sujeta la cabeza por detrás con una enorme mano y me empuja contra su cuello, pegándome a él.

—Quizás quieras hablar con Pete de eso.

Estoy pegajosa por nuestro deseo y me encanta, deslizo mis manos por su cuerpo y sé que él también está pegajoso. La idea de ducharme con él, «lavarle», y luego volver a ponernos pegajosos me hace querer gemir.

— ¿Por qué no me hablas *tú* de ello, Remington? — pregunto con suavidad.

Se sienta y saca los pies fuera de la cama, luego se pasa las manos por la cara.

—Porque en muchos episodios no me acuerdo de lo que hago.

Mierda. Ahora he hecho que dé vueltas por la habitación.

—Vale. Hablaré con Pete, pero vuelve a la cama —digo, rindiéndome rápidamente cuando me doy cuenta de la tensión de su postura.

Mira por la ventana. Su cuerpo es perfecto. Tan perfecto. Las piernas separadas, los brazos cruzados, los músculos perfectamente formados y bronceados.

—Me acuerdo de ti. —Su voz se vuelve áspera—. En el último episodio. Los chupitos de tequila. Tu aspecto. El pequeño top que llevabas. Las noches que dormiste en mi cama.

Saber que se fija en lo que llevo puesto me estremece. Estoy casi segura de que cuando se dé la vuelta me habré convertido en un charco de lava sobre la cama, volviendo a querer que venga a follarme.

Parecía tan feliz aquel día, con los chupitos... su energía era como la de una estrella.

Y en cuestión de horas, se convirtió en oscuridad.

—Deseaba tanto que estuviéramos juntos —admito dolorosamente.

Se gira.

— ¿Piensas que yo no? Quería que estuviéramos juntos desde. .. —Vuelve a la cama y me acerca a él, besando ferozmente mis labios—. Deseo que estemos juntos cada segundo.

Le acaricio la mandíbula.

— ¿Alguna vez le has hecho daño a alguien?

Sus ojos vuelven a llenarse de aflicción, y parece torturado. Me aparta con el brazo.

—Rompo todo lo que toco. ¡Destrozo las cosas! Es lo único en lo que soy bueno. Me he encontrado prostitutas en la cama y no recuerdo haberlas traído conmigo, y las he echado desnudas fuera de la habitación, jodidamente enfadado porque no me acuerdo de lo que he hecho. He robado mierdas, destrozado mierdas, me he despertado en sitios a los que no recuerdo haber ido... —Exhala fuerte y suspira—. Mira, como Pete y Kiley libran en días alternos, siempre tengo a alguien que me puede noquear durante un día o dos cuando se me va de las manos. Se me pasa y luego vuelvo. Nadie sufre.

—Excepto tú. Nadie sufre salvo tú —susurro, triste; exigiendo el brazo y agarro su mano con la mía, simplemente porque temo que se vaya de la cama, y no quiero que lo haga. Es como si hubiera necesitado toda una vida para traerlo hasta aquí.

Remy, ¿tienen que dejarte sin sentido de esa forma? —Paso los dedos por él mientras formulo la pregunta.

—Sí —dice rotundamente—. Especialmente si deseo... esto.

Me señala con la mano que tiene libre, y luego a él, y me aprieta con la otra.

—Deseo esto. Muchísimo. —Acaricia mi nariz con la suya—. Estoy intentando no cagarla, ¿vale?

—Vale.

Me besa el dorso de la mano que sujeta. Sus ojos brillan de nuevo.

—Vale.

Mi reloj interno no me deja dormir pasadas las seis de la mañana, incluso después de una noche como la que he pasado con él. Un cosquilleo de placer pasa por mi piel cuando recuerdo cómo nos hicimos el amor anoche. Mi mirada aterriza en su enorme cuerpo en la cama, y la inmensa sensación de propiedad que me domina es tan poderosa que esto es lo único que puedo hacer para no quedarme permanentemente a su pecaminoso cuerpo.

Silenciosamente y con una sonrisa de idiota que no desaparece de mi cara, salgo de la cama. Sé que Riley y Pete no van a dejarle dormir mucho más, y por supuesto no hasta más tarde de las diez.

Pete ya está en la cocina, sirviéndose un café, y como hay unas mil cosas que quiero preguntarle, me uno a él. Me siento de rodillas en una silla al lado de la pequeña mesa de desayuno, le veo leer el periódico mientras bebo unos sorbos de mi café, luego me aclaro la garganta y digo:

—Me lo ha contado.

Durante un momento, la única expresión que hay en su cara es la sorpresa.

—¿Te ha contado el qué? —Ahora parece dubitativo.

—Ya sabes el qué. —Bajo mi café y arqueo una ceja.

Pete deja el periódico, sin sonreír.

—Nunca se lo dice a nadie.

Sus palabras me hacen fruncir el ceño.

—No te alarmes tanto. Te lo contó a *ti*, ¿no?

—No me lo contó, Brooke, yo era su *enfermero*. En el psiquiátrico. Durante su último año.

Mi mente gira en un torbellino de confusión mientras trato de imaginarme a Pete con bata y cuidando de mi gran chico malo en un psiquiátrico. No me esperaba esto. Para nada. La imagen es tan incongruente que mi cabeza no termina de asimilarla.

— ¿Estabas con él en el psiquiátrico? —Vale, sé que sueño estúpida, pero eso es lo único que soy capaz de preguntar.

Sus labios se tensan mientras asiente.

—Me cabreaba. —Frunce el ceño mirando su café y luego sacude la cabeza—. Es un buen tío. Un poco temerario pero, ¡no es culpa suya! Nunca le hizo daño a nadie. Estaba cerrado en sí mismo, rodeado por una maldita muralla. Sólo corría como un demonio por el patio y hacía flexiones colgándose de un árbol. Tenía los auriculares puestos todo el día, bloqueándolo todo. Le medicaban desde que una vez se emocionó y le dijo a todo el mundo que deberían escaparse. Todos le siguieron y se formó un buen follón, y desde entonces, nadie quería darle la oportunidad de hacerlo de nuevo, simplemente seguían metiéndole mierda en las venas y evitando el problema.

—Dios mío.

La sorpresa, el horror y la ira que siento dentro de mí me afectan como si fuera una enfermedad y casi no puedo ni tragar el sorbo de café que tengo en la boca.

—Remy no está loco, Brooke —insiste Pete—. Pero le trataron como si lo estuviera. Incluso sus padres. Lo único bueno que tenía durante esos años eran sus auriculares. Es por lo que se expresa tan poco. Simplemente, no puede. Ha estado aislado durante demasiado tiempo.

Con el corazón derritiéndose por él, me doy cuenta de que Remy se ha estado abriendo a mí mediante la música, que es algo que le resulta cómodo y familiar, y de repente quiero

escuchar cada una de las canciones que me ha estado poniendo otra vez.

Me escuecen un poco los ojos, y bajo la cabeza para que Pete no vea lo conmovida que estoy. Remy es un hombre callado. Es una persona física y obedece a sus instintos físicos, pero no creo que sepa cómo ponerle nombre a sus emociones.

Me pregunto si yo también soy un poco introvertida, como Remy.

Durante mi vida, he tenido a Melanie para decir las cosas que yo quería decir pero para las que era demasiado tímida o me avergonzaba admitir en voz alta... Nunca le he dicho a nadie que después de romperme el LCA, todo me parecía una *mierda*.

Remy es muy diferente a mí, y aun así somos tan parecidos que juro que puedo entenderle perfectamente en mi *interior*.

De repente, tengo que luchar contra el impulso de levantarme, volver a la cama y abrazarme a él.

—Lo de aquella noche en el hotel... cuando le inyectaste aquello... ¿qué era?

—Un episodio. En realidad no es otra personalidad, como piensa la gente. Bueno, lo *es*, en parte, pero es más como un estado de ánimo. Es una expresión génica alternativa, que entra en conflicto con la anterior. Normalmente, un agente externo debilita una expresión génica, y se expresa la otra, lo que hace que su estado de ánimo cambie automáticamente. — Pete me mira con sus preocupados ojos castaños, sus facciones cambiadas por el dolor—. Sufre mucho, Brooke. Porque no se acuerda de lo que hace cuando se pone así.

Vuelvo a todas esas noches en las que venía a buscarme a mi habitación, con esos oscuros ojos, y me besaba hasta el amanecer.

—Pero me ha dicho que se acuerda de algunas cosas — digo, esperanzada.

—A veces sí, pero otras no. El problema es que no se puede fiar de sí mismo para saber con certeza lo que ha hecho

cuando se convierte en esa otra persona.

Ese es el motivo de que haya estado intentando ser tan cuidadoso conmigo...

Mi interior se ablanda.

—Y entonces, ¿quién se lo contó a Riley?

—Yo se lo dije. Tenía que contratar a alguien para poder cogerme un día libre. Si no, volvería y me encontraría a Remy metido en un montón de problemas. Lupe también lo sabe, por supuesto, y Diane sospecha que le pasa algo, pero no sabe qué es exactamente. Cree que simplemente tiene mal carácter.

Suspirando, Pete se sirve más café.

—Le ayudé a salir del psiquiátrico en cuanto pudo hacerlo. Yo acababa de dimitir, y él me dijo que quería ir a ver a sus padres y que me pagaría si lo llevaba. Así que acepté. — La rabia recorre la cara de Pete mientras regresa a su silla—. Pero los padres no querían saber nada de él. Se asustaron con sólo verle. Joder, deberías haber visto la escena. La madre empezó a llorar, el padre le dijo a Remy que querían vivir tranquilos, y Rem simplemente se quedó allí de pie. Vi cómo luchaba por formar las palabras. No sé si quería pedirles que le dieran una oportunidad o no, pero no dijo nada. Y ellos le cerraron la puerta en las narices. Así que nos fuimos, y Remy empezó a pelear por dinero. Era tan bueno que se metió en el boxeo profesional y me contrató como su asistente a tiempo completo. C Consiguió una casa en Austin y lo intentó de nuevo con sus padres, y cuando finalmente parecían estar contentos por su nueva fama, lo invitaron a cenar. Pero fue el fin de semana del combate que sus competidores lo provocaron. Contrataron a un capullo para que lo siguiera. Remy no tiene mucha pacien(ia incluso cuando está de *buen* humor.

Mi café se ha quedado frío, así que voy a servirme otro mientras proceso todo esto. Pete continúa cuando ve que vuelvo a sentarme.

—Así que lo expulsaron, y sus padres no se presentaron en el restaurante. —Suspira, mientras yo sigo allí sentada, los

dos entristecidos y dolidos por Remy, luego añade:

—Lo que te ha dicho no parece grave, Brooke. Pero vivir con ello puede ser muy complicado.

Sus ojos se paran en mi cabeza. Sé que me está evaluando. Puedo ver la pregunta en sus ojos como si la estuviera haciendo. Está preocupado por que pueda dejar a Remington. Y no sé qué garantía puedo darle a nadie, especialmente cuando no tengo ni idea de lo que debo esperar de su bipolaridad. Pero sí que quiero quedarme. Lo quiero de verdad.

—También intentó ir a la universidad —continúa Pete—, pero no pudo terminarla, siempre se metía en peleas. Contraataca ante la más mínima provocación, y continuó usando sus nudillos con cualquiera que él pensara que lo merecía.

— ¿Fue allí donde conoció a Riley?

—Al otro lado de sus nudillos no —se ríe, sus ojos brillan un instante—. En realidad, Rem ayudó a Riley. Riley no era el encantador joven que ves ahora cuando estaba en la universidad. —Me guiña un ojo, divertido—. Era como yo. Unos pardillos, te lo juro. No éramos tan guays. Pero Remy era el rebelde más cañero. Todos querían estar cerca de él, especialmente las mujeres. Todos le seguían siempre, incluso los chicos, especialmente cuando se colocaba. En sus primeros días abundaban los excesos. Alcohol, mujeres, adrenalina, aventura.

»En realidad estuvo bajo una intensa vigilancia todos esos años en el psiquiátrico por el cambio de color de sus ojos — añade—. No es raro que los bipolares lo tengan, pero sigue siendo extraño. Dos expresiones génicas en conflicto, y una de ellas se activa cuando la otra se apaga. Tenemos al Remy arrogante y confiado, y al Remy oscuro. El Remy oscuro sigue teniendo buen corazón, pero no razona. No es malintencionado ni malvado. Pero es impredecible y violento, y tiende a destrozar cosas, incluso a sí mismo. Vuela alto y cae muy bajo. Cuando lo viste caer, no era lo peor que ha estado ni de lejos. De alguna manera Riley y yo pensamos que tal vez era porque

lo mantenías interesado. Parecía que quería verte y seguía avanzando al menos por eso.

—Pete, ¿cómo puedo ayudarlo? —Pregunto desesperada, apartando el café y prestándole toda mi atención—. Por favor, dime cómo ayudarlo. Me pone histérica pensar que podéis meterle esa mierda en las venas otra vez.

Suspira y se coloca la perfecta corbata negra, aflojándola un poco.

—No sé cómo será contigo, Brooke, pero has cambiado las reglas del juego. Nunca ha ido detrás de alguien como lo ha hecho contigo, pero aun así, no puedo dejar de usarlo. Remy... se pasa la vida esperando que su otro yo aparezca. Tienes que entender cómo es que su yo normal a veces no recuerde lo que ha hecho el oscuro. Ha habido veces en las que la policía ha llamado a su puerta diciendo que acababa de atracar una licorería y él ha dicho «Para nada», y ellos han respondido «Señor, el alcohol todavía está en su coche».

— ¿En serio? —Parpadeo.

Asiente con pesar.

—Teme convertirse en esa otra persona un día, levantarse normal y que te hayas ido porque hizo algo para herirte.

Pienso en lo importante que ha sido para él mi contrato de tres meses. Y recuerdo la noche en la que se volvió loco, gritándole a Pete y Riley que dónde coño estaba yo, y que qué me habían contado sobre él.

Comprender esto me hace sentir en cierto modo caliente y deseada de nuevo.

Todo lo malo le pasa cuando sufre una crisis —añade Pele, golpeando su café vacío. Se despierta y averigua que lo han expulsado. La última vez apostó todo su dinero y se despertó para descubrir que si pierde esta temporada, va a terminar prácticamente arruinado. Riley y yo intentamos mantenerlo bajo control, pero es muy difícil. Es demasiado fuerte y jodidamente cabezota. Y ahora, estás tú. No sé si eres

buena para él o su peor talón de Aquiles. Pero no es decisión nuestra, ¿verdad? Remington te quiere.

Las palabras de Pete resuenan en mi cabeza mientras miro a las paredes de color melocotón. Me está llevando tiempo asimilar toda esta información. No sé cómo es querer a alguien así. Me espera mi vida en Seattle... Melanie... mis padres. Me queda menos de un mes, y quiero pasar todo el tiempo que pueda con él. Con cada cosa nueva que descubro sobre él, lo quiero más. Es difícil y complejo, un laberinto en el que quiero perderme. Es mi luchador, y quiero luchar para estar con él.

Pero no sé a qué voy a tener que enfrentarme. Si será a mis miedos... a sus miedos... ó a su lado oscuro.

—Yo también le quiero —le digo a Pete, palmeándole el hombro—. Tanto que te inyectaré alguna mierda a ti si sigues dragándole con eso, ¿vale?

Se ríe.

Llevo mi taza vacía al fregadero, la lavo, la coloco junto al resto de cosas del desayuno y le envío un mensaje a Melanie que dice:

Ha sido como un terremoto. Sí! Ha sido jodidamente estupendástico. Dios!!!!

Y finalmente, justo antes de las diez y antes de que Riley venga a incordiarnos, vuelvo a la cama y cierro la puerta de la habitación con llave. Pongo un gran vaso que le he traído en la mesilla de noche, me tumbo sobre su cuerpo desnudo y susurro, mientras mi corazón y mis órganos sexuales se excitan por la cercanía:

—Levántate, tío sexy.

Luego agarro el culo sexy de Remy y estrujo esas rocas y aprieto los dientes porque quiero morderlas. Es tan increíblemente succulento y atractivo...

—No soy Diane, pero éste solía ser el desayuno de los campeones antes de que la campeona se rompiera el LCA y se

jodiera la rodilla. Ahora recibes sus servicios en la cama, que consisten en todo tipo de tratamientos azucarados para esto — Aprieto sus bíceps—, y esto —Deslizo mi mano por sus abdominales—, y esto. —Doy un golpecito en su encantadora cabeza y su fascinante cerebro.

De repente, me doy cuenta de que si no hubiera sido por ese doble accidente, no estaría aquí. Con este hombre. Y ésta es la primera vez que me doy cuenta de que no sólo debería estar contenta, sino agradecida, de que el universo haya redirigido mi vida.

Su sexy voz queda amortiguada por la almohada.

— ¿Por qué me traes el desayuno a la cama?

Le doy un azote en el culo, pero no se le mueve ni un ápice.

—Porque eres mi fantasía y me encanta alimentarte. Es algo femenino. Venga, bebe.

Se incorpora, entornando esos adorables ojos azules, y coge el vaso. Es un batido proteico hecho con dátiles. Me encantan los dátiles. Saben como el caramelo y me puedo comer dos docenas de una sentada cuando tengo la regla y un hambre insaciable.

—Está jodidamente bueno —dice, y me devuelve el vaso para que le eche más.

Sonrío y lo veo beberse el resto. El calor me invade. Me encanta lo bien que come, muy sano. Su cuerpo le adora por eso, y su piel también. Nunca he visto a Remy comer comida basura. Incluso cuando se pone las botas con el servicio de habitaciones, se pide verduras, pescado o carne. No creo que le gusten las golosinas. Muestra una gran disciplina y responsabilidad con su cuerpo, y lo admiro por ello. Luchar es muy agresivo para las células y exigente con su ATP, la fuente de energía de las células, y me encanta que se alimente correctamente después de hacerlo. Es un atleta de corazón, cuerpo y alma, y me resulta increíblemente atractivo.

Mi móvil vibra cuando él se está terminando los últimos sorbos, y el mensaje es la respuesta de Melanie al que le envié

yo antes de preparar el batido. Supongo que esta mañana habrá salido a correr sin mí, así que lo aparto para contestarle más tarde.

—Es Melanie, mi amiga. Está emocionada porque haya habido algo de acción entre *toi* y *moi*. —Sonrío.

Él ríe, el sonido es sincero e increíble. Luego se pone serio, sus ojos son tan tiernos que mi interior se ablanda.

— ¿La echas de menos?

Asiento y quiero decirle que ella también conoce a Nora, y que es como mi psicóloga, pero de repente sale de la habitación, así que empiezo a reunir mi ropa de deporte, cuando vuelve.

—Dile que se presente en el mostrador de Southwest con este código. Hay un billete a su nombre para que pueda reunirse con nosotros en Chicago. Me encargaré de su habitación.

— ¡No! —digo, emocionada, sin poder creérmelo.

Me responde con una sonrisa que deja ver sus hoyuelos, y que hace que se me curven los dedos de los pies.

—Remy, yo...

No sé qué quiero decirle, aunque en realidad sí que lo sé.

Quiero que sepa que me vuelve loca, y que no voy a dejarlo en cuanto las cosas se pongan feas. Pero tengo miedo de ser la única que dice algo, así que... espero.

Si digo la palabra que empieza por Q, ¿qué significará eso para mi futuro? Quiero que esté concentrado. Quiero que mi luchador gane. Y quiero que me diga la palabra que empieza con Q no para que él la oiga primero, sino porque dentro de su complicado mundo emocional, estará seguro de que lo siente.

— ¿Por qué lo haces? —pregunto, en su lugar.

Levanta una oscura ceja y vuelve a mostrarme los hoyuelos.

— ¿Tú qué crees? —Me besa la oreja y susurra en mi pelo—. Porque esos pantalones apretados te hacen un culo estupendo. Es algo masculino.

Se me escapa una risa, y él sonrío más. Me acerca a él y me huele, y yo entierro la cara en su cuello y absorbo su aroma, luego nos separamos con un mutuo gemido. Voy a mi antigua habitación para cambiarme, y escribo a Mel por el camino.

Mi hombre está tan loco por mí que ha conseguido un billete para que mi superamiga venga a Chicago a verme. Pero no se lo agradezcas con nada sexual porque a) tendría que matarte y b) eso es lo que voy a hacer yo y además c) también están Pete y Riley para eso.

Melanie: ¡Madre mía! ¿En serio? ¡Tendré que convencer a mi jefa para poder ir!

Brooke: ¡Convéncela! ¡Tengo muchas ganas de verte!

La idea de ver a Melanie me hace sonreír y mi interior salta de alegría todo el día. Necesito hablar con ella urgentemente o estos sentimientos me harán explotar.

Ese día, mientras Remy entrena, cojo el teléfono y hago un par de llamadas discretas a algunos hoteles de la ciudad. Nora no está en ninguno de ellos, pero sé que está con ese tal Escorpión. Es tan repugnante que no puedo entender cómo mi romántica hermana puede estar con él. Ni siquiera es tan atractivo como Remington. Pero estoy preparando un plan, y Melanie va a ser la que ayude a llevarlo a cabo sin provocar los instintos protectores de Remington.

El pensamiento me hace mirarlo. Está subiendo fácilmente por una cuerda, soltando algunos sonidos mientras la cuerda se retuerce y gira cuando primero un pie, y luego el otro, se mueven. Mi espalda se calienta al recordar las veces que hemos hecho el amor. Quería saber lo que se sentiría al tenerle dentro de mí. Ahora lo sé. Y siento como si estuviera siendo poseída por todo lo masculino y potente del mundo.

Después, le doy un masaje para estirarlo, y mis manos se pasean libremente por sus ardientes músculos, siento como si estuviera hecho para mí. Mío, para que le toque. Mío. Mío. Mío.

Una ráfaga de calor abrasador me atraviesa cuando su resbaladizo torso se tensa bajo mis dedos. Su pecho sube y baja. Está cansado, tiene que ir a comer algo, y en lo único que puedo pensar es en tirarme en la cama con él.

Cuando doy la vuelta para poder trabajar su espalda, me agarra con un brazo y me lleva hasta su regazo, entierra su nariz en mi pelo.

—Mmmmm —gime suavemente en mi oído.

Mis pezones se endurecen al instante. Ahora que sé lo que significa ese «mmm» para Remington, dice que quiere *devorarme y a mi boca y a mis bíceps*, y no puedo evitar que una caliente humedad aparezca en mi entrepierna.

Se aparta un poco con una brillante mirada masculina y me coloca detrás de la oreja un mechón de pelo que se me ha salido de la coleta.

—Puedo oler lo mucho que me deseas —murmura con su hambrienta mirada posada en mi boca.

Mi respiración se vuelve irregular, y miro de reojo por detrás del hombro.

Veo a Lupe y a Riley ocupados recogiendo todas las cosas que Remy ha dejado tiradas, como guantes y cuerdas, así que me giro hacia él y susurro:

—Bueno, ¿te has visto? —Mis labios rozan su oreja mientras deslizo las manos por sus hombros y recorro su musculosa espalda con los dedos—. ¿Te has visto? Apenas

puedo apartar mis manos de ti. Pedirme que aparte los ojos de ti es como pedirme que me suicide, simplemente no puedo hacerlo.

Sus brillantes ojos azules capturan los míos. Levanta una mano, y sujeta mi coleta quitándome la goma elástica. La tira a un lado, y luego pasa los dedos por mi pelo suelto.

—Ahora eres mía. No dejaré que seas de nadie más.

—Lo sé —suspiro en tono dramático. Como si fuera una tortura.

Me sonrío con dulzura, luego coloca mis brazos alrededor de su nuca sudorosa. Veo gotas húmedas en su frente, y me dan ganas de secarlas con la lengua.

—Me gusta verme a través de tus ojos, Brooke. — Suavemente, me coge de los tobillos y coloca mis piernas alrededor de sus caderas. Sus ojos resplandecen con una felicidad puramente masculina cuando su erección roza mi sexo, inclina la cabeza y me da un mordisco en mis relajados brazos. Sus dientes mordisquean mi bíceps por encima de la manga de la chaqueta del chándal.

—Mmm. Y me gusta que esto te guste.

— ¡Remington! —Intento soltarme, pero me sujeta por las caderas, riendo mientras apunto con los ojos en la dirección en la que están Lupe y Riley todavía limpiando—. ¿Qué es esto? ¿Espectáculo sexual gratis?

— ¡Chicos, marchaos! —grita, y en cinco segundos estamos solos. Con el enorme gimnasio, la zona de las colchonetas, las pesas y el cuadrilátero sólo para nosotros. Siempre alquila los gimnasios que utiliza para uso exclusivo, y saber que nadie entrará dispara el calor por mis venas.

Remy desliza las manos alrededor de mis caderas y extiende los dedos por mi trasero mientras me coloca encima de su erección.

Se me corta la respiración mientras subo descaradamente una de sus masculinas manos hasta la curva de mi pecho, cubierto por la delgada capa de mi camiseta, por debajo de mi chaqueta de deporte.

Durante un momento que parece eterno, no se mueve. Luego baja la cabeza y utiliza la nariz para abrir más mi chaqueta hacia un lado, y luego hacia el otro. La sensual manera en la que su cara me acaricia y me desnuda hace que mi temperatura corporal aumente varios grados.

Me siento febril cuando mis dos pechos quedan expuestos. Antes de enderezarse, Remy gira la cabeza ligeramente para lamer mi barbilla, y luego se echa hacia atrás para mirarme, excitado, mientras sus dedos se curvan alrededor de mi pecho, con los ojos entreabiertos.

Todo un mundo de sensaciones recorre mis venas cuando me aprieta con la mano que tiene en mi cuerpo.

Mueve el pulgar para pasarlo por encima del abultado pezón que presiona mi sujetador deportivo y mi camiseta. Jadeo. Su respiración se hace más intensa. Sus ojos se abren completamente mientras recorren mi abdomen plano por debajo de la fina camiseta, pasando por mis muslos envueltos en los pantalones deportivos, hasta llegar al punto en el que mi coño forma una sexual V de color verde esmeralda contra su polla.

Mis músculos internos se contraen descontroladamente cuando esos ojos azules se detienen y se centran únicamente en esa parte de mi cuerpo. Donde mi húmedo conejito presiona la enorme erección que sigue aumentando dentro de sus pantalones grises de chándal.

—Quiero desnudarte —dice con voz ronca.

—Remy, ¿cómo voy a poder mirarlos a la cara cuando saben lo que estamos haciendo aquí ahora?

Su mirada brilla con un toque malvado mientras me baja la chaqueta.

—Creía que no podías apartar los ojos de mí.

—No puedo.

—¿Así que admites que te gustan mis músculos?

—Me encantan tus músculos.

—¿Te gusta cómo los uso?

—Sí. —Mi respiración es irregular y entrecortada cuando me agarra de las caderas, me pone de pie y me quita los pantalones, hasta quedarme sólo con las braguitas y el sujetador deportivo.

— ¿Te gusta lo que hago con mi boca? —continúa.

—Sí.

En este momento adoro mi sujetador deportivo Under Armour casi tanto como a él. Tiene una cremallera justo en el centro y es tan fácil de quitar como los sujetadores de cierre delantero. Cuando Remy baja lentamente la cremallera, me muerdo el labio y le miro. Lleno de lujuria. Masculino. Haciendo que todo mi cuerpo se estremezca.

— ¿Te gusta lo que te hago con los dedos? —Su voz es suave y baja, y estoy completamente erizada por sus preguntas.

—Sí, Remy.

Descubre mis pechos. Si miro a cualquier sitio que no sea él, sé que podré verme a mí misma desnuda en los grandes espejos de las paredes de nuestro alrededor. Este hombre es todo virilidad, y no sé lo que me provocará una visión tan amplia de él desde todos los ángulos. ¿Mi sexy y musculoso Remington, gloriosamente desnudo, y multiplicado por diez? Dios mío.

— ¿Te gusta lo que te hago... con esto... ? —Cuando se quita los pantalones, casi me desmayo con la visión de diez culos de Remington reflejados en los espejos, de sus potentes piernas por detrás, su estrecha cintura y sus anchos hombros.

Y su polla, delante de mí.

Me acabo de morir.

—Por supuesto que sí.

De puntillas, uso sus hombros para impulsarme hacia arriba y aplastar su boca contra la mía. Él succiona mi lengua y me baja las braguitas por las piernas y me tumba en las colchonetas, nuestras pieles desnudas deslizándose suavemente la una contra la otra.

— ¿Y si llega alguien? —protesto con desgana.

—Aquí nadie va a llegar.

Me extiende en la colchoneta y separa mis piernas y brazos, y ahora mira su miembro.

Me estremezco por la anticipación y por estar expuesta de esta forma. A él. Sus penetrantes ojos azules están fijos en los labios de mi sexo, y siento como si estuviera mirando dentro de mí. Donde estoy tensa, húmeda e hinchada. Mi clítoris tiembla, y si él simplemente apartara mis labios interiores, podría vez lo mucho que me excita.

Mi corazón late acelerado mientras oigo el sonido de las colchonetas cuando abro más las piernas. El deseo se acumula en mi garganta cuando su cara se tensa, luego roza mi entrepierna con la mano, su pulgar se introduce en mis labios.

Sus párpados caen, y su expresión se suaviza mientras su pulgar se introduce más. Se me corta la respiración y me muerdo el labio inferior con los dientes.

Un escalofrío sube por mi cuerpo cuando saca el pulgar de mi sexo y lo lleva hasta mi ombligo, luego entre mis pechos, para terminar acariciándome en los labios con el mismo dedo que ha estado acariciando mi sexo. Coge la curva de mi pecho con la otra mano y la toca mientras acaricia también mi boca. Estoy sin aliento. Su contacto es dolorosamente excitante y un temblor me atraviesa cuando finalmente aprieta mi pecho con la mano, sacando un poco mi pezón mientras baja lentamente la cabeza. Prolonga el momento, haciéndome gemir cuando la punta de su húmeda lengua se desliza por mi endurecido pezón.

Mi visión se nubla. Ardientes temblores recorren mi cuerpo y abro la boca desesperadamente para probar el dedo que ha utilizado para acariciar mi sexo, y que sigue en mis labios y huele a mí. Necesito lamer algo, necesito usar mi lengua para algo, y cuando él se dirige a mi otro pecho, me mira intensamente e introduce su pulgar profundamente en mi boca, como si supiera lo que quiero.

Mi lengua lo envuelve febrilmente mientras pellizca la punta de mi palpitante pezón. El éxtasis se extiende por todo mi cuerpo. Gimiendo, muerdo su pulgar mientras él usa sus labios para morder mis pechos con la misma intensidad. El placer irradia a través de todo mi ser cuando él agarra mi pezón con los dientes. Aprieto sus hombros con desesperación y, cuando desliza una mano hasta mi sexo, le clavo las uñas en la piel.

— ¿Me necesitas para poder correrte?

Introduce su ancho y largo dedo dentro de mí y mi sexo lo envuelve. Mi cuerpo entero se contrae por la increíble sensación que produce su tacto dentro de mí.

—Sí, pero te quiero dentro de mí. —Jadeo.

—Allí es donde vas a tenerme.

Frota mi interior, y cierro los ojos mientras me desintegro debajo de él. Mis manos suben por su duro torso, y guardo en la memoria esta magnífica sensación mientras mi pelvis empuja la palma de su mano con nervioso deseo.

Mis pezones están doloridos, y me contraigo para poder frotar mis pechos contra el suyo mientras recorro su espalda con los dedos.

—Hazme el amor.

Gime y junta su boca con la mía.

—Todavía no... —murmura, y succiona mi labio inferior con la boca, luego lo suelta y sopla un poco de aire por la húmeda piel—. Todavía no, pero muy pronto...

Su voz es gutural, pero hay una ternura en ella que hace que mi interior se derrita y no puedo hacer nada más que temblar. Baja hasta mis piernas separadas y mete la cabeza entre mis muslos, y su lengua se introduce entre los labios de mi sexo.

Mis ojos se cierran mientras me arqueo hacia él. El calor de su lengua hace que mis sentidos sufran un cortocircuito.

Agarra mis nalgas con sus enormes manos y me atrae hasta él, su húmeda lengua se desliza para saborear mi clítoris

una y otra vez.

— ¿Te gusta? —pregunta. Sus palabras suenan amortiguadas.

Asiento. Luego me doy cuenta de que no puede verme.

—Sí —digo con voz áspera.

Baja la cabeza hasta mí de nuevo, gruñendo profundamente, pero con un tono suave y sexy, mientras entierra la cabeza entre mis piernas y juguetea con mi clítoris con la lengua. Me tiemblan las rodillas mientras intento abrir aún más las piernas.

Un orgasmo empieza a formarse en mi interior. Todos mis músculos se contraen, y le clavo las uñas en la cabeza, agarrando un mechón de cabello húmedo.

—No... por favor... quiero correrme contigo.

Pero no me escucha.

Su cabeza está ocupada moviéndose entre mis muslos entreabiertos. Hace pequeños ronroneos entre mis piernas, y está tan sorprendentemente voraz que puedo sentir sus dientes. Sus uñas se clavan en mis muslos mientras me devora como si fuera él quien recibe placer al hacerlo, y yo estoy tan excitada por su forma de lamerme que me corro.

Las convulsiones me mueven debajo de él, y él hace otro sonido y continúa mientras me introduce un dedo. Sube la cabeza y observa mi clímax, ahora tocándome. Y sigo corriéndome con él, explotando en mil y un pedazos. Con él es siempre tan intenso, y dura tanto... Estoy temblando cuando sube, y presiona mis caderas mientras se abalanza hacia mi boca.

—Déjame —exhalo, y extendiendo el brazo entre nuestros cuerpos, pero él atrapa mi muñeca con su gran mano.

—Despacio —me dice, luchando por recuperar el aliento, pero no le hago caso y agarro con ansia la parte superior de su miembro con la mano.

La excitación me invade de nuevo cuando siento la humedad sedosa de su abultada cima, gimiendo, baja la cabeza

y me lame el lóbulo de la oreja, su respiración es ardiente y rápida. Le toco con vacilación, esperando que me pare, pero no lo hace.

Oh, Dios, esto es lo más erótico que he hecho en mi vida.

Suelto un sonido de placer y me giro hacia él.

Empezamos a besarnos.

Él lleva el beso hasta el siguiente nivel, añadiendo la lengua y los dientes, y me enciende como una llama. Las sensaciones recorren mi cuerpo con cada húmedo movimiento, mis dedos se contraen en su miembro mientras mi agarre se desliza por él.

Mi otra mano sube hasta su pelo, y lo sigo besando. Fuerte y suave, sumerjo los dedos en su suave cabello mientras concentro todo mi ser en su sabor. Su erección vibra en mi mano, y la muevo con un renovado e incluso mayor deseo cuando siento su tamaño, su fuerza, latiendo ardiente y dominante.

Es tan increíblemente sexy a cada segundo que paso aquí, debajo de él, que sufro una muerte lenta. Quiero devorarlo. Me encanta cómo me vigila, me protege, cómo me mira por *detrás*, cómo lo siento, el hombre más excitado que he tenido nunca en mis manos.

Intento cerrar el puño, rodeándole, y aunque no puedo, siento que sea lo que sea que está haciendo para contenerse, pierde el control cuando lo aprieto.

Me eleva para juntar mi boca con la suya, luego me levanta rápidamente y me pone en la postura del perrito.

—Así —ordena en mi oído, luego me gira la cabeza para besarme de nuevo hasta que tengo los labios doloridos por él.

Se mueve rápidamente y apoya su frente en mi nuca con un hambriento gemido que resuena en mi interior. Mi sexo late cuando me respira, y sigue oliéndome mientras frota su polla contra mi trasero.

Me siento increíble cuando la introduce. Grito y giro la cabeza. Y entonces veo su reflejo, cómo está completamente

encima de mí. Embistiéndome. Es tan atractivo que me cautiva. Está desnudo y brilla por el ejercicio, y todos sus músculos trabajan cuando sus caderas golpean. Sus brazos sujetan su cuerpo por encima de mí. Utiliza sus brazos, su espalda, sus abdominales, sus muslos, sus nalgas, para follarme. Ni siquiera me veo a mí misma, sólo una imagen de lo pequeña que parezco debajo de él, blanca en contraste con su bronceado, mi pelo sin coleta cayendo por la nuca y hombros, mis pechos rebotando, y la expresión de mi cara... nunca he sabido que podía parecer tan ardiente y excitada, las mejillas sonrosadas, los ojos me brillan porque estoy mirando al único hombre por el que jamás he tenido algún sentimiento.

Me sujeta de las rodillas y las manos y susurra:

—Mírame. —Y me levanta la cabeza para poder encontrarme con su mirada en el espejo.

Quiere que lo mire, y yo apenas puedo mantener los ojos abiertos. La visión de los dos haciendo el amor es increíblemente erótica. Mis párpados se cierran, y Remington sale y se roza contra mi sexo, apretando mis nalgas, luego embiste de nuevo mi dolorido y húmedo sexo con un gemido.

—Mírame.

Lo hago. Cuando abro los ojos veo todos esos abultados músculos, sus cuadrados hombros, sus planos y duros pectorales, y sus pequeños y marrones pezones resplandeciendo por la humedad, y me estremezco cuando veo los músculos de su mano derecha flexionarse mientras la desliza por mi abdomen y acaricia mi sexo. Su cuerpo vibra contra el mío, y estoy lista para correrme cuando forma círculos alrededor del centro de mi clítoris, haciendo que se me pare el corazón. Estoy completamente abierta por el deseo. Es atractivo, y lo más viril que he visto nunca. Y es mío.

La mirada de pasión de su cara es por mí. La lujuria en sus ojos también es por mí. Un violento orgasmo crece en mi vientre, y gimo débilmente, rogando para que se libere.

El me escucha.

Me mira en el espejo como si nunca antes hubiera visto nada como yo... sus ojos son salvajes, primarios. Posesivos.

Cada gramo de mi cuerpo tiembla de placer mientras él se retira y deja la punta de su polla en el borde de mi húmedo sexo, el movimiento lleva mi clímax hasta la cima, y luego vuelve a embestirme de nuevo con un lento y delicioso ritmo.

—Sí...— dice con voz áspera, sus ojos están cerrados mientras empuja hacia delante. Mi orgasmo se intensifica dentro de mí. Tiemblo ante su sexual imagen, loco por mí, y de repente gruñe y coge mi pelo con el puño, girando mi cabeza y pegando su boca a la mía.

Mi coño se derrite por el deseo. Su polla se mete dentro de mí, gruesa y dura, en mi sexo, en mi ser. Lo agarro más fuerte con los músculos de mi sexo y lo golpeo con mis caderas en una silenciosa súplica.

—Méteme cada centímetro de ti... te quiero entero dentro de mí —le ruego.

Empuja más fuerte con un rugido, el movimiento me sobresalta y hace que suelte un gemido. De repente el ritmo se vuelve salvaje, rápido. Veo mis pechos balanceándose mientras me embiste, mi cuerpo temblando bajo los potentes movimientos de sus caderas. Sus bíceps se contraen mientras me agarra de las caderas y me sujeta.

Está desatado.

Sus caderas me golpean y soy una masa de temblorosa lujuria con la magnífica vista de él detrás de mí.

Ojos cerrados, músculos abultados, cara tensa. Empujo hacia atrás y trago un gemido mientras él se derrama dentro de mí, caliente dentro de mi sexo. Las convulsiones son tan fuertes como él, mi sexo grita ardientemente mientras lo observo e inmediatamente, lo sigo.

Sigue bombeando dentro de mí mientras los temblores se apoderan de mi cuerpo. Tiene la mano entre mis muslos y acaricia mi sexo con esas ásperas y enormes manos que me vuelven loca. Grito suavemente su nombre y el gruñe el mío, y cuando estamos saciados en las colchonetas, lo sé.

Lo sé. Estoy segura. Al cien por cien elevado a diez.
Me he enamorado locamente de él.

10. Una visita

Pete y yo estamos en el Aeropuerto Internacional O'Hare de Chicago, sentados en la parte de recogida de equipaje entre el ajetreo de gente mientras esperamos a que llegue Melanie.

—Pete, hay algo de lo que te quiero hablar desde hace tiempo —le digo mientras sigo mirando las pantallas de llegadas.

Parece mi guardaespaldas con ese traje negro, siguiéndome incluso cuando me muevo para estirar las piernas. Sé que es porque Remy le ha dicho que no me quite la vista de encima, y sé que si Melanie estuviera aquí, estaría deseando que nos fuéramos a «hacer pis» sólo para ver qué haría el pobre, como aquel *incidente* en el McDonald's. Pero Pete es un buen tío, y no me gustaría ponerle en un aprieto con Remy. Excepto quizás... bajo coacción.

Lo que significa, seguramente, ahora.

—Bueno, Pete, ¿te acuerdas de la noche que Remy salió del cuadrilátero porque yo estaba siguiendo a alguien? *Por supuesto* que te acuerdas.

La evidente indignación en su cara me hace reír.

Y cuando nos damos cuenta de que nuestro pequeño espacio para sentarnos está siendo ocupado por un grupo de estudiantes universitarios, terminamos de pie al lado de las cintas transportadoras.

—Pete, esa chica era mi hermana. Es mi hermana pequeña. Creo que se ha juntado con la gente equivocada, y realmente pienso que debo ir a ayudarla. No. No lo pienso. Lo sé —énfatiso—. Oh, ¿me das uno?

Pete ha sacado un chicle Trident para él, y me ofrece otro a mí.

—Remington ya se está encargando de eso, así que no tienes que preocuparte.

— ¿Qué?

Esa frase ha hecho que toda mi mente se quede en blanco. Con expresión aturdida, me quedo mirando el chicle que me ha dado, luego le quito el papel plateado y me lo meto en la boca. El sabor estalla tan rápido en el primer mordisco que tengo que mascar varias veces antes de hablar.

— ¿Qué quieres decir con que él se está encargando de eso? Lo último que quiero es que se meta en algo que tenga que ver con Escorpión.

Pete hace una mueca como si el chicle que tiene en la boca supiera más amargo que los granos de café.

—Yo tampoco. Pero Rem ya se ha puesto en marcha para iniciar las negociaciones para que vuelva contigo. Te advierto, no va a ser fácil. Parece que tu hermana no quiere marcharse aunque Remy haya ofrecido *mucho* dinero.

Mi estómago se estremece. De acuerdo, es la hora de la verdad. Creo que es increíblemente generoso y sexy que Remington esté haciendo esto por mí, pero no puedo permitirlo, especialmente ahora que sé la verdad y no quiero activar uno de sus detonantes. Pero quizás Escorpión lo está haciendo, ¿quién sabe?

—Por favor, Pete, quiero que Remy se olvide de esto. No quiero que se meta en problemas.

Un niño corre alrededor de una de las cintas transportadoras, tropezando con las maletas mientras su nervioso padre intenta atrapar al enano. Los miramos con cierta diversión.

—No te preocupes, Brooke. Cuidaremos de Rem. Riley es el que está hablando con los matones de ese insecto. De ninguna forma voy a dejar que Rem interactúe con Escorpión por su cuenta. Han pasado demasiadas cosas entre ellos. Estaba empeñado en ir él mismo pero le recordé que si lo expulsaban de la Liga no podría *contratarte* nunca más, y se puso a protestar, pero al final, se calmó y accedió a enviar a Riley.

Me duele la sonrisa en mi cara. Me parece increíblemente divertido que Pete *me* haya usado para doblegar la voluntad de hierro de Remy.

— ¿Hay alguna razón para que nuestro querido Escorpy y Remington sean tan amigos? —le pregunto a Pete.

—Escorpy —responde con sarcasmo y una sonrisa divertida—, es el capullo que sus contrincantes contrataron para que expulsaran a Rem de la Liga Profesional. Rem lo detesta y tiene unas ganas increíbles de darle una paliza.

— ¿Es él? Oh, ¡odio a ese cabrón desde que tuve la desgracia de conocerle en aquel local! —estallo; luego miro a Pete—. Bueno, entonces, ¿estás de acuerdo conmigo en que tenemos que mantener a Remy fuera de esto? No quiero que tenga siquiera la tentación de hablar con Escorpión y, desde luego, no quiero que pague por mi hermana. ¡Es una mujer libre! Debería irse ella sola. Pete, estoy segura de que si pudiera hablar con mi hermana, podría razonar con ella.

El niño tropieza y se cae en un pequeño bolso de viaje negro de alguien. Su risa desaparece, y luego su llanto suena por encima del resto de ruidos hasta que su padre lo coge y lo lleva de vuelta hasta donde su madre está esperando las maletas.

—Supongamos que te digo que te ayudaré —dice Pete. Sus atentas cejas marrones giran hasta mí—, ¿qué tendría que hacer?

—Nada, en realidad —me encojo de hombros y voy a tirar el chicle a la papelera más cercana. Sonrío por dentro cuando Pete viene detrás de mí—. Excepto ayudarme a evitar que Remington averigüe que he ido a verla. —Observo su reacción levantando una ceja. Nunca he sido desconfiada, pero no puedo dejar que Remy se meta en esto, va en contra de mis instintos protectores hacia él.

— ¿Entiendes que esto es algo que tengo que hacer, verdad, Pete? Por lo que pude observar, Nora necesita un golpe de realidad, y tengo que hablar con ella para hacerla razonar.

—Lo entiendo —acepta, con un ligero asentimiento, mientras nos apoyamos en una columna—. Pero no me gusta lo que pasará cuando Rem se entere.

—No lo hará. Melanie me ayudará a entregarle un mensaje a mi hermana durante el próximo combate. Concertaré una cita con ella en el restaurante más cercano, y lo único que tendrás que hacer es cubrirme mientras estoy fuera.

—Brooke, me *arrancará* la cabeza si algo sale mal, y estoy bastante encariñado con ella, como comprenderás.

—Nada va a salir mal. He ido a más clases de defensa personal de las que recuerdo. Al único tío al que no he podido tirar al suelo es a Remy.

Pete estalla en carcajadas, —Brooke, lo tienes tirado a tus pies.

—Muy gracioso, Pete.

Sonrío de placer, lo que quizás hace que mis ojos de cachorrito no sean tan efectivos.

—Vamos. ¿Me ayudas? ¿Por favor?

Una expresión pensativa cruza su rostro, y se toca la mandíbula mientras lo piensa seriamente.

—Sólo si Riley va contigo y tu amiga al encuentro.

—Gracias, perfecto. ¡Sí! Gracias, Pete. —Cediendo a mi impulso, le doy un rápido apretón de manos y me doy cuenta de que estoy unida a todo el equipo. Temo el momento en que se acaben mis tres meses. ¿Quiero quedarme o marcharme?

Quiero quedarme. No tengo ninguna duda. Pero por lo menos tengo que llevar a Nora a casa sana y salva, si consigo convencerla, y luego, después, podré decidir lo que voy a hacer dependiendo de cómo estén las cosas con Remington. La idea de irme me inquieta, aunque sea de manera temporal.

—Pete, ¿tienes hermanos?

—Rem.

Mis ojos se abren y no me puedo creer que este chico vaya a sorprenderme otra vez.

— ¿Es tu hermano de verdad?

—No hermano de sangre, joder, ¡no nos parecemos en nada! ¡Yo soy como un libro y Rem es un toro! No *tengo* hermanos... pero Rem es como si lo fuera.

Pienso en lo bonito que es que Pete considere a Rem como ‘ un hermano, y si Rem es mi alma gemela, entonces Pete es mi cuñado postizo... Así que aquí estoy, pensando tonterías, cuando llega mi mejor amiga para salvarme de mis pensamientos.

Aquí está. Como recién salida de la película *Una rubia muy legal*. Mi encantadora Melanie, arrastrando una llamativa maleta rosa y con el cabello rubio suelto y unas gafas de sol en la cabeza. No es una Barbie, pero le gusta vestirse como si lo fuera. Como diseñadora de interiores innovadora, también aporta un toque excéntrico a su persona. Para ella, todo pega con todo. Y hoy es como un arcoíris, trayendo la luz a mi mundo.

— ¡Mel! —Saltando hacia delante, la rodeo con los brazos y dejo que ella me envuelva con sus pequeños brazos y su fragancia de Balenciaga.

—Parece que te hayas hecho un tratamiento facial: estás increíblemente deslumbrante, zorra —dice, apartándome para examinarme—. Y llevas un vestidito en vez de ropa deportiva, bueno, bueno, bueno. —Parece realmente impresionada, y luego sus instintos femeninos ponen el punto de mira en Pete, y su voz baja hasta su tono de «sé—mi—amante».

—Hoooola.

—Hola de nuevo, señorita Melanie —dice Pete.

—Oh, Pete, llámala Melanie. Melanie, llámale Pete. Vamos al coche —les digo.

—Te he traído un regalito —dice Melanie cuando estamos en el Escalade que hemos alquilado, y saca un enorme paquete de condones del bolso de viaje, extragrandes y estriados para aumentar el placer femenino—. Por si quieres esperar a tener esos pequeños Remy —se burla, moviendo la caja.

—No los necesito, querida, puedes seguir y meterlos de nuevo el bolso. Llevo una cápsula en el brazo que suelta hormonas, ¿te acuerdas?

—Oh, así que puedes sentir todo durante...

—*Todo* —digo alegremente, y mi cuerpo se contrae al recordar. Cada. Centímetro. De Remington Tate dentro de mí.

—Brooke, tienes una gran expresión cachonda en la cara. ¡Cuéntamelo todo sobre ti y ese dios del sexo! —exige Melanie.

Abro los ojos y luego me entra una risa tan fuerte que echo la cabeza hacia atrás y me agarro el vientre.

—Me acabas de llamar cachonda.

Melanie se ríe y cambia el tono.

—Cachonda. Cachooonda. Caachoonda. Ni siquiera puedes decir su nombre sin parecer *cachooonda*. Joder, puedo sentir lo cachonda que te pone en los mensajes. Especialmente en el que me enviaste cuando estabas borracha, so alcohólica.

Demasiado tarde, me doy cuenta de que con la emoción estamos teniendo una conversación totalmente personal en el asiento de atrás mientras Pete conduce, y de repente siento cómo se me ruborizan las mejillas. Cogiendo la mano de Mel, muevo los ojos en dirección a Pete para que sepa que no podemos seguir diciendo «cachonda» cerca de él, por el amor de Dios. No es que no me fie de él, pero es un tío. Y esto es personal, joder.

—Ahhh —dice Mel. Asiente, suelta un chillido y me abraza de nuevo, y yo me dejo querer. He echado de menos a mi pequeña y alegre Mel.

Así que acaba hablando con Pete del tiempo en Chicago, que es ventoso pero soleado y muy frío por las noches, y luego me voy con ella a comer.

Después de unas ensaladas gigantes y unos *panini*, la llevo a la *suite* de dos habitaciones que Remington ha reservado para nosotros. Nadie usa la otra habitación y hasta que Melanie tenga una habitación separada, decido dejarle ésta

durante un tiempo para que podamos estar juntas y hablar sin nadie cotilleando.

Nos ponemos al día durante horas, sentadas descalzas en la cama de matrimonio.

Me cuenta que Kyle está saliendo con alguien y que Pandora ha vuelto a fumar porque la batería de su cigarrillo electrónico no funcionaba y el repuesto de FedEx se retrasó por el mal tiempo. Evidentemente, no fue su mejor día. Y después, Melanie quiere saberlo todo de mí, así que le hablo de él. De las canciones que compartimos, de cuando golpeé a los matones de Escorpión con las botellas, y también le hablo de Nora.

—Siempre ha sido demasiado inocente, pero ¿por qué crees que ha estado mandando postales falsas? —pregunta Melanie, completamente confundida.

—No lo sé, no puedo entender por qué huyó de mí cuando intenté hablar con ella.

Nos quedamos calladas, pensativas, y luego suspira.

—Sinceramente, Nora siempre ha sido una adorable cabeza hueca. Quizás sólo necesita una pequeña redirección.

—Puede ser.

—Ahora deja las divagaciones y háblame de tu emocionante nuevo romance.

Rodando sobre el estómago, subo las piernas mientras un ensoñador suspiro escala por mi garganta. Remy está entrenando y creo que tiene pensado salir a correr hoy. Echo de menos correr con él. Echo de menos darle masajes, y verle. Pero es genial poder hablar, estoy a punto de estallar por todas las cosas que tengo que contar y apenas puedo vocalizar.

Es una locura, Mel —susurro, aunque no hay nadie .i nuestro alrededor que pueda escucharme. Pero confesar esto es tan monumental, que ni siquiera puedo decirlo más alto—. Nunca me había sentido así. Mel, cada vez que Remy me toca, siento un *millón* de sensaciones dentro de mí. Mejor que las endorfinas. Creo que es oxitocina, ¿sabes lo potente que dicen

que es? ¿La molécula del amor? Pero *nunca* la había sentido antes.

—Le *quieres*, idiota.

Me rindo ante eso, y luego asiento con fuerza.

—Es sólo que no quiero decirlo en voz alta —admito. Mi corazón salta y da vueltas en mi pecho por la idea de que él también pueda quererme.

— ¿Por qué?

— ¡Porque a lo mejor él no siente lo mismo! —Sólo de pensarlo se me parte el corazón.

¿Cómo funcionan las emociones para Remington?
¿Puede que una de sus personalidades me ame y la otra no?

Me duele pensarlo.

La puerta se abre en el salón y resuenan unos pasos en la alfombra antes de que aparezca en la puerta. Mi corazón se acelera cuando lo veo. Lleva una camiseta negra de los Chicago Bulls con letras rojas, y hoy, los pantalones bajos de chándal son rojos. Está tan sexy, es tan real, tan masculino y cómodo con su ropa que mis pechos parecen abultarse bajo mi sujetador.

—Hola, Melanie —dice cuando la ve.

—Ohdiosmío. —Sus ojos son como pizzas cuando se incorpora en la cama, obviamente impresionada por esos deliciosos hoyuelos, el pelo oscuro revuelto y esos encantadores ojos azules. Se lleva la mano a la boca.

—Ohdiosmío, Remington, soy una gran admiradora tuya.

No le responde porque ha girado la cabeza hacia mí, y ahora me mira directamente, y no puedo hacer nada para que la visión de él no me afecte. Mi cuerpo entero responde y siento la presión dentro de mí al instante, húmeda y dolorida.

—Hola. —Utiliza un tono de voz completamente distinto conmigo, y cuando le contesto, mi voz también es diferente. Más ronca.

—Hola.

Me perturba hasta la médula.

Es lo que me hace.

Me perturba siempre. De todas las formas posibles.

Desde sus ojos azul eléctrico a sus musculosos brazos, pasando por sus hoyuelos y la forma en la que me mira ahora mismo, estudiándome de arriba abajo, como si no supiera qué parte de mi cuerpo lamer y morder primero cuando me quite el vestido blanco...

— ¿Habéis cenado ya? —me pregunta con su áspera voz.

Asiento.

Él también asiente. Luego me pregunta, en ese tono de voz entre sensual y profundo que utiliza sólo conmigo:

—¿Vienes a la cama más tarde?

Asiento.

Y él vuelve a asentir. Sus ojos brillan de emoción, y luego le extiende una mano a Melanie.

—Adiós, Melanie.

—Adiós, Remington.

Cierra la puerta tras él, y yo sigo sin aliento.

—Brooke, ese tío está enamorado de ti. Incluso *yo* he sentido mariposas en el estómago por ti, y eran tan grandes que parecían murciélagos.

Esos murciélagos que menciona también están en mi estómago, volando hasta mi pecho, y nada puede calmarlos.

—Podría ser cualquier cosa —replico, aunque mientras tanto, en mi interior deseo que sea así—, podría ser lujuria. U obsesión...

—Es *amor*, tonta. ¿Por qué sino iba a traerme aquí para hacerte feliz, idiota? ¿Se lo vas a decir?

Mi estómago se emociona con sólo pensarlo.

—Todavía no puedo.

—Antes eras la primera que lo decía, Miss Aspirante Olímpica —me recuerda Melanie.

—Esto es diferente. Ni siquiera sé si él puede decírmelo a mí.

Pienso en lo que he aprendido de estos episodios bipolares y me pregunto si en sus diferentes expresiones génicas puede sentir cosas distintas hacia mí. Si le digo que le quiero, ¿se alejará, cuando lo único que quiero es estar más cerca de él?

—Brooke, está jodidamente loco por ti, *por supuesto* que te lo dirá también! —Los emocionados ojos verdes de Mel parpadean.

Esperanza y temor invaden mi pecho, y creo que todavía no tengo el coraje de arriesgar lo que tenemos.

—No estoy segura de que esté... preparado para quererme así. Mel, él es diferente.

Me encantaría poder contarle la verdad a Melanie, pero guardaré el secreto aunque me mate. Ahora mismo recuerdo la canción de *Iris* claramente y las palabras de deseo de su letra. Él quiere que yo lo conozca. No Melanie. Y por supuesto, el resto del mundo tampoco. Así que no digo nada más.

—Brooke. Es Remington Tate, ¡por supuesto que es diferente! ¡Díselo, Brookey! Dime, ¿qué puedes perder? —pregunta.

Mi estómago se contrae, nervioso.

—A él. Puede rechazarme. Podría... perder el interés en mí e ir a por otra. ¡No lo sé! Lo único que sé es que él es demasiado importante y no quiero estropearlo.

Nunca me he terminado de recuperar de la última vez que estropeé algo, ha sido la peor experiencia de mi vida, y fue sólo mi rodilla. La idea de que me rompan el corazón hace que me tape la cara con las manos suelte un gemido. Al menos, si mantengo mi amor en secreto, podemos seguir teniendo esta

maravillosa, extraña y excitante relación en la que yo lo amo en silencio y finjo que él también lo hace.

—Quiero que me lo diga él primero —ríe digo con voz de súplica.

Parece inmediatamente disgustada.

—Aggg, cobarde. —Se levanta y viene a darme unas bofetadas de broma, primero en una mejilla y después en la otra, y luego me golpea de verdad con un beso en la frente—. Vale, entonces mientras tú vas a cepillarte a tu Príncipe Azul y a empezar vuestro final feliz, puede que vaya a utilizar los condones. O quizás voy a buscar a Riley y Pete para ver si pueden llevarme a algún sitio. ¿Te veo mañana? Detalles, detalles.

Le aprieto el muslo antes de que salga por la puerta y le doy una palmada en el trasero mientras se marcha. Plateadas cintas de nerviosismo se desatan dentro de mí mientras entro descalza en la habitación principal. Se oye el agua de la ducha. Un rayo de excitación me atraviesa cuando pienso en compartir un baño con él.

Todo mi ser se llena de deseo cuando cierro suavemente la puerta del baño detrás de mí mientras Remy se enjabona el pelo detrás de la puerta de cristal de la ducha. Un hormigueo de anticipación crece dentro de mi estómago mientras me desnudo. Nunca he sido tan atrevida con un hombre, pero éste es mi hombre. Mi único hombre. Y es sexy y está desnudo y lo he echado mucho de menos.

Abro la puerta de la ducha y me meto dentro con su preciosa y resbaladiza piel y sus grandes y duros músculos, presionando mi pecho desnudo en su espalda mientras rodeo su cintura con los brazos. Él gime y me aprieta los brazos más fuerte, y las palabras *te quiero* están dentro de mí. Nunca he amado a nadie antes y nunca me habría imaginado que sería así.

Es el sentimiento más increíble, estimulante y aterrador que he tenido en mi vida. Tan adictivo como las endorfinas o más aún. Le lamo la columna hasta la nuca, deslizando mis manos hacia delante para tocar su erección. Ya está

completamente creció, y todos mis sentidos entran en armonía con él. El contacto de nuestros cuerpos, mi delantera con su magnífica espalda, sentir su creciente virilidad vibrando bajo mis dedos.

Me excito al pensar que es para mí. Sólo para mí.

Oigo su gemido a través del agua que cae.

—Mmm. Tócame, Brooke —susurra, agarrando mis manos y guiándolas hasta su polla.

Un ardiente temblor atraviesa mi cuerpo. Estoy completamente hipnotizada por sus enormes puños, que me guían por su resbaladiza y dura virilidad. Un calor ardiente crece entre mis piernas. Lamo las gotas de agua de su espalda. Y, como un gato, restriego mis doloridos pechos contra su fuerte espalda y giro la lengua por su esbelta columna.

—Tengo mariposas en el estómago cuando dices mi nombre.

Se gira y me coge el pelo con la mano, y echa mi cabeza hacia atrás para que nuestros ojos se encuentren. Me mira. Su mirada es salvaje, y mi sexo se contrae en una deseosa anticipación mientras me habla.

—Brooke Dumas.

Me estremezco, y junto mi cuerpo mojado con el suyo.

—Definitivamente, tengo mariposas.

—Vamos a cuidar de ellas... —dice con una sonrisa lenta y lobuna—. Brooke Dumas.

Me río, pero él no, y cuando sus labios se posan en los míos, no es para darme una lenta demostración de un beso, sino un ardiente e invasivo beso que hace que cualquier pensamiento coherente desaparezca de mi mente. Me coge las muñecas y me pone suavemente las manos en la espalda, y un temblor de excitación me recorre.

Me hace pedazos con esa inesperada moderación que me permite saber que piensa hacer lo que quiera conmigo, y me encanta. Me quejo débilmente cuando sus dientes rozan mi

cuello. Me vuelvo impotente mientras él me sujeta tan firmemente. Creo que me va a hacer mi primer chupetón.

Con mis dos muñecas todavía esposadas en su gran mano, se retira, jadeando, con sus penetrantes ojos azules fijos en mis [lechos desnudos. La necesidad salvaje de su mirada hace que mi respiración se vuelva irregular en mis labios. El deseo me arquea la espalda, y continúa hacia abajo, su boca cubre mi pecho para chuparme tan ferozmente como siempre. Me acaricia el otro con su otra mano, hábil e insistente, y me encanta la forma en que su piel oscura y bronceada contrasta con la piel blanca de mis pechos. Me pellizca con destreza y chupa el endurecido pezón mientras su otra mano sigue firme alrededor de mis muñecas.

Mi cuerpo se estremece contra su gran miembro, mi coño gime de ardiente deseo. Las gotas de agua cubren nuestros cuerpos mientras golpea su espalda, y me pongo frenética. De repente, lo necesito ahora, rápido, con urgencia.

—Métemela —digo, acercándome más a él.

Sus ojos brillan mientras me pellizca un pezón, y luego el otro.

—Ese es el plan.

Me sujeta suavemente por la cintura y, en vez de bajarme hasta su polla, se lleva mis pechos a la boca. Lame uno, luego el otro, sus musculosos brazos están doblados mientras me mantienen en el aire, alimentándose de mis pezones. Las sensaciones me golpean como un rayo. Cada lametón en mis pezones hace que me estremezca hasta los dedos de los pies. Y cuando no puedo dejar de gemir y temblar por el increíble placer, me baja hasta su erección con tanta fuerza que, en el instante en el que me penetra, estoy tan impactada que se me escapa un apasionado gemido.

—¿Demasiado fuerte? —su voz está llena de deseo y preocupación. Me da un tirón hacia arriba. Sus bíceps sobresalen como rocas mientras espera a que diga algo.

Sin aliento, niego con la cabeza y agarro sus hombros.

Le deseo gimo. —Por favor, déjame tenerte dentro de mí.

Su cara se tensa por el deseo.

Esta vez me baja un poco más despacio, pero sigue siendo enorme y se introduce con fuerza por cada centímetro de mi sexo. Un desgastado gemido sale de mi garganta mientras me cuelgo de sus duros hombros, y cuando empieza a moverse, follándome de verdad, dejo de gemir y recorro su descuidada barba con la lengua, le lamo la oreja, jadeando y gimiendo mientras me muevo lo más rápido que puedo. Tan rápido como me está penetrando él.

Escalofríos bajan por mi espalda cuando desliza su lengua por mi oreja, suavemente, follándome con ella.

—Amo —susurra, la inesperada forma sexy en la que pronuncia la palabra me catapulta a un paso del orgasmo—, cómo me envuelves...

—A mí también me encanta —digo, medio gimiendo y jadeando.

Atrapa el lóbulo de mi oreja con los dientes. Su profunda respiración presiona los músculos de su pecho mientras me sostiene con los brazos y me habla al oído mientras continúa embistiéndome.

—Estás tan firme. Tan húmeda. Me gusta tanto. Hueles jodidamente bien. Supe que serías mía desde el momento en que te vi. ¿Lo eres? ¿Eres toda mía?

—Sí —murmuro, maullando porque me encanta cada palabra. Tiemblo con cada sílaba que pronuncia, y me convierto en algo salvaje y libre hasta que le susurro:

—Dame más, te quiero entero, Remy, más fuerte, por favor, más fuerte, más rápido. —Hasta que estallo en sus brazos, los espasmos de mi sexo se contraen rítmicamente alrededor de su polla, absorbiendo su semen.

Cuando flaqueo encima de él, me coge la cabeza y me sostiene completamente pegada a su cuello. Ni siquiera intento poner los pies en el suelo. Cierra el grifo y nos saca fuera, pasando una toalla por mi cuerpo antes de pasarla rápidamente

por el suyo, y me vuelvo algo empalagosa porque él es tan Inerte y sexy... No tiene que dejarme en el suelo en ningún momento mientras va hacia la habitación y llegamos desnudos a la cama.

Esta es sólo nuestra séptima noche juntos, pero ya espero emocionada la forma en la que nos acurrucaremos en la cama.

Hoy me deja sobre el colchón, me tapa y cuando se da cuenta de que estoy débil y cansada, se acerca a mí por detrás, inspiro de alegría mientras nos colocamos.

Huele la parte de atrás de mi oreja. Luego siento su mano pasando por mi pelo suavemente, acariciándome. Le sigue su lengua, lamiendo la parte de mi cuello que ha estado mordiéndome en la ducha. La pasa por la curva de mis hombros, mi oreja, despertando cada centímetro de mi piel.

Es como un león perezoso, lavándome con la lengua, lamiéndome y acariciándome con el hocico.

También lo ha hecho otras noches. Lo inesperado de sus caricias me vuelve loca de lujuria y amor. Me estoy volviendo adicta a este momento después del orgasmo en el que me relajo y él aún tiene energía suficiente para colocarme de forma que podamos acurrucarnos o que pueda sostenerme, y hacerme todas estas cosas masculinas, de león posesivo, conmigo.

A veces me quita su semen de la piel, pero otras veces me da una serie de lentos y adictivos besos hasta que llega a mis muslos y coge su semen con los dedos y lo vuelve a meter en mi sexo como si quisiera que se quedara ahí para siempre.

A veces me pregunta, con ojos arrogantes y con ese susurro lujurioso que usa después de hacer el amor:

¿Te gusta cuando te unto la piel de mí?

Dios, me encanta cómo llama «yo» a su semen.

¡Me encanta todo lo que hace!

Dormir con alguien sigue siendo toda una novedad para mí. Nunca había dormido con nadie.

Cada vez que llegamos a una ciudad nueva, me pregunto qué lado de la cama querrá, pero Remington parece elegir siempre el que está más cerca de la puerta, y a mí me gusta el que está más lejos porque siempre es el que está más cerca del baño. Aunque ahora que lo pienso, incluso en la primera noche que dormimos juntos nos colocamos así automáticamente.

Él se tumba en el lado de la cama en el que pueda rodearme con el brazo derecho, y así yo puedo girarme hacia mi lado izquierdo y envolverme en él como si fuera un gusanito.

Las primeras noches que pasamos juntos utilicé su camiseta negra como pijama, pero ya no me molestó en ponérmela, ya que siempre me la quita. El duerme completamente desnudo y no puedo siquiera *verle* sin querer lanzarme a por ese cuerpo sexy. Remy está hecho para avisar a todo el mundo de que es masculino, musculoso y sexy. Creo que por eso ha ganado tanto dinero. Ha hecho algunos anuncios de guantes de boxeo, algo de ropa de deporte, una bebida energética y una marca de sexys y ajustados bóxers blancos.

Esos últimos le quedan especialmente bien.

Esta noche estamos los dos desnudos y deliciosamente abrazados, y mi león de ojos azules parece satisfecho de haberme acariciado durante un largo tiempo, hasta que me siento acariciada hasta en los huesos.

Me ha girado a su lado mientras su cabeza reposa en el cabecero de la cama, y me fijo en que una de sus largas y firmes piernas se mueve sin parar bajo las sábanas. No parece estar ni siquiera un poco cansado.

— ¿Te estás poniendo... nervioso? —le pregunto adormilada, girando en sus brazos, odiando el hecho de estar acostumbrándome a usar esa palabra.

—Sólo estoy pensando. —Sonríe para tranquilizarme, y me da un suave beso en los labios—. Pero si alguna vez me pasa mientras estoy contigo... Alcanza la funda de su portátil, que está en la mesilla de noche, y saca una jeringuilla con un líquido claro. Me la da con la tapa puesta.

Con una mueca, me aparto un poco de él como si fuera a usarla conmigo.

—No, Remy, no me pidas eso.

—Quiero asegurarme de que no te haré daño.

—Nunca me harías daño.

Gruñe y se pasa su mano libre por el pelo en señal de frustración.

—*Puedo* hacerlo. Puedo volverme loco contigo.

—No lo harás.

— ¡No sabes lo que me haces sentir! Yo... —Cierra la boca y un músculo se mueve en su mandíbula mientras él se tensa—. Me pongo celoso, Brooke, cuando estoy normal — dice; su expresión es sombría—, no quiero imaginar lo que voy a hacer cuando sufra una crisis. Me siento celoso de Pete, de liley, de tu amiga, de todo el que pase algo de tiempo contigo. Incluso siento celos de mí mismo.

¿Qué?

—Por estar contigo y no recordar lo que te he hecho. Lo que me has dicho.

Mi interior se derrite de ternura.

—Te lo diré, Remy. —Extendiendo el brazo para girarle la cabeza hacia mí, le beso la mandíbula.

Sigue intranquilo.

—Ven aquí, Rem. —Cojo la jeringuilla y la pongo con cuidado en su mesilla, luego pongo su cabeza en mi pecho y le beso la frente mientras le doy un masaje en la nuca con mis inertes y hábiles dedos. Gime y baja la cabeza hacia mis pechos, instantáneamente relajado.

Gracias por traerla —le susurro en el pelo.

También puedo traer a tus padres, ¿quieres que lo haga?

Suena serio cuando lo dice, acariciando mi pezón arrugado.

No —digo riendo.

Es tan protector e inesperadamente generoso que sólo quiero meterme en su gran y esbelto cuerpo, hacerme una pelota y vivir dentro de su gran corazón, porque es el único sitio en el que quiero vivir.

—Tu hermana... —Parece embobado con mi pezón, mirándolo y pasando el pulgar por encima mientras yo sigo con su nuca—. Te la voy a traer, Brooke.

El estómago se me hace un nudo. Definitivamente, quiero que se olvide completamente de que he mencionado a Nora.

—No, Remy, creo que va a estar bien y que tenemos que dejarla en paz, por favor. Simplemente lucha por ti y por mí. ¿De acuerdo?

Se queda en mis brazos durante un rato, pero cuando mis manos bajan el ritmo y me empiezo a quedar dormida, se levanta.

—Ven a dormir conmigo —me quejo con voz áspera—. No te levantes.

Vuelve con el iPad y yo me pego a él como si fuera un imán. Usa mi cadera para sujetarlo y apaga la luz de la lámpara.

—Te vas a hacer daño en los ojos —me quejo.

—Shhh, mamá, acabo de bajar el brillo.

Me chupa, le chupo, y nos reímos juntos.

—¿Te dijo Pete que tus padres vinieron a verte? —pregunto.

—Sí. Les he enviado algo de dinero. Eso era lo que querían.

Bajo las cejas.

—Dijeron que querían verte.

—Eso es lo que dicen ahora. Nunca quisieron verme hasta que me hice famoso.

—Peor para ellos. —Me siento inmediatamente protectora y no quiero que se sienta mal, así que le cojo la mandíbula con cuidado—. Tienes una cara preciosa.

Suelta una risa; las suaves vibraciones llegan hasta mí. Encantada por su cercanía, su calor y el aroma de su cuerpo, me giro en su brazo y apoyo la cabeza en su cuello para que la luz no me moleste, y mientras me quedo dormida, escucho un crujido y una fría gota de algo se estrella en mi mejilla.

Frunzo el ceño.

—Remy.

—Lo siento. —Me besa en el lugar donde ha caído la gota, y la lame, y yo gimo con un espontáneo deseo.

Muerde de forma juguetona mi boca y sus labios saben a manzana. Me encanta, y de repente estoy completamente despierta, hambrienta y no de manzana. Me encanta su aroma, sentirle, sus ojos, su tacto, me encanta dormir con él, ducharme con él, correr con él. Estoy loca. Loca por él. De acuerdo, voy a dormirme antes de acabe poniéndome a cantar. En vez de eso, me oigo decir:

—Remington... —Mi voz suena adormilada pero algo más firme por el deseo.

Aparta el iPad a un lado y cubre mis curvas con su mano. Coloca los dedos alrededor de mi cintura y me atrae hacia su virilidad, donde puedo sentir que ya está duro y listo. Yo también estoy lista, nací lista para él.

Se inclina para besarme, susurrando:

—Mmm, eso es lo que quería.

—Esto es muy excitante, asientos de primera fila. O haces unas mamadas increíbles o el tío está enamorado de ti — sentencia Melanie mientras nos sentamos en los asientos de primera fila en Chicago.

—Bueno, todavía no hemos llegado a la parte de las mamadas porque la penetración es superexcitante, ¿sabes? — le digo a Mel, pero de repente lo único que tengo en la cabeza es una mamada. Darle al hombre que amo una deliciosa y enorme mamada que haga que me ame para siempre.

Melanio levanta las cejas.

— ¿Me estás vacilando?

— ¡No! En realidad, soy sincera. Le confieso a mi mejor amiga que estoy ansiosa por darle mi primera mamada en cuanto pueda separar la boca de sus deliciosos labios.

Ha ocurrido lo imposible. Creo que acabo de hacer que Melanie se sonroje. Tiene la cara roja y me mira como si acabase de admitir que he participado en una orgía.

—Dios mío. ¿Qué has hecho con mi amiga? ¿Dónde está, monstruo? Brooke, estás locamente enamorada de este tío. ¿Cuándo me has hablado tú de mamadas?

Mi sonrisa desaparece, al igual que mi voz.

—Por favor, deja de decir eso, haces que se me forme un nudo en el estómago.

—Amor. Quieres a Remington. Remington te quiere — se burla Melanie.

—Aquí tienes. —Con una mirada divertida, le doy un trozo del chicle que le he robado a Pete—. Métetelo en la boca. Está hecho de pegamento y mantendrá tu boca cerrada. Ahora dime si puedes ver a Nora en algún sitio.

—Está a las tres en punto.

La sorpresa hace que me desaparezca toda la sangre de la cara.

— ¿La ves?

Mi cuerpo se tensa cuando la veo. Es Nora. Una pequeña parte de mí quería pensar que todo había sido una pesadilla, y que la chica del pelo rojo, cara pálida y el tatuaje de un escorpión en la cara era otra persona. Pero no.

Es Nora.

Es una triste y esquelética chica.

Y tengo que salvarla de ella misma.

Mientras Nora se dirige hacia su asiento en el otro lado del cuadrilátero, aprieto el brazo de Melanie y le deslizo una pequeña nota que he traído en la mano.

—De acuerdo, tienes que darle esto, de forma muy discreta para que esos enormes tíos que están a su lado no se den cuenta.

—Entendido. —Melanie se coloca bien la coleta y se dirige al otro lado del cuadrilátero. Nora no me ha visto, creo, pero se pone tensa cuando ve a Melanie. Mel va hacia allí, flirteando y andando como una Barbie, cuando se tropieza con uno de los hombres, luego se gira para pedirle perdón a Nora y acaricia su mano como si dijera *ya está, ya está, no pasa nada*, y luego vuelve al asiento de mi lado.

Mis tripas se revuelven por la tensión mientras mis ojos siguen fijos en Nora. Baja la mirada y lee la nota. Cuando parece leerla por segunda vez, la esperanza y el nerviosismo brincan dentro de mí. ¿Le interesa, entonces?

—Hecho —dice Melanie, y cuando Nora gira la cabeza y me ve, sus ojos avellana resplandecen un instante. Exhalo un suspiro de gratitud porque al menos no ha salido huyendo. (Atando nuestras miradas se cruzan durante unos segundos, le sonrío, sólo para que sepa que voy en «son de paz»). Me devuelve la sonrisa, muy poco, casi temblando, y luego aparta los ojos cuando el presentador comienza a hablar. Mi pecho sube y baja con más determinación de salvar a mi hermana pequeña, y de repente, tengo muchas ganas de que llegue mañana. Sólo espero que venga.

—Y ahoora, damas y caballeros...

—Ya sale. —Melanie me da un apretón.

El mero hecho de saber que va a salir ya me tiene en un estado de completa excitación, y cuando su nombre resuena entre la multitud, mi corazón ya va a cien por hora y estoy temblando.

Remington Tate, el único e inigualable
¡¡DEPREDADOR!! ¡¡DEPREDADOR!! ¡Salud a
DEPREDADOOOR!

Sale como el sol después de meses de oscuridad, y la multitud no puede parar de gritar como agradecimiento. Sube al multilátero, se quita la bata roja y, ahí está, en el centro del *riñe*. Está haciendo su vuelta para saludar mientras el público ruge su nombre, sus musculosos brazos tensos, recorridos por las venas, y los gritos aumentan más y más porque la gente adora cómo da la vuelta, su cara de niño con cuerpo de hombre, el brillo malvado de sus ojos que promete un buen espectáculo. Se para justo donde lo hace siempre, y sus bailarines ojos azules me dicen que saben que es genial y que lo deseo y sus hoyuelos aparecen para destrozarme. *Destrozarme*.

El hecho de saber que esta noche será mía no me deja ni respirar.

Pero consigo sonreír. Madre mía, estoy tan caliente por los nervios, que finalmente puedo devolverle la sonrisa desde mi asiento.

Comienza el combate y me siento, embobada, al lado de Melanie mirando esos brazos y el tatuaje de una vid, donde sus hombros y bíceps se encuentran para derribar a sus oponentes. Su fuerza, su juego de piernas y su velocidad me cautivan.

Melanie le grita todas esas cosas que yo quiero decirle y más, para mi deleite.

— ¡Mátale, Remington ¡Sí! ¡Sí! ¡Oh, Dios mío, eres un dios!

Riendo de pura alegría, la abrazo.

—Oh, Mel —suspiro y luego susurro con maldad:

—Dile que está bueno.

— ¿Por qué no se lo dices tú, gallina? —entrecierra los ojos y me abraza—. *Díselo*, pequeña cobarde!

—No puedo. Nunca puedo gritar en público. Yo era *a* la que solían gritar —admito, abrazándola—. Y pienso que mi

voz puede distraerle. ¡Vamos! Díselo de mi parte. Dile que está muy bueno.

De pie, Melanie ahueca las manos sobre su boca y grita:

— ¡Brooke piensa que eres lo más sexy de este mundo, Remy! ¡Remy! ¡Brooke te quiere, Remy! ¡Ama cada centímetro de tu cuerpo!

— ¡Melanie! —Completamente conmocionada, le tapo la boca con la mano y la empujo hasta su asiento, aunque el público es tan ruidoso esta noche que estoy casi segura de que no lo ha oído—. Toma otro chicle, Mel —digo, con una mirada amenazante—. Y dame tu palabra de que no vas a volver a decir eso Melanie.

—Oh, de acuerdo, sólo le diré que está bueno y esas cosas.

Riéndose cuando asiento, se vuelve a poner de pie y me da un codazo en las costillas, llamándome pequeño sándwich de pollo, porque soy una gallina, y sigue gritando todas las cosas que yo no tengo el coraje de decir. Que está bueno, que es un dios, que es un pibonazo y que es tan jodidamente sexy que nadie puede soportarlo...

Juro que si pudiera gritar, también gritaría que es *mío*, que *le quiero*, que es *mi* pibonazo... pero ni siquiera puedo gritar su nombre con el resto de la gente. Y me doy cuenta de que puede que, al fin y al cabo, tenga un poco de miedo. Porque nunca le he entregado mi corazón a nadie antes de Remington. Y él tiene la fuerza para destrozarlo del mismo modo que destroza a sus oponentes.

11. Encuentro secreto

Vamos a encontrarnos con Nora en un pequeño restaurante japonés que está a sólo unas manzanas de nuestro hotel, pero me siento fatal por mentirle a Remington sobre lo de esta noche.

—Organizaré una reunión de finanzas con él —me aseguró Pete cuando nos encontramos esta mañana en el gimnasio—. Le diré que Melanie y tú estáis fuera haciendo turismo y que Riley irá a recogeros después de cenar para que Remy pueda repasar sus finanzas mensuales conmigo.

Asiento satisfecha, pero confieso que no estoy animada, *para nada*. Tengo el estómago revuelto y estoy nerviosa toda la tarde, pero incluso así, le permito disfrutar a una pequeña y remota parte de mí de la forma en la que me mira Remy desde el cuadrilátero cuando lo saludo desde la puerta del gimnasio y señalo a Melanie, que está a mi lado vestida con una minifalda y una camiseta de tirantes ajustada, mientras le digo:

—Salgo con Mel.

Se quita el casco de boxeo para lanzarme una sonrisa y un rápido asentimiento. Sus ojos brillan como cada vez que me mira, y sólo la mano de Mel en mi codo me impide subir al cuadrilátero y besar cada uno de sus devastadoramente atractivos hoyuelos.

Una vez arriba, me visto de forma cómoda y prudente, con una blusa abotonada y unos pantalones negros.

—Sigo sin entender por qué no quieres que Remy sepa nada de esto —dice Melanie mientras Riley nos lleva al restaurante.

—Porque Remington tiene ciertas tendencias de alfa.

—Lo que es muy sexy, la última vez lo comprobé.

—Mel, esto no es una película. No quiero que no pueda concentrarse o que se meta en problemas por mi culpa.

Mel gruñe:

—Le quitas todo el romance a vuestra relación, Brooke.

Suelto un quejido y apoyo la frente en la ventana, completamente exasperada.

—Mel, ya me siento suficientemente mal. Por favor. Las personas que se dedican a esto para vivir son consideradas armas vivientes. Es ilegal que luchen fuera del *ring*, ¿lo entiendes?

—Sí, aunque que un hombre no pueda luchar con sus puños en la calle mientras que otros van por ahí con armas legales es algo que no comprendo. Debería poner una queja ante el oficial.

—De acuerdo, señoritas, si podemos dejar la carta al Congreso para un poco más tarde, ya hemos llegado.

Melanie mira a Riley cuando él le abre la puerta del coche, y luego él le devuelve la mirada cuando sale. No tengo ni idea de qué hay entre ellos. Melanie suele ser amable con todo el mundo, y Riley suele ser muy despreocupado. Pues de acuerdo.

—Gracias, Riley. Ahora vuelvo —le digo.

—Claro que lo harás, voy con vosotras.

—No hace falta —dice Melanie, mirándole por encima del hombro, con la nariz hacia arriba—. Brookey y yo nos las hemos arreglado perfectamente sin tu ayuda durante veinticuatro años.

—Lo hago por Remington, no por vosotras —dice Riley fríamente.

Menos mal que dejan de discutir cuando entramos en el restaurante.

Examino la silenciosa atmósfera con sólo una mirada, pasando por las paredes pintadas de verde de las que cuelgan una serie de cuadros de platos con pescado, y luego mis ojos recorren las docenas de mesas negras de madera para darme cuenta de que todas están vacías excepto una.

Para mi sorpresa, las únicas personas que hay allí, aparte de nosotros tres que estamos en la puerta, son un japonés con aspecto preocupado que no hace nada aparte de mirarnos detrás del mostrador de sushi, Nora, que está sentada rígidamente en una pequeña mesa redonda en una esquina, tres hombres altos y fornidos que reconozco como los matones a los que tuve el placer de golpear en la cabeza en la discoteca y, por supuesto, el gran y horrible Escorpión que se dirige a nosotros como si fuera el maldito dueño de todo.

No sé si ha movido algunos hilos con los dueños del restaurante o si ha desalojado el sitio utilizando la intimidación, pero, en cualquier caso, ¿quién en su sano juicio querría cenar con tíos así?

Bueno. Según parece, mi hermana.

Nora siempre ha sido la romántica de las dos. Siempre quería «rescatar» a algún gato, perro, ratón o chico. Nunca había probado el sabor del romance que tanto parece gustarle a ella, hasta que conocí a Remington, por supuesto.

Probaría cualquier cosa que él me diera, no voy a *negarlo*.

Ahora veo cómo Escorpión se acerca con su inmenso y fornido cuerpo y me arrepiento enseguida de que Remy no sepa que estoy aquí.

Una semilla de miedo crece en mi interior.

Miedo no sólo a estos hombres, sino a lo que hará Remy si se entera de que he estado aquí con ellos. Tener una relación es algo muy nuevo en mi caso. No sé lo que haría él por mí. Pero sé que yo haría *cualquier cosa* por él. Y eso incluye asegurarme de que no se entera de mi encuentro con Nora.

Sólo espero no arrepentirme de haber metido también a Pete y Riley en esto.

Mi respiración se acelera cuando Escorpión se para a unos centímetros de nosotros. Sus ojos son verdes y malvados. Eso, unido al olor de pescado proveniente del mostrador, hace que empiece a sentir náuseas. Todo lo que se puede ver de su cara es el tatuaje negro. No entiendo por qué alguien querría

tener ese animal en la piel. Es un tatuaje en 3D y el escorpión parece estar subiendo hasta su ojo.

—Bueno, si es la putita. —Me lanza las palabras como si fueran piedras, y luego mira detrás de mi hombro—. ¿Dónde está Depredador? ¿Escondido detrás de ti otra vez?

Una rabia impotente me invade, haciendo que mi garganta se agarrote.

—Tenía mejores cosas que hacer.

Me mira con los ojos entreabiertos, luego a Melanie y a Riley.

—Sólo tú —dice, moviendo un dedo en mi dirección—. Puedes pasar.

Empiezo a avanzar, pero me lo impide con un brazo, y su rostro muestra un rubor que parece provenir de una ansiosa expectación.

—Primero tienes que besar al escorpión. —Sus ojos brillan con maldad. Se toca el horrible escorpión negro de su mejilla, y sus dientes resplandecen: todos sus dientes están cubiertos por diamantes.

Mis órganos se detienen por la conmoción y el horror de su petición. Tenso los labios como respuesta mientras mi mirada pasa sobre sus hombros, a través del pequeño restaurante, hasta la mesa de la esquina en la que está Nora. Me encuentro con la mirada dulce de mi hermana y me invade la desesperación por el vacío que veo en sus ojos.

¿Cómo puedo dejar que se haga esto a sí misma? No puedo.

Simplemente.

No puedo.

Escorpión quiere divertirse y menospreciarme. Quiere mostrar que él tiene el poder. Pero no podrá menospreciarme si no le deajo ver lo mucho que me *repugna* su petición.

Intentando convencerme a mí misma de que esto no significa nada, doy un paso aparentemente firme hacia delante.

Pero todo mi cuerpo se rebela por lo que voy a hacer, y un horrible sonrojo de vergüenza me quema la cara.

—Brooke —dice Riley, en un tono de advertencia que suena a súplica.

Pero es besar su estúpido tatuaje o sacrificar a Nora a este tío, o arriesgarme a que Remington se meta con estos perdedores, y no puedo hacer eso.

La mirada de este horrible hombre es como si una serpiente reptara hacia mí mientras me observa acercarme, pero lo único en lo que puedo concentrarme es en mi hermana, en la mesa que hay detrás de él. Inhalo una gran bocanada de aire, prohibiéndome a mí misma temblar.

Mientras doy el último paso, de repente su petición me parece tan imposible como si me pidiera que escalase el Everest y excavase hasta el centro de la tierra. Mi estómago se agita protestando, y estoy peligrosamente cerca de vomitar por la visión del negro insecto reptando tan cerca de mí.

El huele a pescado y a completo cabrón.

Y me gustaría tener el valor de intentar darle una paliza.

De repente, me golpea el vivido recuerdo de un programa que mi padre solía ver, llamado *Fear Factor*, en el que la gente hace todo tipo de cosas asquerosas y se mete en cajas llenas de serpientes y escorpiones. Si la gente puede hacer eso por dinero, yo *también* puedo hacerlo por mi hermana.

Tragándome el orgullo y llena de determinación, obligo a mis labios a fruncirse tan fuerte que, cuando me pongo de puntillas, parecen rocas. Las náuseas invaden mi pecho incluso antes de tocarle.

—Mirad esto: la jodida zorra de Remy está besando a Escorpión.

Sus matones escupen las palabras con desprecio, y la humillación que éstas me provocan me hacen querer salir corriendo y esconderme con unas ganas que no he sentido en años. Asqueada de mí misma, beso el aire rápidamente y me dejo caer en los talones.

—Ya está —digo. Me da rabia que me tiemble la voz.

Su risa es profunda, oscura y horrible mientras se gira hacia sus matones.

— ¿Me ha besado? ¿La putita de Depredador ha besado realmente a Escorpión? Creo que no. —Sus pequeños y brillantes ojos verdes vuelven a reptar hacia mí, y eso, añadido a su mirada, hace que no me sienta muy fuerte ahora mismo—. No he *sentido* tu beso. Ahora vas a tener que *lamerlo*. —Sus diamantes me sonríen de nuevo.

Mis ojos se abren, horrorizados, y mi determinación por ver a mi hermana flaquea desgraciadamente ante la idea de tener que lamer alguna parte de este hombre. ¡*Ohdiosmío*, quiero escapar de aquí! Mis venas están dilatadas mientras bombean sangre a mis músculos, preparándome para huir. Huir al coche, volver con Remy.

Riley me agarra. Su cara es una máscara de preocupación.

—Brooke —me advierte, y me devuelve al motivo por el que estoy aquí. Me suelto rápidamente, enfrentándome otra vez a Escorpión.

¿Cómo podría marcharme? ¿Cómo sino podré hablar con Nora de la mierda en la que se ha metido? La mera imagen de ella en brazos de este gusano me repugna. ¿Cómo pueda verla con esta clase de pervertido y no hacer algo para ayudarla? Tragando la dolorosa sequedad de mi garganta, cubro mi cara con un falso coraje, desesperada por hacer cualquier cosa excepto lamer esa asquerosidad que tiene en la mejilla.

—Te besaré, te lo prometo.

Fear Factor.

Puedes hacerlo por Nora.

Si pudiste correr los cien metros lisos en 11.02 segundos, también puedes besar el estúpido tatuaje de este capullo!

La maldad acecha en sus ojos mientras me estudia a fondo. A continuación me dice en tono de burla:

—Si no vas a lamerlo, entonces tienes que besarlo durante cinco segundos, ¿de acuerdo, putita de Remy? Vamos. Besa el escorpión. —Se golpea el escorpión, y mi estómago tiembla espasmódicamente mientras lucho con todas mis fuerzas para mantener la cara inexpresiva y mostrarle a este gusano lo poco que me importa su asquerosa petición.

Respiro hondo, les prohíbo a mis rodillas temblar mientras me pongo de puntillas, aprieto los labios, cierro los ojos, odiando y rabiando por dentro mientras mis labios tocan su seca y dibujada piel. Mantengo el contacto, siento que me enveneno por dentro mientras espero a que pasen cinco segundos. Mi corazón se detiene. Dolido y encogiéndose por la completa y profunda vergüenza. Mis piernas tiemblan mientras pasa otro segundo, y mi cuerpo está paralizado en este purgatorio donde cada gramo es rechazado por esta personificación de la inmundicia y sólo una férrea voluntad me mantiene de puntillas.

Son los cinco segundos más largos de mi vida. Me siento humillada más allá de la humillación, me siento enfadada más allá de cualquier explicación, y tan degradada como cuando vi mi vídeo en YouTube.

—Vale.

Con una sonrisa de disgusto cuando bajo otra vez, sorprendida de que siga habiendo suelo bajo mis pies, extiende el brazo hacia Nora. Aún tambaleante por el asco que he pasado, mantengo la espalda recta y me dirijo hacia Nora, resistiendo el impulso de ir a la cocina y desinfectarme la boca. La siento sucia y fácil. No, no mi boca. *Me* siento sucia y fácil, y la idea de besar a Remy con esta misma boca hace que se me humedezcan los ojos y se me cierre la garganta.

Cuando llego a la mesa de mi hermana me siento completamente consumida. A nuestro alrededor hay mesas vacías con las sillas esparcidas, excepto nuestra mesita, que tiene una lámpara eléctrica y palillos para cuatro.

—Nora. —Mi voz suena aparentemente calmada, pero por dentro soy una mezcla de emociones en conflicto, incluso resentimiento hacia ella por estar sentada aquí, mirando cómo beso el asqueroso tatuaje de su novio. Pero al ver la expresión sin vida de su cara, sé que la chica sentada al otro lado de la mesa, delgada y frágil, pálida e infeliz, no es realmente mi hermana.

Extiendo el brazo e intento cogerle la mano. Me entristezco cuando no me deja y la mete debajo de la mesa con un rápido gesto. Nos miramos en silencio la una a la otra durante un momento, y me sorprende descubrir que la visión de ese escorpión negro subiendo hasta el ojo de mi hermana es lo más perturbador que he visto en mi vida.

—No deberías estar aquí, Brooke —dice. Sus ojos están puestos en los hombres, en Riley y en Melanie, que esperan en un aturrido silencio junto a la puerta. Cuando nuestros ojos se vuelven a encontrar, me sorprende la animadversión de su mirada, fustigándome abiertamente.

Me invade una repentina furia y entrecierro los ojos.

—Nora, mamá quiere saber si te han gustado los cocodrilos australianos. Le han encantado las postales que has mandado y está ansiosa por saber a dónde te diriges ahora. ¿Entonces? ¿Qué *tal* los cocodrilos, hermanita?

Hay una increíble amargura en su voz cuando responde.

—Evidentemente, no lo sé. —Pasa el dorso de su mano por la nariz y aparta la mirada, frunciendo el ceño ante la mención de nuestra madre.

—Nora... —Bajando la voz, señalo al restaurante vacío en el que están Escorpión y sus matones, que nos observan desde ¡—! mostrador de sushi—. ¿Sinceramente es esto lo que quieres? Tienes toda la vida por delante.

—Y quiero vivirla a mi manera, Brooke.

Su tono es defensivo, así que intento no sonar agresiva.

—Pero, ¿por qué aquí, Nora? ¿Por qué? A papá y a mamá se les partiría el corazón si supieran en lo que te has metido.

— ¡Al menos los protejo de la verdad! —responde bruscamente, y ésta es la primera chispa de vida que veo en sus ojos dorados.

— ¿Pero por qué les haces esto? ¿Por qué has dejado la universidad para *esto*? —Porque estoy harta de que me comparen contigo. —Me mira con furia y luego continúa con una voz que imita la de mi madre—. «¿Por qué no haces esto como Brooke? ¿Por qué no haces algo útil en tu vida como Brooke?». ¡Sólo quieren que sea como tú! Y yo *no quiero* serlo. ¿Para qué? Te perdiste toda la diversión de la adolescencia para ser una increíble medallista olímpica, y ahora no sólo *no* lo eres, sino que ya ni siquiera puedes competir.

—Quizás no puedo competir, pero puedo partirte la cara ahora mismo —respondo enfadada, dolida por las palabras que ha dicho.

— ¿Y qué? —continúa—. Eras la mejor atleta de la universidad. La gente no podía dejar de hablar de tu talento y de cómo ibas a conseguirlo. Eso era todo de lo que hablabas, ¡y mírate ahora! ¡Ni siquiera puedes hacer lo que te gusta y posiblemente acabarás como mamá y papá, viviendo en el pasado, con tus estúpidas medallas colgadas en tu habitación!

—Nora, para tu información, ¡soy más feliz que nunca! Si hubieras prestado un poco más de atención te habrías dado cuenta de que mi vida ha seguido adelante, por caminos por los que nunca habría imaginado. ¿Quieres ser independiente? Perfecto. ¡Hazlo! ¡Pero sé independiente por tu cuenta, y no dependas de un tío que me hace lamer su tatuaje para poder ver a mi hermana!

—Me gusta que sea tan protector conmigo —responde—. El *lucha* por mí.

—Lucha por *ti misma*, Nora. Te prometo que te dará mucha más satisfacción.

Nora suspira enfadada y se pasa la mano por la nariz, mirando con furia la lámpara mientras el silencio nos invade. Bajo la voz un poco más.

—Nora, ¿te estás metiendo coca?

Mi hermana parece acogerse a la quinta enmienda y no contesta, lo que sólo sirve para aumentar mi preocupación y mi frustración.

—Ven a casa, Nora. Por favor —le suplico. Mi voz es un susurro que sólo ella puede oír.

Se toca la nariz con el reverso del dedo, luego lleva la mirada hasta mí mientras continúa rozando el dedo contra los orificios nasales. Inspirando.

—¿Para qué querría volver a casa? ¿Para ser una veinteañera acabada como tú?

—Preferiría ser una acabada que no ser nada. ¿Qué estás consiguiendo *tú*? ¿No quieres terminar la universidad?

—No, eso es lo que querías hacer *tú*, Brooke. Yo quiero divertirme.

— ¿En serio? ¿Y te lo estás pasando bien? Porque no veo ninguna sonrisa en tu cara. Puede que te dé tanta rabia como a mí el hecho de que no consiguiera alcanzar mi sueño, pero ya lo he *superado*. Resulta que me gusta cómo estoy ahora, Nora. No es lo que había planeado, es cierto, pero tengo otras cosas. Cosas mejores. Tengo un trabajo genial, estoy trabajando con gente estupenda y tengo la primera relación seria de toda mi vida.

— ¿Con Depredador? —se burla—. Depredador no tiene relaciones, hermanita. Las mujeres se tiran a sus brazos allá donde va. Y él pasa por ellas como hace con sus oponentes, se las folla y ni siquiera les pregunta el nombre. Lo vi antes de que vinieras. No olvides que llevo en este mundo más tiempo. Un día mirará a otra. ¡Y tú siempre serás su novia «la acabada»!

— ¿Y tu querido Escorpión te querrá para el resto de la eternidad? Nora, el tío con el que estás no parece buena persona —siseo, y le echo una mirada por detrás del hombro. Sonríe de forma malévola como si estuviera escuchando cada palabra, y de repente me consume la necesidad de que mi hombre luche con este cabrón en el *ring* y lo *mate*. No tengo

ninguna duda de que lo hará. No lo reconocerá ni su madre. Quizás entonces Nora lo abandone.

—Benny es bueno conmigo —explica Nora, encogiéndose de hombros—. Me cuida. Me da lo que necesito.

—¿Te refieres a la coca?—replico, llena de furia.

Arruga las cejas, y en ese mismo instante lamento haberla hecho ponerse en actitud defensiva de nuevo.

Un tenso silencio se extiende entre nosotras, y aprieto las manos en el regazo hasta que las uñas se me clavan en las palmas mientras trato de calmarme y razonar con ella amablemente.

—Por favor, Nora. Te mereces algo mucho mejor.

— ¡Se acabó el tiempo!

Una palmada desde el mostrador nos pone en alerta, y Nora se encoge, lo que afirma lo que yo sospechaba. No quiere ir a casa, pero tampoco quiere quedarse aquí. Siente que no tiene ningún sitio al que ir, pero no puede marcharse porque tiene más cocaína pasando por su nariz de lo que quiero imaginarme. Joder.

—Tienes que despedirte de ella, a menos que quieras besar el tatuaje de nuevo.

Escorpión se para amenazante a mi lado. Sus ojos brillan con ese serpentino color amarillo verdoso que me dice lo mucho que le gustaría humillarme de nuevo.

Nora se levanta y el pánico me recorre al pensar que puede que no la vuelva a ver más. Me pongo de pie, experimentando todo un abanico de desconcertantes emociones. Quiero abrazarla y decirle que todo va a salir bien, y al mismo tiempo, quiero darle un puñetazo en su maldita cara por ser tan cabezota e idiota.

En lugar de eso, rodeo la mesa para abrazarla, ignorando cómo se sorbe la nariz mientras giro los labios hasta su oreja y le hablo suavemente.

—Por favor, deja que te lleve a Seattle. Después del combate de Nueva York, reúnete conmigo en el baño de

señoras y tendré dos billetes para volver a casa. No tienes que quedarte allí, pero necesitas un tiempo para poder pensar. Por favor. — Apartándome, le dirijo una mirada cargada de significado.

Una sombra de alarma aparece brevemente en su cara, luego asiente, inspira y se gira para marcharse. La visión de ella echándose hacia atrás, dirigiéndose a la salida trasera, me hace sentir que acabo de perder algo muy preciado para mí.

Con un nudo en el estómago, siento los afilados ojos verdes de Escorpión posados en mí mientras me dirijo hacia Riley y Melanie, y no puedo quitarme de encima el sentimiento de profunda suciedad.

— ¿Alguien tiene colutorio? Siento que me está saliendo un sarpullido —le pregunto a Riley mientras nos lleva en el Escalade.

Mel frunce el ceño.

—No termino de entender por qué te sientes tan increíblemente mal. No ha sido para tanto. Es decir, he besado a tíos más asquerosos en partes más asquerosas de su anatomía, ¿sabes? Lo que has hecho *no es para tanto*.

— ¡Joder, claro que es para tanto! —vocifera Riley desde delante—. Brooke, siento decírtelo, pero Remington se va a enterar de esto y va a sufrir una crisis.

Se me contrae el estómago, y niego con la cabeza mientras intento calmar los ánimos. Yo besando ese asqueroso tatuaje es algo que, sinceramente, no quiero tener que recordar nunc a más. Nunca. Más.

—No sabrá nada si tú no se lo cuentas, Riley. Vamos a relajarnos todos, ¿vale?

— ¿De qué está hablando? —pregunta Melanie, realmente sorprendida—. ¿Qué crisis?

—Estos tíos van a asegurarse de que se entere, B. Y harán que sea *peor*—insiste Riley.

Frunzo el ceño mientras me pregunto si eso es lo que planeaban hacer cuando llegué. ¿Estaba todo organizado para

que Remy se acabe enterando? Sacudiendo la cabeza, miro a los ojos acusadores de Riley a través del espejo retrovisor desde donde estoy yo con Mel.

—¿Y qué querías que hiciera, Riley? No tengo puños como los de ese cabrón, y tengo que usar otros medios para conseguir que quiero, ¡y lo que *quiero* es que mi hermana salga de las garras de ese pedazo de mierda!

—joder, espero que ella valga la pena.

—La vale, Riley. De verdad. Se encontrará conmigo después de la final de Nueva York. Es mi *hermana*. Besaría la acera y lamería un retrete para asegurarme de que está bien, ¡tienes que entenderlo!

—Eso es asqueroso, Brooke —dice Mel, riendo.

—Rem es como un hermano para mí, B. Esto va a... — Riley sacude la cabeza y parece dejar escapar toda la rabia en su cabello, por el que pasa los dedos—. Esperemos que simplemente no se entere de que tú... —Sacude de nuevo la cabeza, tirándose otra vez del pelo—. Él ha hecho millones de cosas por mí. Por mi familia, cuando mis padres enfermaron. Remy es un jodido. Buen. Tío. No se merece...

—Riley, le *quiero*. —Las palabras simplemente salen de mi boca, de mi dolor y frustración por haber besado a su enemigo. ¿Crees que le haría daño a propósito? No quiero que se meta en esto porque le *quiero*. ¿No lo ves? No quiero que tenga mi crisis por mi culpa. ¡Dios!

Riley se salta un semáforo, luego mira mis ojos por el espejo retrovisor de nuevo, sus labios se fruncen mientras asiente.

—Lo entiendo, B.

Me siento inmediatamente vulnerable y expuesta, y me retuerzo en mi asiento.

—Por favor, no se lo digas. No sólo lo de esta noche. Tampoco lo otro.

Asiente en silencio, y una vez que nos dirigimos a nuestras habitaciones, añado:

—Riley, gracias por llevarnos. —Él asiente, y cuando se marcha, ignorando a Melanie, ella le lanza cuchillos invisibles con los ojos.

—Ese tío me saca de quicio.

—Creo que tú a él también.

— ¿Tú crees? —Mel frunce el ceño, luego abre los ojos, sin creérselo—. ¿Quieres decir que no le gusto?

Quejándome por su estupidez, la empujo en su dirección.

—Mel, simplemente ve a por él.

—Ni siquiera me gusta —protesta, pero yo ya me he montado en el ascensor y he pulsado el botón. Juego con la llave de la habitación. Tengo unas ganas increíbles de verlo.

Está sentado en el escritorio con el portátil abierto y los auriculares. Gira la cabeza cuando me acerco, y cuando su atrevida y atractiva cara con esos increíbles ojos me mira, mi interior tiembla de forma incontrolada.

Su puntiagudo cabello negro brilla a la luz de la habitación del hotel, y con esos cómodos pantalones y la camiseta ajustada, rezuma pura virilidad. La visión de su boca me hace sentir hambrienta y siento el dolor físico del deseo de su boca en mí. Sus brazos a mi alrededor. Su voz diciéndome que todo va a salir bien. Porque cada segundo que pasa, me odio más y más por lo que he hecho.

Pero Remy me ha protegido de sus fans, y yo lo protegeré de esto. Le protegería de cualquier cosa. Especialmente de Escorpión. Le protegeré de forma que la única vez que Remy tenga que enfrentarse a él sea en el *ring*, donde le veré alegremente hacer que ese bastardo desee estar muerto.

A punto de estallar por todas las emociones, salto a su regazo, le quito los auriculares y me los pongo brevemente para ver qué estaba escuchando. Una alocada y salvaje canción rock golpea mis oídos y frunzo el ceño, confundida.

Me mira con sus ojos azules oscurecidos, que se entrecierran cuando baja a besar mi nariz, sosteniendo mi

mandíbula mientras su pulgar pasa sensualmente por mi boca. Mi estómago se contrae, y temo que Remy pueda ver realmente el miedo y el autodesprecio que retengo dentro de mí.

Pongo los auriculares en el escritorio y me dirijo deprisa hacia el baño, sintiéndome tan violada que me lavo los dientes y echo dentífrico hasta que me duele la boca. Apenas he dado un paso al salir del baño, y de repente tengo la necesidad de volver a entrar y hacerlo de nuevo. Y juro que, por la horrible sensación que siento en mi piel, podría tener un escorpión vivo subiéndome por la mejilla. Esta sensación me está matando.

Finalmente, consigo salir. Mi boca sabe a menta fresca e incluso mis labios están insensibles por la limpieza.

Remy ha apartado los auriculares. Toda su atención está puesta en mí, sus marrones cejas se fruncen mientras ve cómo vuelvo. Parece confundido y ligeramente desconfiado.

Verlo hace que me emocione, y tengo miedo de derrumbarme en cualquier momento. Odio sentir que ya no le merezco, incluso cuando lo que yo quería era mantenerle a salvo y al margen.

Nunca he querido cuidar de nadie tanto en mi vida como quiero amarlo y cuidarlo a él.

Un doloroso nudo se forma en mi garganta.

Remy —digo con voz firme; mi corazón late con fuerza porque no sé cómo reaccionaré si me pregunta algo acerca de hoy, ¿me abrazas un momento?

Busco desesperadamente mi sitio entre sus brazos, el sitio en el que encajo como en ningún otro. El me hace el hueco perfecto, rodeándome como un nido y más caliente que cualquier otra cosa. Lo deseo tanto que me duele el corazón.

Espero, temblando un poco, y creo que él se da cuenta y se ablanda.

—Ven aquí —dice suavemente, empujando su silla hacia atrás mientras extiende el brazo; con impaciencia, me sumerjo en su envolvente abrazo masculino. Se ríe cuando me retuerzo

para juntarme más a él, actuando de forma tan necesitada que sus hoyuelos aparecen, y parece gustarle.

— ¿Me has echado de menos? —Sus ojos bailan mientras sostiene mi cara y siento todas las durezas de sus manos en mi mandíbula y mejillas, y ese sentimiento reconfortante que sólo Remy puede provocarme.

—Sí —jadeo.

Me atrae más a él y me mantiene pegada a su pecho mientras baja sus labios hacia los míos. Nuestras bocas se rozan suavemente, luego conectan, y la mía se abre con un suave aliento que me reclama, su lengua hace que escalofríos de deseo recorran mi cuerpo.

Sus dedos rodean las curvas de mis pechos mientras pasa la boca por mi mandíbula y sumerge la nariz por detrás de mi oreja, inhalándome, gimiendo suavemente de placer, y la sangre llega a mi cerebro, saliendo excitada de mi corazón.

—Remy... —suplico, cogiendo su camiseta y subiéndosela hasta los hombros.

Agarra el tejido con un puño y, con un estirón, lo pasa por encima de su cabeza y yo deslizo rápidamente las manos sobre su pecho, besando todas las partes que puedo.

—Te he echado tanto de menos... —digo, ahogada por la emoción, besando su clavícula, su mandíbula, cogiéndole del pelo mientras presiono la cara con su cuello para acercarme más a él.

Me envuelve en un gran abrazo y acaricia mi espalda, y luego sujeta mi cabeza mientras susurra:

—Yo también te he echado de menos. —Me da un beso en los labios, en la punta de la nariz y otro en la frente.

Su confesión me hace temblar —Pero yo he echado de menos tu voz. Tus manos. Tu boca... Estar contigo... Mirarte... Tocarte... Olerte... —le huelo. Me encanta este olor, limpio y masculino. Lo beso más desesperadamente.

Me devuelve el beso, primero despacio, luego con más urgencia mientras me desabrocha la camisa y me desnuda con

manos rápidas y nerviosas.

Sé que no es tan expresivo verbalmente como yo, pero siento su ardiente pasión cuando me agarra de las caderas y vuelve a ponerme en su regazo, como si necesitara estar dentro de mí tanto como yo necesito que él me llene. Estoy desnuda y él sigue llevando los pantalones, pero me muero de amor y necesito expresárselo físicamente.

Todo mi cuerpo se tensa cuando su erección presiona ardientemente entre mis muslos y siento un irresistible deseo de darle algo que no he dado a ningún otro hombre.

Temblando de forma incontrolada, me deslizo entre sus poderosos muslos al mismo tiempo que él se quita los pantalones y los baja por sus caderas. Veo una punta de la estrella que tiene tatuada y luego su erección se libera, y en el momento en el que mis rodillas tocan la alfombra, mis dedos y mis manos se posan sobre su calor, su virilidad, sus grandes testículos, llenos y listos para mí.

—Quiero besarte aquí... —mi voz tiembla por el deseo mientras miro su cara tensa por la lujuria con unos ojos que apenas puedo mantener abiertos por el deseo—. Quiero sumergirme en ti, Remington. Quiero tu sabor... en mi cuerpo.

Id sonido de un hombre hambriento que está siendo plenamente satisfecho sube por su garganta cuando me lo meto en la boca, y acaricia mi pelo con los dedos mientras mueve las caderas suavemente hacia mi boca, dándome con cuidado lo que le he pedido y moviéndome por lo que quiero darle desesperadamente.

Mi sexo arde completamente húmedo con cada gota de semen que pruebo, estoy tan intoxicada por este hombre que no puedo dejar de disfrutar la cruda mirada en su cara mientras paso mi lengua por su enorme y dura virilidad.

Está tan excitado como yo cuando añado mis dientes, lamo la punta y luego la meto hasta mi garganta, ignorando las arcadas, y sigo deseando más, nunca tendré suficiente de este hombre, y cuando empuja descontrolado en mi boca y sus dedos se agarran a mi pelo, y sus músculos se tensan por el

orgasmo, de pronto me doy cuenta de que sus ojos son un poco menos azules cuando me mira.

Definitivamente, está acelerado.

Mucho. Absolutamente acelerado.

Pete dice que, médicamente, se le llama *maniaco*.

Y también sospecha que este episodio pudo desencadenarse la noche que me fui con Melanie y Riley, ya que durante su encuentro financiero, parece ser que Rem sólo le preguntó tres cosas a Pete, y ninguna tenía que ver con economía.

¿A qué hora dijo que iba a volver?

¿Estás seguro de que Riley va a ir a buscarla?

¿Por qué coño están tardando tanto?

Pete dice que acabó de hablar de dinero y mandó a Remington a su habitación en cuanto Riley le mandó un mensaje diciendo que estábamos volviendo, y ahí fue cuando le descubrí escuchando la canción de rock más ruidosa que he oído nunca, todo esto mientras tenía una sombría y pensativa expresión en la cara. ¿Pensaba que no iba a regresar?

¿Y esto es lo que hace cuando su interior se empieza a agitar? ¿Escuchar rock a todo volumen?

No lo sé. Lo único que sé es que me folló cuatro veces aquella noche, como si necesitara la certeza de que era suya otra vez, y ahora Remy está explosivo, como si se estuviera alimentando únicamente con Red Bull.

Es como si estuviera completamente cargado.

Su personalidad arrogante, elevada a diez.

Por la mañana me ataca en la cama como un tigre.

—Estás especialmente bien, Brooke Dumas. Buena, y caliente, y mojada. No me importaría comerte como desayuno.

—Su lengua dibuja una húmeda línea entre mis pechos, luego sube y lame mi clavícula como siempre hace mi tigre—. Lo único que te falta es una cereza, pero creo que tenemos alguna.

La maldad en sus ojos me derrite mientras me enseña una cereza que tiene en la mano, lo que me hace pensar que seguramente la ha cogido por la noche de la cocina y ha estado esperando hasta que me he despertado.

Dios, sí que es un depredador nato.

Gimiendo adormilada, me giro y observo su hermosa y cautivadora cara. Su mandíbula sin afeitar. Ojos oscuros brillantes. Sonrisa con hoyuelos.

Dios, estoy lista.

— ¿Quién es tu hombre? —pregunta con voz áspera, y luego me besa, rozando la cereza contra mi clítoris—. ¿Quién es tu hombre, preciosa?

—Tú —gimo.

— ¿A quién quieres?

Escalofríos recorren mis extremidades mientras él sigue torturando mi clítoris con la cereza al mismo tiempo que penetra a mi sexo con su largo dedo. Le miro aturdida. Veo pequeñas trazas de azul en sus oscuros ojos, y oh, quiero decirle desesperadamente: *Tú, al único que he querido es a ti*, pero no puedo. No así, no cuando puede que no lo recuerde.

Me vuelves loca, Remy —susurro. Agarro su polla con descaro y la llevo ansiosa hasta mí, para que pueda llenarme y rozar mi hinchado sexo con su duro miembro y me haga oler a él otra vez.

Pasa toda la semana en modo de alto rendimiento y apenas puedo seguirle el ritmo, pero me encanta. Me vuelve loca. Su sonrisa resplandece. Necesita hacer descansos sexuales entre los entrenamientos. No puede verme sin necesitar follarme. Cuando voy a estirarle, me desea en cuanto lo toco.

Ahora me doy cuenta de que cuando se convierte en esa otra persona, sus ojos no son realmente negros, sino azul

marino, con motas grises y azules. Pero su humor es... de alguna forma, oscuro. No todo el tiempo, pero sí algunas veces. Está o increíblemente animado, o superdeprimido. A veces nada le contenta. Diane le prepara mierda. Lupe no le entrena lo bastante duro. Y por Dios, yo miro demasiado a Pete.

Pero aunque suene ridículo, estas cosas son muy importantes para Remy, y ahora parece que todo mi día está absorbido por su energía y resistencia, y yo simplemente lo aguanto.

—¿Para qué ha venido toda esta gente? —pregunto cuando aterrizamos en Nueva York y nos encontramos con una multitud de espectadores que se arremolinan en la pista donde aterriza el avión, apenas contenidos por las cintas amarillas y la seguridad del aeropuerto.

—Para verme a mí, evidentemente —explica.

Suena tan arrogante que incluso Pete se ríe y dice:

—Déjalo, Remy.

Me atrae sensualmente hacia él.

—Ven aquí, cariño. Quiero que esta gente sepa que estás conmigo. —Sus grandes y firmes manos agarran mis nalgas en cuanto saltan los flashes.

— ¡Remington!

Se ríe y me mete en la limusina Hummer antes de que entren los demás, girándome a su lado mientras me besa como si fuera nuestra última noche vivos. Su hambre es salvaje e in-saciable.

—Quiero llevarte a algún sitio esta noche —susurra en mi boca—. Vamos a París.

— ¿Por qué a París?

— ¿Y por qué coño no?

— ¡Porque tienes un combate dentro de tres días! —Me hace reír cuando está así. Lo agarro y lo beso, profunda y

rápidamente, antes de que nadie más suba, y susurro —: Vamos a cualquier sitio donde haya una cama.

—Hagámoslo en un columpio.

— ¡Remington!

—Hagámoslo en un ascensor —insiste.

Riendo, muevo mi dedo índice antes mi gran, travieso y malvado hombre.

—Nunca, nunca lo haré en un ascensor. Tendrás que buscarte a otra para eso.

—Te quiero a *ti*. En un ascensor.

—Y yo te quiero a ti. En una cama. Como la gente normal.

Su mirada baja por debajo de mi cintura, y su expresión pasa de una sonrisa sexualmente juguetona a una expresión de oscuro dios del sexo hambriento.

—Te quiero con esos pantalones que llevas puestos.

Sintiéndome cachonda y deseada, asiento, sonrío y junto mis dedos con los suyos, besando cada uno de sus magullados nudillos.

Ladea la cabeza con curiosidad y sus hoyuelos desaparecen lentamente. Parece que nadie le ha dado nunca ese tipo de atenciones. De repente, me hace querer darle más.

Y eso hago.

Acercándome más a él, lo sujeto de la mandíbula y beso su dura mejilla y paso mis manos por su pelo, viendo cómo su mirada se llena de deseo y algo más. Algo que hace que sus ojos se vuelvan misteriosamente oscuros y líquidos.

Se abren las puertas del coche.

Parece ser que Lupe irá en la parte delantera de la limusina, así que Pete, Riley y Diane se sientan a nuestro lado. Remy aprieta mis dedos mientras yo intento liberarme, diciéndome con esa sola acción que no lo haga, luego se recuesta sobre el asiento y hunde los hombros como si

intentara que pareciesen menos abultados. Cuando comprueba que es imposible por su tamaño y músculos, me atrae hacia él y se inclina para apoyar la cabeza en la parte blanda de mi pecho, gruñendo suavemente y suspirando después.

Estoy tan sorprendida que no puedo moverme.

Pete levanta una ceja mientras ve cómo Remington rodea mis caderas más fuerte con los brazos y me junta más a él hasta que su cabeza está perfectamente apoyada en mi pecho. Riley levanta las dos cejas. Diane sonríe con dulzura, como si acabara de derretirse.

Yo no sólo me acabo de derretir. Soy completamente líquida debajo de él.

Mis padres, un entrenador y una profesora, son gente maravillosa, pero no fueron muy efusivos con los abrazos y los besos como lo es, por ejemplo, Melanie, que fue educada entre afecto y lo va esparciendo por todo el mundo, como si fuera su deber. Pero la forma en la que Remington me mira, la forma en la que no esconde su atracción hacia mí incluso a su público durante los combates, y la forma en la que me acaba de abrazar como un oso a punto de hibernar que acaba de encontrar una cueva, hace que le desee en partes inexplicablemente profundas.

En silencio y con toda la ternura del mundo, paso los dedos por su oscuro cabello, luego le acaricio una oreja. Sigue con los brazos firmemente alrededor de mi cintura, agarrándome como si fuera una especie de almohada.

— ¿Queréis un poco de tiempo libre cuando lleguemos al hotel? —pregunta Pete, y su tono vibra como si le afectara una profunda emoción.

Estoy ensimismada pasando los dedos por su pelo cuando noto que Remington asiente contra mi pecho, sin ni tan siquiera levantar la cabeza.

Nunca le he visto tan tranquilo mientras estaba maniaco.

O quedarse tan quieto.

Las expresiones asombradas de Pete y Riley me confirman que ellos tampoco.

Cuando llegamos a las habitaciones, nos suben las maletas y luego hago lo de siempre. Abro la mía y pongo mi pequeña bolsa de maquillaje bajo el lavabo, para empezar.

Remy me mira desde la puerta con un deseo tan intenso que paro de lavarme los dientes; cuando noto su mirada mi boca está llena de espuma. Parece hambriento. Salvaje. Casi desesperado. Me enjuago rápidamente mientras se acerca, y me seco las manos. No sonrío. Sus ojos oscuros me sumergen dentro de él. Me levanta fácilmente con los brazos y me lleva a la habitación.

No puedo evitar la forma en la que mi interior palpita cuando me abrazo a su cuello y respiro en su piel mientras nos baja a la cama. Creo que sé lo que quiere, pero no estoy segura. Así que espero y lo observo un instante.

Me quita los zapatos y los echa a un lado, luego escucho el fuerte *pom* de los suyos chocando contra el suelo.

—Quiero tus manos en mi cabeza.

Asiento y me echo para atrás para dejarle más espacio.

—¿Te calma los pensamientos acelerados?

Sacude la cabeza, luego coge mi mano y la extiende por su ancho pecho, su voz es ronca mientras junta su mirada con la mía.

—Me calma aquí.

Un nudo de emoción me golpea mientras escucho cómo late su corazón bajo mi mano, lento y fuerte como sólo laten los corazones de los mejores atletas. Lo miro a los ojos, percibiendo el mismo deseo salvaje que acabo de ver, y lo quiero tanto que juraría que mi corazón acaba de adaptarse al ritmo del suyo.

Se desliza a mi lado. Los dos seguimos vestidos cuando nos colocamos cómodamente en la cama. Baja la cabeza hasta mi pecho y acurruca cada uno de sus grandes músculos en mi cuerpo, respirando en mi cuello. Bajo la cabeza y le beso la suya mientras comienzo a pasar las puntas de mis dedos por su pelo.

No ha dormido en muchos, infinitos, inquietos y alocados días.

Días en los que le he sentido acariciando mi pelo y mi espalda por la noche en los que le he escuchado poner música muy baja. Le he escuchado comer en la cocina a medianoche, dándose duchas frías, y cuando las duchas parecían no ser suficientes, me he despertado descubriendo que intentaba hacerme el amor.

Pero no le he escuchado dormir desde hace demasiado tiempo...

Así que cuando su respiración se ralentiza y me doy cuenta de que se ha quedado dormido en mis brazos, durante el día, en medio de un episodio maniaco, no sé cómo contener las emociones de mi pecho.

Lentamente, me quito una lágrima de la mejilla, y luego otra. Nunca me había imaginado que este tipo de hombre existiera. O que pudiera conseguirlo. Estos momentos. Esta... conexión. Nunca pensé que el desesperado y casi doloroso deseo que siento por él pudiera ser recíproco.

Llorando de felicidad por primera vez en mi vida, acaricio su pelo, su mandíbula, su cuello, bajo por sus brazos, admirando sus perfectos y gruesos labios, su fuerte mandíbula y su frente, su nariz perfecta, amando en silencio cada centímetro de su cuerpo.

La luz del sol inunda la habitación y le ilumina completamente, permitiéndome deleitarme de su perfección como una adicta. Nuestros zapatos están tirados por el suelo, las maletas siguen hechas al lado de la puerta. Estamos en otra preciosa *suite* de otro lujoso hotel, pero juro que nunca en mi vida me he sentido tan completa como ahora, con este hombre durmiendo sobre mi cuerpo, con sus firmes brazos rodeándome, su nariz en mi pecho, su cálido aliento en mi piel. En este lugar, en una nueva habitación, lejos de lodo lo que conozco.

Toco su oreja con mis labios.

—Es por ti —susurro, cerrando los ojos—. Soy completamente feliz. Me siento como en casa en cualquier lugar en el que estés tú.

Estoy tan decidida a dejarle dormir, que me salto la cena aunque me ruja el estómago. Pronto se calma, y todo el rato sigo tocando suavemente este enorme cuerpo con unas manos que dicen en silencio *Te quiero, Remington*.

Se empieza a mover en medio de la noche y para entonces, estoy destrozada, pero tan decidida como antes. Mis brazos pesan mientras le acaricio.

Se despierta con un suave gemido, me agarra y me pone encima de él de forma que soy yo la que está acurrucada en su pecho mientras me besa lánguidamente la oreja.

—Brooke —dice.

Una sola palabra.

Espesa por el sueño, y tan baja e íntima que podría ser una proposición, cualquier proposición a la que yo siempre respondería *sí*.

—Sí, Remy —susurro, mi voz suena tan adormilada como la suya mientras le acaricio la clavícula.

Gruñe y respira en mi piel lentamente.

—Mi Brooke. —Su voz sigue siendo firme y áspera, pasa un dedo por el botón de mis pantalones ajustados y besa tiernamente mi cuello mientras me agarra el culo con una mano—. ¿Por qué llevas esto puesto?

Antes de poder recordarle el porqué, escucho cómo lo desabrocha y baja la cremallera.

Todos mis músculos se contraen. Gimo suavemente y presiono mi nariz contra su mejilla, acercándome como un gato que quiere que le acaricien.

—Estaba esperando a que me los quitara el hombre más sexy del mundo.

Alrededor de las tres de la mañana, Remington gruñe «hambre» en mi oreja y se levanta para atacar la cocina, y

mientras me estiro en la cama, mi estómago está de acuerdo al instante.

Enciendo una lámpara y me pongo lo primero que sale de su maleta, que resulta ser una de sus batas rojas de seda de DEPREDADOR.

Ato el cordón alrededor de mi cintura. El tejido tiene un tacto delicioso y frío contra mi piel. La bata me queda enorme, me llega hasta los tobillos, pero sonrío porque me encanta llevar su ropa. Voy detrás de él para inspeccionar lo que nos ha dejado Diane en la cocina.

Dentro de la gaveta hay dos platos de pollo gratinado con queso parmesano y una ensalada de espinacas y remolacha con guarnición de patatas rojas. Lo saco todo y preparo los cubiertos cuando veo que Remington está en la mesa, sin camiseta y con unos pantalones de chándal de cintura baja.

Está cogiendo mantequilla de cacahuete con brote de apio y masticando, pero deja de comer cuando me ve e inmediatamente traga lo que tenía en la boca.

Abre más los ojos, tira el resto del apio y se recuesta en la silla, cruzando sus musculosos brazos de forma que la vid de tinta de sus bíceps parece oscura y sexy.

—Mírate —dice, y suelta un gemido de puro placer masculino.

La palabra DEPREDADOR arde deliciosamente en mi espalda cuando vuelvo con los platos, sonriendo.

—La volveré a guardar en la maleta cuando nos metamos en la cama.

Sacude la cabeza y se da una palmadita en el regazo.

—Si es mía, es tuya.

Pongo la comida en la mesa, y él me coge de las caderas por encima de la seda y me lleva hasta su regazo.

—Estoy jodidamente hambriento.

Coge una rodaja de patata con los dedos y se la lleva a la boca, lamiendo las yemas de sus dedos.

—Te encantarían las patatas rojas de mi madre. Echa Cayena y les da un toque especial —le digo mientras pincho una con el tenedor y mastico, y el sabor del romero y de la patata perfectamente cocinada se mezcla en mi boca.

— ¿Echas de menos tu casa?

La pregunta hace que lo mire mientras se come otra patata, y me doy cuenta de que él nunca ha tenido realmente una casa, ¿verdad?

Su casa han sido el *ring* y montones de hoteles. Su familia ha sido su equipo y sus fans.

Mi pecho se inflama sólo de estar a su lado.

La vez que me encerró con él en la *suite* del hotel, justo después de que viera cómo Pete lo sedaba la primera vez, Remington estaba deprimido y yo ni siquiera lo *sabía*. Se ha estado apoyando en mí para mantenerse cuerdo, pero eso tampoco lo sabía.

Lo único que sabía es que no quería que me fuera de esa habitación y que no quisiera que nadie más entrase. Me quería ahí. Deseaba que lo tocara como si la habitación le aislase y mi boca fuera el único calor en su frío, la única luz en su oscuridad.

Remington no es un hombre de palabras. Es un hombre de instintos y acciones.

Por muy grande y fuerte que sea, a veces necesita a alguien que lo cuide, y quiero ser yo la chica que cuide de él. Es lo que más deseo.

El, que nunca ha tenido una casa, ¿quiere saber si echo de menos la mía? ¿Si la echo de menos cuando duermo como una reina en una cama suave, entre sus brazos, y como la mejor comida que existe, y hago mi trabajo, y paso tiempo con él cuando se pone arrogante, a veces gruñón, pero siempre adorable?

Bajando el tenedor, me giro hacia él y le acaricio la mandíbula con la yema de los dedos.

—Cuando no estoy contigo echo de menos mi casa. Pero cuando estoy contigo, no echo de menos nada.

Sus hoyuelos aparecen brevemente, y me inclino para rozar con mis labios el que tengo más cerca. Gime suavemente y roza la nariz contra la mía.

—Te tendré cerca para que no la echés de menos —dice con voz áspera.

—Hazlo, por favor. De hecho, creo que hay espacio suficiente aquí. —Me contoneo en su regazo, y él me muerde el lóbulo de la oreja y me abraza fuerte, diciendo:

— ¡Es cierto!

Nos reímos y terminamos comiendo del mismo plato, con el mismo tenedor, haciendo turnos para darnos de comer el uno al otro.

Cuando siento su agitación, la que viene con su manía, me doy cuenta de que parece querer hacer algo. Así que cedo cuando me domina completamente y provoca mis labios con un roce de tenedor, y abro obediente la boca y dejo que me dé de comer.

Me encanta la forma en la que se oscurecen sus ojos cada vez que mira cómo mi boca se abre para comer.

Desliza su mano libre bajo la manga de satén y acaricia mi tríceps con cariño mientras vuelve al plato y pincha un poco para él.

Le veo tomar un gran trozo y luego espero a que corte más pollo y lo lleve a mi boca junto con un poco de algo más.

Me mira mientras mastico, saboreo y finalmente trago; sus labios forman una tierna sonrisa.

— ¿De quién eres? —pregunta suavemente, acariciando mi columna.

Se me derrite el corazón cuando baja el tenedor y desliza una mano bajo la bata, curvándola alrededor de mi cintura. Inclina la cabeza y me da un beso en la oreja, susurrando:

—Mía.

—Toda tuya —maniobro para situarme a horcajadas encima de él, y apoyo la nariz en su firme y caliente cuello, deslizando los brazos por su estrecha cintura.

—Estoy nerviosa por el gran combate, ¿y tú?

Su risa retumba en su pecho mientras baja la cabeza hasta mí de nuevo. Parece realmente divertido.

— ¿Por qué debería estarlo? —Sujeta mi cabeza por la barbilla para que sus divertidos ojos capturen los míos—. Brooke, voy a destrozarlo.

La seguridad en su voz tiene tanta fuerza que casi siento pena por Escorpión. Remy no sólo va a destrozarlo, también va a disfrutar haciéndolo.

—Remy, me encanta cómo luchas, pero no tienes ni idea de cómo me destroza los nervios.

— ¿Por qué, Brooke?

—Porque sí. Eres... muy importante para mí. Me encantaría que nada te tocara, y algunas noches, simplemente... estás ahí. Incluso aunque sepa que vas a ganar, todo es un drama para mí.

—Pero, ¿eres feliz, Brooke? ¿Conmigo?

Su cara se tensa ante esa pregunta, y de repente parece supertenso, mucho más que cuando me pregunta « ¿Te ha gustado el combate? ».

Veo el feroz deseo en sus ojos, y sé que mi respuesta le importa tanto como lo que él piense de *mí*.

—Locamente —admito. Lo abrazo y huelo su cuello, adorando cómo me relaja su aroma—. Me haces feliz. Me haces locamente feliz y me vuelves loca, y punto. No quiero estar sin ti ni un segundo. Ni siquiera quiero que todas esas mujeres te miren y te griten todo eso que te gritan.

Su voz adopta el tono que usa cuando me habla íntimamente durante el sexo.

Soy luyo. Eres la única que traigo conmigo.

Huele mi cuello, luego se desliza a la parte de atrás de mi oreja, y me susurra:

—Eres mi compañera, y te he reclamado como tal.

Con eso, me vuelve a poner en un lado y sigue dándome de comer.

Parece encantado observando cómo se abren y cierran mis labios cuando me acerca algo a la boca.

Le gusta darme de comer, y creo que el placer obsesivo del que deriva proviene de su antecesor, el hombre de Neanderthal.

Devoramos toda la comida, nos acariciamos y besamos el uno al otro, le cuento cosas de Melanie, de cómo se acostó con Riley y ahora parecen ser muy buenos amigos, mandándose mensajes continuamente. Él se ríe y me anima, mientras sigue comiendo:

—Cuéntame más cosas.

Así que le cuento cosas de mis padres, de cómo Nora solía enamorarse de cualquier cosa que caminara. Él sonríe y me encanta hacerle sonreír.

— ¿Recuerdas algo bueno de tus padres? —Pregunto cuándo volvemos a la habitación y me subo a la cama —Mi madre solía santiguarme todas las noches. —Cierra la puerta, y sé que es para evitar que Riley entre mañana por la mañana y nos vea desnudos—. Me santiguaba en la frente, en la boca y en el corazón.

— ¿Era religiosa?

Remington se encoge de hombros y veo que se para en su equipaje de mano para sacar el iPod y los auriculares.

Realmente, pensar en los padres de Remington me tortura. ¿Cómo pudo alguien tan religioso abandonar al ser humano más complejo y atractivo que he conocido? ¿Cómo *podieron* hacerlo?

Remy lleva sus cosas a la mesilla y me doy cuenta de que está colocando todas las cosas cerca. Se está preparando

para estar conmigo el resto de la noche porque sabe que no podrá dormir.

—¿Echas de menos a tu familia? —le pregunto cuando se acerca.

La cama cruje cuando Remy se sube en ella y viene conmigo inmediatamente.

—No puedes echar de menos algo que nunca has tenido.

No me esperaba esa respuesta, y quiero llorar, apoyarle y protegerlo de todo lo que le ha hecho daño.

Me desata la cinta de su bata de Depredador y retira la seda de mis hombros. Le gusta tenerme desnuda para poder hacer indas esas cosas de león, y a mí me gusta complacerle. Así que saco los brazos y me la quito. Me encanta cuando me abraza contra él, piel con piel.

De repente, con todo mi ser, quiero darle todo lo que tengo. Mi cuerpo, mi alma, mi corazón, mi familia.

—Si te digo algo —susurro mientras encontramos nuestra postura favorita, el uno frente al otro, mi pierna entre sus muslos, nuestros cuerpos enredados y tocándose lo máximo posible—, ¿te acordarás mañana?

Nos cubre con la sábana y coloca mi cara en su cuello; sus manos suben y bajan por mi espalda.

—Espero que sí.

Siento sus pies moviéndose sin parar contra los míos, sonrío y extiendo mis brazos para acariciarle el pelo y ayudarle a relajarse, y entonces se me ocurre una idea. Una idea brillante. Una con la que podrá entender lo que quiero decirle, y así no sentirá la presión de algo con lo que no está cómodo. De hedió, no tiene ni que responder.

Paso sobre él para llegar a la mesilla, y cojo su iPod y los auriculares, rezando para encontrar la canción aquí. Me encanta esta canción pero nunca, nunca, me había podido identificar con ella hasta este momento en el que quiero gritarle a Remington late toda la letra.

—Póntelos —digo, emocionada. Él sonrío porque sé que le encanta que le ponga canciones. Se endereza contra el cabecero, se pone los auriculares y me acerca hacia él, y yo me acurruco ahí.

La encuentro. Es la canción perfecta para decirle que estoy loca por todas las partes de su cuerpo.

Así que selecciono *I Love You*, de Avril Lavigne, y se la pongo.

Oigo cómo empieza la música y los nervios recorren mis venas cuando sube el volumen y escucho cómo le habla la letra desde donde estoy sentada.

Sé que puede que no recuerde esto mañana. Sé que sus ojos están oscuros y que ponerle una canción no vale lo mismo que decirle las palabras, pero hemos pasado muchas noches juntos. Entrenamos juntos, nos bañamos juntos, corremos juntos, comemos y nos damos de comer el uno al otro, nos acariciamos y hablamos, y no creo que Remington se haya abierto tanto a alguien como lo ha hecho conmigo. He estado rodeada por murallas toda mi vida, y nunca había dejado pasar a nadie hasta que de repente me he dado cuenta de que él ya está... *dentro*.

Le respiro y vivo cada día, incluso sueño con él mientras estoy durmiendo a su lado en la cama.

Y aunque no reconozca las emociones en su puro e indómito corazón, yo al menos espero por mi canción que sepa que se ha convertido en mi... todo.

Más nerviosa que nunca, escucho cómo sigue la canción y observo su cara, mordiéndome el labio mientras estudio su expresión. Cada frase es tan perfecta... La canción expresa lo que él significa para mí, incluyendo el estribillo que le dice por qué estoy enamorada de él. No porque sea guapo y famoso, sino porque es él...

Escucha mientras estudia mi cara, su expresión es intensa mientras observa mis rasgos. Mis labios. Mis ojos color ámbar. Mis prominentes pómulos.

—Ponía otra vez. —Su voz suena áspera, casi he tenido que leerle los labios para entender lo que ha dicho.

Pulso el botón para reproducirla de nuevo, pero en vez de escuchar la canción otra vez como esperaba que hiciera, me gira y se pone sobre mi espalda, y luego me pone los auriculares, los adapta a mi cabeza y comienza la canción.

Al segundo siguiente, estoy escuchando la canción *I Love You* que acabo de ponerle a él.

Que ahora Remington Tate me pone a mí.

Cierro los ojos. Mi corazón late rápidamente en mi pecho, lo que siento por él aumenta dentro de mí hasta que me siento llena y completamente consumida en mi interior. Siento sus labios en los míos, con la canción sonando en mis oídos mientras empieza a besarme de una forma no sexual, pero infinitamente tierna.

Ésta es la forma que tiene Remy de abrirse a mí, y siento un hormigueo desde la cabeza hasta la suela de mis pies mientras absorbo cada cosa que está intentando decirme con esta canción, con sus labios, con su suave tacto, e incluso saber que puede que no recuerde nada de esto, no lo hace menos real para mí.,

12. Tus fotos

Mi tarde iba perfectamente.

Remington no tiene que entrenar hoy, y está recargando y llenando sus músculos con hidratos de hidratos y energía. Se he negado a comer una de las comidas de Diane y nos ha traído a todos al restaurante bufet del hotel. Los hombres están comiendo separados de nosotras, hablando de «cosas del combate», y yo estoy pasando un rato fantástico con Diane intentando determinar cuáles son los ingredientes de lo que estamos comiendo. Un sabor de... ¿naranja? ¿Una pizca de cardamomo?

Y entonces suena mi teléfono. Me emociono al ver que es un mensaje de Mel.

Melanie: Odio darle la razón a ese capullo de Riley, pero tenía razón. Hay una foto tuya en internet besando a esa personificación de la Asquerosidad!! Y se está haciendo viral!!

Mi mundo se detiene.

Vuelvo a esa noche en la que estoy de puntillas besando a la personificación de la Asquerosidad y de repente tiene sentido que alguien, ¿sus matones?, le hagan una foto. *Evidentemente.*

Si alguien pasó cuatro minutos grabándome en las pruebas olímpicas, en el momento más humillante de mi vida, también tiene que haber alguien preparado para grabarme en la segunda ocasión más humillante de mi vida. Por supuesto que hicieron una foto. Quizás no la primera vez, cuando no le toqué. Pero, ¿y la segunda vez, cuando tuve que besarle durante cinco segundos?

Me derrumbo, y me siento como si me estuviera ahogando incluso antes de que llegue la tormenta, simplemente con la mera contemplación de la nube acercándose.

Con los pulmones congelados, vuelvo a meter el teléfono en el bolso, sintiéndome como si todo lo que hago pareciera ir a cámara lenta. Echo un vistazo a la mesa donde los hombres discuten la estrategia para mañana por la noche, y me doy cuenta de que Remy no les está prestando atención. Está normal, relajado y recostado, con las piernas estiradas en una silla rosa del restaurante, y de repente lo veo mirar fijamente el teléfono mientras vibra.

Se me cae el alma a los pies, pero pasan los segundos y no ocurre nada.

No puedo verle la cara, pero se ha quedado completamente paralizado. Entonces todo pasa en un abrir y cerrar de ojos. Vuelca la mesa con un gran estruendo y Lupe acaba en el suelo con todos los platos y la comida por encima de él.

Con el mismo movimiento con el que se pone de pie, arroja su teléfono al otro extremo de la sala, donde se hace mil pedazos contra la pared mientras se dirige hacia mí, y Pete se gira y se mete la mano en el bolsillo.

— ¡No, Pete! ¡No! —grito, odiando la idea de sedar a Remy.

Intento estar calmada pero mi corazón late mil veces por minuto. Nunca he tenido que tratar con el Remington cabreado desde que estamos juntos, y de pronto le tengo un poco de miedo, pero no quiero que piense que lo tengo.

Temblando en mi asiento, me quedo completamente paralizada cuando se acerca para quedarse detrás de mí, resollando como un toro, resoplando por la nariz, sus ojos negros ardiéndole en la cara, sus puños temblando a ambos lados del cuerpo. Pero es la dura desesperación de su mirada lo que hace que temibles escalofríos me recorran los brazos.

El esfuerzo que tengo que hacer para pronunciar unas palabras se multiplica por diez.

— ¿Quieres hablar conmigo, Remington? —le pregunto con voz ronca.

Me abrazo a mí misma esperando que grite, pero el gélido susurro con el que responde es, de alguna manera, mucho más amenazante.

—Quiero hacer más que hablar contigo.

El vello de mi cuello se ponte de punta en señal de alarma.

—De acuerdo, vamos a hablar. Disculpa, Diane —digo, con una falsa calma, y empujo mi silla para levantarme. Me tiemblan las piernas.

Parece más grande que nunca, y todo el restaurante lo está mirando.

Diane se va a la mesa destrozada para ayudar a Lupe a limpiar.

Las manos de Remington se tensan y convierten en puños a sus lados mientras me mira. Su mandíbula se mueve mientras respira, rápida y agitadamente, y me doy cuenta de que Riley está justo detrás de él, al lado de Pete.

Hay una salvaje batalla en los ojos de Remy. Está luchando como si supiera que tiene que controlarse pero no pudiera. Como si la ira le dominase.

Intento calmarme mientras ardo en deseos de calmarlo a él. Sé que cuando pongo las manos en cualquier parte de su cuerpo, se relaja. Sé que a veces necesita mi tacto tanto como yo necesito tocarlo. Excepto porque nunca ha estado así, y temo que por primera vez en mi vida, mi tacto no sea bien recibido.

La idea de que el único hombre al que he amado se sienta traicionado por mí me está dejando casi paralizada.

No ha dicho una palabra más, y aun así puedo sentir su agitación rodeándome al completo. Lo que sea que tiene que decirme, ya me duele en algún lugar profundo de mi interior. Le he hecho daño. Le he hecho daño y al instante me odio por ello. Mis pulmones gritan de dolor.

—Sólo fui a ver a mi hermana. —Respiro dolorosamente. Un pozo de arrepentimiento y ansiedad dentro

de mí.

Extiende el dedo índice con un violento temblor y me toca la boca, con la que besé el asqueroso tatuaje de Escorpión, y luego se inclina para besarme; gimo con una mezcla de sorpresa y deseo cuando sus dientes tocan mi piel.

— ¿Fuiste a negociar con escoria como esa? ¿Sin que yo lo supiera? —pregunta con voz baja y apresurada mientras pasa su pulgar por mis labios.

—Fui a ver a mi hermana, Remy. No me importa nada esa escoria.

Me toca el pelo, y el contacto es inesperadamente suave. Quiero morirme por la forma en la que contrasta con la encendida agitación de sus ojos y la forma en la que su pulgar empieza a rozar desesperadamente mis labios.

—Así que besaste a ese jodido cabrón con la misma boca con la que me besas a mí.

—Por favor, cuenta hasta diez. —Le toco una manga, desesperada.

Cierra los ojos y se apresura a decir:

—Un—dos—tres—cuatro—cinco—seis—siete—ocho
—nueve—DIEZ.

Se inclina y agarra parte del cuello de mi camisa con el puño, acercándose a él. Su consternada mirada me corta como cuchillos.

— ¿Besaste a ese *hijo de puta* con la misma boca por la que yo mataría?

Sus ojos se vuelven salvajes cuando toca otra vez mis labios, esta vez con la yema de dos temblorosos dedos, y de repente, puedo ver su dolor. Sus ojos están oscuros. Oscuros y poseídos.

Y no puedo soportar el hecho de que yo soy la responsable de esa oscuridad, y siento su dolor, lo siento en cada hueso de mi cuerpo.

—Mis labios apenas tocaron el tatuaje. —Mi voz es un susurro mientras se me empieza a cerrar la tráquea—. Sólo hice lo mismo que haces tú, dejar que te den un golpe y cojan una falsa confianza para poder ver a mi hermana.

Se golpea el pecho con un fuerte ruido.

— ¡Joder, eres *mi* chica! ¡No le tienes que dar falsa confianza a nadie!

—Señor, necesitamos que se marche.

La cabeza de Remy se gira mientras el encargado se acerca, y de repente Pete y Riley impiden que el pobre hombre llegue hasta nosotros; Pete saca rápidamente el talonario mientras las palabras *coste de los daños* resuenan en la sala. Los ojos entreabiertos de Remy vuelven a centrarse en mí, y está tan enfadado y atractivo, es tan problemático, que no sé qué hacer con él.

Se acerca y desliza un dedo por mi mandíbula, y respondo, mi asustado cuerpo desesperado por sexo por la cantidad de hormonas que ha disparado su reacción.

—Voy a romperle la cara a ese cabrón —susurra. La aterciopelada promesa está envuelta con una amenaza mientras se inclina y pasa la lengua por mi boca—, y luego voy a someterte a *mí*.

—Remy, cálmate —dice Riley.

—Está bien, Riley, no me doblego tan fácilmente, y él puede intentarlo, si quiere —respondo, frunciendo el ceño, dándole finalmente a Remington lo que parece estar pidiendo.

Él también frunce el ceño y baja la cabeza, respirando fuerte en mi cara mientras me agarra el pelo con los puños y aplasta mi boca con una posesión brutal, golpeando mis labios con calurosas acometidas de su lengua.

—Cuando te tenga en la cama, voy a restregar mi jodida lengua contra tu piel hasta que no haya nada suyo en tu cuerpo. Sólo yo. *Sólo yo*.

Su erección se clava en mi estómago, y me doy cuenta de que se ha vuelto completamente territorial, loco en plan

reclamo—mi—pareja, le—demuestro—que—me—pertenece. Mis muslos están húmedos, gimo y me acerco más.

—De acuerdo, vamos a la cama —suplico, débil por el deseo de aliviarnos a los dos.

Se aparta y entrecierra los ojos, —No tengo el puto tiempo para cuidarte —responde mientras se dirige a la puerta, y yo grito de pánico.

—Remy, ven aquí. ¡No te metas en problemas!

Se gira, y se me hace un nudo en el estómago cuando veo la determinación de esa mirada asesina en su cara. Sus puños tiemblan en sus costados antes de señalarme con un dedo.

—Protegerte es mi *privilegio*. Te protegeré a ti y a cualquier cosa que *tú* valores como si fuera *mía*.

Me quedo sin aliento por la forma en que me mira.

—Ese maldito cabrón me acaba de pedir que acabe con su miserable vida, y estoy feliz de hacerlo —ruge. Sus ojos me miran enfadados desde la puerta—. ¡Ha cogido algo sagrado para mí y se ha meado en ello! —ruge de nuevo, poniendo su dedo entre mis pechos mientras dice:

—Entiéndeme. ¡Tú. Eres. *Mía*

—Remington, es mi hermana.

—Y Escorpión nunca la dejará marchar. Mantiene a sus mujeres drogadas y dependientes, parte sus mentes en piezas tan pequeñas que no pueden ni pensar. Nunca la dejará a menos que quiera algo más que ella. ¿A ti? ¿Te quiere a ti? Podría haberte drogado. Desnudado. Follado. Me cago en mi vida, ¡podría haberte follado!

— ¡No!

— ¿Te tocó?

— ¡No! Lo hacen para provocarte, ¡no dejes que lo hagan! Resérvate para mañana en el *ring*. Por favor. Quiero estar contigo esta noche.

—Yo estuve con ella todo el tiempo, tío, no pasó nada interrumpe Riley, cogiéndole del brazo e intentando que retroceda un poco.

Veo la mirada de traición en sus ojos cuando escucha hablar a Riley, y antes de que pueda pararlo, se gira para agarrarlo de la camiseta con el puño.

— ¿Dejaste que mi chica estuviera con ese cabrón, pedazo de mierda?

El pánico me invade cuando levanta a Riley del suelo.

— ¡Remy, no! —Voy a su lado, agarrándome inútilmente a su brazo.

Lo sacude en el aire y Riley empieza a ponerse amoratado.

— ¿Has dejado que bese el tatuaje de esa asquerosa escoria?

Pete me mira.

—Lo siento —masculla, y luego le dice a Remy—. Vale, colega, vamos a llevar al Destructor a la cama, ¿eh? —Y le clava una *jeringuilla* en el cuello. Remington tira a Riley al suelo y se saca la jeringuilla de la piel, tirándola completamente vacía.

Contengo la respiración cuando viene y me agarra. Me mira, sus ojos resplandecen, y abre la boca, duda, luego suelta un bajo y doloroso sonido mientras junta su boca con la mía y me da un beso que me reclama y me castiga al mismo tiempo, y luego suelta mi brazo y sale por la puerta, dejándome allí, mientras lamo mi dolorido y mordido labio y lo veo desaparecer.

Riley tose mientras se pone de pie, frotándose la garganta; Remy se ha ido.

— ¿Qué coño? —Parpadea Pete, sin creérselo, mirando la puerta por la que acaba de salir Remy.

—Se supone que esto tumba a un elefante, ¿no? —le pregunta Riley a Pete, abatido.

—Se supone.

Sacudiendo la cabeza, Riley se limpia los cristales de los pantalones.

—Debe ser por toda la adrenalina que tiene en el cuerpo. Mierda.

—Pete, ¡centraos los dos! ¡Acabáis de sedarle! Por lo que sabemos, podría caerse en una calle, podrían robarle y... Oh, Dios. —Me cubro la cara mientras pienso en todas las cosas que puede hacer, o que le pueden pasar.

—Cálmate, Brooke, está controlado. Riley, ve a coger otros dos tranquilizantes, te espero en el coche —dice Pete, luego se gira hacia el encargado y señala el cheque que sigue teniendo en la mano—. ¿Podría cargarlo a la cuenta de la *suite* presidencial? Le garantizo que mañana por la mañana nos habremos ido.

— ¡Quiero ayudar!

—Joder, Brooke, ya has hecho suficiente —me dice Riley, mirándome como si acabara de causar el apocalipsis—. Ve arriba y espéralo. Ya tendrás trabajo que hacer cuando vuelva.

Estoy dando vueltas como una loca esperando oír algo. Lo que sea.

Veo todas sus cosas por la *suite*, su iPod y su portátil, su cepillo de dientes en el lavabo, su ropa aún en la maleta, algunas en el armario, y una horrible ansiedad invade mis terminaciones nerviosas.

Remington está ahí afuera, arriesgándolo todo por mí. Mis labios están torturados por mis dientes mientras vuelvo al pasado y me pregunto qué habría sucedido si hubiera dicho que no iba a besar ese estúpido tatuaje. Puede que nunca hubiera hablado con Nora. Nunca habría tenido una oportunidad de liberarse como la que le ofrecí yo.

En aquel momento parecía algo inofensivo, y también me sentía como si no tuviera otra opción, pero ahora deseo desesperadamente que Remington no se hubiera enterado. Incluso estando tan enfadado, percibí su dolor, y ahora estoy preocupadísima. Aunque tenga los puños en la mandíbula de Escorpión ahora mismo, su victoria en la Liga se habrá ido a la mierda, y no puedo ni imaginarme lo que le harán a Nora como castigo si Remy lo machaca esta noche.

Oh, Dios.

La idea de haber arruinado no sólo mi carrera sino también la de Remy me destroza.

Tengo el estómago tan revuelto que creo que voy vomitar mis propios intestinos. Quiero que Nora esté a salvo, pero necesito desesperadamente que Remy vuelva al hotel, donde seguro que puedo intentar calmarlo con sexo. Si quiere someterme a él, entonces juro por Dios que haré que este hombre crea lo que quiera, sólo para calmarlo y relajarlo de nuevo. No le tengo miedo. No le tendré. Sigue siendo mi Remy, sólo que jodidamente cabreado.

Pero a las cinco de la mañana todavía no ha vuelto. Busco en internet con desespero y sintonizo las noticias locales en la televisión temiéndome lo peor. Oigo la puerta y levanto la cabeza, mi corazón palpita en mi garganta cuando veo a Riley. Rápidamente salto del sofá y me pongo de pie.

— ¿Remy? ¿Dónde está? ¿Qué ha hecho?

Riley no me mira a la cara, simplemente va a la habitación y busca en el armario.

—Está en Urgencias.

Una horrible tensión me aprieta desde un extremo de mi columna hasta el otro, y de repente me siento envalentonada y me dirijo con determinación hacia él.

— ¿Qué ha hecho? Deja que coja mis cosas. Necesito verlo.

Riley coge su cepillo de dientes y su maquinilla de afeitar y lo echa todo en un pequeño neceser de cuero.

—Es mejor que esperes aquí. Son sólo unos puntos. — luego coge sus zapatos de boxeo y su ropa para el combate—. No han sido descalificados. Ninguno de los dos va a denunciar al otro. El combate sigue en pie para mañana, o mejor dicho: continúa mañana.

El ácido de mi estómago empieza a burbujear de forma incontrolable. Realmente carezco de la testosterona para hacer esto. En las películas suele ser sexy cuando un chico pelea por una chica, pero éste es *mi* chico, luchando por mí, y me siento lo más horrible que se puede y muy desesperada por ir y apoyarle y protegerle.

— ¿En qué hospital está? —Siguiéndole por la habitación, cojo unos pantalones y me los pongo sin quitarme la camiseta negra de Remy, con la que he dormido algunas veces.

Girando sobre sus talones cuando llega a la puerta, me sujeta con las dos manos.

—Por favor, B, por el amor de Dios, *no* vengas. Ni Pete ni yo queremos que te vea. Por favor, Brooke. Escúchame.

—Pero, ¿cómo está? —Lo miro; mis ojos se nublan mientras mi voz tiembla—. Sólo dime cómo está.

—Está cabreado. Lo han sedado en el hospital. Sinceramente, no sé cómo va a luchar esta noche. Pero por lo menos está *enfadado*.

Frunzo el ceño cuando la puerta se cierra de golpe. Yo también estoy enfadada, pero también destrozada por dentro. El deseo de verle es muy fuerte, pero no sé si podría ayudarle o complicarlo, no sé nada de todo esto. Con su portátil, busco bipolaridad en Google y entro en muchos artículos que describen los episodios maniacos como un momento en el que la persona está absolutamente feliz o de un mal humor extremo, que también conduce a un exceso de actividades placenteras como el sexo, el juego, el alcohol y que a veces conlleva alucinaciones, insomnio, actuar de forma temeraria o violenta, que suele estar seguido por un episodio depresivo en el que la persona apenas puede salir de la cama. Estoy segura de que Remy está maniaco ahora mismo, y ya he visto que

estaba acelerado en las noches de sexo duro. Recuerdo que, la noche que me dijo que era bipolar, me dijo que me marcharía si se ponía difícil, y estoy doblemente decidida a no ser una maldita cobarde y resistir junto a él.

Pero me pregunto cómo lo está llevando ahora, después de haberse peleado con esa escoria.

Dios, por favor, por favor, no dejes que le arruine el combate de esta noche.

Eso es en lo único en lo que puedo pensar mientras cojo mis deportivas, mi rodillera y me dirijo al gimnasio del hotel, donde me subo a la cinta de correr y la vapuleo durante dos horas. Me concentro en planear lo que voy a hacer cuando lo vea. Quiero decirle que siento haber pensado que no era necesario contarle mi visita a Nora, pero tenía que hablar con ella y no quería preocuparlo. Quiero besarlo y olvidar que todo esto ha pasado, pero desafortunadamente, la mañana continúa, y tampoco lo veo al mediodía, ni a la una, ni a las dos, ni a las tres.

No lo veo hasta el combate.

Y para entonces, estoy, absoluta y completamente, hecha un manojo de nervios. Tampoco he visto a Pete, sólo a Lupe y a Riley, que me han obligado a sentarme cuando he intentado ir a los vestuarios para verle.

—Por favor, deja que se concentre —dice Riley.

Lo único que puedo hacer es asentir, y me invade una intensa ansiedad mientras me siento y espero, y espero sin fin. Sólo hay un combate esta noche. Sólo Remington y Escorpión se enfrentarán, y es un combate que durará horas. Me siento como si hubiera pasado una eternidad cuando finalmente escucho su nombre a través de los altavoces, y mi corazón se sale del pecho cuando el público se levanta para recibirle.

—Y ahoooooooooora, damas y caballeros, el momento que todos estamos esperando. Nuestro actual campeón, el único e inigualable, ¡Remington, EL DEPREDADOR Tate!

El público enloquece y de repente me invade el optimismo cuando veo una mancha roja al principio del pasillo.

Viene corriendo al *ring*, y las mariposas revolotean en mi interior. Mis ojos arden por el deseo de verle más de cerca.

Sube al cuadrilátero y estira los brazos, y Riley le quita la bata y la coloca a un lado.

Me quedo embobada con su cuerpo, y una fría y dura sorpresa me deja paralizada durante varios, largos e incrédulos segundos. Moratones por todo su tórax. Tiene cortes en los labios y algunos puntos en la ceja derecha.

Me obligo a sentarme espero nerviosa la vuelta de Remington. Pero no la hace. La multitud corea su nombre y doy cuenta de que en la Liga hay más fans suyos que de Escorpión. Pero esta noche no se muestra arrogante, y no se gira para sonreírles. No se gira para sonreírme *a mí*.

Mis ánimos se hundén, y me doy cuenta de que nunca, jamás, he deseado tanto una sonrisa como deseo la suya ahora.

Nunca me he sentido tan dolorosamente invisible hasta que he sentido la ausencia de su mirada esta noche.

El presentador anuncia:

—Y ahoooooora, damas y caballeros, la pesadilla que siempre habéis temido. ¡Benny, el Escorpioooooon!

Un nauseabundo y deprimente sentimiento de desesperación me golpea cuando Remy sigue sin mirarme con sus ojos azul oscuro mientras observa cómo Escorpión avanza lentamente por el pasillo con los dedos corazón estirados en un claro y evidente «¡Sí! ¡Jódete, Remington Tate y que le jodan también al público!».

Un gélido temor se extiende por mi estómago mientras examino el perfil orgulloso y duro de Remy esperando en su esquina, y la falta de una arrogante respuesta a la bravuconería de Escorpión se vuelve dolorosamente clara para mí. De pronto, me pregunto si es demasiado orgulloso como para perdonarme. ¿No me volverá a besar? ¿No volverá a hacerme el amor? ¿A amarme como yo lo amo a él? ¿Porque le he dado

un beso a su enemigo? Me retuerzo por dentro por el deseo de hablar con él, explicárselo, desearle buena suerte y *sonreírle*.

Pero no mira en mi dirección y tengo la sospecha de que está haciendo todo lo posible por mirar a cualquier parte excepto a mí mientras Escorpión sube al cuadrilátero.

Veo cómo le quitan la bata negra y me fijo en que él también tiene mal aspecto. Su cara está completamente morada en el lugar exacto donde solía estar su tatuaje, y ahora una zona con cicatrices y puntos ocupa ese punto donde su negro y repunte insecto solía estar. Los ojos de Escorpión se posan instantáneamente en Remington y una sonrisa familiar y demoníaca se extiende por sus delgados labios, una sonrisa que ya parece victoriosa comparada con la sombría e intensa expresión que veo en la cara de Remy.

Mi corazón da vueltas con puro miedo; busco a Nora en el público e intento localizarla entre los matones de Escorpión, pero no la encuentro. Mi temor aumenta cuando me pregunto si he causado todo esto... para nada.

Ting ting.

Suena la campana y todos los átomos de mi cuerpo se centran en Remington cuando los dos luchadores van al centro del cuadrilátero y se enfrentan cara a cara. Escorpión le lanza un puñetazo a Remy en las costillas y rápidamente golpea su mandíbula con un horrible golpe doble y oigo cómo se le destroza la carne y el hueso. Remington mantiene la posición, pero se estremece mientras se recupera, y vuelve a ponerse enfrente de Escorpión, con los brazos doblados a los costados.

Mis cejas se unen, confundidas. En todos los combates en los que le he visto participar, y la vez que me enfrenté a él en el cuadrilátero y aprendí algunos movimientos suyos, nunca ha mantenido la guardia tan baja. Una terrible premonición clava sus horribles garras en mi estómago, y miro hacia arriba para intentar leer las sombrías expresiones de Riley y Lupe. Las tensas líneas que se dibujan en sus caras sólo confirman mis sospechas.

La guardia de Remington está completamente *baja*. Sus firmes y musculosos brazos cuelgan relajados e inactivos a sus

lados, y ahora simplemente está saltando sobre las pantorrillas como si esperase el próximo golpe. Sus cejas están juntas, sus ojos entreabiertos con fuerza, pero parece casi... hambriento, de una forma furiosa y temeraria.

Escorpión le clava un puñetazo en la tripa, seguido por un gancho en la mandíbula que Remington acepta demasiado fácilmente, poniéndose derecho de nuevo y mirando a Escorpión como pidiéndole otro más.

Parece casi... *suicida*.

Los siguientes tres puñetazos que recibe Remington, van dirigidos también al cuerpo, dos en el pecho uno en las costillas, y él todavía no le ha lanzado ni un solo golpe a Escorpión. No va a subir la guardia, pero todo el espíritu de Remington está en sus ojos, que lanzan fuego a Escorpión mientras se recupera rápidamente de cada golpe y se pone de nuevo de pie, como si le retara a golpearlo de nuevo.

Estoy sin palabras.

No hay forma de ralentizar mi pulso errático, o de impedir que me dé vueltas la cabeza. No puedo dejar de preocuparme por si sus costillas pueden aguantar un golpe más, y estoy intentando determinar qué otras heridas ha sufrido durante la noche que lucharon en privado. ¿Y si no está golpeando porque no es *capaz* de tensar sus brazos para pegar?

No. Está. Golpeando. *Para nada*.

Los latidos de mi corazón no bajan el ritmo y la alarmante premonición de que algo horrible está pasando me sigue invadiendo. ¡Quiero subir al *ring*, abrazar a mi chico y sacarlo de ahí!

Escorpión desplaza la mano derecha y lo golpea en la mandíbula. Luego lanza un directo a la cara de Remington, que se cae de rodillas. Mi garganta se llena de gritos y protestas mientras el público comienza a abuchear.

¡Buuu! ¡¡Buuuuuü

¡Mata a ese cabrón, Depredador! ¡MATALO!

El combate continúa, sin fin, oscuro como la noche.

En todos los combates de Remington he sentido todo tipo de nervios y excitación, pero ahora sólo siento angustia y dolor reconcomiéndome por dentro mientras Remington encaja un puñetazo tras otro.

Cada golpe me destroza por dentro. Puedo sentir el dolor como si sus huesos fueran los míos. Estoy tan herida en la sexta ronda que necesito llevarle a otra parte en mi cabeza, donde me pone canciones. Necesito llevarle a correr, donde me mira y me sonríe con sus brillantes ojos azules. Necesito llevarle a nuestra cama, donde estamos tan bien, felices y tranquilos. Necesito llevarle a alguna parte, a cualquier parte, donde pueda decirme qué coño *¡pasa!*

Me siento aquí y veo cómo el hombre al que amo es golpeado hasta la muerte, y cuando cae sobre sus rodillas después de recibir una horrible serie de puñetazos, sigue sin rendirse. Jadeando y con la frente y la boca chorreando sangre, deleita al público volviendo a ponerse de pie y escupiéndole sangre a Escorpión en la cara con rabia, rebelándose mientras vuelve a ocupar su posición.

— ¡Remy! ¡Golpéale! —De repente me oigo gritando. Estoy gritando al máximo volumen que me permiten los pulmones. Nunca he gritado así.

— ¡REMY! ¡LUCHA! ¡POR MI! ¡POR *Mí*

Continúa sin mirarme. Y los puñetazos siguientes, que vienen en forma de rápidas series de golpes, los soporta de nuevo. *Uff, uff* escucho. Está completamente sin aliento.

La idea de «pelea o escapa» recorre mi cuerpo, y devora sin compasión todos mis vasos sanguíneos, mis terminaciones nerviosas, mis pulmones. Pero es la primera vez que la respuesta de adrenalina al miedo es tan fuerte que quiero huir como nunca antes he deseado. Correr hasta él, cogerlo y llevármelo lejos, lejos de Escorpión, de sí mismo, lejos del botón de autodestrucción que el hombre al que amo ha pulsado.

Escorpión le lanza varios ganchos directos en la cabeza y luego ¡crack!

Remington se cae de cabeza al suelo.

Un rastro de sangre se extiende por todo su cuerpo tumbado. Un dolor puro y primitivo me oprime y una serpiente negra de miedo empieza a roerme dolorosamente las arterias del corazón. La cara de Remy está destrozada, y se estremece intentando respirar, temblando con cada inhalación mientras pone una mano en el suelo, y después la otra. Un silencio tenso invade la habitación mientras empieza la cuenta atrás, y Remy intenta levantarse.

Su imagen se convierte en un gran borrón tras las lágrimas de mis ojos, y tengo que tragarme la súplica que crece en mi garganta con la que quiero decirle que *por el amor de Dios*, acabe con esto y se quede tumbado!

Me rompí la rodilla por accidente, pero la idea de romperte a ti mismo voluntariamente una y otra vez y seguir levantándote para recibir más golpes me llena de horror y desesperación.

Remy empuja y escupe más sangre al suelo, usando los brazos para ponerse de pie, sólo para recibir un poderoso gancho con la izquierda justo en la sien que hace que su cabeza se ladee.

Riley y el entrenador le gritan.

— ¡La puta guardia! ¿Qué coño te pasa? —dicen una y otra vez. Sus gritos son fuertes y dolorosamente desesperados.

La gente grita en el recinto, negándose a perder la esperanza mientras Remy siga de pie.

—¡¡¡MÁTALO, DEPREDADOR!!! ¡MÁTALO! — gritan.

Y mientras lo veo recibir otro golpe que esparce más sangre en el suelo del *ring*, quiero gritarle al público que ¡cierren la puta boca! Por favor, por amor del cielo, ¡dejadle estar en el jodido suelo y acabar con esta puta pesadilla! No puedo controlar el temblor espasmódico dentro de mí. La gente sigue coreando:

— ¡RE—MINGTON! ¡RE—MINGTON!

Pero que Remy está herido. Uno de sus brazos cuelga en su costado, balanceándose sin fuerzas. Está herido y aun así sigue dándolo todo, como en cada combate, como en cada entrenamiento. Va a seguir hasta que no *pueda* levantarse más. Cuando esa idea finalmente se mete en mi obcecada cabeza, me rompo en un millón de pedazos. Una lágrima cálida cae por mi mejilla mientras otra serie de golpes alcanza a Remington. Los horribles impactos le llevan hasta las cuerdas.

— ¡Remy! ¡Remy! ¡Remy! —sigue gritando la gente.

Cuando el cántico invade toda la sala, la cara de Escorpión se llena de rabia.

Remy le escupe justo donde debería estar su tatuaje, murmurando alguna burla que parece cabrear tanto al otro hombre, que echa el brazo hacia atrás con un rugido y lanza un gancho que tira a Remy al suelo. Se me para el corazón.

Se hace el silencio.

Parpadeo con un horror mudo ante el cuerpo sin movimiento de Remy, tumbado sobre uno de sus costados, y me lijo en sus perfectos hombros, que conozco de memoria, sus preciosos huesos están posiblemente rotos, su cuerpo entrenado y magníficamente creado está amoratado y sangrando en el suelo del cuadrilátero. Sus ojos están completamente cerrados.

Y me quiero morir.

Hay quejas de indignación cuando aparecen los médicos en el cuadrilátero y la gente empieza a abuchear cuando el presentador habla.

—Nuestro vencedor de la noche, ¡Benny, *el Escoooooorpión Negro!* ¡El nuevo campeón de la Liga, damas y caballeros! ¡Escoooooorpiooooooón!

De alguna forma, las palabras alcanzan mi cerebro, pero no las asimilo porque me quedo inmóvil en mi asiento, intentando no derrumbarme mientras veo a los médicos, ¡médicos!, rodear a Remy.

Nunca pensé que nada podría dolerme tanto como romperme la rodilla y abandonar las pruebas olímpicas con el alma rota.

Pero no. El peor día de mi vida ya tiene sucesor. He visto cómo el hombre al que amo se dejaba destrozar hasta la inconsciencia y cada milímetro de mi corazón sangra de dolor.

Con los ojos ardiéndome, veo cómo los médicos suben su cuerpo a una camilla, y la realidad de la situación me golpea como un cañonazo. Salto y corro como una loca a través de un montón de gente mientras empiezan a llevárselo. Me meto entre dos de ellos y agarro una de sus ensangrentadas manos y aprieto dos de sus dedos.

— ¡Remy!

Unos fuertes brazos me separan, y una voz familiar me habla al oído.

—Deja que lo atiendan, B —suplica Riley con la voz alterada, sujetándome mientras lucho por liberarme.

Me giro para golpearlo y que así me suelte, pero me doy cuenta de que sus ojos están rojos mientras intenta sujetarme, y de repente me derrumbo. Profundos y compulsivos llantos me destrozan mientras le agarro la camiseta, y en vez de golpearlo, simplemente me aferró a él. Necesito algo en lo que apoyarme, y mi árbol está roto en una camilla, hecho papilla.

—Lo siento. —Lloro. Cada centímetro de mi cuerpo se sacude y estremece mientras se me escapan las lágrimas, como ya lo hicieron, hace seis años—. Oh, dios, lo siento, ¡lo siento tanto!

Él también llora, luego me aparta y se seca sus propias lágrimas.

—Lo sé, B, no sé qué coño... es sólo... no sé qué coño ha pasado ahí. ¡Joder!

Lupe se acerca hasta nosotros, su cara es sombría, sus ojos brillan también por las lágrimas y la decepción.

—Crean que tiene una conmoción cerebral. Sus pupilas no responden.

Voy a llorar más, y el nudo de mi garganta se aprieta mientras Riley va detrás de Lupe. *Nora. ¡Oh, jodeeeeeeeer, todavía necesito esperar a Nora!* Agarro a Riley, con más lágrimas en los ojos cuando me doy cuenta de que no voy a poder ir con él.

—¡Riley! ¡Mi hermana! Le dije que nos encontraríamos aquí.

Asiente con comprensión.

—Te enviaré el nombre del hospital.

Asintiendo tristemente, enjugándome las lágrimas y sin saber qué hacer con el remolino de emociones que tengo dentro de mí. Deseo desesperadamente ir con Remington, pero no puedo pedirle a Riley que ocupe mi lugar. Nora no lo conoce, y puede cambiar de opinión si lo ve a él en lugar de a mí. Es lo más duro que he hecho nunca, ver cómo se lo llevan, completamente ensangrentado, sin ir detrás de él.

Me apoyo en la puerta del baño de señoras, y espero, y espero, inquieta por la preocupación y poseída por lo que he visto.

Mi mente sigue girando y siento que pronto me despertaré y me daré cuenta de que todo ha sido una pesadilla, y que Remy no acaba de cometer un doloroso casi—suicidio en ese cuadrilátero.

Pero lo ha hecho.

Lo ha hecho.

Mi Remy.

El hombre que me puso *Iris*.

El hombre que ríe conmigo, corre conmigo y dice que soy dinamita.

El hombre más fuerte que he conocido y el que ha sido más cariñoso conmigo.

El que es un poco malvado, un poco loco y un poco demasiado duro.

Tres horas después, me he quedado sin lágrimas, y mi esperanza también se ha esfumado. Nora no va a venir. Remington se ha dejado golpear hasta la conmoción cerebral. Al menos me han dicho dónde lo han ingresado.

Cuando me meto en el taxi, siento que lo que acaba de romperse dentro de mí no va a curarse nunca, nunca.

Tiene una habitación privada en el hospital.

Me siento en una silla durante la primera semana y observo su hermosa cara con el tubo que le ayuda a respirar, y lloro de rabia y frustración e impotencia. A veces le coloco los auriculares y le pongo todas las canciones que nos hemos estado haciendo escuchar el uno al otro, deseando ver algún movimiento o reacción. Otras veces, salgo al pasillo y ando para desentumecer mis piernas y brazos cuando se quedan dormidos. No he visto a Pete y nadie me ha dicho dónde está. Hoy, Riley entra en la sala de espera, donde mira sin vitalidad a mi bolsa de cacahuets. Simplemente no sabía qué coger que fuera moderadamente sano, y ya me he terminado todas las barritas de cereales. Creo que he perdido algo de peso, porque los pantalones me quedan grandes en la cadera, pero mi estómago sigue tan cerrado como un puño y las pocas veces que parece relajarse lo suficiente como para dejarme comer algo, mi garganta es la culpable de no permitir que pase nada.

—Está despierto —dice Riley.

Parpadeando, me pongo inmediatamente de pie. Tiro la bolsa de cacahuets a una silla vacía a mi lado y luego corro por el pasillo pero me quedo parada y miro la puerta de su habitación. Tengo miedo de verle. Miedo de lo que voy a decir.

He estado pensando mucho estos días. En realidad, es lo único que he hecho. Pero todos mis pensamientos se desvanecen, mi mente se queda en blanco en cuanto entro. Una profunda y oscura angustia me domina mientras me dirijo

a la cama. Creía que me estaba volviendo insensible, pero me doy cuenta de que no. Doy un paso hacia delante lentamente y lijo los ojos en el punto alrededor del que parece girar mi mundo. Y lo veo. Sus ojos están abiertos. No me importa de qué color están. Sigue siendo Remington Tate, el hombre al que amo.

Va a ponerse bien, pero yo no. No creo que vuelva a estar bien jamás.

Rompo a llorar y de repente, todos mis pensamientos empiezan a salir. Tengo tantas cosas que decir que simplemente me quedo de pie en medio de la habitación y lloro con todo mi ser. Mis palabras son furiosas, pero apenas son comprensibles por mis sollozos.

—Cómo t—te atreves a—a hacerme ver e—eso... ¡Cómo pudiste quedarte ahí y hacerme v—ver cómo te destrozaba! ¡Tus huesos! ¡Tu cara! ¡T—tú... eras... mío! Mío... para... para... tenerte... ¡Cómo te atreves a destrozarte! ¡Cómo te atreves a destrozarme!

Sus ojos también se enrojecen y sé que debería parar porque él ni siquiera puede contestarme, pero se ha roto la presa y no puedo parar; simplemente, no puedo. Me ha hecho mirar y ahora tengo que hacer que escuche ¡la estúpida putada que me ha hecho!

—To—todo lo que quería era ayudar a mi hermana y no meterte en problemas. También quería protegerte, cuidarte, estar *contigo*. Quería q—quedarme contigo hasta que te hartases de mí y no me necesitaras. Quería que *me quisieras* porque yo... yo... oh, Dios, pero tú... ya... ya no puedo. No puedo más. Es duro verte pelear, pero ver cómo te suicidas es... ¡no voy a hacerlo, Remington!

Suelta un doloroso sonido en la cama e intenta levantarse incluso con un brazo en cabestrillo, y sus ojos están rojos y completamente abiertos.

No puedo soportar la forma en que me mira. La forma en la que sus ojos se clavan en los míos. Destrozándome aún más.

Sigo llorando mientras me doblego ante el insensato impulso y me acerco a él. Le toco la mano que tiene libre y bajo la cabeza hasta su pecho mientras le cojo los dedos y beso fervientemente sus nudillos, consciente de que los estoy mojando con mis lágrimas, pero no puedo parar porque es la última vez que voy a besar su mano y duele.

Gime mientras pone la mano que tiene escayolada de forma extraña detrás de mi cabeza y acaricia pesadamente mi pelo. Está intubado, pero cuando me seco las lágrimas y lo miro, sus ojos gritan cosas que no puedo soportar escuchar. Me pongo de pie, actuando de forma cobarde, como dice Mel, y él me agarra la mano y no la suelta. No quiero que lo haga, pero lo necesito. Libero mi mano con fuerza, le sujeto la frente y le doy un beso en el centro, un beso que espero que sienta en el alma, porque de ahí es de donde proviene, de mi alma. Hace un sonido ronco y comienza a tirar del tubo de su garganta y la máquina empieza a pitar cuando empieza a liberarse de las ataduras que lo sujetan.

— ¡Remy! ¡No lo hagas, no lo hagas! —le suplico y cuando sus esfuerzos se intensifican y gruñe de rabia, abro la puerta y llamo a una enfermera.

— ¡Enfermera! ¡Por favor!

Una enfermera se precipita en la habitación, y me duele tanto ver cómo le inyecta algún tipo de tranquilizante por vía intravenosa que no siento nada más que este nudo de dolor en el que me he convertido. No me puedo creer que vaya a hacerle esto, que sea tan cobarde, tan despreciable como el resto. Pero cuando la enfermera lo calma y le ajusta el respirador, lo miro desde la puerta. Parece más calmado cuando me mira, y sonrío, una sonrisa falsa y que tiembla de forma horrible en mi cara, y me marcho.

Odio que vaya a despertarse de nuevo con sus preciosos ojos azules y que puede que no recuerde lo que le he dicho, o dónde estoy, o qué me ha pasado. Pero no puedo quedarme.

Me encuentro a Riley en la cafetería y le enseño un sobre que me dio una de las enfermeras hace algunos días.

—Me marcho, Riley. Mi contrato acabó hace algunos días. Simplemente... dile adiós de mi parte a Pete y por favor... — le doy el sobre con el nombre de Remington escrito en él, viendo cómo tiembla violentamente en el aire—, dale esto cuando sus ojos vuelvan a ser azules.

Esa noche regreso a Seattle, desplomada en mi asiento, sintiéndome pesada y vacía como un edificio abandonado, y me pregunto mientras miro por la ventana si ya habrá pasado de estar oscuro a azul, y si ya estará abriendo mi carta. La he leído millones de veces en mi cabeza, y la he leído millones de veces desde que la escribí la tercera noche en el hospital, cuando ya sabía que no iba a quedarme.

Querido Remington:

En el momento que puse los ojos en ti, sabía que me tenías. Y creo que tú también lo sabías. ¿Cómo podrías no saberlo? El suelo temblaba bajo mis pies. Lo hacía. Tú hacías que se moviera. Le diste color a mi vida. Y cuando viniste a por mí y me besaste, simplemente estaba segura de que tú cambiarías mi vida. Lo hiciste. He pasado los momentos más increíbles, fantásticos y maravillosos de mi vida contigo. Tú y tu equipo os convertisteis en mi nueva familia, y en ningún momento pensé en abandonaros. No a ellos, pero sobre todo, no a ti. Cada día que he pasado contigo me ha hecho desearte más. Lo único que quería era estar cerca de ti. Y me duele estar cerca de ti y no tocarte. Quería pasar cada momento contigo, al levantarme y dormirme entre tus brazos. He querido decirte muchas veces cómo me haces sentir, pero quería oírtelo decir a ti primero. Mi orgullo ha desaparecido. Ya no tengo espacio para él, y no quiero lamentar no habértelo dicho. Te quiero, Remy. Con todo mi corazón. Eres el luchador más complicado y amable que he conocido. Me has hecho increíblemente feliz. Me desafías y me complaces, haces que me sienta como una niña otra vez, con un millón de cosas nuevas que descubrir, sólo porque miraba al futuro y pensaba compartirlo contigo. Nunca me he sentido tan segura como lo estoy contigo, y quiero que sepas que estoy completamente enamorada de cada parte de ti, incluso de esa que me ha roto el

corazón. Pero no puedo quedarme más, Remy. No puedo ver cómo te haces daño a ti mismo, porque cuando lo haces, me haces daño de formas en las que no creía que nadie pudiera herirme, y tengo miedo de derrumbarme y no volver a estar bien nunca. Por favor, nunca, jamás, dejes que nadie te haga daño de esta forma. Eres el luchador que todos quieren ser, y esa es la razón por la que todo el mundo te adora. Incluso cuando la cagas, vuelves a luchar. Remy, gracias por abrirme tu mundo. Por compartir tu interior conmigo. Por mi trabajo, y por cada sonrisa. Espero que te recuperes pronto, pero sé que lo harás. Sé que tendrás los ojos azules y serás orgulloso y volverás a luchar, yo estaré en tu pasado, como todas las cosas que has superado antes que yo. Por favor, recuerda que nunca volveré a escuchar Iris sin acordarme de ti.

Siempre tuya, Brooke, 1

13. En Seattle llueve más que nunca

Ni siquiera Mel puede animarme.

He hablado con mis padres y les he dicho que todo va genial, especialmente porque no quiero preocuparles con Nora hasta que averigüe cómo la voy a traer a casa. He visto en Internet que la próxima temporada de la Liga empezará en febrero, y será en Washington D.C.

Seguramente acepte la oferta de trabajo de la Academia Militar de Seattle, con los estudiantes de secundaria que empezarán en agosto, pero si lo hago es posible que no pueda ir a buscar a mi hermana en febrero. Eso no me gusta. Pero aun así, si finalmente *decido* ir a por Nora, sinceramente no sé si tendré fuerzas suficientes para volver a ver a Remington de nuevo.

Melanie, que ha estado investigando en Twitter, dice que sus fans no hacen más que especular sobre si volverá a pelear

el año que viene.

—Por favor —le digo ahora mientras corremos, cuando vuelve a sacar el tema—. Por favor, no me vuelvas a hablar de él.

— ¿Por qué no? Vamos, gallinita. Nunca has tenido ninguna aventura antes y es divertido hablar de una aventura que no es mía.

¡No me hables de él, por favor! Le quiero, Melanie, le *quiero*. No es simplemente una estrella, es el jodido cielo. Es el sol y cada planeta de esta galaxia. Me duele el mero hecho de pensar en él, ¿no lo entiendes?

A punto de romper a llorar, cuando finalmente Melanie se calla, cojo mi iPod y me pongo los cascos en los oídos, pero cuando lo enciendo, incluso escuchar música me afecta, porque con cada canción me pregunto si querría ponérsela a él.

Completamente angustiada por lo sensible que me he vuelto, pongo el iPod de nuevo en la cinta de mi brazo y me concentro en correr, golpeando el suelo. El sol está subiendo y cuando rodeamos la esquina de mi edificio vemos un Escalade negro aparcado justo delante.

Seguimos corriendo y, mientras nos acercamos, se abren las puertas y sale un hombre vestido de negro que se parece bastante a Pete. Seguido de otro que podría ser Riley.

Y de repente, de pie frente a mí, con cada centímetro de su atractivo, sano y vital cuerpo, está Remington Tate. Veo su brillante cabello oscuro, su sexy cara de niño, su mandíbula ligeramente desaliñada, su bronceada piel y sus músculos perfectos, y se me para el corazón.

Dejo de correr. Dejo de respirar. Dejo de *existir*.

Me quedo en blanco, se me bloquean los pulmones, se me taponan los oídos.

Lo miro. Y él me mira.

En ese instante, mis ojos fijos en sus ojos, los suyos en los míos, mi corazón brinca de la emoción. Salta y corre hasta él, se choca con él, explota en él y aunque mirar a este hombre

me duele como una herida abierta, todos mis sentidos han vuelto a la vida y no puedo apartar la vista de él, aunque mi vida dependa de ello. Tengo una fiesta privada en mi estómago mientras siento que Melanie me da un codazo en la espalda y empezamos a andar hacia ellos lentamente.

Tan lentamente que me pongo de los nervios.

Parece como si el mundo entero fuera a cámara lenta. Cada paso dura años.

Remington parece tan... grande mientras nos acercamos. Más grande que la vida misma, y no puedo creerme que esta magnífica criatura fuera un poco mía.

La peor parte es que mi cuerpo no distingue el pequeño detalle de que ya no es mío y cada poro parece sentirse atraído por él, como si todos ellos pensaran que sigue perteneciéndome a *mí*.

—Joder, este tío está superbueno —susurra Melanie a mi lado.

Asiento sin poder contenerme y lo devoro con los ojos varias veces, de la cabeza a los pies. Algo crece dentro de mí como si fuera el único sorbo de agua que hubiera bebido en semanas y todo mi cuerpo estuviese deshidratado. Un estremecimiento se enrosca en mi corazón. Sé que no hay duda de que estoy tan enamorada de él como antes. Y eso no es nada, absolutamente nada, comparado con el momento en el que me sonríe brevemente, casi con tristeza.

— ¿Señorita Dumas? —dice Pete, sonriendo mientras se acerca—. Creemos que esto le pertenece.

Señala en dirección a Remington, que me observa con esa triste sonrisa, que se desvanece lentamente mientras me examina. Mi pulso se acelera tanto que lo puedo escuchar en mis oídos, y luego, me doy cuenta de que otra persona sale del coche. Una mujer. Que se parece a... Nora.

Parpadeo y se me para el corazón.

— ¿Nora?

— ¿Nora? —repite Melanie, sonando más estúpida incluso de lo que creo que he sonado yo.

—Sólo queríamos asegurarnos de que llegaba a casa sana y salva —dice Pete.

— ¿Nora? —repito, y ahora estoy segura de que he sonado más estúpida que Melanie.

— ¡Soy yo! —Cuando viene a abrazarme, animada, veo que vuelve a ser la que era. Tiembla de la emoción—. ¡Soy yo, Brooke! ¡He vuelto! He estado en rehabilitación. Pete me ha ayudado —se apresura a explicar—. Y me he quitado el tatuaje —se señala la mejilla—. Me sentí tan insignificante cuando me viste ese día, Brooke. Insignificante y tan... sucia.

— ¡No! ¡No, nunca! —Impactada por la sorpresa, la atraigo hacia mí para abrazarla de nuevo, aún estupefacta y sin creerme que mi hermana pequeña esté entre mis brazos, y después Melanie la abraza y le da un poco de amor—de—Mel.

—¡¡Nora!! ¡Nora, Camora, Lalora, Locanora!

La abraza y le hace dar vueltas, y la aprieta contra ella, y yo me giro para mirar a los tres hombres que tengo junto a mí. Como soy incapaz de ponerme a hablar con quien realmente quiero hablar, me dirijo a Pete.

—Pete, ¿qué ha pasado?

—Sorpresa —dice, levantando las cejas y señalando a Nora. —Lo ha hecho genial. Es una chica muy dulce.

Sigo mirando con impaciencia, y él asiente a Remington, que acaba de meter las manos dentro de los bolsillos del pantalón. Sus ojos me examinan de arriba abajo, sin parar, haciéndome consciente de la ropa deportiva que llevo y la forma en la que rodea mi trasero, mis pechos y mi cintura en expansión por comer chocolate de forma compulsiva para intentar calmar mi absolutamente frustrante y afligida melancolía.

—La noche en la que Remy fue a luchar contra Escorpión, le ofreció a tu hermana a cambio de la victoria en el campeonato. Y Remy aceptó —me cuenta Pete.

Me quedo parada un instante, en blanco, titubeando y muy confundida. Cuando mis perplejos ojos buscan los de Remington, siento una sacudida que me recorre el cuerpo por la intensidad de su mirada.

Luego, me quedo alucinada.

— ¿Quieres decir que aceptó... perder? ¿Por Nora?

No, por Nora no, idiota.

Por ti.

Una poderosa emoción sube por mi cuerpo, llegando a mi cerebro como un rayo ardiente, iluminándome por la magnitud de algo que parece imposible, pero que acaban de decirme que es real.

Moviendo la cabeza de un lado a otro, me agarro sin poder contenerme a esos dolorosamente familiares ojos azules de largas pestañas. Mi pulso se acelera por la confusa incredulidad. Una lucha de emociones se libra dentro de mí mientras extraños e inquietos pensamientos pasan por mi mente, comprimiéndose alrededor de mi corazón.

— ¿Hiciste eso por... Nora? —le pregunto, sin aliento, a Remington.

Su cara es tan hermosa que lo único que quiero es cogerle del pelo y besarlo hasta dejarlo inconsciente, pero a estas alturas no creo ni que merezca que esté aquí, delante de mí.

Mirándome sin decirme lo idiota que fui al abandonarle como lo hice.

Siento como si me hubieran dado un doloroso golpe, que no es el mejor sentimiento cuando te dicen que tu hermana pequeña está, por fin, felizmente a salvo en casa. Me siento en las escaleras de entrada, aturdida por el estupor mientras intento furiosamente contener las lágrimas que amenazan con caer de mis ojos.

Pete coge una bolsa verde de viaje del maletero del Escalade y se dirige hacia dentro con Nora.

—Deja que te suba esto, Nora.

Me quedo con Riley, cuya mirada va de Melanie a mí como una pelota de tenis, y también con Remy. Mi Remy. El Remy que abandoné en el hospital. Al que adoro. Por el que estoy loca. El que se dejó destrozar y humillar para salvar a mi hermana. Por mí.

Un nudo de dolor crece en mi garganta y apenas puedo soportarlo.

Es tan atractivo, tan familiar... Me siento prisionera en mi propio cuerpo, gritando por tocar lo que durante semanas fue *mío*.

Sus grandes manos siguen metidas dentro de los bolsillos y me pregunto si estará luchando contra los mismos sentimientos que yo. Pero hay algo sombrío en su expresión, algo que rara vez está ahí si sus ojos están azules. Y hoy son tan azules que me ahogo en ellos.

Me rodeo el cuerpo con los brazos y bajo la cabeza mientras la vergüenza sigue invadiéndome.

— ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Que habías perdido el combate por... ella?

Ni siquiera puedo decir «por mí». Me siento fatal.

Pero Remington dice suavemente:

—Por ti, querrás decir.

Riley interrumpe:

—Yo tampoco lo sabía, Brooke. Ni Lupe. Sólo lo sabía Pete. Fue él quien lo encontró aquella noche, y se aseguró de que tu hermana estuviera bien mientras Remington le concedía la victoria.

Mis ojos se giran hacia la cara de mis sueños, y mi voz se debilita mientras el dolor de lo que hizo por mí se filtra por mis poros.

— ¿Cómo estás? ¿Te encuentras bien? —lo miro, y sus ojos azules arden de emoción mientras asiente. Está enfadado conmigo. Creo. No lo sé. Siento un puñetazo en el estómago cuando lo miro, pero a la vez, es lo único que quiero hacer.

—¿Qué conlleva esta derrota? —le pregunto. Oh, Dios, he echado tanto de menos a mi Remington que cuando lo miro se me humedecen los ojos.

Se hace el silencio. Creo que a él también le cuesta hablar.

Una desesperación violenta e inesperada me invade ferozmente el cuerpo mientras miro a este sorprendente e impredecible hombre, el siempre cambiante y misterioso Remington Tate, y de repente, nada en este mundo puede dolerme más que haberlo tenido y haberlo perdido.

— ¿La derrota? ¿Aparte de que somos pobres? — responde finalmente Riley cuando ve que ninguno de nosotros dos va a hablar. Se ríe un poco alto y se echa el pelo hacia atrás—. Tiene un par de millones para sobrevivir este año. Haremos una reaparición cuando comience la nueva temporada. Los fans de Remy piden la revancha.

—Tienes unos fans muy leales, ¿verdad? —pregunto en voz baja, dirigiendo la pregunta a Remington mientras recuerdo todas las flores que hizo que me trajeran, y me vuelvo a sentir mareada y nerviosa.

En este momento parece que haya estado toda la vida esperando para poder volver a hablar con él. Mi compañero de carreras y amigo, mi amante. Mi amor.

—Bueno, es hora de irse —Riley le da una palmadita en la espalda a Remington, y mis tripas se retuercen de dolor—. Brooke, en realidad también hemos venido porque estamos buscando un fisioterapeuta deportivo para la temporada que viene. Para empezar a entrenar pronto —dice Riley, sacando algo de su bolsillo trasero—. Si te interesa, aquí tienes el teléfono del señor Tate, en el reverso. También está el hotel donde nos alojamos. Nos vamos dentro de tres días.

Veo a Riley subir al coche, y luego Pete sale de mi apartamento y se despide.

Miro a Remington, y él me mira fijamente a mí, y de todas las emociones que veo en sus ojos, no puedo decidir cuál de ellas me afecta más. Se me pone la piel de gallina en una silenciosa súplica por tocarle, temblando al recordar las durezas de sus manos, cómo me recorre con la lengua. Mi león de cabello oscuro. Lamiéndome y reclamándome.

Me duele el corazón mientras nos miramos, pero ninguno de los dos habla, aunque tenemos miles de cosas que decirnos.

—Tienes buen aspecto, Remy —dice Melanie.

Le sonrío con esos hoyuelos que me destrozan, y luego sus ojos vuelven a mí, y los hoyuelos desaparecen.

—Ya sabes dónde encontrarme. —Sube al coche y se marcha, dejando un rastro de estremecimiento en toda mi piel.

Melanie entra primero, pero yo me quedo fuera, bajo el sol, simplemente... procesando todo.

Luego, entro en casa y mi corazón se inflama al oír la voz alegre de Nora, recordándome que está aquí. De repente, mi piso parece una residencia universitaria llena de amigos, y todo gracias a Remy.

— ¡Creo que le gusto!

— ¡Nora! —Entro en el ecléctico salón, cortesía de las habilidades decorativas de Melanie, y estrujo otra vez a mi hermana en un gran abrazo de oso, donde *yo* soy el oso—. Deja que te vea. ¿Estás bien?

La examino de la cabeza a los pies, y reconozco que tiene buen aspecto. Mejillas sonrojadas, sonrisa reluciente. Se ha cortado la melena rubia a la altura de las orejas, y vuelve a haber color en sus dulces labios. Parece más delgada y sana. Me encanta ver la vivacidad de sus ojos. Ésta es la Nora que recordaba. Mi hermanita.

Me aprieta las manos y asiente con énfasis, entrelazando felizmente sus fríos dedos con los míos.

—Nora me estaba contando cómo luchó Remington contra Escorpión por ella. —Melanie abre los ojos y asiente significativamente—. Cree que Remington es increíble porque luchó con Escorpión por ella.

Un pequeño brote de celos nace en mi vientre.

—Oh. Por supuesto.

Nora lo ha visto durante las últimas, posiblemente, cuatro semanas, y la idea de que otra mujer disfrute de sus sonrisas y su voz, mientras que yo me las haya estado negando a mí misma, me pone enferma.

—Brooke, tenías que haberlo visto —exclama Nora, ajena a mi sala de tortura interna llamada «corazón».

—Entró en nuestras habitaciones y dejó fuera de combate a dos de los hombres, y luego fue directo a golpear la cara de Benny, sin parar. Le clavó un lápiz en el tatuaje tan profundamente que lo deformó por completo.

— ¡Espera! ¿Quién demonios es Benny? —pregunta Melanie.

— ¡Escorpión! —explica Nora. Su sonrisa está llena de placer. En serio, no puedo dejar de mirarla porque parece otra persona diferente de la chica drogada, de pelo teñido y con un tatuaje de un escorpión del restaurante japonés. Las maravillas que puede hacer un mes de rehabilitación. *Y mi oscuro luchador...*

— ¡Oh! Benny es Escorpión, lo pillo —dice Melanie, poniendo los ojos en blanco.

—Remington parecía un demonio sacado del infierno, golpeando sin parar. Benny no podía detenerlo mientras él gritaba que se alejase de su chica, que no se iba a marchar sin lo que quería su chica, y un montón de palabrotas, y entonces Benny consiguió detenerle y me ofreció a mí. Dijo que si paraba me liberaría a cambio del primer puesto en el campeonato. Remy me miró y me preguntó si yo era tu hermana. Y yo asentí. Así que él aceptó. Ni siquiera lo dudó. Me quería fuera de allí aquella misma noche, pero Benny dijo que tenía que estar aislada hasta que Remy le entregase el

campeonato, así que Remy llamó a Pete para que se quedara conmigo. El me llevó a una clínica de rehabilitación en Connecticut y Remy pagó toda mi estancia allí, y luego, mandó a Pete a recogerme.

Me desplomo en una silla y no puedo seguir soportándolo, mis ojos se humedecen. Después de todas las lágrimas que he derramado, siento que podría seguir llorando mucho más. Por Remington Tate. Y por mí misma. Y por subestimar a alguien que yo creía que estaba haciendo algo malo, y que en lugar de eso, ha hecho algo maravilloso e increíble por mí. Cuando Remy tiene una crisis hace muchas cosas malas, o eso dicen. Pero, señor, también ha hecho lo correcto por Nora. Por mí. Sé que, a pesar del lado romántico de Nora, luchó por *mí*. Perdió el combate por mí. Por mí, y por mis seres queridos, a los que prometió proteger como si fueran los suyos la noche en la que destruyó el restaurante del hotel.

Recuerdo lo orgulloso que estaba durante el combate, encajando cada uno de los puñetazos. ¡Cómo tuvo que dolerle no devolver los golpes! Eso es lo que *sabe* hacer Remy. Es un luchador hasta la médula. Vi su furia incluso en sus ojos. Apenas podía controlarse cuando le provocaban, y pienso en él aguantando mientras era golpeado de esta forma, sólo por mí. Por mi hermana.

Algo hace clic en mi mente, y mi corazón se hincha hasta que creo que voy a explotar por el dolor y las emociones. Me bombardean los recuerdos de la primera noche que lo vi. Brillantes ojos azules, bronceado dorado, cabello oscuro y puntiagudo, cara juguetona, y un robusto cuerpo masculino.

—Tu nombre —dice, jadeando, con los ojos desorbitados fijos en mí.

—Eh... Brooke.

—Brooke, ¿qué más? —pregunta. Tiene las fosas nasales dilatadas.

Libero mi mano con esfuerzo y miro asustada a Mel, que aparece detrás de él, con los ojos abiertos como platos.

—Es Brooke Dumas —dice, y después le suelta alegremente mi número de móvil. Muy a mi pesar.

Sus labios se curvan y sus ojos se encuentran con los míos.

—Brooke Dumas. —Acaba de follarse a mi nombre justo delante de mí. Y también delante de Mel.

Da un paso hacia delante y desliza su mano húmeda en mi nuca.

—Brooke —gruñe, suave aunque intensamente, mientras se retira de mis labios con una sonrisa—. Soy Remington.

Oh, Dios, sabía que mi vida cambiaría. Pero no sabía cuánto.

Amo. A. Este. Hombre.

Sí, es difícil de tratar. Para empezar, es bipolar.

Es fuerte y orgulloso, y no espero que me pida nada.

Pero aunque probablemente no me pida que vuelva, por lo menos no me ha hecho pedirle perdón por ser una gallina cobarde y abandonarlo cuando estaba intubado en el hospital.

Siento la primera alegría real que he experimentado en semanas en el estómago. Miro la tarjeta con la dirección del hotel y mi interior se estremece por la anticipación.

Quiere ser real para mí, no una aventura. Pero aunque él sea lo más real que tengo en mi vida, sé que va a ser una aventura. Porque eso es lo que es él. Una excitante caída libre... unos juegos olímpicos... eso es lo que va a ser estar enamorada de él. Qué esperar cuando se convierta en esa otra persona... y los tira y afloja y razonar con él... van a ser eso.

Y de repente, es lo único en lo que puedo pensar.

De repente, mi rodilla lesionada es lo único que me impide salir corriendo a toda velocidad detrás de él.

Quiero el trabajo que me ha ofrecido.

Quiero estar con mi enorme y alocado boxeador, y no me voy a disculpar por ello. Es bipolar, y estoy loca por él.

Nunca me ha dicho que me quiere. Pero ha venido a buscarme. Me ha traído a mi hermana. Ha perdido su fortuna, la Liga, y ha estado inconsciente en la cama de un hospital. Por mí.

—Nora, voy a llamar a papá y mamá para que pases una temporada con ellos, ¿te apetece?

—Sí, Brooke. He estado pensando en lo que me dijiste y *sí* quiero terminar la carrera.

Mel exclama:

— ¡Oh, sí! ¡Nora, la universidad está llena de tíos buenos! Es algo que no quieres perderte —añade completamente emocionada, todavía sudorosa y sonrojada por nuestra carrera de hoy.

Sentándome al lado de Nora, le digo:

—El problema es que puede que no esté aquí durante un tiempo. Mi nuevo trabajo me exige viajar.

— ¿Nuevo trabajo? —pregunta Mel. Sus acicaladas cejas rubias descienden hasta sus ojos.

— ¡Suéltalo, Brooky!

—Mel, voy a conseguir el trabajo que quiero con el hombre que necesito —confieso.

—Quieres decir que vas a recuperar al hombre que necesitas con el trabajo que quieres —me corrige.

— ¡Es lo mismo! —Me río, dándole la tarjeta—. Voy a recuperar mi trabajo.

— ¿Con Remington? —pregunta Nora.

—Nora, aunque tu hermana no es de las que se enamoran, está completamente enamorada de este tío. Y él ha estado detrás de ella durante meses —le cuenta Mel, devolviéndome la tarjeta.

Las dos estudiamos su reacción, y su boca se abre por la sorpresa mientras se señala a sí misma.

—Oh, ¿pensabais...? No me refería a Remington cuando os he dicho que creo que le gusto. He dicho que Remington es increíble, pero estaba hablando de Pete.

— ¡Pete! —río de placer y alivio y la vuelvo a abrazar —. Oh, Pete es un chico genial. Si vuelvo a mi trabajo, tengo el presentimiento de que podrás verle.

—Brooke, sé que a veces he sido demasiado... romántica, pero lo que ha hecho —me dice con mirada seria —, Remington, quiero decir... Brooke, nunca, jamás, he visto a un hombre luchar así por nadie.

Cerrando los ojos, asiento y rodeo sus hombros con un brazo hasta que Melanie grita: — ¡Sándwich! —Y viene a abrazarme por el otro lado hasta que casi me aplastan con amor.

— ¿Vas a invitarme a menudo? —Me susurra Mel al oído cuando se aparta.

—A las dos —prometo. Aunque tenga que ahorrar como una loca para hacerlo.

Treinta y seis horas después, he dejado a Nora con papá y mamá y siguen preguntándole por los cocodrilos. La pobre va a tener que pagar por sus mentiras cuando le pregunten por la cultura india, la torre Eiffel y los trabajos.

Melanie me ha ayudado a hacer las maletas y lloraba mientras se despedía desde fuera del taxi, pero yo no paraba de decirle:

— ¡No es para siempre! Es sólo temporal, flojucha. Y te llevaré allí mucho.

Mi voz suena confiada, pero sinceramente, ni siquiera sé cómo va a ser mi encuentro, entrevista o como se llame lo que

quiera que pase esta noche. Lo único que sé es que voy a por Remy, y mi cuerpo ya es como una batalla campal de deseo, miedo, anhelo, amor, necesidad y arrepentimiento.

No estoy segura de cuál de los Remys me voy a encontrar esta noche. Lo único que sé es que Remington Tate no es un hombre con el que las personas mantengan una relación duradera. Es un imán para las mujeres y los problemas, y tiene un lado oscuro difícil de controlar.

Es mi bestia. Mi luz y mi oscuridad. Mío.

No tengo otra opción que seguir con él.

— ¡Estamos jodidamente contentos de verte! Te abrazaría si no tuviera miedo de que me corten el cuello después —dice Riley cuando me ve en el umbral de la puerta, y sonrío tanto que sus ojos tristes de surfista parecen iluminarse de auténtica alegría.

—Eh, pensaba que erais pobres. La gente pobre no reserva *suites* presidenciales —digo mientras entro y dejo las maletas al lado de la puerta.

—Pobres para lo que está acostumbrado Remy —Pete se acerca y lleva mis maletas hasta una de las habitaciones—. Gasta varios millones cada año así que, naturalmente, tiene que seguir produciendo lo mismo, pero ha vendido la casa de Austin y estamos trabajando para conseguir algo de financiación ahora mismo.

Asiento y echo una anhelante mirada al pasillo, preguntándome si está ahí. Cuando los chicos me llevan hasta el salón, no puedo más y digo:

—Vale, así que, ¿el señor Tate sigue interesado en mis servicios? ¿Como especialista en rehabilitación?

—Por supuesto —asegura Pete, dejándose caer en un sofá y jugando con la corbata como hace siempre—. Quiere concentrarse en lo importante. Te quiere a *tí*, y ha sido muy explícito acerca de no querer a ningún otro.

Me río, pero enseguida me pongo seria cuando los dos me miran como si fuera una estrella caída del cielo y acabasen de capturarme.

—Chicos —digo, poniendo los ojos en blanco—, no os andéis por las ramas. ¿Está aquí? ¿Os ha dicho que tenéis que torturarme infinitamente?

— ¡Nunca! —ríen los dos. Pete es el primero que recupera la compostura—. Ha estado dando millones de vueltas estos días. Ahora ha salido a correr. —Me sostiene la mirada de forma misteriosa, baja la voz considerablemente mientras se agacha y se apoya en las rodillas—. Tu carta, Brooke. La ha leído miles de veces. Pero no nos dice nada. No sabemos lo que siente.

Oigo el sonido de una puerta al cerrarse, y cuando me pongo de pie, me quedo sin aliento.

Al otro lado de la habitación, cubierto por el sudor, está la razón por la que saldría fuera y lo apostaría todo. Mi corazón se detiene por un momento, y luego corre a toda velocidad por lo que me provoca este hombre. Corro hacia él aunque esté completamente quieta.

Su pelo está perfectamente alborotado, y se queda ahí parado, el dios del sexo de mis sueños, el demonio de ojos azules y oscuros de mis sueños. Me mira, luego a Pete, luego a Riley, y luego se dirige hacia mí. Sus enormes zapatillas golpean en la alfombra. Las emociones se transforman en sus ojos, empezando por la sorpresa, con un toque de rabia, y luego puro deseo.

No sé cuánto tiempo le he estado mirando, pero es mucho, hasta que siento cómo nuestra química hace crepitar en el aire algo irreal y eléctrico entre nosotros. Su pecho sube y baja, y un salvaje y desesperado deseo de acortar la distancia emocional entre nosotros hace que me duela respirar.

—Remington, me gustaría hablar contigo, si tienes un momento.

—Sí, Brooke, yo también quiero hablar contigo.

Su tono átono no me ayuda a mantener mi escasa confianza, pero lo sigo de cerca. El ligero aroma de otoño mezclado con la esencia del océano pegada a su piel me hace

arder, y estoy completamente loca de deseo cuando me lleva hasta la habitación principal.

Cierra la puerta tras y se gira hacia mí, y un golpe de calor me invade cuando pasa una cálida y enorme mano por mi cuello y se inclina para olerme. Destrozada por el gesto posesivo de su nariz apoyada en mi pelo, mientras inhala larga y profundamente, le agarro la camiseta con los dedos y pego la cara a ella, muriendo por él.

—Por favor, no me dejes —le ruego. Se suelta y me libera, como si estuviera enfadado por haberme agarrado primero.

— ¿Si me deseas tanto, por qué te marchaste? —Me pone nerviosa mientras me observa sentarme en el banco a los pies de la cama y cruza los brazos. Sus cejas se juntan mientras ensancha su postura, casi de forma amenazante—. ¿Te dije algo mientras sufría alguna crisis?

Con una súbitamente vivida memoria, recuerdo cada momento, y me centro en uno.

—Querías llevarme a París.

— ¿Eso es malo?

—Y hacerme el amor en un ascensor.

— ¿De verdad?

—Y también con los pantalones puestos —admito con voz firme, y un inesperado rubor sube hasta mis mejillas.

Sigue mirándome fijamente, con el rostro oculto bajo una máscara inexpresiva. Tiene los brazos firmemente cruzados como si estuviera conteniendo todas sus emociones en ellos. Tiemblo porque no puedo averiguar si su mirada es de amor o de odio. Está *consumiéndome*. Simplemente.

—Has olvidado la parte en la que cada uno le puso al otro una canción —me dice con un suave susurro, y dar cuenta de que probablemente recuerde la tierna forma en la que me hizo el amor después de aquello hace que la ardiente emoción de mi pecho se extienda hasta mi garganta.

Contengo la respiración en una muda sorpresa cuando extiende el brazo hasta mi mano y la coge, llevando mis dedos hasta sus labios.

Mi corazón se acelera mientras me quedo en mi asiento, observándolo con deliciosa agonía mientras gira mi mano en su mano. Observa el centro de la palma de mi mano antes de bajar para pasar su lengua por mi piel y lamerla suavemente. El deseo explota en mi interior.

—Brooke, esa foto me cabreó muchísimo —susurra en mi piel, mientras pasa su húmeda lengua por los nervios del centro de mi mano—. Cuando le perteneces a alguien... no besas a ningún otro. No besas a su enemigo. No le mientes. No le traicionas.

Mis órganos vuelven a la vida mientras sus dientes me rozan el borde de la mano.

Mi voz se escapa.

—Lo siento. Quería protegerte igual que tú me proteges a mí. Nunca volveré a ocultarte nada, Remy. No me fui porque estuvieras maniaco, simplemente no quería que te volvieras maniaco o te deprimieras por mi culpa.

Responde con un sombrío asentimiento mientras me examina con una rápida y sedienta mirada, y vuelve a poner mi mano en mi regazo.

—Entonces debo haberme perdido algo. Porque todavía no puedo entender por qué coño te fuiste cuando te *necesitaba*, ¡joder!

El dolor de su voz me toca una fibra sensible, y se me humedecen los ojos al instante.

— ¡Remy! ¡Lo siento! —Lloro desconsoladamente.

Gruñe, nervioso, luego saca la carta que le escribí del bolsillo de los pantalones vaqueros tirados de cualquier manera en una silla de la esquina. El papel está arrugado y roto por el medio, de tanto leerlo.

— ¿Sentías lo que me escribiste aquí? —Escuchar su dura y tensa voz me pone la piel de gallina.

— ¿Qué parte?

Coge el papel y lo extiende, llevando su grueso dedo hasta las palabras «Te quiero, Remy».

Luego, arruga otra vez el papel con el puño, mirándome enfadado y desesperado. Mi corazón se comprime cuando me doy cuenta de que ni siquiera puede decir las palabras en voz alta.

¿Quién le ha dicho alguna vez que le quiere?

Yo.

En una carta.

En un millar de canciones.

Pero no en voz alta.

Incluso sus padres sólo querían su dinero. Nunca lo aceptaron ni le dieron el amor que merecía. ¿Y yo? Oh, Dios, yo lo abandoné. Como todo el mundo. Con la garganta áspera, asiento muy rápido y su mandíbula se cierra, dura como una piedra, como si estuviera guardando algún tipo de feroz sentimiento.

—Dilo —susurra bruscamente.

— ¿Por qué?

—Necesito oírlo.

— ¿Por qué necesitas oírlo?

— ¿Por eso te marchaste después del combate?

Las lágrimas inundan mis ojos.

Hay desesperación en su pregunta, y creo que quiere saberlo tan desesperadamente porque puede que sea la única razón por la que podría perdonar mi abandono.

Puro dolor crece de nuevo en mi pecho mientras me lo imagino despertándose en la cama del hospital, después de lo que hizo por mí, para darse cuenta de que me he marchado. Después de haberle dicho que nunca me cansaría de él...

— ¿Es por eso, Brooke? ¿Es por lo que te fuiste? ¿O porque ya estabas preparada para dejarme? Creía que eras más

valiente, dinamita, realmente lo pensaba.

Examina mi cara con ferocidad, y yo me siento igual de salvaje mientras observo sus increíblemente perfectas facciones, fijándome en que sigue teniendo la cicatriz encima de la ceja.

La toco como guiada por un impulso, y en el instante en el que mi dedo roza su ardiente piel, las palabras se escapan de mi boca.

—Te quiero. *Te quiero.* —Su respiración se detiene dentro de su pecho, y yo continúo—. Más de lo que pensaba que se podía amar a otro ser humano. Me fui porque aquella noche me rompiste el corazón, una y otra vez, con cada uno de tus huesos. ¡Me fui porque no podía soportarlo más!

Cierra los ojos, y su tormento me cala tan hondo... Mi propia confesión me deja expuesta y vulnerable. Escucho su entrecortada respiración, y el recuerdo de lo que hizo por mí para rescatar a Nora me duele. Bajo la mano, y mi voz tiembla violentamente:

—No quiero que te dejes pegar deliberadamente por nadie nunca más. Nunca. Ni siquiera por mí. Nunca. ¡Vales demasiado! ¿Me *oyesi* Sube la mano y sujeta mi cara de forma temblorosa mientras me atrae hacia él, y tiemblo al absorber el sentimiento de estar de nuevo entre sus brazos. Mi corazón palpita porque sé que esta es la primera noche del resto de mi vida, y quiero que lo sea.

—Por ti lo haría mil veces. —Me huele. Y yo le huelo a él—. Mil. Un millón. No me importa si me humillan. No me importa nada. Lo único que sabía es que estabas dispuesta a besar el tatuaje de ese hijo de puta por tu hermana, y que yo tenía que devolvértela.

—Oh, Remy, no tenías que hacer nada.

—Lo hice. Y lo volveré a hacer si hace falta. Lo haría una y otra vez. Lo único que siento es que sólo Pete pudiera saberlo. Se quedó en la habitación del hotel con uno de los matones de Benny, y luego me ayudó a llevarla cuando

entregué el campeonato. No podía dejar que me parases, Brooke.

—Pero ni siquiera me miraste... —digo, cerrando los ojos—. Eso me dolió tanto como el resto.

—Si te hubiera mirado, no habría sido capaz de hacerlo. — Su voz es brusca y convencida, y yo me cubro la cara intentando no pensar en cómo se divirtió Escorpión humillando a mi orgulloso luchador. Me dan ganas de pelear y llorar al mismo tiempo, y sacudo la cabeza.

Él está callado.

Luego me suelta con un doloroso sonido que viene de su interior.

Se pone de pie y empieza a dar vueltas, apretando los dedos contra su pelo como si fueran afiladas garras.

—Sabía que pasaría esto. —Nubes oscuras ensombrecen sus ojos azules bajo las cejas—. Por eso no quería tocarte. Sabía que me volvería loco si te tocaba, y ahora, me destroza pedirte que estés conmigo cuando ¡sé que voy a hacer algo para hacerte daño otra puta vez!

—¡Sí! ¡Sí, seguramente lo harás, idiota! Y para mí va a ser como un salto en caída libre, pero me voy a agarrar fuerte y voy a saltar contigo porque eso es lo que provocas en mí. Estoy loca por ti. Mi vida es una *mierda* sin ti. No he venido por el trabajo. Aunque me encanta, pero es a *ti* a quien quiero. Es por ti por quien vine aquella primera noche. Siempre ha sido por ti. Quiero estar contigo, pero no lo haré yo sola. Quiero que tú también me quieras, Remy. ¡Nunca me has dicho lo que sientes por mí!

Sus ojos azules brillan y arden con un fuego que calienta todo mi ser.

—Brooke, ¿de verdad no lo sabes?

Lo miro. Se arrodilla en la cama y me sujeta la cabeza.

—Dios, cuando te vi aquella primera noche en Seattle, me sentí como si me hubieran enchufado a la corriente. Me pusiste caliente sólo por la forma en que me sonreíste, Brooke.

La forma en la que me mirabas, con una expresión de dolor y deseo, me volvió loco. Te giraste para irte y llevabas puestos aquellos preciosos pantalones. Tu culo iba botando mientras te marchabas, alegre y redondo. Y lo único que quería era acabar de luchar para ir detrás de ti. Te juro que luché en aquel combate para que me vieras. Que me observaras. Que vieras que soy fuerte y podía luchar por ti, protegerte. Soñé despierto con besarte, hacerte el amor. Lo estaba planeando todo en mi cabeza incluso cuando salté del *ring* y fui detrás de ti. Cuando tu amiga me dio tu número, subí al hotel para encontrarme con un montón de chicas, de las que siempre me consigue Pete, y no podía mirar a ninguna de ellas. Quería mirarte a los ojos y hacerte sonreír.

»Te busqué en Google, guardé tu número en la agenda de mi móvil, y pasé toda la noche imaginándome de todas las formas que te iba a follar cuando te pusiera las manos encima. Te envié aquellas entradas, sabiendo que te tendría aquella noche. Pero entonces vi un vídeo tuyo cuando te volví a buscar en Google. Era tu primera prueba para los Juegos Olímpicos y te marchaste saltando con los ligamentos rotos y llorando tan amargamente, y yo sólo te quería... a ti. Quería quemar los teclados de los idiotas que comentaban que tu vida se había acabado, que entrarías en una depresión. Tú eras *yo*. Brooke. Yo. Y quería que salieras allí y les mostraras que eran idiotas y, al mismo tiempo, quería salir de una jodida vez y llevarte en brazos hasta cruzar aquella maldita meta. Nos íbamos a marchar pronto de la ciudad, y sólo quería verte más. Así que te contraté.

Cuando confiesa haber visto mi vídeo, casi me derrumbo. La debilidad se ancla en mis rodillas. Al instante recuerdo nuestro primer vuelo y cómo Remy estaba absorto examinándome la rodilla. La había tocado casi cariñosamente, rozando la cicatriz con el pulgar. ¿Y cómo podría olvidar cuando me secó, extremadamente cuidadoso con mi rodilla, el día que sus fans me tiraron huevos?

—Intenté ir con calma. Quería conocerte y que tú me conocieras a mí, y cada día te quería más, Brooke. Demasiado. No podía tocarte y arriesgarme a estropearlo hasta que me conocieras. Quería importarte. Quería ver si podías

entenderme... me torturaba a mí mismo cada noche, pensando que estabas en tu habitación, mientras yo estaba en la mía.

»La noche que fuimos al club y bailaste conmigo, simplemente no podía parar. Estaba tan caliente. Y cuando derribaste a dos tíos por mí, me volví muy protector. Quería meterte en la cama y volver y hacerles daño de verdad a aquellos cuatro. Pero te quedaste conmigo, y me olvidé de pelear, y lo único que quería era besar todo tu cuerpo con mi boca. Intenté controlarme, pero en el avión me mataste con aquellas canciones que hablaban de hacerme el amor. Simplemente tenía que tenerte. El pensamiento de tenerte me volvía tan loco que me sentía como drogado, y al final de aquel combate, estaba entrando en una crisis y loco por ti incluso antes de poder llevarte a la cama.

»Y entonces te despertaste a mi lado, y vi que estabas abrazada a mí, Brooke. Suave y dulce. La siguiente vez que estuve solo en la cama, quería cortarme las jodidas venas por desearte a mi lado, así que volví a buscarte. Eso era en lo que pensaba constantemente, aquellos días. Pensar en llevarte a mi cama y besarte hasta dejarte sin aliento. Seguí buscando en mis canciones intentando encontrar una que pudiera decirte cómo me hacías sentir. Por dentro. No se me da bien decir esto, pero quería que supieras que eras especial para mí, no te pareces a ninguna otra mujer que haya conocido.

»Querías que te hiciera el amor y no sabes cuántas veces casi me derrumbo. Cuando te duché, juro por Dios que me estaba rompiendo por dentro. Pero no podía hacerlo, no sin avisarte de que hay algo malo dentro de mí, y soy tan cobarde, Brooke... Ni siquiera me atrevía a decirte la palabra «bipolar». Así que prolongué mi tiempo contigo. Porque soy egoísta, y quería que yo te importara antes de que lo supieras. Pensando que marcaría la diferencia y te quedarías. Ni siquiera mis propios amigos me aguantan mucho tiempo. Pero algo en ti me hacía pensar que *me conocerías y me comprenderías* a un nivel que nadie más logra.

—Remy —suspiro.

—Tenía razón, Brooke —añade en un profundo y ronco susurro, fascinándose con sus palabras y su mirada líquida—.

Cuando te conté lo que me pasaba, seguías queriéndome. He estado enamorado de ti desde no sé cuándo. Desde que intentaste derrumbarme en el *ring* y terminé poniendo tu pequeño pie contra mi estómago para calentarlo. Dios, cuando vi la foto de Escorpión contigo quería *matarlo*. ¡Quería darte lo que había hecho que fueras hasta ese maldito hijo de puta y besaras su puta cara! Quería dártelo para que besaras mi cara en lugar de la suya.

»Fui hasta él, y me estaba esperando. Por supuesto que lo estaba. Sabía que iría. Me vio en la discoteca. Nunca antes había sido tan protector con una mujer. Vio cómo salí del *ring* a buscarte cuando me descalificaron. Sabe que eres mi punto débil. Nos peleamos, y lloraba como una jodida niña. Quería que parase. No pensaba hacerlo hasta que le hubiera arrancado sus jodidos dientes. Pero entonces me ofreció a tu hermana a cambio de que me calmase y le entregase la victoria del campeonato. Había terminado con ella. No había sido la misma desde que te vio, y él no quería problemas. Nos vio pelear, llorando. Le pregunté si era tu Nora, y ella dijo que sí. Así que acepté el trato. Lo puse por escrito, llamé a Pete para que la pusiera a salvo, y ya estaba. Sería liberada cuando se terminase. —Respira profundamente, luego se pasa la mano por la cara mientras suspira—. Es la primera vez que hago algo bueno cuando no estoy... bien.

Inclinándose hacia mí, me pasa la nariz por la sien, y un cálido temblor baja por mi columna mientras me susurra al oído.

—Siento no habértelo podido contar, pero tenía que ser así. Cuando la noche en la que te hice el amor te dije que no dejaría que te fueras, lo dije en serio. Te quiero, Brooke, para mí. Puedo hacerte daño, puedo hacer cosas estúpidas, pero yo... —Su mirada me quema—. Estoy tan jodidamente enamorado de ti que ya no sé qué hacer conmigo mismo.

El nudo de mi garganta es de proporciones gigantescas, y asiento mientras me seco las lágrimas, incapaz de decirle lo locamente enamorada que estoy de él.

Me hace sentir genial. Escucha mi música. Corre conmigo. Me besa y me toca. Me lame deliciosamente. Se

pone atractivamente celoso por mí. Está malhumorado un día y arrogante el siguiente, y adoro todas sus facetas. Me mira con ojos azules u oscuros y, cada vez que lo hace, sé que estoy donde quiero estar.

—Vas a querer volver a dejarme —susurra, con ternura, mientras me sujeta la mandíbula—. No puedes, Brooke, no puedes dejarme. Eres mía.

Pasa su otra mano por mi pelo y me restriego contra ella como un gatito, buscando más caricias.

—Me has reclamado, dinamita. Derribaste a dos tíos de noventa kilos. Nunca podré superar eso. Echaste a las putas fuera de mi habitación. Me lo ha contado Pete. Me hiciste tuyo antes de darte cuenta de que yo ya te había hecho mía.

Agarra mi pelo y me acerca a sus labios—. Ahora soy tuyo, y no puedes abandonarme como lo has hecho. Incluso si la cago, seguiré siendo tu cagada.

Necesito tenerle cerca, así que aprieto mi cuerpo contra el suyo mientras rodeo su cuello con los brazos; su sudor se escurre deliciosamente dentro de mí.

—No eres mi cagada. Eres mi realidad.

Gime con un sonido masculino mientras gira la cabeza para lamerme la mejilla. La comprensión de que mi león ha vuelto me derrite el corazón y me desata, y me siento sumergida entre sus brazos mientras baja los labios. Suavemente, lame mi mandíbula. Mi barbilla. Y luego... mis labios. Creo que siente mis estremecimientos contra él porque desliza las manos por mi espalda y me acerca protectoramente a él. Me lame hasta llegar a mi cálida boca, con suaves y exploratorios lametones, hasta que la tengo abierta y gimiendo, dejando que me recorra con la lengua.

—No vuelvas a dejarme nunca más —susurra. Pasa la lengua por mi labio inferior, por el superior y luego empuja profundamente dentro de mí mientras desliza las manos por mi culo y me aprieta de forma posesiva.

Estoy ebria. Las sensaciones que me producen sus besos y lametones son profundas, y tiemblan en mi interior como

terremotos consecutivos, cada uno mayor que el anterior.

Rozo mis pezones contra su enorme pecho, y mi sexo se estremece por tenerle dentro de mí. Está tan sexy con esa ropa de deporte, me vuelve loca cómo huele cuando entrena, quiero desnudarle. Y hacer el amor.

—Tengo mil canciones en una nueva lista de reproducción que se llama «Brooke», todas tratan de mí echándote de menos, amándote, odiándote y adorándote —susurra con voz áspera mientras siento como mete la mano debajo de mi vestido, hasta mis braguitas.

Éste es precisamente el motivo por el que llevo vestido, y en un tiempo récord, me lo he quitado para quedarme sólo con el sujetador y Remy ha conseguido quitarme las braguitas.

—Yo también tengo algunas, y quiero ponértelas todo el día —susurro.

Me acerca a él, desnuda de cintura para abajo, tomando mi boca de nuevo. Me pone tan caliente con sus besos que temo llegar al clímax en cuanto se introduzca dentro de mí.

Oh, Dios, lo necesitaba tanto, que casi no me doy cuenta de que estoy subiendo las piernas para rodearle, rozándome contra su virilidad. La quiero. Dentro de mí. La quiero tanto que no puedo dejar de temblar.

—Te quiero —exhalo.

Es increíble. He vivido toda mi vida sin él, pero hemos conectado tan absolutamente que me siento vacía sin él.

Me droga con otro beso mientras muevo mi cuerpo contra el suyo, ardiente por su erección, su cálida boca, sus gemidos. Me está haciendo que lo desee de las formas más salvajes e intensas. Se libera, bajándose los pantalones de correr.

—Quiero ponerte otra vez *I Love You*, de Avril Lavigne —digo mientras intenta sacarse los pantalones sin moverme de su regazo.

—Cogeré los auriculares cuando terminemos —murmura, sacándose los pantalones de correr por una pierna, y

ahora su brazo se abulta mientras intenta sacárselos de la otra.

Gimo agradecida por la idea de poder escuchar música de nuevo con alegría, especialmente porque lo único en lo que podía pensar era en escuchar *Iris* de nuevo y temer lo mucho que me heriría. Cada canción, sin estar con Remy, me destroza.

Me inundan las emociones mientras acaricio su pelo, deslizando mis dedos por él.

—Y también *That's When I Knew*, de Alicia Keys. — Empiezo a cantarle esta romántica y devastadora canción al oído y él hace un sonido extraño, entre una risa y un gemido.

—No cantes todavía, cariño —susurra.

Dejamos de reírnos cuando me penetra. Yo jadeo. Él gime.

Su boca se junta con la mía y nuestra sed es insaciable. Golpea sus caderas con fuerza, sus músculos se tensan, sus muslos debajo de mí, sus abdominales contra los míos, sus bíceps alrededor de mí. Me encanta sentir esta fuerza cuando me hace el amor, en sus brazos, con sus poderosos movimientos, en su potente erección. Me encanta...

Ya estoy otra vez.

Me encanta todo de él.

—Brooke Dumas —susurra, lamiendo mi oreja. Sus ojos brillan—. Soy Remington.

Me río, luego gimo y me derrito con él.

En serio, es tan jodidamente sexy que no puedo soportarlo.

Epílogo

Remington

A veces sigo sin creerme que Brooke me quiera.

Me vuelvo loco cuando habla con Pete y Riley, y a veces, no puedo dormir por miedo a despertarme y descubrir que no está a mi lado. Empiezo a ponerme celoso de mí mismo y temo perder el control, pero cuando ella me toca, me calmo.

Esta noche lucho por ella, y quiero que sus ojos sólo se posen en mí. Después, quiero sus manos en mi cuerpo y oír cómo dice que me quiere. También me lo demuestra, pero nunca en mi vida lo había oído. Me pone canciones de amor, y absorbo las letras como si las hubiera escrito para mí. A veces tengo problemas para decir lo que siento con palabras. A veces, siento mil cosas a la vez y no encuentro ni una sola palabra para decirle lo que quiero decir. Por eso busco canciones, y en cuanto me toca una fibra sensible, no puedo esperar para ponérsela. Elegí Iris porque quería que supiera que haría cualquier locura sólo para estar con ella, y más que eso. Quería que me conociese.

Lo hace.

Puede que conozca partes de mí que yo desconozco.

Cada vez que me despierto, la observo.

— ¿Te he hecho daño? —pregunto.

A veces recuerdo cuando he pasado una crisis, pero otras no. Toda mi vida se derrumba cuando lo estoy.

Tengo miedo de hacerle daño.

Tengo miedo de que se vuelva a marchar.

Pero luego me dice que promete contarme todas las mierdas que he dicho o hecho, y eso me tranquiliza. Sinceramente, no creo que pudiera hacerle daño. Tengo muy dentro de mí el protegerla incluso de mí mismo. Creo que

incluso el Remington oscuro se suicidaría antes de hacerle daño a ella.

Pero aun así sueño con que me despierto, descubro que he hecho algo malo y que ella se ha ido.

Cada noche me dice que soy su realidad.

Ella es mi realidad. La única.

Pero lo quiero por escrito.

Quiero ganar este año, y cuando lo haga, se lo pediré.

Porque es mía.

Esta noche, escucho al público mientras subo al ring, y lo absorbo, dejo que me llene, pero ya me estoy girando hacia el sitio donde ella está sentada. Cada detalle de lo que lleva puesto está dentro de mi cabeza. Veo unos ojos de un color tan dorado que me siento inmensamente rico. Sus mejillas están sonrosadas. Su sonrisa es amplia.

Verla es como la adrenalina.

Una subida de dopamina.

Testosterona.

Endorfinas.

Estoy acelerado. Ella me acelera. Sonrío y apunto hacia ella, como pienso hacer de ahora en adelante, para que sepa que «Este va por ti».

Es todo.

Por ti.

Brooke Dumas.

Me lanza un beso y lo atrapo con la mano.

El público lo ama, como yo la amo a ella.

Y luego lo pongo en mi boca, y ellos gritan.

Y la señalo, riendo, viendo la luz en sus ojos, y no puedo esperar a estar dentro de ella, escucharla suspirar por mí, correrse por mí.

Estoy animado. La adrenalina bombea mi cuerpo. Voy a destrozar todo lo que me pongan por delante para conseguir ser el vencedor. Para enseñarle a esta mujer que yo, el jodido Remington Tate, soy el hombre que quiere.

—¡El único e irrepetible, Remington Tate, el Depredador!

Escucho mi nombre una vez más, y me vuelvo loco con el público, loco con su sonrisa.

Loco por ella.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias y a mi marido, mis hijos y mis padres: ¡sois la luz de mi vida!

A la mejor hermana del mundo, por leer esta novela antes que nadie y darme su apoyo.

A Stacey Suarez, la mejor entrenadora personal y la mejor amiga que podía haber soñado, por estar conmigo en cada etapa del maravilloso viaje de Brooke y Remington.

A Monica Murphy, por la primera lectura, las horas de correos electrónicos, las risas y su amistad.

A Alicia G., Paula G., Gaby G., Paula W., y Marcela B. por ser unas amigas maravillosas que siempre me han apoyado.

A Erinn y Georgia por ayudarme a crear esta «hermosidad». ¡Sois estupendas! Y lo admito, los errores gramaticales son todos míos.

A Julia y a Georgia Woods por el formato del libro y a Sarah Hansen por crear esta fantástica portada para la edición americana.

A Anita S. por su excelente corrección y delicadeza con mi manuscrito. Me encanta la cruda realidad de la narrativa de REAL, y fue ella quien me ayudó a «conservarla» a la vez que intentaba hacerla legible para vosotros.

A unas blogueras extraordinarias: Jenny y Gitte de *Totally Booked*, Momo de *Books Over Boys*, Aseel Naji de *My Crazy Book Obsession*, Anna de *Annas Romantic Reads*, Michelle de *The Blushing Reader*, Malory de *Loverlys Book Blog*, Julienne de *Bookaholix Club*, Hillz de *Love NBooks*, Triin, Trini Contreras, Becky N de *Reality Bites*, Autumn de *Martini Times*, Ellen de *Book Bellas*, Miss Ava, la increíble y apasionada Dana, Erin y Kelly. Y también a todos los lectores por vuestro estupendo gusto para los libros y por convertiros

en los primeros fans de Remington. Gracias por vuestro apoyo.
¡Os adoro!

Al universo, por darme la salud y el placer de sentarme a escribir y poder compartir esta historia, y a los Ángeles que permitieron que esto ocurriera (ya sabéis quiénes sois).

Y finalmente, a vosotros, mis lectores, por sentaros a leer este libro.